

ALFAGUARA

# Zygmunt Miłoszewski

## La mitad de la verdad



Traducción de Francisco Javier Villaverde González

Zygmunt  
Miłoszewski

La mitad de la verdad

Traducción del polaco  
de Francisco Javier Villaverde González

NEGRA  
ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

---

*Para Marta*

---

Toda leyenda contiene una mitad de verdad.

Dicho popular

Una verdad a medias es una mentira completa.

Proverbio judío

La obligación del fiscal es aspirar a esclarecer la verdad.

Principios éticos del fiscal

---

## **Capítulo primero**

*Miércoles, 15 de abril de 2009*

Los judíos celebran solemnemente el séptimo día de las fiestas de la Pésaj y recuerdan el paso a través del Mar Rojo, mientras que para los cristianos es el cuarto día de la Octava de Pascua. Para los polacos este es el segundo de los tres días de luto nacional decretados tras el incendio de un albergue social en Kamień Pomorski, en el que fallecieron veintitrés personas. En el mundo del fútbol internacional, Chelsea y Manchester United pasan a las semifinales de la Liga de Campeones; en el mundo del fútbol polaco, unos cuantos hinchas del ŁKS de Łódź están acusados de fomentar el odio hacia las minorías nacionales, tras lucir unas camisetas en las que se leía un ofensivo juego de palabras referente a otro equipo de la ciudad, el Widzew, en el que se mezclaba el nombre del club con el término «judío». La Dirección General de la Policía presenta el informe del mes de marzo sobre criminalidad, que ha aumentado en un once por ciento con respecto a marzo de 2008. La policía comenta: «La crisis va a obligar a la gente a cometer delitos». En Sandomierz ya ha obligado a la dependienta de una carnicería a vender tabaco de contrabando bajo cuerda; la mujer ha sido detenida. En la ciudad hace el mismo frío que en el resto del país, la temperatura no supera los 14 grados, pero aun así es el primer día soleado tras la gélida Semana Santa.

# 1.

Está claro que los espíritus no salen a medianoche. A medianoche aún no se han acabado las películas vespertinas de la tele, los quinceañeros piensan intensamente en sus profesoras, los amantes recuperan fuerzas antes de hacerlo otra vez, los viejos matrimonios conversan con gran seriedad acerca de lo que ocurre con la economía familiar, las buenas esposas sacan el bizcocho del horno y los malos maridos despiertan a los niños cuando tratan de abrir la puerta al volver a casa borrachos. Hay demasiada vida a medianoche como para que los espíritus de los muertos puedan asustar como es debido. De madrugada la cosa es distinta; a esas horas hasta los empleados de las gasolineras se echan una cabezada y la luz grisácea empieza a sacar de la penumbra a seres y objetos cuya existencia ni siquiera sospechábamos.

Iban a dar las cuatro de la mañana, el sol saldría una hora después, y Roman Myszyński se esforzaba por no quedarse dormido en la sala de lectura del Archivo Nacional de Sandomierz, rodeado de muertos. Tenía a su alrededor pilas de libros parroquiales del siglo XIX, pero a pesar de que la mayoría de los registros hacían referencia a momentos alegres de la vida, y aunque había más bautizos y bodas que actas de defunción, notaba un permanente olor a muerte junto a él. No podía dejar de pensar que todos aquellos recién nacidos y recién casados llevaban ya varias décadas criando malvas y que el único testimonio de su existencia eran aquellos libros polvorientos y raramente consultados. En cualquier caso, esas personas en concreto eran afortunadas, teniendo en cuenta cómo había tratado la guerra a los archivos polacos.

Hacía un frío de mil demonios. Se había acabado el café del termo y el único pensamiento que Myszyński acertaba a componer era el de abroncarse por haber tenido la estúpida idea de crear una empresa dedicada a las búsquedas genealógicas, en lugar de aceptar un puesto como profesor ayudante. En la universidad no pagaban mucho, pero sí con regularidad, y además tenía seguro médico; todo eran ventajas. Y más en comparación con

las escuelas donde habían terminado trabajando sus compañeros de promoción, en las que el sueldo era igual de malo, pero que contaban con el «aliciente» de una frustración permanente y de las amenazas de los alumnos.

Miró el libro que tenía abierto ante sí y leyó una frase escrita con hermosa caligrafía por el sacerdote de la parroquia de Góry Wysokie —a la que en aquella época pertenecía la localidad de Dwikozy— en abril de 1834: «Ni los solicitadores ni los padrinos saben leer». Ahí terminaba el asunto del origen nobiliario de Włodzimierz Niewolin. Y por si alguien pudiera todavía pensar que quizá el padre del tatarabuelo de Niewolin había bebido demasiado el día anterior, tras el convite para anunciar la buena nueva, su profesión despejaba las dudas: campesino. Myszyński estaba convencido de que en cuanto encontrara el acta de matrimonio descubriría que la mujer mencionada en la partida de nacimiento —Marjanna Niewolin, quince años menor que su esposo— era una sirvienta. O quizá viviera todavía con sus padres.

Se levantó y se estiró con ganas, y al hacerlo movió con los dedos una vieja fotografía de antes de la guerra colgada en la pared, una imagen de la plaza Mayor de Sandomierz. La colocó bien y pensó que la plaza de la postal tenía un aspecto distinto al de la actualidad. Más modesto. Miró por la ventana, pero las fachadas de la plaza, visibles al final de la calle, estaban envueltas en la oscura niebla del amanecer. Qué tontería, por qué iba a tener la plaza un aspecto diferente, de qué le valía pensar en tales cosas; lo que debía hacer era ponerse a trabajar si quería reconstruir el pasado de Niewolin y llegar a la una a Varsovia.

¿Qué más le quedaba por encontrar? El acta de matrimonio no debería ser un problema y las partidas de nacimiento de Jakub y Marjanna también acabarían por aparecer. Por fortuna, la época de la Polonia del Congreso fue bastante buena para los investigadores de archivos. Desde comienzos del siglo XIX, y gracias al Código Napoleónico, en el Ducado de Varsovia las parroquias debían redactar dos copias de todos los documentos de registro civil y enviar una al Archivo Estatal. Más tarde esta norma sufrió cambios, pero aun así estaba muy bien. En Galitzia la cosa era peor, por no hablar de las antiguas Tierras Orientales, un verdadero agujero negro genealógico; sobre ellas solo quedaban algunos restos de actas en Varsovia, en el Archivo Zabuziański<sup>[1]</sup>. En resumen: con Marjanna, nacida hacia 1814, no debería haber ningún problema; y en cuanto a Jakub, los años finales del siglo XVIII aún fueron buenos, los curas tenían mejor educación y los libros se

conservaban bastante enteros, menos los de algunas parroquias excepcionalmente descuidadas. Sandomierz contaba con la ventaja de que durante la última guerra no lo habían incendiado ni los alemanes ni los soviéticos. Las actas más antiguas procedían de los años ochenta del siglo XVI. Antes de esa época el rastro se perdía, porque hasta el Concilio de Trento a la Iglesia católica no se le ocurrió guardar un registro de sus feligreses.

Se frotó los ojos y se inclinó sobre los documentos que tenía esparcidos ante sí. Necesitaba las actas de matrimonio de la localidad de Dwikozy de los dos años anteriores, y quizá de paso buscara a la madre del tatarabuelo. De soltera Kwietniewska. Vaya, vaya. En la cabeza del investigador se activó un pequeño timbre de alarma.

Habían pasado dos años desde que creó la empresa Złoty Korzeń («La Raíz Dorada»), desoyendo las advertencias de todo el mundo. La idea se le había ocurrido mientras reunía material para su doctorado en el Archivo Central de Documentos Antiguos, cuando empezó a cruzarse con personas de mirada febril, que buscaban sin pericia información acerca de sus antepasados y que intentaban trazar su árbol genealógico. A un chico lo ayudó por lástima, a una chica en atención a la impresionante belleza del busto que lucía, y por fin, a Magda, porque resultaba encantadora con esa enorme lámina con su genealogía, que parecía el Árbol de Jesé. La cosa terminó con Magda y su lámina viviendo durante seis meses en casa de él. Cinco meses más de lo debido. Se marchó con lágrimas en los ojos y sabiendo que su tatarabuela Cecylia era bastarda, pues había sido la comadrona quien la había llevado a bautizar en 1813.

Entonces pensó que podría aprovechar aquella locura genealógica y vender su habilidad para rebuscar en los archivos. Cuando fue a registrar su negocio, se encontraba demasiado emocionado por la idea de convertirse en detective de la historia y no cayó en la cuenta de que el nombre Złoty Korzeń iba a provocar que todos y cada uno de los clientes preguntaran primero si tenía algo que ver con el famoso nadador<sup>[2]</sup>, y después se esforzaran por hacer algún chiste de mal gusto.

Como si se tratara de una novela negra, al principio lo que más hacía era esperar alguna llamada de teléfono y quedarse embobado mirando el techo, pero finalmente los clientes aparecieron. Llegaron los encargos, los casos se sucedían, cada vez había más clientes, aunque por desgracia la mayoría de ellos no eran morenas de largas piernas con medias. Estaban divididos

principalmente en dos tipos. El primero era el de los gafotas acomplejados con chalecos de lana, con una expresión en la cara que decía «pero ¿yo qué he hecho?», a quienes las cosas no les habían salido bien en la vida y ahora tenían la esperanza de encontrarle un sentido y un valor a su existencia en antepasados que ya se habían descompuesto mucho tiempo atrás. Escuchaban con humildad y alivio la información de que eran descendientes de Don Nadie de Ninguna Parte, como si ya contaran con que iban a recibir ese golpe.

El segundo tipo, como Niewolin, dejaba claro desde un principio que no pagaba por la información de que procedía de una familia de carreteros borrachos y viejas ramerías, sino por encontrar unos antepasados nobles, su escudo de armas y un lugar adonde pudiera llevar a sus hijos y contarles que allí se alzaba la mansión donde el bisabuelo Polikarp se curó las heridas sufridas durante el levantamiento. Durante cualquiera de los levantamientos de la historia polaca. Al principio Roman se mostraba completamente sincero, pero después pensó que, en definitiva, aquello era una empresa privada, no un instituto de investigación. Ya que encontrar a nobles significaba gratificaciones, propinas y nuevos clientes, encontraría a nobles. Si alguien tuviera que formarse una opinión sobre el pasado de Polonia basándose solo en los resultados de sus indagaciones, llegaría fácilmente a la conclusión de que, en contra de las apariencias, no se trataba de un país de campesinos primitivos sino de señores distinguidos, o, como poco, de prósperos burgueses. A pesar de distorsionar los datos, Roman nunca mentía; lo que solía hacer era investigar las ramas adyacentes de la familia hasta dar con algún dueño de una gran propiedad.

Lo peor era encontrar a un antepasado judío. Nadie parecía aceptar la explicación histórica de que en la Polonia de entreguerras los judíos constituían el diez por ciento de la población y por eso resultaba posible topar con un antecesor de religión hebrea en especial en las tierras de la Polonia del Congreso y en Galitzia. Le había ocurrido dos veces. La primera, le pusieron a caer de un burro. La segunda, estuvieron a punto de pegarle; al principio no podía salir de su asombro, pero estuvo un par de días dándole vueltas y llegó a la conclusión de que el cliente siempre tiene la razón. Normalmente mencionaba el asunto durante el primer encuentro y, si el tema provocaba un exceso de emociones, enseguida se mostraba dispuesto a esconder bajo la alfombra al antepasado judío. Pero era algo que sucedía en muy raras

ocasiones: el Holocausto había talado la copa del árbol genealógico hebreo.

Sin embargo, a veces se presentaba alguno, como Marjanna Niewolin, de soltera Kwietniewska<sup>[3]</sup>, que aparecía en aquellos documentos del siglo XIX. No era una regla fija, pero a menudo los apellidos formados a partir de los nombres de los meses pertenecían a conversos, que tomaban como referencia el mes en que se celebraba el bautizo. Pasaba igual con los apellidos basados en los días de la semana o los que empezaban por la palabra *nowa* («nueva»). También el apellido Dobrowolski podría indicar, por su etimología, que algún antepasado había cambiado voluntariamente la religión judía por la fe cristiana. A Roman le gustaba pensar que detrás de aquellas historias estaba el amor; que la gente, cuando tenía que optar entre religión y sentimientos, elegía estos últimos. Y como el catolicismo era la religión dominante en la Serenísima República de Polonia, normalmente las conversiones se realizaban en esta dirección.

En realidad podía dejar de seguir ese rastro, ya resultaba suficientemente sorprendente que las raíces documentadas de Niewolin llegaran tan lejos. Pero el caso era que sentía curiosidad, y además le ponía nervioso el cabronazo aquel, que iba por ahí enseñando su anillo de sello con un espacio para grabar el escudo de armas.

Roman abrió una de sus herramientas básicas, el *Diccionario Geográfico del Reino de Polonia y de otras naciones eslavas*, que tenía escaneado en su portátil. Se trataba de una monumental obra de finales del XIX donde estaban descritas prácticamente todas las villas que se hallaban dentro de las fronteras polacas antes de las particiones. Buscó Dwikozy y se enteró de que era una aldea con una hacienda que había pertenecido al clero, con 77 casas y 548 habitantes. Ni una palabra sobre comunidad judía alguna, cosa natural si se tiene en cuenta que normalmente regía la prohibición de que los judíos se asentaran en las posesiones de la Iglesia. Así pues, si Marjanna provenía de una familia de conversos de la zona, había que buscar en Sandomierz o en Zawichost. Pasó las páginas y vio que en Sandomierz había cinco posadas judías, una sinagoga, 3.250 católicos, cincuenta ortodoxos, un protestante y 2.715 judíos, mientras que en Zawichost, de los 3.948 vecinos, 2.401 reconocían profesar la religión hebrea. Bastantes. Miró el mapa. Su intuición le decía que apostara por Zawichost.

Ahuyentó la idea de que estaba perdiendo el tiempo, se levantó, hizo algunas sentadillas, torció el gesto al oír cómo le crujían las rodillas y salió de

la sala. Le dio al interruptor de la luz en el pasillo pero no ocurrió nada, siguió a oscuras. Lo intentó dos veces más sin éxito. Miró a su alrededor, indeciso. Aunque era un veterano en lo de pasarse las noches en los archivos, se sintió intranquilo. El *genius loci*, pensó, y suspiró como apiadándose de su tendencia a fantasear.

Se impacientó, volvió a darle al interruptor y, después de un par de centelleos, la luz mortecina de los fluorescentes inundó las escaleras. Roman miró hacia abajo, hacia la gran puerta con arcada gótica que comunicaba la parte administrativa con el archivo. Tenía un aspecto, por así decirlo, amenazador.

Carraspeó para romper el silencio y bajó las escaleras, pensando que el hecho de que el archivo de Sandomierz se encontrara en el edificio de una sinagoga del siglo XVIII le otorgaba un saborcillo curioso al caso de Niewolin y la madre de su tatarabuelo, la conversa con apellido de soltera Kwietniewska. La sala de lectura y las oficinas de los empleados se hallaban en un edificio anexo al templo donde en tiempos estuvo el *kahal*, el órgano administrativo de la comunidad judía. Los documentos en sí ocupaban el espacio de oración principal de la sinagoga. Era uno de los lugares más atractivos que había visto en su carrera como detective del pasado.

Al llegar abajo empujó la pesada puerta de hierro, cubierta de tachuelas. Notó el impacto del olor a nogal del papel viejo.

La antigua sala de oración tenía la forma de un gran hexaedro regular, que había sido adaptado a las necesidades del archivo de un modo interesante. En el interior habían construido otro cubo, de paredes caladas, hecho de pasarelas, escaleras y, en especial, estantes, todo metálico. El cubo era solo un poco más pequeño que la sala, uno podía rodearlo siguiendo los muros de la misma; o entrar en su interior, donde había un laberinto de estrechos pasillos; o bien subir a los niveles superiores y allí zambullirse en los documentos antiguos. La estructura parecía una especie de *bimah* enorme, en la que en lugar de la Torá se estudiaban documentos acerca de nacimientos, bodas, impuestos y sentencias. La burocracia como libro sagrado de la era moderna, pensó Roman. Rodeó la estructura sin encender la luz, tocando con la mano el frío revoque del muro. Llegó así hasta la pared oriental, donde unas décadas atrás aún se guardaban los rollos de la Torá, en una hornacina llamada *arón ha-kodesh*. Roman encendió la linterna. La luz atravesó las abundantes partículas de polvo que flotaban en el aire y de la oscuridad

surgió la imagen de un grifo dorado que sujetaba entre sus garras una lápida con un texto en hebreo. Supuso que se trataba de una de las Tablas de la Ley. Dirigió la luz hacia arriba, pero las policromías situadas más cerca del techo siguieron envueltas en tinieblas.

Subió hasta el nivel más alto por las empinadas escaleras de chapa perforada, acompañado por el ruido metálico de sus pisadas. Se encontraba casi junto al techo. Caminando entre estanterías llenas de documentos, empezó a contemplar a la luz de la linterna las representaciones de los signos del zodiaco que adornaban la parte superior de la sala. Frunció el ceño al ver un cocodrilo. ¿Un cocodrilo? Miró el símbolo que había al lado —Sagitario— y comprendió que el cocodrilo era Escorpio. Quizá tuviera alguna justificación. Recordó que en el judaísmo no se permitían las imágenes de personas; en cambio, cuando se acercó a Géminis comprobó que los gemelos sí estaban representados por figuras humanas, aunque sin cabeza. Notó un escalofrío.

Pensó que ya era hora de terminar la excursión, más aún porque acababa de descubrir a Leviatán enrollado alrededor de un ojo de buey. El espíritu de la muerte y la destrucción rodeaba una mancha de luz grisácea, como si se tratara de la entrada a su reino submarino, y a Roman le cambió el humor. Sintió la repentina necesidad de irse del archivo, pero en ese momento advirtió con el rabillo del ojo un movimiento al otro lado de la ventana circular. Introdujo la cabeza en el interior del monstruo, pero poco pudo ver a través de los cristales sucios.

Al otro lado de la sala chirrió una tabla de la tarima. Roman se sobresaltó y se golpeó dolorosamente la cabeza contra el muro. Soltó un taco y salió del ojo de buey. Otro chirrido.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Alumbró con la linterna en todas direcciones, pero solo vio actas, polvo y signos del zodiaco.

Escuchó otro chirrido, esta vez justo a su lado. A Roman se le escapó un grito sordo. Tardó un rato en serenar su respiración. Genial, pensó, debería dormir aún menos y beber aún más café.

Con paso enérgico, se dirigió a las empinadas escaleras a través de una pasarela metálica; una fina barandilla la separaba del oscuro agujero que se abría entre ella y la pared. Como el nivel superior de la estructura se hallaba a la altura de las ventanas por las que entraba en la sala la luz del día, Roman

pasó junto a unos extrañísimos artilugios que se usaban cuando había que abrirlas o limpiarlas. Se trataba de una especie de plataformas levadizas, que en ese momento estaban en posición vertical. Para llegar a la ventana había que soltar una gruesa cuerda y bajar la pasarela de manera que quedara junto a la pared. Roman pensó que era un mecanismo bastante peculiar: después de todo, la estructura metálica con los documentos no se iba a mover de allí, y mucho menos los anchos muros de la sinagoga, así que podrían haberlos unido permanentemente. La imagen le recordó a un barco con las pasarelas levantadas y listo para zarpar. Recorrió el artefacto con la luz de la linterna y luego siguió hasta las escaleras. Ya había empezado a bajar cuando un gran estruendo inundó la sala, una sacudida atravesó los escalones y él perdió el equilibrio, y si no cayó fue solo porque se agarró con ambas manos a la barandilla. La linterna se le había escapado y se había apagado al rebotar contra el suelo.

Roman se incorporó; el corazón le latía a mil por hora. Echó rápidamente un vistazo a su alrededor. Una leve histeria se había apoderado de él. Se había caído la plataforma junto a la que acababa de pasar. La miró, jadeando con dificultad. Al final le dio la risa, porque era cosa de la física, no de la metafísica: había debido de tocar algo sin querer. Así de simple. De todas formas, se prometió no volver a trabajar entre todos aquellos tataramuertos después de anochecer.

Un poco a tuestas, se acercó hasta la plataforma levadiza y agarró la cuerda para devolverla a la posición vertical. Se había atascado, por supuesto. Se subió de rodillas al vano de la ventana jurando en arameo. La ventana daba a los mismos arbustos que el ojo de buey custodiado por Leviatán.

El mundo exterior constituía en ese momento la única fuente de luz y era una luz sumamente pobre. En el interior no se podía ver apenas nada; en el exterior, la primera claridad de la mañana se había convertido en un amanecer primaveral, aún tímido, y de la oscuridad iban emergiendo los árboles, el fondo del barranco que rodeaba el casco viejo de Sandomierz, los chalets construidos sobre la escarpa de enfrente y los muros del antiguo monasterio franciscano. La niebla negra había pasado a ser niebla gris, el mundo era borroso e impreciso, como si se reflejara en agua jabonosa.

Roman miró el lugar donde antes había visto que se movía alguna cosa, unos arbustos justo al lado de los restos de un antiguo muro defensivo. Aguzó la vista; algo de gran blancura destacaba entre un mar gris. Frotó el cristal

con la manga, pero puesto que parecía evidente que la existencia de un mecanismo tan sofisticado como la plataforma levadiza no había animado a nadie a limpiarlo más a menudo, lo único que consiguió fue extender el polvo.

Abrió la ventana y parpadeó cuando el aire frío le dio en la cara.

Como una muñeca de porcelana flotando en la niebla, pensó Myszyński al ver el cadáver que yacía junto a la sinagoga. Su turbadora blancura no parecía natural: su falta de color lo hacía brillar.

En el interior, la pesada puerta principal de la antigua sinagoga se cerró con gran estruendo, como si todos los espíritus hubieran salido volando a ver lo que ocurría.

## 2.

El fiscal Teodor Szacki no había podido dormir. Ya estaba amaneciendo y él no había pegado ojo en toda la noche. Y lo peor era que aquella pequeña ninfómana tampoco lo había hecho. Le hubiera gustado ponerse a leer, pero en lugar de eso permanecía inmóvil, fingiendo que dormía. Notó que ella le rascaba la oreja.

—¿Duermes?

Szacki chasqueó la lengua un par de veces y murmuró algo para que le dejara en paz.

—Porque yo no.

Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no soltar un profundo suspiro. Esperó en tensión a ver qué sucedía. Porque algo iba a pasar, de eso estaba seguro. El cálido cuerpo que había a sus espaldas se movió y se rio entre dientes como algún personaje de dibujos animados que acabara de idear un plan para dominar el mundo. Después sintió un doloroso mordisco en el omóplato. Saltó de la cama y en el último momento consiguió no soltar una barbaridad.

—¿Te has vuelto loca?!

La chica se apoyó en el codo y le lanzó una mirada hostil.

—Vaya, hombre, así que estoy loca porque se me ha ocurrido pensar que igual me hacías pasar otro buen rato. La leche, cómo soy, ¿eh?

Szacki alzó los brazos en gesto defensivo y se marchó a la cocina a fumar un cigarrillo. Ya se encontraba junto al fregadero cuando escuchó que le decía melosa: «Te estoy esperando». Pues que te sea leve, pensó mientras se ponía el forro polar. Encendió el pitillo y conectó el hervidor eléctrico. Tras la ventana, los tejados gris oscuro se recortaban sobre el gris claro de la vega, separada de la pálida futilidad de la región de Podkarpacie por la franja del río Vístula, más oscura. Un coche atravesaba el puente, dos embudos de luz avanzando entre la niebla. En aquel paisaje todo era monocromático, incluido el marco blanco de la ventana, cuya pintura se empezaba a desconchar, y

también el reflejo de la tez pálida de Szacki, de sus cabellos color leche y del forro polar negro.

Vaya una mierda de lugar, pensó Szacki al tiempo que daba una calada. La llama roja del cigarrillo hizo que el mundo dejara de ser monocromático. Una mierda de lugar en el que llevaba ya varios meses, aunque si alguien le hubiera preguntado cómo había terminado allí, se habría encogido de hombros sin saber qué decir.

Todo comenzó con cierto caso. Siempre había algún caso. Este en concreto era una ingrata jodienda. Lo primero fue el asesinato de una prostituta ucraniana en un burdel de la calle Krucza de Varsovia, que además se hallaba a menos de cien metros del despacho de Szacki. Normalmente, en tales ocasiones el descubrimiento del cadáver suponía el fin de la investigación. Todos los chulos y las putas desaparecían en un santiamén, por razones evidentes no se encontraba a ningún testigo y los que surgían no recordaban nada. Ya era una suerte si se podía identificar el cuerpo.

Pero esa vez las cosas ocurrieron de manera diferente. Apareció Olga, una amiga de la muerta —que resultó llamarse Irina—, el chulo salió hasta guapo en el retrato robot y, cuando el caso ya estaba en pleno desarrollo, surgió una pista que conducía a la región de Świętokrzyskie. Szacki recorrió durante dos semanas los alrededores de Sandomierz y Tarnobrzeg en compañía de Olga, un traductor y un guía, para encontrar el lugar donde habían retenido a la joven después de entrar por el este del país. Olga contaba lo que había visto por diferentes ventanas y a veces a través de las ventanillas del coche, el traductor traducía y el guía se preguntaba dónde podría estar ese sitio, a la vez que relataba anécdotas rurales que a Szacki le ponían la cabeza como un bombo. Un policía local conducía y con cada uno de sus músculos faciales daba a entender que le estaban haciendo perder el tiempo, pues, tal y como ya había dicho al principio, el único burdel de Sandomierz lo habían dejado fuera de circulación en verano, al igual que a las señoritas Kasia y Beata, que se ganaban un sobresueldo con sus cuerpos tras terminar su jornada laboral en una tienda y en una escuela infantil respectivamente. Aparte estaban las fulanas ocasionales de la escuela de hostelería. Allí eso era todo. En Tarnobrzeg y en Kielce, la cosa era distinta.

Pero al final encontraron una casa apartada en la zona industrial de Sandomierz. Esa era la casa. En un invernadero adaptado para ser un dormitorio había una bielorrusa rubita y muy menuda hecha polvo por una

gastroenteritis. Aparte de ella no había nadie más. La chica no paraba de repetir que habían ido al mercadillo y que «ellos» la iban a matar. Su miedo causó gran impresión en todos los miembros de la expedición menos en Szacki. En cambio, la palabra «mercadillo» le dio que pensar. El dormitorio-invernadero era enorme; en la misma propiedad había además una gran casa, un taller y un almacén. Szacki se imaginó Sandomierz en el mapa de Polonia. Un villorrio con dos prostitutas aficionadas. Un montón de iglesias. Todo tranquilo y en silencio, no ocurre nada. Ucrania queda cerca. Bielorrusia no está lejos. Doscientos kilómetros hasta Varsovia, menos aún hasta Łódź y Cracovia. Después de todo, no parecía mal sitio para establecer una base donde manejar el tráfico de seres vivos. El mercadillo.

Resultó que sí había un mercadillo y además bastante importante. Un gran bazar conocido por los lugareños como «el rastro», un lugar donde se vendía absolutamente cualquier mercancía, situado entre el casco viejo y el Vístula, justo al lado de la carretera de circunvalación. Szacki le preguntó al policía qué tipo de cosas sucedían en aquel lugar y este le dijo que de todo, pero que los rusos arreglaban los negocios entre ellos y si la policía metía las narices allí, lo único que se conseguía era arruinar las estadísticas. Aunque a veces detenían a algún chaval con DVD ilegales o hierba, para que no se creyera que no se lo tomaban en serio.

Por un lado, parecía poco probable que existieran mafiosos tan tontos como para traficar con personas en un mercadillo. Por otro, debía haber alguna razón para que no se dedicaran a hacer colisionar hadrones o sacar compañías a bolsa. Y, después de todo, el mercadillo era extraterritorial.

Cogieron a la chica, que no se tenía en pie por la enfermedad, fueron al mercadillo y los encontraron. Entre los puestos, había dos furgonetas grandes que supuestamente debían contener ropa, pero que en realidad ocultaban a veinte chicas encadenadas que habían venido buscando un mundo mejor. Fue el mayor éxito de la policía de Sandomierz desde que recuperaran la bicicleta robada del padre Mateusz<sup>[4]</sup>. Durante un mes los periódicos locales no escribieron sobre otra cosa y Szacki se convirtió en toda una celebridad en el lugar. El otoño era hermoso.

Y le gustó aquella pequeña ciudad.

Y pensó: ¿por qué no?

Estaban tomando algo en la pizzería Modena, cerca del edificio de la fiscalía. Iba ya un poco mamado y preguntó como quien no quiere la cosa si

había alguna vacante. Había. Ocurría una vez cada veinte años, pero justo en ese momento había.

Tenía intención de empezar una nueva vida maravillosa. Ligar en las discotecas, correr por las mañanas junto al Vístula, disfrutar del aire fresco, vivir aventuras, sentirse exultante. Y, finalmente, encontrar al amor de su vida y envejecer junto a ella en una casita cubierta de parras en las inmediaciones del parque Piszczele, para así poder llegar a la plaza Mayor dando un breve paseo, sentarse en alguna de las cafeterías y tomarse un café. Cuando se trasladó a vivir allí, esta imagen parecía tan real que le costaba verla como un sueño o un plan. Era una realidad que había entrado en su vida y empezaba a dar resultados. Así de simple. Recordaba perfectamente aquel instante en que, sentado al sol de otoño en un banco junto al castillo real, vio su futuro con tal claridad que casi se le saltaron las lágrimas. ¡Por fin! Por fin sabía exactamente lo que quería.

Bueno. Para no ser groseros, diremos que se equivocó. Hablando con menos delicadeza, tiró a un pozo negro la vida que había construido durante años por culpa de una puta fantasía y ahora ya no tenía nada, a tal extremo que la situación en la que había quedado le otorgaba incluso una especie de exculpación. Absolutamente nada.

En lugar de ser una estrella de la fiscalía varsoviana, se había convertido en un extraño que despertaba desconfianza en aquella ciudad de provincias que, a decir verdad, a partir de las seis de la tarde estaba muerta, aunque desgraciadamente no porque sus habitantes se asesinaran entre sí. No asesinaban a nadie. Ni lo intentaban. Tampoco violaban. No se organizaban en grupos con fines criminales. Muy raras veces se atacaban entre ellos. Cuando Szacki repasó en su cabeza la lista de los casos en los que trabajaba, notó un leve ardor en la garganta. Aquello no podía ser cierto.

En lugar de familia, soledad. En lugar de amor, soledad. En lugar de intimidad, soledad. La crisis provocada por la breve y penosa relación con la periodista Monika Grzelka, que a ninguno había satisfecho, hundió su matrimonio en un foso del que no había salida posible. Él y su esposa se mantuvieron unidos algún tiempo más, por el bien de la niña, pero aquello ya solo fue una agonía patética. Siempre había pensado que se merecía llegar a cotas más altas, pero que Weronika lastraba su ascenso. Y sin embargo, apenas pasaron seis meses desde la separación definitiva cuando fue ella la que empezó a salir con un popular abogado, un año menor que Weronika.

Una de las últimas veces que hablaron le informó lacónicamente que se iban a vivir juntos a la casa que el abogado tenía en el distrito de Wawer y que quizá debería encontrarse con Tomek para charlar con él, ya que a partir de entonces sería quien educara a la hija de ambos.

Sin lugar a dudas, había perdido todo cuanto podía perder. No tenía nada ni a nadie y encima estaba exiliado por voluntad propia en unas tierras que ni a él le gustaban, ni a ellas les gustaba él. Telefonar a Klara —con la que había ligado en la discoteca un mes antes y de la cual se había librado tres días después porque por la mañana ya no le pareció ni bonita, ni inteligente, ni interesante— fue un acto de desesperación y la prueba definitiva de su hundimiento.

Apagó el cigarrillo y regresó al mundo monocromático. Aunque solo por un momento: sobre el forro polar aparecieron unas largas uñas rojas. Cerró los ojos para ocultar su irritación, pero no fue capaz de ensañarse con una chica a la que primero había seducido y después había dado falsas esperanzas de que pudiera surgir algo entre ellos.

Volvió a la cama sin rechistar para tener un aburrido intercambio sexual. Klara se retorció debajo de él, como si de esa forma tratara de cubrir la ausencia de ternura y de fantasía. Lo miró, y en su cara vio nítidamente algo que la obligó a esforzarse un poco más. Agitó las piernas y empezó a gemir.

—¡Oh, sí, dame caña! Soy toda tuya, te quiero sentir muy dentro.

El fiscal Teodor Szacki intentó contenerse, pero no pudo y se echó a reír.

### 3.

Los cadáveres nunca tienen buen aspecto, pero el de algunos es mucho peor que el de otros. El cuerpo que yacía en el barranco junto a la muralla medieval de Sandomierz encajaba en la segunda categoría. Uno de los policías estaba cubriendo la desnudez de aquella mujer muerta, cuando en el lugar del crimen se presentó la fiscal.

—No la tapes aún.

El policía alzó la cabeza.

—No seas así, por Dios, que la conocía desde parvulitos, no puede quedarse de esta manera.

—Yo también la conocía, Piotr. Pero eso ahora no importa, de veras.

La fiscal Barbara Sobieraj apartó con cuidado unas ramas sin hojas y se agachó junto al cadáver. Las lágrimas le impedían verlo con nitidez. Más de una vez había contemplado los cuerpos de personas fallecidas de manera violenta, sobre todo los que sacaban de vehículos destrozados en la carretera de circunvalación, incluso los de gente a la que conocía de vista. Pero jamás el de alguien a quien conociera personalmente. Y, desde luego, no el de una vieja amiga. Sabía —seguramente mejor que otros— que la gente cometía delitos y que cualquiera podía ser víctima de ellos. Pero aquello... Aquello no podía ser verdad.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Grzegorz lo sabe ya?

—Pensé que se lo dirías tú. Ya me entiendes...

Barbara lo miró y estuvo a punto de explotar, pero comprendió que el Mariscal —como llamaban en Sandomierz a ese policía— tenía razón. La fiscal tenía una amistad de muchos años con el matrimonio Budnik, Ela y Grzegorz. En su momento, incluso corrieron rumores de qué habría pasado si Ela no hubiera vuelto de Cracovia cuando lo hizo; quién sabe, algunos ya escuchaban campanas de boda. Chismes e historias del pasado, pero ciertamente, si alguien debía informar a Grzegorz, esa era ella. Por desgracia.

Suspiró. No había sido un accidente; tampoco una paliza, ni un atraco, ni una violación cometida por gamberros borrachos. Alguien se había tomado muchas molestias para asesinarla, y después desnudarla a conciencia y colocarla en los matorrales. Y, además, estaba aquello... Barbara trataba de no mirar, pero sus ojos volvían a toparse una y otra vez con el cuello destrozado de la víctima. La garganta había recibido varios cortes transversales que semejaban branquias: finas tiras de piel entre las que se veían fragmentos de venas, de la laringe y el esófago. El rostro, por encima de tan macabra herida, parecía en cambio extrañamente tranquilo, incluso mostraba una ligera sonrisa, que en combinación con su excepcional blancura, comparable a la del yeso, daba una sensación de irrealidad, como si fuera una escultura. Barbara pensó que quizá alguien había asesinado a Ela mientras esta dormía o cuando estaba inconsciente. Se aferró a esa idea; deseaba de veras creer que así había sucedido.

El Mariscal se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—Lo siento muchísimo, Barbara.

La fiscal asintió, dando a entender que ya la podían cubrir.

## 4.

Las pequeñas ciudades de provincias tienen su lado bueno: todo queda cerca. Nada más recibir la llamada de su jefa, Szacki suspiró aliviado, dejó a Klara y se marchó del apartamento que alquilaba en un edificio antiguo de la calle Długosz. Era pequeño y feo y estaba poco decentado, pero contaba con una ventaja: su localización. En pleno casco viejo, con vistas al Vístula y al instituto de secundaria, un edificio histórico erigido por los jesuitas en el siglo XVII. Salió a la calle y llegó hasta la plaza Mayor caminando a paso rápido sobre el empedrado húmedo. El aire aún conservaba el frescor del invierno, pero se notaba que ya quedaban pocas mañanas como esa. La niebla se iba dispersando a medida que avanzaba y Szacki tenía la esperanza de que aquel fuera el primero de los hermosos días de primavera. Realmente necesitaba en su vida emociones positivas. El calor del sol, por ejemplo.

Atravesó la plaza Mayor, totalmente vacía, pasó junto a la central de correos, situada en un bello edificio porticado, y llegó hasta la calle Żydowska, desde donde ya vio a lo lejos el resplandor de las luces parpadeantes. Esta visión tocó en su interior alguna cuerda sensible: la imagen de las balizas policiales en la niebla era parte de todo un ritual. Una llamada telefónica de madrugada, separarse de los cálidos brazos de Weronika, vestirse a oscuras en el recibidor, besar la cálida frente de su hija dormida antes de salir. Después el viaje en coche a través de la capital que empezaba a despertar, las farolas que se iban apagando, los autobuses nocturnos que ya se dirigían a las cocheras. En el lugar del crimen, la sonrisita escéptica de Kuznetsov, el cadáver, luego el café en la plaza de las Tres Cruces. Y las discusiones con la gruñona de su jefa en la fiscalía. «Nuestros despachos deben de hallarse en dimensiones espaciotemporales distintas, señor fiscal.»

La nostalgia le puso mal cuerpo al pasar junto a la sinagoga y cuando bajó por la ladera agarrándose a las ramas. Reconoció enseguida la melena pelirroja del «chochín intachable», la fiscal Sobieraj. Estaba de pie, con la

cabeza gacha, como si hubiera ido a rezar unas oraciones por los muertos en lugar de a dirigir una investigación. Un policía obeso apoyaba una mano en el hombro de la fiscal, acompañándola en su dolor. Era tal como Szacki imaginaba: una ciudad en la que había más iglesias que bares tenía que dejar una dolorosa huella en sus habitantes. Sobieraj se volvió hacia él, y al verlo se sorprendió demasiado como para ocultar la mueca de desagrado que reflejaba su rostro.

Szacki saludó a todos con un gesto de la cabeza, se acercó al cadáver y, sin ceremonias, levantó el plástico que lo cubría. Una mujer. De entre cuarenta y cincuenta años. Le habían rajado el cuello de forma horrible, no se veían más heridas. No parecía un atraco, más bien un disparatado crimen pasional. Bueno, por fin un cadáver en condiciones. Su intención era cubrir de nuevo el cuerpo, pero había algo que se lo impedía. Lo volvió a inspeccionar dos veces más de pies a cabeza, escaneó con la mirada el lugar del crimen. Había algo que no encajaba, estaba convencido de ello, pero no sabía qué y eso le hacía sentirse intranquilo. Echó a un lado el plástico y algunos policías, avergonzados, apartaron la mirada. Aficionados.

Ya sabía lo que no encajaba. La blancura del cuerpo, irreal, insólita en la naturaleza. Pero había algo más.

—Perdone, pero es amiga mía —comentó Sobieraj detrás de Szacki.

—Era amiga suya —le replicó el fiscal—. ¿Dónde están los técnicos?

Silencio. Szacki se dio la vuelta y miró al policía gordo, calvo y de poblado bigote. ¿Cuál era su apodo? ¿El Mariscal? Cuánta originalidad.

—¿Dónde están los técnicos? —repitió.

—Marysia llegará enseguida.

Aquí a todos los llaman por su nombre de pila, todos son amigos, manda huevos, vaya una secta provinciana.

—Llamad también al equipo de Kielce, que se traigan sus juguetitos. Antes de que lleguen hay que cubrir el cuerpo y acordonar el lugar en un radio de cincuenta metros; no dejéis que entre nadie. Mantened a los mirones lo más lejos posible. ¿Está aquí el oficial al mando?

El Mariscal levantó la mano, mirando a Szacki como si este fuera un extraterrestre y con gesto de interrogación a Sobieraj, que continuaba aturdida.

—Estupendo. Ya sé que hay niebla, está oscuro y no se ve una mierda, pero todos los que vivan en aquellos edificios —señaló la calle Żydowska—

y en aquellas casas de allí —se dio la vuelta e indicó los chalets del otro lado del barranco— deben ser interrogados. Quizá alguien sufre de insomnio, o tiene problemas de próstata, o es un ama de casa empedernida y deja la comida preparada antes de irse a trabajar. Alguien pudo ver algo. ¿Está claro?

El Mariscal asintió. Sobieraj volvió en sí, se acercó a Szacki y se paró tan cerca que él notaba su aliento. Era una mujer alta, los ojos de ambos quedaban casi a la misma altura. En el campo las chicas siempre son bien hermosas, pensó Szacki mientras aguardaba tranquilamente a ver qué pasaba.

—Perdone, pero ¿ahora es usted quien lleva este caso?

—Claro.

—¿Y podría decirme por qué?

—Veamos. ¿Quizá porque esta vez, excepcionalmente, no se trata de un ciclista borracho ni del robo de un móvil en un colegio?

Los ojos oscuros de Sobieraj se volvieron negros.

—Voy a hablar directamente con Misia —murmuró.

Szacki tuvo que echar mano de todas las reservas que guardaba de fuerza de voluntad para controlarse y no estallar en una carcajada. ¿De veras llamaban Misia a su jefa? Por todos los santos.

—Cuanto antes, mejor. Ha sido ella la que me ha sacado del catre en el que estaba pasando el tiempo de una forma superinteresante y me ha ordenado que me encargue de esto.

Por un momento pareció que Sobieraj iba a explotar, pero se giró sobre sus talones y se alejó meneando las caderas. Unas caderas estrechas y poco atractivas, opinó Szacki siguiéndola con la mirada. Él a su vez se volvió hacia el Mariscal.

—¿Vendrá alguien de criminalística? ¿Empezarán a trabajar antes de las diez?

—Aquí estoy, hijo, aquí estoy —oyó que le decían por la espalda.

Detrás de él había un anciano con bigote —allí casi todos lucían bigote— sentado en una silla plegable de pescador y fumándose un pitillo sin filtro. No era el primero. A un lado de la silla había unos cuantos filtros arrancados y al otro, varias colillas. Szacki evitó poner cara de extrañeza y se acercó a él. Su pelo era totalmente canoso, lo llevaba muy corto, tenía la cara llena de arrugas, como la de Leonardo en un autorretrato, y sus ojos eran claros, casi transparentes. En cambio el bigote, pequeño y bien recortado, era negro como el carbón, lo que le daba al abuelo un aspecto demoníaco, inquietante. Debía

de tener unos setenta años. Si eran menos, entonces se notaba que en su vida había habido muchos vuelcos inesperados. El anciano miraba con gesto de aburrimiento. Szacki se paró a su lado y le tendió la mano.

—Teodor Szacki.

El viejo policía aspiró con fuerza por la nariz, tiró la colilla hacia el lado correspondiente de la silla y, sin levantarse, le dio la mano.

—Leon.

Sujetó la mano de Szacki y aprovechó su ayuda para levantarse. Era alto, muy delgado; bajo el grueso abrigo y la bufanda seguro que su aspecto semejaba el de una varita de vainilla, fina, flácida y arrugada. Szacki soltó la mano del anciano y esperó a que terminara de presentarse. Pero no lo hizo. El vejete le lanzó una mirada al Mariscal, ante lo cual este se aproximó corriendo, dando saltitos, como si anduviera sobre una goma.

—Dígame, señor inspector.

Tenía que ser un error. Demasiado rango para un madero de la policía científica de una ciudad de provincias.

—Haced lo que ha dicho el fiscal. Los de Kielce llegarán en veinte minutos.

—Ya será menos, está a casi cien kilómetros de aquí —le contradijo Szacki.

—Los llamé hace una hora —murmuró el anciano—. Después he estado esperando a que los señores fiscales aparecieran por fin. Menos mal que me he traído una silla. ¿Café?

—¿Perdón?

—Que si toma usted café. El Cizemka abre a las siete.

—Bueno, siempre y cuando no comamos nada allí.

El anciano asintió dándole la razón.

—Joven y forastero, pero aprende rápido. Vamos. Quiero estar aquí cuando lleguen los chicos con sus juguetes.

## 5.

El restaurante del hotel Cizemka —o simplemente el Cizemka—, situado en la zona más turística de la ciudad —en la plaza Mayor, de camino a la catedral y al castillo—, era todo lo que los restaurantes de los lugares civilizados habían dejado de ser diez años atrás. Una enorme sala poco acogedora, mesas con mantel y cubremantel, sillas tapizadas de felpa con respaldos altos; apliques en las paredes, candelabros bajo un techo con vigas de madera. La camarera tuvo que recorrer una distancia tan grande armando ruido con sus zapatos de tacón, que Szacki estaba convencido de que el café se habría enfriado por el camino.

No se había enfriado. En cambio sí pudo notar un ligero olor a trapo sucio, señal de que la cafetera exprés no estaba la primera en la lista de cosas que limpiar diariamente en aquel santuario de la elegancia de Sandomierz. ¿Acaso me extraña?, pensó Teodor Szacki. Para nada.

El inspector Leon bebía en silencio y miraba por la ventana el pináculo del edificio del ayuntamiento, ignorando por completo a Szacki. Este decidió adaptarse al tempo del anciano y esperar con paciencia hasta enterarse de por qué lo había llevado allí. Finalmente el policía dejó la taza en la mesa, tosió y le quitó el filtro a un cigarrillo. Suspiró.

—Voy a ayudarle —tenía una voz desagradable, como si no estuviera bien engrasada.

Szacki le miró con cara de no entenderle.

—¿Ha vivido alguna vez fuera de Varsovia? —le preguntó Leon.

—Esta es la primera vez.

—Es decir, que no sabe usted una mierda sobre la vida —Szacki no comentó nada—. Pero eso no es un pecado. Ningún mocosito sabe una mierda sobre la vida. Yo voy a ayudarle.

Szacki empezaba a exasperarse.

—¿Esa ayuda se limita solo al cumplimiento de sus obligaciones o hay algún extra? No nos conocemos, no puedo opinar sobre si tiene usted buen

corazón.

Ahora Leon sí mantuvo más tiempo su mirada puesta en el fiscal.

—No es muy bueno —le replicó sin sonreír—. Pero me interesa mucho saber quién ha degollado y tirado entre los arbustos a la esposa del payaso ese de Budnik. Mi intuición me dice que usted lo va a descubrir. Aunque como no es usted de aquí todos hablarán con usted, pero ninguno le dirá nada. Quizá sea mejor así; cuanta menos información, más pura es la mente.

—Más información da como resultado la verdad —dijo Szacki.

—La verdad es la verdad y flotar en una ciénaga de conocimientos innecesarios no la hace más verdadera —le espetó el inspector con voz chirriante—. Y no me interrumpa, joven. Habrá ocasiones en que tratará de comprender quién hizo qué realmente, con quién, por qué. Y entonces yo le ayudaré.

—¿Tiene usted amistad con todos?

—A mí me cuesta bastante trabar amistad. Y no me haga preguntas sin importancia o perderé la buena opinión que tengo de usted.

A Szacki le quedaban unas cuantas preguntas relevantes, pero las dejó para más adelante.

—Y preferiría que mantuviéramos entre nosotros las formas de cortesía —terminó diciendo el policía.

Szacki no manifestó exteriormente cuánto le agradaba esa propuesta y se limitó a asentir.

## 6.

Había cada vez más mirones, pero por fortuna se comportaban correctamente. Entre las conversaciones a media voz que escuchó, Szacki pudo distinguir que pronunciaban el apellido Budnik. Por unos instantes se preguntó si necesitaba saber en ese momento quién era la fallecida. Pensó que no. Lo que necesitaba era inspeccionar con minuciosidad el lugar y el cadáver. El resto podía esperar.

El apellido del inspector resultó ser Wilczur. Szacki y él aguardaban junto al cuerpo, al que habían rodeado con un biombo, mientras el técnico de Kielce lo fotografiaba. Szacki no apartaba la vista del cuello de la víctima, sajado con suma precisión, como si lo hubieran preparado para una clase de anatomía, y le reventaba no ser capaz de concretar eso que le zumbaba en la cabeza. Algo no encajaba. Acabaría por enterarse, claro, pero prefería entenderlo antes de los interrogatorios y de ir a buscar a los peritos. Se les acercó el comisario encargado del grupo de inspección, un simpático treintañero de ojos saltones con aspecto de yudoca. Tras las presentaciones, se quedó mirando a Szacki con cara de besugo.

—Por curiosidad, señor fiscal, ¿de dónde viene usted? —le preguntó.

—De Varsovia.

—¿De la mismísima capital del reino? —ni siquiera trató de ocultar su extrañeza, como si a continuación fuera a preguntar si a Szacki le habían dado la patada en el culo por alcoholismo, por drogas o por acoso sexual.

—Ya le he dicho que de Varsovia —a Szacki no le gustó aquello de «la capital del reino».

—Pero ¿hizo usted algo mal o se vino así porque sí?

—Así porque sí.

—Ajá —durante un instante el comisario esperó a ver si la cordial conversación continuaba, pero luego lo dejó estar—. No hay nada aparte del cuerpo; no hemos encontrado ni ropa, ni bolso, ni joyas. No hay huellas de arrastre ni de lucha. Parece que la trajeron aquí desde otro lugar. Hemos

sacado un vaciado de las huellas de neumáticos de ahí abajo y de las pisadas recientes. Todo aparecerá en el informe, aunque yo no esperaré grandes resultados, a no ser que el examen del cuerpo arroje alguna luz.

Szacki asintió. No es que estuviera especialmente emocionado. Todos sus casos los había resuelto apoyándose en pruebas personales, no materiales. Naturalmente, sería grato encontrar entre los matorrales el arma homicida y la documentación del asesino, pero hacía ya mucho que había comprendido que en la vida de Teodor Szacki lo grato no era algo cotidiano.

—¡Señor comisario! —gritó uno de los técnicos que rebuscaban entre los arbustos de la ladera.

Ojos saltones le hizo una seña para que esperaran y corrió en dirección a las ruinas de la muralla medieval, que en su día rodeaba por completo la ciudad, pero que en la actualidad servía principalmente para dar cobijo a quienes se dedicaban a beber vino barato. Szacki siguió al comisario, que se agachó junto a la muralla apartando las ramas aún sin hojas y la hierba del año anterior. Ojos saltones levantó cautelosamente algo con su mano enguantada. Justo en ese momento el sol atravesaba las nubes y el objeto reflejó los rayos con fuerza, cegando por unos instantes a Szacki. Solo después de parpadear varias veces, para hacer desaparecer las manchas negras que flotaban ante sus ojos, pudo ver que el comisario sujetaba un extraño cuchillo. Lo guardó en una bolsa hermética para pruebas y extendió el brazo para dárselo a Szacki y a Wilczur. El utensilio debía de estar tremendamente afilado, porque su propio peso bastó para que rasgara la bolsa y cayera al suelo. Es decir, habría caído si el técnico, que seguía agachado, no lo hubiera cogido al vuelo por el mango. Lo atrapó y miró a los otros.

—Podrías haberte quedado sin dedos —le dijo.

—Podrías haber guarreado con tu sangre el arma homicida, estúpido —dijo tranquilamente Wilczur.

Szacki miró al viejo policía.

—¿Cómo sabe usted que es el arma homicida?

—Lo supongo. Si encontramos bajo un matorral una garganta sajada con precisión y bajo otro una navaja de afeitar tan afilada como una espada samurái, puede existir entre ellas algún vínculo.

«Navaja de afeitar» era un buen término para designar el cuchillo que Ojos saltones había metido en otra bolsa, esta vez con más cuidado. Tenía una hoja rectangular que brillaba como un espejo, sin punta, sin curvatura en la línea

del filo. El mango, de madera oscura, era muy delicado en comparación con la hoja, incluso parecía fuera de lugar. La hoja, en cambio, era grande y fuerte, de unos treinta centímetros de largo y diez de ancho. Una navaja de afeitar para gigantes con el careto tan grande como una furgoneta. Ni la hoja ni el mango presentaban ningún tipo de adorno, al menos a primera vista. No era un juguetito para coleccionistas, sino una herramienta. Quizá la habían empleado para cometer el crimen, pero sobre todo debía de tener un uso concreto. Que no era el de afeitar las piernas de una mujer de quince metros de altura.

—Dactiloscopia, microhuellas, sangre, secreciones, restos de ADN, química —enumeró Szacki—. Lo más rápido posible. Y hoy mismo quiero tener fotos detalladas de este cachivache.

Le entregó a Ojos saltones una tarjeta de visita. El otro se la guardó en un bolsillo mientras miraba con suspicacia la enorme navaja de afeitar.

Wilczur le quitó el filtro a otro cigarrillo.

—No me gusta esto —comentó—. Demasiado elaborado.

## 7.

El fiscal Teodor Szacki no tenía suerte con las jefas. La anterior era una zorra tecnócrata, fría y con el mismo encanto que un cadáver sacado de debajo de la nieve. A menudo, sentado en el despacho frente a ella, saturando sus pulmones de humo y sufriendo con la idea de que una mujer completamente desprovista de feminidad intentara causarle la impresión de ser muy femenina, se había preguntado si alguna vez le tocaría alguien peor. Poco después, el pérfido destino le contestaría a ese interrogante.

—Que sí, pruébelo, por favor.

Maria Mischczyk, a la que, para espanto de Szacki, todos —incluida ella misma— llamaban Misia, le puso ante sus narices una bandeja con un pastel. Estaba compuesto de algo similar al praliné, bizcocho y quizá también merengue.

Su jefa le dedicó una radiante sonrisa.

—Bajo el merengue he puesto una capa fina de mermelada de ciruela. Me quedaba un poco de la que hice en otoño. Venga, coja.

Szacki no quería, pero la cordial sonrisa de Mischczyk era como la mirada de una cobra. El fiscal perdió el control de su propia mano, que llegó hasta el pastel, cogió un trozo siguiendo los deseos de la mujer y lo metió en la boca de Szacki, que dibujó una media sonrisa después de llenarse el traje de miguitas.

—Bueno, Barbara, cuéntenos de qué se trata —dijo Mischczyk dejando la bandeja a un lado.

Sobieraj estaba sentada muy tensa en un sofá de piel, Szacki se había acomodado en un sillón a juego con el sofá y una mesita acristalada los separaba. Si Mischczyk había pretendido crear en su despacho una atmósfera familiar tomando como modelo el mobiliario de un típico apartamento polaco de los años ochenta, lo había conseguido.

—Me gustaría entender —Sobieraj no podía o no quería ocultar el tono de reproche de su voz— por qué después de llevar siete años dirigiendo los

casos de nuestra fiscalía, ahora se me aparta del asesinato de Ela. Y me gustaría saber por qué ha de encargarse el señor Szacki, cuyos logros no niego, pero que aún no conoce bien la ciudad y sus peculiaridades. Y quisiera decir que me ha resultado muy triste enterarme de este modo. Al menos me podías haber avisado, Misia.

A Miszczyk se le quedó cara de verdadera preocupación maternal. Emanaba de ella tal calor y comprensión que Szacki notó un olor a comedor de escuela infantil. No tenía de qué preocuparse: la cuidadora solucionaría el problema de modo que todos estuvieran contentos y después les daría un abrazo.

—Sí, lo sé, Barbara, perdona. Pero cuando me enteré de que era Ela tuve que tomar una decisión rápida. Normalmente este tipo de casos los llevas tú, pero esta vez no se trata de algo normal. Ela era íntima amiga tuya, Grzegorz tuvo una relación contigo. Teníais amistad, salías con ellos. Un abogado podría usarlo contra nosotros.

Sobieraj se mordió un labio.

—Además, las emociones no ayudan en una investigación —terminó de rematarla Szacki. Luego cogió otro trozo de pastel y contestó con una sonrisa a la mirada asesina que le dedicó Sobieraj.

—Usted no sabe una mierda sobre mis emociones.

—Bendita ignorancia.

Miszczyk dio una palmada y los miró como si quisiera decir «venga, niños, dejadlo ya». Szacki se obligó a no bajar la mirada y a resistir el reproche de los dulces y maternales ojos de su jefa.

—Ya os pelearéis después, queridos. Ahora os voy a contar cómo queda vuestra situación laboral.

Sobieraj se estremeció y rápidamente quiso decir algo. ¿Cuántas tías neuróticas como esa había visto Szacki en su vida? Miles.

—Espero que...

—Barbara —la interrumpió Miszczyk—, estaré encantada de escuchar vuestras opiniones y propuestas. Siempre lo hago, lo sabes, ¿verdad? Pero ahora os voy a contar cómo queda vuestra situación laboral.

Sobieraj se calló de inmediato y Szacki miró atentamente a Miszczyk. Seguía siendo una mamá de ojos dulces, con la sonrisa de una pediatra y una voz en la que resonaba el olor a vainilla y a levadura. Pero si se despojaba su último comentario de la forma, dejando solo el fondo, lo que quedaba era una

firme reprimenda.

Miszczyk sirvió té a todos.

—Conocía a Ela Budnik, conozco también a Grzegorz, en realidad aquí todos lo conocen. No tiene por qué caernos bien ni hace falta que estemos de acuerdo con él, pero no pasa desapercibido. Esta será, lo es ya, una investigación de envergadura, de la que se hablará mucho. Si la dirigiera una amiga de la fallecida...

—Y del principal sospechoso —intervino Szacki.

Sobieraj resopló.

—Mida sus palabras. No conoce usted a ese hombre.

—No necesito conocerlo. Es el marido de la difunta. En esta fase eso lo convierte en el principal sospechoso.

—Justo a eso me refería —Sobieraj alzó los brazos con aire triunfal—. Por eso debería mantenerse alejado de este caso.

Miszczyk aguardó un momento hasta que se hizo el silencio.

—Por eso precisamente el fiscal Szacki no solo no se va a mantener alejado de este caso, sino que además va a dirigir la investigación. Porque quiero evitar una situación en la que el cadáver, los sospechosos y los investigadores estén todos dentro de un grupo de amigos que igual ayer mismo se juntaron para hacer una barbacoa. Pero tienes razón en lo de que el señor Szacki es nuevo aquí, Barbara. Por eso vas a ser su asesora, su ayudante y su fuente de información sobre todo lo referente a la ciudad y sus habitantes.

Szacki respiró aliviado cuando un trozo grande de pastel consiguió finalmente atravesar su esófago. Nos lo vamos a pasar de miedo, pensó. Sobieraj se quedó inmóvil en el sofá y se transformó toda ella en un gigantesco berrinche. Miszczyk miró con ojo maternal las tazas y la bandeja, que giró ciento ochenta grados.

—Por este lado hay más mermelada —susurró con gesto teatral, y cogió un trozo.

Szacki esperó un instante, consideró que la reunión había terminado y se levantó. Miszczyk le indicó con la mano que en cuanto tragara lo que estaba masticando diría algo más.

—Nos encontraremos aquí esta tarde a las siete. Quiero ver los primeros informes y el plan de la investigación detallado. A los medios de comunicación les decís que hablen conmigo. Si me entero de que vuestra

enemistad personal constituye un obstáculo en este caso...

Sobieraj y Szacki bajaron a la vez la mirada hasta los labios prominentes de la jefa, cubiertos de miguitas. Les sonrió con dulzura.

—... os monto un pollo que no olvidaréis jamás. Y el único trabajo en instituciones estatales al que tendréis acceso será el de limpiar suelos en el trullo. ¿Queda claro?

Szacki asintió, se despidió con una inclinación y puso la mano en el pomo.

—Imagino que debo pasarle a alguien el resto de mis casos, ¿no?

Miszczyk sonrió ligeramente. Szacki creyó entender que había preguntado sin necesidad; que incluso la ofendía con la idea de que no hubiera pensado ya en eso; que seguramente ya lo había arreglado todo y la secretaria recogería las actas en el despacho del fiscal.

—¿Se ha vuelto usted loco? A trabajar.

## 8.

El fiscal Teodor Szacki se encontraba en su despacho mirando por la ventana y pensando que estar en provincias tenía su lado bueno. Disponía para él solo de un gran despacho del que en Varsovia habrían sacado tres para dos personas cada uno. Había una hermosa vista a una zona verde y a un área de chalets, con los campanarios del casco viejo al fondo. Tardaba veinte minutos en llegar de casa al trabajo. Tenía una caja fuerte en la que guardaba las actas de los ocho casos que actualmente investigaba, noventa y siete menos que en Varsovia medio año antes. Su sueldo era el mismo que en la capital, pero en cambio un excelente café en su cafetería favorita de la calle Sokolnicki costaba apenas cinco zlotys. Y además —le resultaba un poco vergonzoso, pero no era capaz de ocultar su satisfacción—, por fin tenía un cadáver en condiciones. De repente, aquella terrible y aburrida ciudad le pareció un lugar de lo más soportable.

Sonó un portazo. Szacki se dio la vuelta mientras añadía mentalmente que tenía una compañera que había hecho del síndrome premenstrual una forma de vida. Se puso automáticamente su fría máscara de profesional de la fiscalía, observando cómo el «chochín intachable» se le acercaba con una carpeta en la mano.

—Acaba de llegar. Deberíamos echarle un vistazo.

Szacki señaló con la mano el sofá (en efecto: en el despacho tenía un sofá) y ambos se sentaron en él. Le lanzó una mirada al escote, pero no vio nada interesante, porque estaba cubierto por un suéter negro de cuello alto absolutamente asexual. Abrió la carpeta. La primera foto era un primer plano del cuello seccionado de la fallecida. Sobieraj tomó aliento ruidosamente y apartó la mirada. Szacki iba a hacer un comentario, pero le dio pena y se guardó su sarcasmo para sí mismo. Ellos no tenían la culpa de que entre todos juntos hubieran visto durante toda su vida tantos cadáveres como él en un solo año. Y tampoco era un defecto.

Dejó a un lado las fotografías del cuerpo.

—De todas formas, debemos esperar al examen forense. ¿Va a ir usted a la calle Oczko[5]?

Ella le miró sin comprender a qué se refería.

—Perdón, ha sido un lapsus. Quería decir al hospital. A la autopsia.

En los ojos de Sobieraj apareció un destello de miedo, pero rápidamente se calmó.

—Creo que deberíamos estar presentes los dos.

Szacki asintió y extendió sobre la mesa una veintena de fotografías que mostraban al detalle la navaja de afeitar. Según la regla que se veía junto a ella, medía más de cuarenta centímetros, de los cuales unos treinta pertenecían a la hoja rectangular. El mango era de madera oscura con abrazaderas de latón, y en una de ellas había algo grabado. Szacki buscó una ampliación. La inscripción decía: «C. RENEWALD». En otra de las ampliaciones, vio la mano del fotógrafo reflejada en la hoja bien pulida, lisa como un espejo. Una mujer, casada, a juzgar por la alianza. El metal plateado no presentaba manchas, rasguños ni mellas. Una verdadera obra maestra de la metalurgia. Una obra maestra con historia.

—¿Opina usted que se trata del arma homicida? —preguntó Sobieraj.

Szacki opinaba que todas esas formas de cortesía ya le cansaban y que según avanzara la investigación se harían insoportables.

—Opino que todo esto es muy extraño y teatral. Un cadáver desnudo con el cuello abierto, una navaja-machete antigua tirada al lado, ninguna huella de lucha o de forcejeo.

—Ni sangre en la hoja.

—Esperemos los resultados del laboratorio. Creo que habrá sangre, alguna microhuella, ADN. El cuchillo nos dirá más de lo que le habría gustado a quien lo tiró ahí.

—¿Lo tiraron?

—Está muy limpio, como si no lo hubieran tocado. Alguien lo dejó adrede. Hasta en los más sucios crímenes pasionales, los borrachos recuerdan llevarse el arma homicida. No creo que se hallara en esos arbustos por casualidad.

Sobieraj sacó del bolso las gafas de leer y se puso a mirar con atención las fotografías. Tenían una montura gruesa de color marrón y le quedaban que ni pintadas. Szacki pensó: si la navaja-machete es un mensaje, habrá que encontrar a alguien capaz de descifrarlo. Maldita sea, ¿qué especialista se podría encargar de eso? ¿Un experto en armas blancas? ¿En objetos

militares? ¿En metalurgia? ¿En obras de arte?

Sobieraj le dio una ampliación del mango de madera y se quitó las gafas.

—Hay que buscar a un experto en armas blancas, y si es un museólogo mejor. Quizá conozca esa firma.

—¿C. Runewald? —preguntó Szacki.

A Sobieraj se le escapó una carcajada.

—Grünewald. Igual va siendo hora de hacerse con unas gafas, señor fiscal.

Szacki prefirió mantener la calma. Nada de sonrisas, nada de nervios, nada de revanchas.

—Ya va siendo hora de que me hable de la difunta y su familia.

Sobieraj se entristeció de golpe.

## 9.

El fiscal Teodor Szacki no estaba demasiado satisfecho. El relato de Sobieraj sobre los Budnik aportó mucha información, pero también muchos sentimientos. Para él, la fallecida dejó de ser el resultado de un acto criminal por el que alguien debía asumir la responsabilidad y recibir un castigo. El marido de la fallecida dejó de ser el sospechoso número uno. Gracias al vívido y emotivo relato de Sobieraj, se habían convertido en personas excesivamente de carne y hueso; el límite entre información e interpretación había sido traspasado. En contra de lo que hacía habitualmente, Szacki, al pensar en la difunta, veía ahora a una profesora sonriente que organizaba excursiones en bicicleta para dar clases al aire libre. Su marido no solo no era candidato a acabar entre rejas, sino que era un activista social capaz de luchar hasta la extenuación por cualquier causa que significara un beneficio para la ciudad, por pequeño que resultara. Szacki dudaba que en el resto de Polonia hubiera algún concejal independiente capaz de poner de acuerdo a todo el consejo para que votara unánimemente, por el bien de Sandomierz. ¡Basta, basta, basta!, no quería pensar en los Budnik hasta no haber hablado con el policía viejo, que le había dado a entender que no tenía una buena opinión sobre aquellos santos laicos.

Intentó ocupar su mente buscando información acerca de la misteriosa navaja-machete, pero resultó ser un segundo motivo de insatisfacción. Teodor Szacki no confiaba lo más mínimo en la gente, y menos aún en la gente con un hobby. Consideraba que tener una pasión y consagrarse a ella —en especial si se trataba de coleccionar— suponía un trastorno mental y quienes tenían tal fijación por un solo tema eran para él potencialmente peligrosos. Había visto suicidios provocados por la pérdida de una colección de monedas antiguas, y también a dos esposas cuyos pecados habían sido romper un sello valiosísimo y quemar una primera edición de unas novelas breves de Iwaszkiewicz. Ambas habían perdido la vida. Después de matarlas, los maridos —sus asesinos— se habían quedado junto a los cadáveres, llorando y

repitiendo que no entendían nada.

Y el mundo de los cuchillos resultó ser un mundo de entusiastas y coleccionistas. Incluso existía una revista, *La Estocada*, cuya misión —según aseguraban los autores— era «hacerte llegar, querido lector, información fiable sobre cuchillos de alta calidad y sobre otros temas relacionados con ellos. Tampoco faltarán objetos curiosos, como el que presentamos en nuestro próximo número, dedicado al látigo, que puede parecer algo exótico en estas páginas, pero que, en definitiva, se lleva fabricando en Polonia desde hace mucho tiempo. Y que nadie dude que también habrá una serie de artículos sobre armas blancas largas».

Látigos, sables y cuchillos de carnicero, un hobby de lo más encantador, se decía Szacki irritado mientras navegaba por foros llenos de discusiones sobre aceros, empuñaduras, formas de afilar, fraguar, forjar y ensartar. Leyó las revelaciones de un escritor que hacía espadas de samurái con sus propias manos; leyó acerca del «Padre del Moderno Damast», que dominaba las técnicas para elaborar el acero damasquino; miró fotografías de dagas militares, cuchillos de cazador para desollar animales, espadas, bayonetas, floretes y bracamartes. No se imaginaba que la humanidad hubiera producido tanta variedad de objetos cortantes.

Pero no encontró la navaja-machete.

Al final, en un acto de desesperación, hizo con el móvil unas fotos de la que probablemente era el arma homicida y las envió a la redacción de *La Estocada* en un mail en el que les preguntaba si conocían ese instrumento.

## 10.

La primavera llegó y se marchó. Por la tarde, cuando caminaba por la calle Mickiewicz en dirección a la pizzería Modena, donde se había citado con Wilczur, Teodor Szacki notó que el frío aún era intenso. El viejo policía no había querido reunirse con él en la plaza Mayor, afirmando que no soportaba «ese puto museo», y Szacki llevaba ya el suficiente tiempo viviendo en Sandomierz para entender a qué se refería.

Sandomierz en realidad se componía de dos o incluso tres ciudades. La número tres era la llamada «cristalería», un recuerdo de los tiempos en que las autoridades comunistas, después de la Segunda Guerra Mundial, trataron de transformar una villa burguesa y devota en una ciudad industrial, para lo cual construyeron allí una enorme fábrica de vidrio. El distrito era feo y sombrío, su estación de tren daba miedo, igual que su horrenda iglesia y las inmensas chimeneas de la fábrica, que a cualquier hora del día o de la noche estropeaban el paisaje de la región de Podkarpackie, visible desde la elevada orilla izquierda del Vístula.

La segunda ciudad era Sandomierz, donde transcurría realmente la vida de la localidad. Había un pequeño barrio de bloques de apartamentos, pero por fortuna no rompían demasiado la armonía del lugar. Además de colonias de chalets unifamiliares, colegios, parques, un cementerio, un cuartel militar, una comisaría, una estación de autobuses, tiendas pequeñas y grandes, una biblioteca. En fin, una ciudad polaca de provincias, quizá algo mejor cuidada que otras y ubicada en un paraje más bonito, al estar sobre colinas. Pero no se distinguiría de las innumerables urbes vomitivas de Polonia de no ser por la presencia de la ciudad número uno.

La ciudad número uno era la Sandomierz de postal, la del padre Mateusz y el escritor Jarosław Iwaszkiewicz, un caramelo en lo alto de una ladera, cuya panorámica fascinaba a todos sin excepción y de la cual se había enamorado Szacki en su momento. Todavía se daba paseos hasta el puente solo para contemplar desde allí el casco viejo, cuyas casas parecían ascender

por la escarpa; el ilustre edificio del Collegium Gostomianum; las torres del ayuntamiento y de la catedral; el remate renacentista de la Puerta de Opatów; el imponente castillo. Dependiendo de la época del año y del día, la vista era diferente, pero siempre resultaba igual de impresionante.

Por desgracia —cosa que Szacki ahora sabía perfectamente—, era un panorama que solo desde lejos causaba la impresión de ser italiano, toscano: dentro del casco viejo todo resultaba muy polaco. Sandomierz se encontraba demasiado lejos de Cracovia, y sobre todo de Varsovia, como para convertirse en un centro turístico tipo Kazimierz Dolny. A pesar de merecerlo mil veces más por ser una ciudad hermosa, no un pueblucho con tres o cuatro edificios renacentistas y varias docenas de hoteles para que los empresarios polacos puedan tirarse a sus amantes. Estar alejado de las rutas turísticas hacía que las preciosas callejuelas del casco viejo de Sandomierz exhalaran aburrimiento, vacío, desesperanza polaca y la sensación de que era «un puto museo». Por la tarde desaparecían las excursiones escolares, los viejos inquilinos de los edificios históricos se metían en sus casas, poco después cerraban las pocas tiendas que había en la zona y algo más tarde los bares. Alguna vez le había ocurrido a Szacki que, siendo apenas las seis de la tarde, no se había cruzado con nadie entre el castillo y la Puerta de Opatów. Uno de los lugares más bonitos de Polonia estaba desierto y muerto; resultaba deprimente.

La verdad es que Szacki se sintió mejor cuando bajó por la calle Sokolnicki y se puso a caminar por Mickiewicz camino de la pizzería Modena. Había coches, gente, clientes en las tiendas, chavales pegados a sus móviles, alguien comiéndose un bollo, alguien corriendo para coger el autobús, alguien gritándole a una mujer al otro lado de la calle que «ahora, ahora, un momento». Szacki respiró profundamente; aunque le diera miedo reconocerlo ante sí mismo, echaba mucho de menos Varsovia. Tanto que incluso ese humilde sucedáneo de ciudad que era Sandomierz provocaba que la sangre corriera más rápido por sus venas.

Modena era una tabernucha de provincias que apestaba a cerveza, pero —había que reconocerlo— allí servían la mejor pizza de Sandomierz y, gracias a la exquisita Romántica, preparada con doble ración de mozzarella, el colesterol de Szacki ya había dado más de un salto. El inspector Leon Wilczur, como buen madero que era, estaba sentado en el rincón más oscuro

de espaldas a la pared. Sin cazadora daba la impresión de ser aún más delgado y a Szacki le vino a la mente la imagen de los espejos deformantes de los parques de atracciones. Resultaba imposible que un hombre fuera tan flaco, parecía una cabeza de mentira colocada sobre unas ropas viejas.

Se sentó frente al viejo policía sin decir una palabra y repasó mentalmente las preguntas que traía preparadas.

—¿Sabe usted quién lo ha hecho?

La mirada de Wilczur le dio a entender que aceptaba la pregunta.

—No. Y no tengo ni idea de quién ha podido ser. No conozco a nadie que quisiera hacerlo. A nadie que saliera ganando con esa muerte. Diría que no ha sido una persona de aquí, de no ser porque tiene que haber sido alguien de aquí. No creo que un forastero de paso se haya tomado tantas molestias.

Con eso en realidad ya contestaba a las preguntas clave que Szacki había preparado, con independencia de que tuviera intención de contestar a cada una de ellas personalmente. Era hora de pasar a las complementarias.

—¿Cerveza o vodka?

—Agua.

Szacki pidió agua y también una Coca-Cola y una Romántica. Después se puso a escuchar la chirriante voz de Wilczur, mientras él componía en su cabeza un informe de las divergencias entre el relato del viejo policía y el empalagoso testimonio de Sobieraj. Las informaciones objetivas eran iguales. Grzegorz Budnik había sido «desde siempre» —es decir, desde 1990— un concejal de Sandomierz que no había visto cumplidas sus aspiraciones de ser alcalde; su difunta esposa, Elżbieta —más conocida por el diminutivo, Ela—, quince años más joven que él, fue profesora de inglés en la famosa escuela de primaria Número Uno, que ocupaba el edificio del antiguo colegio de los jesuitas, y además dirigía un centro artístico para niños y participaba en todos los actos culturales locales que podía. Vivían en un chalet de la calle Katedralna, que al parecer había sido tiempo atrás la residencia de Iwaszkiewicz. No eran especialmente pudientes, no tenían hijos; eran unos activistas sociales que se iban haciendo mayores. Sin filiación política. Si hubiera que buscar por fuerza alguna etiqueta, él sería de izquierdas, a juzgar por su pasado en el Comité Nacional en la época comunista, y ella de derechas, dada su implicación en las iniciativas eclesióstas y su ligeramente manifiesta fe católica.

«En cierto modo es un símbolo de esta ciudad —le contó Sobieraj—.

Personas con puntos de vista muy distintos, con pasados diferentes, que en teoría están en lados opuestos de la barricada. Pero siempre dispuestos a dialogar y a entenderse por el bien de Sandomierz».

—En cierto modo es un símbolo de este antro de ciudad —dijo Wilczur—. Al principio los de izquierdas y los de derechas tenían algo que demostrar por turnos, pero al final pensaron en entenderse por el bien del negocio. No en vano el ayuntamiento se encuentra en un antiguo monasterio dominicano con vistas a la sinagoga y al barrio judío. Para que no olviden qué es bueno para el *gesheft*<sup>[6]</sup> —dijo con acento yidis—. No es mi intención darle una clase de historia, pero en resumen le diré que en época de los comunistas la ciudad era un asco. Lo guay era Tarnobrzeg, que tenía la mina de azufre, y como mucho también lo era la fábrica de vidrio al otro lado del río. Aquí solo teníamos los remilgos de cerebritos descerebrados que por si fuera poco vestían sotana. En Varsovia había incluso señales de carretera que indicaban la distancia hasta Tarnobrzeg. Esto era todo miseria, pobreza, un puto museo al aire libre. Cayó el comunismo, llegaron nuevos dirigentes y la gente se alegró, aunque por poco tiempo, porque pronto resultó que esto no era una ciudad, sino una excrecencia laica en el sano tejido de la Iglesia. El cine lo transformaron en el Centro Católico. Empezaron a celebrar oficios religiosos en la plaza Mayor. En la vega colocaron un Juan Pablo II del tamaño de un faro marítimo, y así tuvieron un pretexto para decir que aquel no era un lugar adecuado para organizar fiestas. Ahora ya solo cagan los perros. Y volvió a ser un puto museo al aire libre con más iglesias que bares. Después los de izquierdas regresaron al poder y, tras unos instantes de consternación, resultó que si el *gesheft* era bueno, pues hala, venga, todos podían sacar provecho. Y que si en un terreno recuperado por la Iglesia se construía una tienda o una gasolinera, todos contentos.

—¿Budnik intervino en eso?

Wilczur titubeó y pidió otra botella de agua con un gesto que más parecía indicar que quería un whisky de malta.

—Yo en esa época trabajaba en Tarnobrzeg, y la gente hacía comentarios.

—Esto es Polonia, la gente siempre hace comentarios. Yo he oído que nunca estuvo mezclado en nada turbio.

—Oficialmente no. Pero la Iglesia no está obligada a subastar, puede vender lo que quiera, a quien quiera y por el dinero que quiera. Resultó bastante raro que la ciudad primero devolviera de buena gana terrenos a la

Iglesia como compensación por los daños causados por las autoridades comunistas y que poco después ella misma los vendiera para construir gasolineras y supermercados. No se sabe a quién, no se sabe por cuánto dinero. Aunque Budnik era un gran defensor de aquello de que a Dios lo que es de Dios y a los judíos lo que es judío.

Szacki se encogió de hombros. Se aburría, le cansaba el hecho de que todas las afirmaciones de Wilczur tenían un tono negativo, que estaban impregnadas de veneno polaco, que eran tan pegajosas como las mesas de aquella pizzería.

—Ese tipo de negocios son normales a lo largo y ancho de Polonia, no sé qué relevancia puede tener. ¿Hizo que Budnik se ganara enemigos? ¿Hubo alguien a quien se negara a hacer partícipe? ¿O a quien metiera en el negocio pero no como deseaba? ¿Hizo tratos con la mafia? De momento lo que me ha contado me parecen chanchullos provincianos, una buena exclusiva para algún periódico escolar de la zona. Pero no algo por lo que se le rebane el pescuezo a la mujer de alguien.

Wilczur levantó un dedo fino y arrugado.

—Quizá aquí el suelo no sea tan valioso como en las principales calles de Varsovia, pero nadie lo entrega gratis.

Se calló y se quedó pensativo. Szacki aguardó y observó al policía. Intentaba pensar en él como en un experimentado poli local, pero había algo en el inspector que le repelía. Tenía el aspecto de un vagabundo, característica que parecía tan arraigada en el hombre que daba igual cómo se vistiera o qué bebiera, porque siempre le recordaría a un vagabundo empapado en vodka. No existía ningún motivo racional para ello, pero la confianza de Szacki en Wilczur se diluía por momentos. Echaba de menos a Kuznetsov. Mucho.

—Ya ve usted cómo es esta ciudad —continuó Wilczur—. Quizá siga adormilada, pero es un bombón como no hay otro en Polonia, lo tiene todo para ser un nuevo Kazimierz Dolny o incluso mejor. Construirán un puerto fluvial, un par de spas, al lado pasará una autopista de Varsovia a Rzeszów y a la frontera con Ucrania. Al otro lado de la ciudad estará la autopista entre la capital y Cracovia. En cinco años todos los viernes habrá aquí atascos de BMW en ambas direcciones. ¿Por cuánto se multiplicarán los beneficios de esos terrenos? ¿Por diez? ¿Por veinte? ¿Por cien? No hay que ser un genio para preverlo. Y ahora piense en lo siguiente. Digamos que conoce usted

Sandomierz y que tiene mucho dinero y grandes planes; quiere construir hoteles, restaurantes, chalets adosados, atracciones turísticas. De estas tierras se pueden sacar miles de millones y usted lo sabe, pero lo más que puede llegar a edificar es una caseta de perro en el jardín de su casa, porque los terrenos urbanizables de la ciudad vuelven a la diócesis para mayor gloria de Dios y después, sin hacer ruido, acaban en manos de personas de confianza con los contactos adecuados. ¿Dónde vive usted?

—Alquilo un apartamento en la calle Długosz.

—¿Y sabe cuánto cuesta comprar un piso aquí? ¿O un chalet? ¿O una parcela de terreno?

—Claro. Un piso de sesenta metros cuadrados sale por unos doscientos mil zlotys, un chalet cuesta tres veces más.

—En Kazimierz, por un piso de ese tamaño te piden entre medio millón y un millón. Los chalets no tienen un precio máximo, pero las conversaciones para la compra de una casucha ruinosas en las afueras empiezan a partir de un millón.

Szacki se imaginó pidiendo el crédito más alto posible y comprando tres pisos en Sandomierz, para convertirse en un feliz arrendador al cabo de unos años. Una perspectiva muy agradable.

—Vale —dijo lentamente—. Siguiendo pregunta: de las personas que han tenido que construir una caseta de perro en su jardín, ¿cuál es la más cabreada?

La respuesta de Wilczur fue arrancarle el filtro a un cigarrillo que a continuación encendió.

—Debe usted comprender una cosa —dijo después—. Aquí a nadie le cae bien Budnik.

Szacki se revolvió incómodo: esperaba encontrar a un astuto policía local, pero estaba tratando con un paranoico.

—Hace nada me han pintado un cuadro del matrimonio Budnik usando solo tonos pastel, queridos por todos, santos laicos. ¿Es cierto que fue él quien trajo aquí la serie *El padre Mateusz*?

—Cierto. La iban a rodar en Nidzica, pero Budnik conocía a alguien en la televisión estatal y lo convenció para que se vinieran a Sandomierz.

—¿Es verdad que gracias a él los campos de matojos del bulevar Piłsudski se van a convertir en un parque y un puerto fluvial?

—Verdad de la buena.

—¿Es verdad que hizo remodelar el parque Piszczele?

—Es la pura verdad. Hasta a mí me impresionó, estaba convencido de que ese barranco de asesinos y violadores no tenía solución.

Szacki pensó que en Sandomierz no había oído hablar de asesinos ni violadores, exceptuando los bares de la localidad, donde los sabores eran asesinados y los paladares brutalmente violados. Pero se guardó el comentario para sí.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? —preguntó.

El inspector Wilczur realizó un gesto indefinido, que debía dar a entender que intentaba expresar algo imposible de explicar con palabras.

—¿Conoce usted a ese tipo de activista social que hace mucho ruido y no da su brazo a torcer porque siempre anda metido en alguna cruzada?

Szacki asintió.

—Él era uno de esos. Daba igual que tuviera o no razón, siempre se acababa hasta los cojones de él. Conozco a gente que votó a favor de lo que Budnik proponía solo para que se quedara de una vez tranquilo. Para que dejara de darles el coñazo, de telefonar por las noches, de acudir a todos los periódicos.

—Es poco —dijo Szacki—. Todo eso es poco. Un activista irritante con sus chanchullos locales no basta. No le han rajado las ruedas del coche, no le han roto los cristales de la casa, no le han matado al perro: han degollado a su esposa de una forma cruel y premeditada.

La opinión de Sobieraj sobre la difunta no dejaba lugar a dudas: era una mujer extraordinaria, bondadosa, sin defectos, siempre actuaba con el corazón en la mano; aunque su marido se mostrara muy agresivo en sus cruzadas y enfureciera a muchos, ella conseguía que se calmaran. Ayudaba, aconsejaba, solucionaba asuntos. La bondad personificada, poseía las mejores cualidades en todos los aspectos. La fiscal Sobieraj le dedicó un auténtico ditirambo sin la menor objetividad, tras lo cual se echó a llorar. Resultó muy embarazoso. Aunque, a pesar de todo, también le pareció verosímil. En cambio tenía un problema con lo que le contaba Wilczur. Algo no cuadraba. Aún no sabía qué, pero algo no encajaba.

—Madre Elżbieta de los Ángeles<sup>[7]</sup>, así la llamaban —comentó Wilczur.

—¿Estaba loca?

Wilczur negó con la cabeza.

—En absoluto. La bondad hecha carne.

—Pues la del relato estaba pirada.

—Eso lo sabemos usted y yo, y ella también, por eso odiaba el apodo. Pero así la llamaban, creían que le decían un piropo. Y le voy a ser sincero: no era santa de mi devoción, pero se merecía todos los piropos. Era de verdad una buena persona. No voy a repetir lo que ya le han dicho, pero estoy seguro de que todo lo que haya usted oído sobre ella y todo lo que aún oirá es verdad.

—¿Quizá también resultara irritante? ¿O se implicaba demasiado en el activismo social? ¿O era demasiado católica? No sé, a lo mejor compraba poco en los mercados populares. Estamos en Polonia, algo habría por lo que la odiaran, por lo que la pusieran a caer de un burro a sus espaldas, por lo que la envidiaran, ¿no?

Wilczur se encogió de hombros.

—No.

—¿No? ¿Y ya está? ¿Ahí termina el brillante análisis?

El policía asintió y le quitó el filtro a un cigarrillo. Szacki sintió un deseo de renunciar superior a sus fuerzas. Quería irse a Varsovia. Ya. Enseguida. Cuanto antes.

—¿Y las relaciones entre ellos?

—Supongo que conocerá ese principio por el cual la gente se empareja con otros de su misma condición. Los guapos con los guapos, los tontos con los tontos, los manirroto con los manirroto. En cambio la señora Budnik estaba dos o tres peldaños por encima de su marido. A ver cómo se lo explico... — Wilczur se quedó pensando, lo cual hizo que su rostro mostrara un rictus espantoso, cadavérico. Bajo la débil luz de la pizzería y tras el velo del humo del cigarrillo, parecía una momia revivida con poco éxito—. La gente lo aguanta a él solo porque ella lo eligió. Piensan: «En fin, está como un cencerro, pero en el fondo tiene razón, y si a su lado hay una mujer como esa, no puede ser malo». Y él lo sabe. Sabe que es algo contra natura.

Sobieraj había dicho: «Me gustaría que algún hombre estuviera enamorado así de mí durante tantos años. Me gustaría ver a diario esa veneración en los ojos de alguien. Desde fuera podía parecer que no estaban hechos el uno para el otro, pero hacían una magnífica pareja. Todo el mundo debería sentir un amor así, una veneración como esa».

—La veneraba, pero había algo sucio en esa veneración —soltó Wilczur con su lengua viperina—, algo posesivo, algo viscoso. Mi ex trabajó en el hospital hace varios años, justo cuando se supo que la señora Budnik no

podía tener hijos. Ella se desesperó; él, en absoluto. Dijo que al menos así no tendría que compartirla con nadie. Era pasión, sin duda. Pero ya sabe usted qué ocurre con los apasionados.

Szacki lo sabía, pero no quería darle la razón a Wilczur porque cada vez le gustaba menos ese individuo y le asqueaba cualquier forma de fraternización con él. Tampoco quería alargar la charla. Dos personas le habían hablado aquel día sobre los Budnik y tenía la impresión de que aún no sabía una mierda: lo poco que había averiguado no le valía para nada.

—¿Ha interrogado a Budnik? —le preguntó al final.

—Se encuentra en un estado lamentable. Le he hecho solo un par de preguntas de rigor, lo demás lo dejo para usted. Está siendo vigilado discretamente.

—¿Dónde estuvo ayer?

—En casa.

—¿Y ella?

—También en casa.

—¿Cómo dice?

—Eso nos ha asegurado. Vieron algo en la tele, luego se hicieron arrumacos y se echaron a dormir. Él se levantó de madrugada para beber agua y su esposa ya no estaba. No le dio tiempo ni a intranquilizarse del todo, porque enseguida le llamó Barbara Sobieraj.

Szacki no podía creer lo que había escuchado.

—Eso es una estupidez. Es el bulo más tonto que he oído en mi vida como fiscal.

Wilczur asintió dándole la razón.

## 11.

El fiscal Teodor Szacki tiró a la basura los restos de fiambre y queso que aún había en la nevera, una lata de paté a medias, un trozo de tomate, y dudó sobre qué hacer con el contenido de la sartén, pero finalmente la salsa boloñesa de dos días antes también fue a parar al cubo. Más de la mitad de la que había cocinado. Preparaba demasiada comida, suficiente para una familia de tres personas más algún invitado ocasional. En Sandomierz no tenía familia, no tenía amigos, ni conocidos, ni invitados. A veces se obligaba a cocinar para él, pero el ritual de meterse solo en la cocina y de comer solo resultaba insoportable. Había probado a comer con la radio o la tele encendidas, pero ese sucedáneo de presencia humana no hacía más que empeorar las cosas. No podía tragar ni un bocado, se le quedaban en la garganta; ingerir alimentos empezó a parecerle un acto tan complicado y depresivo que después de cada comida tardaba mucho en recuperarse. Y cada vez le costaba más.

Ir a las tiendas le suponía un suplicio. Aprendió poco a poco a comprar menos. Al principio le pasaba lo mismo que a la hora de cocinar: sin darse cuenta cogía la misma cantidad de siempre. Estaba acostumbrado a que, por mucho que comprara, todo acababa desapareciendo de la nevera. Uno se hacía un bocadillo, otro volvía a casa con hambre, por la noche frente al televisor siempre se picaba algo. Pero en Sandomierz estaba solo él. Primero renunció a los productos frescos empaquetados. En los envases de fiambre y de queso había demasiado para una sola persona, todos los días tiraba algo. Empezó a comprar al peso, pero también se llevaba en exceso. Doscientos gramos de fiambre, ciento cincuenta, cien. Un día entró en una tienda de alimentación de la plaza Mayor. Puso en la cesta un panecillo, una tarrina de requesón, un zumo de naranja pequeño, cincuenta gramos de jamón york y un tomate. El cajero bromeó diciendo que no andaba sobrado de apetito. Salió sin decir una palabra, aguantó como pudo hasta llegar a casa, pero lloró mientras se preparaba el desayuno y cuando se sentó frente al plato con los

dos sándwiches que se había hecho sollozó fuera de sí; no podía parar, las lágrimas y los mocos le embadurnaron la cara. Y se puso a aullar, balanceándose adelante y atrás, sin poder apartar los ojos llorosos de los sándwiches de jamón york. Porque comprendió que había perdido todo lo que amaba y que jamás lo recuperaría.

Después de trasladarse a Sandomierz había adelgazado quince kilos. Allí nadie lo conocía, pensaban que siempre había sido un flacucho. Pero los trajes le quedaban grandes, los cuellos tenían demasiada holgura y se vio obligado a hacer más agujeros en los cinturones con ayuda de un miserable clavo calentado con la llama de un quemador.

Pensó en concentrarse en la vorágine del trabajo, pero allí no había tanta faena. Pensó en volver a Varsovia, pero no tenía nada por lo que mereciera la pena regresar. Pensó en encontrar a una compañera que no fuera solo alguien con quien compartir la cama, pero no tenía fuerzas para ponerse a ello. Pasaba mucho tiempo tumbado, meditando. A veces le parecía que ya se encontraba mejor, que volvía a pisar tierra firme, pero entonces el suelo bajo sus pies se hundía y nuevamente tenía que dar un paso atrás. No sabía dónde iba a pisar, pero el paso lo daba. Al otro lado del abismo estaba su antigua vida, en la que se movían Weronika, Hela, Kuznetsov, sus amigos. Luz, bullicio, risas. Desde donde él estaba, a un lado veía oscuridad y al otro el abismo. Un día más, otro fragmento de suelo que se hundía, un nuevo paso atrás. Al final la oscuridad lo rodeó por todas partes, pero él siguió dando un paso atrás diario. Y se hizo a la idea de que ya siempre sería así.

Echó un poco de agua en la sartén en la que había estado la salsa y la dejó sobre la cocina. Ya la fregaría.

Esto no puede seguir así, pensó, apartando la idea de que esa convicción lo martirizaba a diario. Esto no puede seguir así, las parejas se divorcian pero luego viven en armonía, a veces siguen siendo amigos, crían juntos a los hijos, Demi Moore asistió a la boda de Bruce Willis y viceversa, no es necesario dormir en la misma cama o vivir en la misma casa para crear una familia. Después de todo, él, Weronika y Hela siempre serían una familia, independientemente de lo que había ocurrido o lo que fuera a ocurrir.

Cogió el teléfono, aún tenía a Weronika en la marcación rápida. Solo que ahora era simplemente «Weronika», en lugar de «Gata», como antes.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Hola, ya lo he visto. ¿Qué quieres?

No tenía por qué ser amable y él lo comprendía.

—Solo llamaba para ver si todo va bien. ¿Qué tal tú? ¿Qué tal Hela?

Un momento de silencio.

—¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez? ¿Es que acaso hay periodos de tiempo determinados en que puedo llamar para enterarme de cómo le va a mi hija?

Un suspiro.

—Tu hija está perfectamente, tengo que estar encima de ella para que haga los deberes, mañana tiene un examen —su voz sonaba cansada, desganada, como si llevara a cabo una desagradable obligación.

Szacki sintió que una enorme bola de agresividad crecía en su garganta.

—¿Y de qué es el examen?

—De Naturales. Teo, ¿quieres algo concreto? Lo siento, pero es que estoy un poco ocupada.

—En concreto quería saber cuándo iba a venir mi hija a visitarme. Me da la impresión de que dificultas el contacto entre ella y yo.

—No seas paranoico. Ya sabes que no le gusta viajar a Sandomierz.

—¿Y por qué? ¿Porque si empieza a visitarme entonces su padrastro tendrá competencia y tu nueva y maravillosa relación no será tan maravillosa?

—Teo...

—Ya, sí, pero tendrá que comprender que yo ahora vivo aquí, ¿no?

Se odió por permitir que en su voz apareciera un tono lastimero.

—Explícaselo a ella tú mismo.

No supo qué contestar. Hela hablaba con él a disgusto, le escuchaba a disgusto. Su nueva casa le gustaba, pero la pequeña madriguera de su padre, situada a doscientos kilómetros de Varsovia, no. Al principio intentaba ocultar esa repulsión al hablar con él, pero después ya no.

—Bueno, entonces quizá vaya yo.

—Quizá. Como quieras. Te lo ruego, Teo, si no llamas por algo concreto...

—No, gracias. Dale un beso a mi tejoncito. ¿Vale?

—Vale.

Ella esperó a ver si Szacki decía algo más. Él notó su aversión y su impaciencia. A través del aparato le llegaron sonidos procedentes del otro lado. El televisor estaba encendido, la tapadera de una cacerola repiqueteaba, alguien se rio, un niño. Weronika colgó el auricular y el pequeño piso de la

calle Długosz de Sandomierz se quedó completamente en silencio.

Szacki tenía que hacer algo para no pensar. Trabajar, ya que por fin tenía un caso en condiciones. Debía trazar el plan de investigación, pensarlo bien antes de tomar una decisión, preparar los pasos siguientes, apuntarlo todo en la agenda. ¿Por qué no se ponía manos a la obra? Normalmente ya tendría tres cuadernos llenos de notas. Abrió el portátil de manera brusca para buscar información y prepararse para el interrogatorio a Budnik, al día siguiente. Seguro que tanto él como su esposa habían aparecido a menudo en los medios. Debía echarle un vistazo a los comentarios, a los cotilleos, a las actas de las sesiones del ayuntamiento. A todo. En ese momento llegó un mail, de lo cual le avisó el característico sonido del teletransporte en el videojuego *Myst*.

From: redaccion@laestocada.com.pl  
Subject: Re: Fiscal pregunta por navaja-machete  
To: teodor.szacki@gmail.com  
Date: 15 abril 2009 19:44 CET

¡Hola!

Menudo susto me ha dado usted con lo de «fiscal pregunta», ya pensé que habíamos infringido alguna ley por publicar fotos de cuchillos demasiado grandes :-). Para ir al grano le diré que he tenido que consultar a varios coleccionistas de prestigio para confirmar mi propia suposición. Todos estamos de acuerdo en que su «navaja-machete» es un *jalef*, es decir, el cuchillo usado por el *shojet* —carnicero judío— en el sacrificio ritual de animales.

Por sus dimensiones se puede deducir que está destinado a matar ganado vacuno (para las aves y los corderos son más pequeños) y, por su estado, que perfectamente podría ser aún usado en alguna carnicería kosher. Sepa usted que los cuchillos para el sacrificio ritual deben estar en perfecto estado: el menor rasguño, mella o irregularidad los hace no aptos, el filo se comprueba con la uña antes y después de cada uso. Esto se hace porque solo un cuchillo perfectamente afilado puede cortar de un tajo el esófago, la laringe, las venas y arterias principales del cuello, que son precisamente los requisitos que exige el sacrificio ritual kosher. Los judíos creen que esa es la manera más humanitaria e indolora de matar (cuánto haya de verdad

en eso es ya otro cantar).

Espero haberle ayudado y también espero que el cuchillo —por cierto, me gusta mucho el calificativo de «navaja-machete»— no haya sido utilizado para fines infames ;-)

Atentamente,  
Janek Wiewiórski  
Redactor

Szacki leyó varias veces el mail, sin pensar ya para nada en sus problemas personales. Estaba en una ciudad católica con un pasado antisemita y tenía que dirigir la investigación del asesinato de una conocida activista social a la que habían matado de manera ritual, como lo harían con una vaca en una carnicería judía.

Llamaron a la puerta.

Esto va a ser una masacre, pensó Szacki, aunque enseguida se reprochó el haber escogido tan mal las palabras. Abrió la puerta. Al otro lado estaba Klara como Dios la trajo al mundo. Él miró su cuerpo hermoso y bien cuidado, miró sus pechos jóvenes y erguidos, sus rizos castaños cayendo por los hombros, y le sonrió, contento, invitándola a entrar, sin sentir absolutamente nada por ella.

Pero la sonrisa era sincera. El fiscal Teodor Szacki tenía un caso y por esa razón estaba tan contento.

---

## **Capítulo segundo**

*Jueves, 16 de abril de 2009*

Para los judíos en la diáspora hoy es el último día de la Pésaj, que celebran con gran solemnidad; para los cristianos es el quinto día de la Octava de Pascua; para los polacos, el último día del luto nacional. El ejército polaco celebra el Día del Zapador, la actriz Alina Janowska, su ochenta y seis cumpleaños y la Bolsa de Varsovia, su decimoctavo aniversario. En Włocławek, la policía municipal detiene a un sacerdote con vestiduras litúrgicas y a su monaguillo por ir borrachos como cubas y comportarse con agresividad. Al final resultan ser seglares que le habían birlado las prendas a la madre de uno de ellos, sastra de profesión. Una compañía británica encuentra en los alrededores de Poznań un enorme yacimiento de gas, mientras que la prensa británica informa de que la canción que más a menudo se interpreta en los funerales es «My Way», de Sinatra, aunque también se encuentra muy bien colocado en la lista el tema de AC/DC «Highway to Hell». Dinamo de Kiev y Shajtar Donetsk, por un lado, y Werder Bremen y Hamburgo, por otro, protagonizarán sendos duelos fratricidas en las semifinales de la copa de la UEFA. Sandomierz está indignada por el traslado del mercado de frutas y verduras, ya que en su lugar se va a construir un parking junto al estadio nuevo. Los habitantes, independientemente de lo que opinen sobre ese asunto, experimentan en común otro día más de frío. La temperatura no supera los 14 grados, pero al menos hace sol y no llueve.

## 1.

Al fiscal Teodor Szacki no le gustaban el frío, los casos tontos, los abogados incompetentes ni los juzgados de provincias. Esa mañana recibió todo ello en una dosis muy alta. Miró el calendario: primavera. Miró por la ventana: primavera. Se vistió de traje, se puso el abrigo, se echó la toga sobre el hombro y decidió darse un paseo hasta el edificio del juzgado para airearse. En la calle Sokolnicki, caminando sobre el resbaladizo empedrado cubierto de escarcha, se dio cuenta de que no había sido una buena idea. En las inmediaciones de la Puerta de Opatów ya tenía las orejas entumecidas, junto al depósito elevado dejó de sentir los dedos y cuando por fin giró en la calle Kościuszko y entró en el edificio verde amarillento del juzgado, pasó unos minutos echándose el aliento en las manos hasta entrar en calor. Vaya un frío polar, maldito pueblucho, el culo del mundo, la madre que lo parió.

El juzgado era horrendo. El edificio pudo parecer moderno cuando lo construyeron en los años noventa, pero ahora semejaba un palacio gitano que hubieran remodelado para su uso público. Unas escaleras, elementos cromados, piedra verde, fachada quebrada... El edificio no encajaba ni con la arquitectura que lo rodeaba ni consigo mismo, su color verde parecía pedir perdón, como si tratara de esconder su propia fealdad ante los árboles del cementerio que se veían al fondo. La sala de vistas, que parecía la sala de conferencias de una compañía de segundo orden, seguía la misma línea estilística y el elemento que más llamaba la atención en ella eran las cortinas verticales verdes.

Szacki, asqueado y con mala cara, maldecía mentalmente lo que lo rodeaba, incluso después de haberse puesto la toga y haberse sentado en el lugar destinado al fiscal. Al otro lado tenía al acusado y a su abogado. Hubert Huby era un simpático señor de setenta años. Tenía un pelo espeso, todavía entrecano, gafas de montura gruesa y una sonrisa encantadora y modesta. Su defensor —seguramente de oficio— mostraba un aspecto desaliñado y de desesperanza. La toga sin abrochar, el pelo sin lavar, los zapatos sucios, el

bigote mal recortado; hasta se podía sospechar que olía mal. Igual que el caso, pensó cada vez más irritado Szacki, a quien habían puesto como condición para obtener el puesto en Sandomierz que cerrara todas las causas pendientes de su antecesor.

Al final apareció la jueza. Una pipiola, parecía que acabara de pasar la selectividad, pero al menos el proceso dio comienzo.

—¿Señor fiscal? —la jueza le dirigió una agradable sonrisa tras cumplir con las formalidades. En Varsovia ningún juez sonreía, como mucho lo hacían con malicia cuando alguien daba muestras de no saberse las leyes.

Teodor Szacki se levantó y se estiró la toga maquinalmente.

—Señoría, la fiscalía mantiene las tesis que aparecen en el acta de acusación, el acusado ha admitido todos los hechos por los que se le juzga, su culpabilidad no permite dudas a la luz de sus propias declaraciones y de las declaraciones de las mujeres perjudicadas. No deseo alargar el proceso, solicito que el acusado sea considerado culpable de haberse valido de engaños para hacer que varias personas se sometieran a diversos actos sexuales, detalles todos ellos que se recogen en el artículo 197, párrafo 2.º, del Código Penal, y solicito que se le imponga una pena de seis meses de prisión, que es, deseo subrayarlo, la pena más baja prevista por el legislador.

Szacki se sentó; el caso estaba muy claro, solo quería terminar de una vez con aquello. Intencionadamente pidió la pena más baja posible, no le apetecía discutir. No dejaba de pensar en cómo plantear el interrogatorio de Budnik, cambiaba de un lugar a otro los temas y las preguntas, su orden, como un malabarista; trataba de imaginar cuál sería el guion de la conversación, estar preparado para cualquier variante. Tenía la certeza de que Budnik había mentido en lo referente a la última noche que pasó con su esposa. Pero todo el mundo miente y eso no los convierte en asesinos. Quizá él tuviera una amante, discutieron, pasaron unos días sin hablarse, se fue a beber con los amigos. Espera, espera, hay que tachar a la amante; si Sobieraj y Wilczur habían dicho la verdad, entonces era el hombre más enamorado del planeta. No, espera, no se puede tachar nada, esto es una ciudad pequeña, aquí todos se llevan a partir un piñón, a saber quién, qué y con qué intenciones le cuenta algo al fiscal. Wilczur no despierta confianza, Sobieraj era amiga de la familia.

—Señor fiscal —la aguda voz de la jueza le sacó de su letargo. Se dio cuenta de que había escuchado una de cada tres palabras del discurso del

defensor.

Se puso en pie.

—¿Sí, señoría?

—¿Podría usted posicionarse en cuanto a lo expuesto por la defensa?

Hostia puta, no tenía ni idea de qué había expuesto la defensa. En Varsovia, salvo en raras excepciones, el tribunal no le preguntaba su opinión, solo escuchaba indiferente lo que declaraban las partes, se retiraba, volvía para dar un veredicto; solucionado, el siguiente, por favor.

En Sandomierz, la jueza resultó ser compasiva.

—¿Respecto a cambiar la calificación del delito por la del artículo 217, párrafo 1.º?

A Szacki se le apareció ante los ojos el texto del artículo. Miró al defensor como a un loco.

—Daré por supuesto que se trata de una broma. El letrado debería familiarizarse con las interpretaciones básicas y con la jurisdicción. El artículo 217 hace referencia a las lesiones físicas y en realidad solo se aplica en caso de peleas de importancia menor o cuando un político abofetea a otro. Naturalmente, comprendo las intenciones de la defensa, la demanda por lesiones la realiza una acusación particular y la pena máxima que se puede solicitar es de un año. Ni punto de comparación con el acoso sexual, que puede suponer entre seis meses y ocho años de prisión. Y eso es precisamente lo que hizo su cliente, señor letrado.

El defensor se levantó. Miró con gesto interrogativo a la jueza y la muchacha asintió.

—Quisiera también recordar que, como resultado de la mediación llevada a cabo, casi todas las afectadas perdonaron a mi cliente, lo cual debería motivar la suspensión del procedimiento.

Szacki no esperó a que le dieran permiso.

—Otra vez se lo digo: léase el Código Penal, letrado —bramó—. En primer lugar, ese «casi» cambia mucho las cosas, y en segundo, el sobreseimiento como resultado de la mediación solo se puede aplicar a delitos cuyas penas no sobrepasen los tres años de prisión. Lo máximo que puede hacer usted es solicitar una simple reducción de la pena, que ya de por sí es ridículamente baja teniendo en cuenta las proezas de su cliente.

El defensor sonrió y abrió los brazos en gesto de asombro. Demasiadas películas y pocos libros sobre leyes, pensó Szacki.

—Pero ¿es que acaso alguien ha sufrido algún daño? ¿Alguien ha tenido algún disgusto? Asuntos humanos, personas adultas...

Una cortina roja le cayó a Szacki ante los ojos. Contó mentalmente hasta tres para tranquilizarse. Tomó aire, se irguió y miró a la jueza. Esta asintió, llena de curiosidad por lo que el fiscal iba a comentar.

—Señor letrado, la fiscalía, representada por mi persona, está anonadada tanto por su desconocimiento de la ley como de las costumbres civilizadas. Le recuerdo que el acusado Huby pasó varios meses yendo de casa en casa ataviado con una bata de médico y un maletín, haciéndose pasar por doctor. Eso ya es punible. Fingía ser especialista en, cito, «mamografías palpatorias» y proponía realizar exámenes preventivos con la intención de que las mujeres se desnudaran y le dejaran acceder a sus encantos. Eso entra en la definición de violación. Y quisiera también recordar que a la mayoría de las «clientes» les aseguró que sus pechos se encontraban en perfecto estado, cosa que no tenía por qué ser verdad y que podía provocar que esas mujeres consideraran innecesarios otros exámenes preventivos, lo cual impediría detectar problemas serios de salud. Esa fue, por otro lado, la razón principal por la que una de las afectadas rechazó la mediación.

—Pero a dos de ellas les detectó bultos y las instó a que se pusieran en tratamiento, y como consecuencia les salvó la vida —contestó el abogado de manera ufana y enfática.

—Pues entonces que esas señoras le den un premio y le envíen regalos. Aquí de lo que se trata es de que el acusado ha cometido un acto delictivo y ha de asumir las consecuencias, porque no está permitido ir por las casas mintiendo para manosear a las mujeres. Igual que no está permitido ir por la calle rompiendo los dientes a la gente con la esperanza de que después un dentista descubra problemas más graves y los cure.

Szacki observó con satisfacción cómo la joven jueza se contenía para no soltar una carcajada.

—Y además, este caso ha servido para que en nuestra región se discuta en serio el tema de la prevención y de la necesidad de hacerse mamografías —el letrado no daba su brazo a torcer.

—¿Es esa una moción formal? —Szacki sintió que todo aquello era horriblemente tedioso.

—Son circunstancias que deberían ser tomadas en consideración.

—¿Señoría? —Szacki miró con gesto interrogativo a la jueza, que se

estaba divirtiéndose mucho con las ocurrencias del fiscal.

—Doy por cerrada la sesión. La sentencia será anunciada el lunes a las diez. Y a usted, señor fiscal, le ruego que venga un momento a mi despacho, por favor.

El despacho de la jueza —que se llamaba Maria Tatarska, según pudo comprobar Szacki en el listado de vistas— era tan horrendo como el resto del edificio, con ese mismo color verde pardusco tan desagradable, pero era espacioso. Szacki llamó y entró tras ser invitado a hacerlo, en el momento en que la jueza Tatarska, de espaldas a la puerta, se quitaba la toga. El hervidor eléctrico ya estaba conectado.

—¿Café? —preguntó mientras colgaba su atuendo de jueza.

Szacki iba a contestar que sí, una cucharadita, sin azúcar, con mucha leche, pero en ese instante la jueza Tatarska se dio la vuelta y el fiscal tuvo que concentrarse al máximo para que no se manifestara de ningún modo en su rostro la intensa emoción que estaba experimentando. Y para no tragar saliva de manera teatral. Bajo la toga, la jueza Tatarska era una auténtica maciza, con el cuerpazo de la chica de las páginas centrales de alguna revista, y el escote de su blusa violeta habría sido considerado atrevido incluso en un club nocturno.

—Sí, por favor. Una cucharadita, sin azúcar, con mucha leche.

Charlaron un rato sobre el caso, mientras ella preparaba café para los dos. Cosas triviales, nada interesante. Supuso que le había hecho ir por algo concreto. No por el placer de conocer de cerca la frialdad profesional, la silueta adelgazada y el pálido rostro de un tío que en unos meses cumpliría cuarenta años, que había pasado un invierno poco animado y que había dejado de cuidar su físico. Sabía que su pinta era la de un funcionario público. Normalmente eso no le importaba, pero en ese momento le hubiera gustado tener mejor aspecto. También deseaba que fuera al grano, porque en cinco minutos debía marcharse.

—He oído hablar de usted, de sus casos, mis amigos de la capital me han contado algo —ella lo observaba atentamente. Szacki no dijo nada, esperó a que continuara. ¿Qué podía él decir? ¿Que también la conocía de oídas?—. Imagínese, en cuanto se corrió la voz de que se iba a quedar aquí, hicimos todo tipo de indagaciones. Seguro que ya se ha dado cuenta de que en provincias no son tan frecuentes los cambios en el personal. Es posible que

usted no percibiera nada, pero en nuestro círculo fue todo un acontecimiento.

Él seguía sin saber qué decir.

—También he buscado cosas en la prensa, he leído acerca de sus casos, algunos fueron crímenes de primer nivel, historias sonadas. Me llamó mucho la atención el asesinato cometido durante una terapia de constelaciones familiares.

Szacki, cómo no, se encogió de hombros. Las constelaciones familiares, maldita sea, de no haber sido por aquel caso, por su aventura, por las historias de antiguos policías secretos de la época comunista, seguro que estaría comiendo huevos duros con salsa pseudotártara en la avenida Solidaridad y ya habría hablado con Weronika para ver quién recogía a la niña de la escuela. De no ser por las constelaciones familiares, tendría una vida.

—En su momento me interesé mucho por las constelaciones familiares, incluso viajé a Kielce a una terapia, pero la suspendieron y después ya no me apeteció ir otra vez. Ya sabe, una mujer sola, las tardes se hacen largas, una piensa demasiado. Una piensa que quizá tenga algún problema, que necesita tratamiento. Tonterías.

Szacki no podía creer lo que oía. Estaba ligando con él. Esa maciza con estudios de Derecho estaba ligando con él. Se puso tenso, la típica costumbre del hombre casado. Se puso tenso al pensar en el flirteo, en las citas, en las mentiras, en los sms enviados a escondidas, en los móviles puestos en silencio, en las horas de trabajo perdidas para encontrarse en la ciudad.

Y comprendió que la costumbre del hombre casado era solo eso, una costumbre, una segunda naturaleza, pero segunda, no primera. Era libre, podía hacer lo que quisiera, tenía un piso con vistas al Vístula. Podía citarse con una provinciana y follársela de pie en la cocina. Así, sin más. Sin remordimientos, sin andarse con rodeos, sin jugar al ratón y al gato, pasando de zarandajas como la amistad o las relaciones inocentes.

Tenía que irse, pero antes quedó con ella para esa tarde. Las constelaciones familiares, por supuesto, menudo caso fue ese, se lo contaría todo encantado.

Aunque tendría que deshacerse de Klara.

## 2.

*TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Grzegorz Budnik, nacido el 4 de diciembre de 1950, con domicilio en Sandomierz en la calle Katedralna n.º 27, con estudios superiores de Química, presidente del pleno municipal de la ciudad de Sandomierz. Relación con las partes: marido de Elżbieta Budnik (víctima). Nunca ha sido condenado por falso testimonio.*

*Habiendo sido avisado de su responsabilidad penal según el artículo 233 del C. P., declara lo siguiente:*

Conocí a Elżbieta Szuszkiewicz en el invierno de 1992, durante las actividades preparadas para «El invierno en la ciudad»; ella vino de Cracovia a impartir unos talleres de teatro para niños. No la conocía de antes, aunque pasó su infancia en Sandomierz. En esa época yo coordinaba todos los festejos en el ayuntamiento. Me fijé en ella porque este tipo de actividades algunos se las toman como una latosa obligación y en cambio ella preparó con los niños una representación estupenda para el final de las vacaciones de invierno, *Cuentos para niños*, de Singer[8], la gente se puso en pie para aplaudir. Era joven, no había cumplido los treinta, hermosa, llena de energía. Me enamoré perdidamente, aunque sin esperanza alguna, yo era un funcionario de provincias y ella había terminado estudios en la escuela teatral de Cracovia. Pero dos años después nos casamos en la catedral de Sandomierz el domingo de Cuasimodo. Por desgracia no pudimos tener hijos, aunque lo deseábamos de veras. Cuando resultó que la solución pasaba por someterse a diversos procedimientos médicos, sopesamos la posibilidad de adoptar, pero al final decidimos seguir ocupándonos de los niños mediante nuestra actividad social. Yo menos, debido a mis obligaciones en el ayuntamiento; Ela en cambio se entregó a ello por completo. Enseñaba en la escuela, pero sobre todo organizaba eventos, traía artistas, ideaba los talleres más imaginativos. Nuestro sueño común era crear un lugar especial, un centro artístico para niños, en el que

pudiéramos organizar campamentos al estilo americano. Pero continuamente lo aplazábamos, siempre surgía algo más urgente que había que solucionar. Este año íbamos a ponernos en serio a ello, buscar un local, pedir créditos.

Nuestra vida en común gozaba de buena salud, discutíamos esporádicamente, quedábamos con los amigos, ahora algo menos porque el invierno es largo y aquí lo que más nos gusta es hacer vida en el jardín.

Szacki se sentía extremadamente agotado. Esa breve transcripción era el fruto de una conversación de tres horas. Budnik se ponía a hacer digresiones, o se quedaba en silencio, a veces lloraba, creía necesario decir a cada instante cuánto quería a su esposa o relatar anécdotas de su vida en común. Por momentos parecía tan sincero que a Szacki se le rompía el corazón. Pero solo por momentos, porque su olfato de fiscal percibía el mal olor de la mentira. En una cosa Budnik decía sin duda la verdad: sus sentimientos hacia su esposa eran conmovedoramente auténticos. Pero aparte de eso, mentía como un bellaco.

Los últimos días los pasamos en su mayoría juntos. En invierno habíamos trabajado mucho y por eso decidimos reservarnos la Semana Santa para nosotros solos. De todas formas no teníamos adónde ir ni a quién invitar. Mi hermana se fue a ver a nuestro hermano, que vive en Alemania, y los padres de Ela se fueron a Zakopane. Todos iban a volver ahora, el domingo, para el decimoquinto aniversario de nuestra boda; queríamos hacer una fiesta, como si fuera un segundo banquete nupcial. Desde el sábado no nos encontramos con nadie, bueno, sí, vimos a unos amigos cuando fuimos a bendecir la comida, no lo hicimos en la catedral, sino en San Pablo, para así darnos un paseo. Después ya a nadie. El domingo nos quedamos dormidos y no fuimos a la Misa de Resurrección, tomamos un desayuno modesto pero acorde con la tradición, leímos un poco, charlamos brevemente, vimos un rato la televisión. Por la tarde nos dimos una vuelta, luego entramos a la catedral, pero no a misa, solo a rezar un poco. No recuerdo si había alguien dentro, seguramente sí. El lunes lo pasamos prácticamente entero en la cama, a Ela le dolía horrores la garganta, ha hecho mucho frío durante estas fiestas. El martes aún se encontraba mal y, como no teníamos obligaciones que cumplir, nos

quedamos en casa. Por si acaso cancelamos la visita que les íbamos a hacer a unos amigos, Olga y Tadeusz Bojarski. No lo recuerdo bien, pero estoy casi seguro de que mi esposa les llamó el lunes por la tarde o el martes por la mañana. El martes yo me pasé un momento por la oficina, me vieron un par de personas. Volví antes de comer, llevé comida de Trzydziestka. Ela se sentía mejor, tenía muy buen aspecto y hasta lamentamos haber cancelado la visita. Por la noche vimos una película de Redford en el primer canal, algo sobre prisiones, no recuerdo el título. Y nos fuimos a dormir muy pronto, me dolía la cabeza. No me levanté por la noche. No tengo problemas de próstata. Cuando me desperté, Ela ya no estaba. No me dio tiempo ni a preocuparme, porque enseguida llamó Barbara Sobieraj.

—Me alegro de que me interrogue usted. A Barbara no le habría resultado fácil.

—Lo interrogo porque dirijo una investigación. Las razones emocionales no tienen nada que ver con esto.

Grzegorz Budnik asintió en silencio. Tenía un aspecto horroroso. Después de haber escuchado todas aquellas historias sobre el legendario concejal, Szacki esperaba encontrarse a un corpulento caballero con bigote o con una barba entrecana, una avanzada calvicie y un chaleco abrochado sobre la barriga; en resumen: al típico diputado o alcalde que sale por televisión. En cambio Grzegorz Budnik era del tipo maratoniano retirado: bajo, delgado, fibroso al estilo de un animal depredador, como si en su cuerpo no hubiera ni una sola célula de grasa. En condiciones normales seguramente habría sido capaz de ganarle un pulso a más de un cachas de un gimnasio de provincias, pero en esta ocasión su aspecto era el de alguien que acaba de perder una larga lucha contra una enfermedad mortal. Su corta barba pelirroja no podía ocultar las mejillas demacradas y el pelo, sucio y sudoroso, se le pegaba a la cabeza. Los ojos, con ojeras, rojos por el llanto, y turbios, probablemente por los tranquilizantes. Encorvado y encerrado en sí mismo, a Szacki le recordaba a los borrachuzos de Varsovia a los que interrogaba casi a diario, más que al concejal inquebrantable, al presidente del pleno municipal, al terror de los funcionarios y de los oponentes políticos. Su imagen de desaliño y desesperación quedaba completada con una gran tirita pegada en la frente. Grzegorz Budnik parecía más un vagabundo sin casa que un funcionario.

—¿Qué le ha pasado en la frente?

—Me tropecé y me golpeé con una cacerola.

—¿Con una cacerola?

—Perdí el equilibrio, hice un movimiento brusco con la mano, le di al mango de una sartén, la sartén saltó por los aires y me hizo un corte en la cabeza. Nada grave.

—Tendremos que examinarlo.

—No es grave.

—No es porque nos preocupemos por usted, sino para comprobar que no haya sido provocado por una pelea o intencionadamente.

—¿No me cree?

Szacki simplemente lo miró. No creía a nadie.

—Sin duda sabe usted que puede negarse a declarar o a contestar a determinadas preguntas, ¿verdad?

—Sí.

—Sin embargo prefiere mentir. ¿Por qué?

Budnik se irguió desafiante, como si eso pudiera aportar algo de verdad a su confesión.

—¿Cuándo vio por última vez a su esposa? —Szacki se adelantó antes de que pudiera abrir la boca.

—Ya le he dicho que...

—Sé lo que me ha dicho. Ahora haga el favor de decirme cuándo vio realmente a su mujer por última vez y por qué me ha mentado. Si no, lo retendré durante cuarenta y ocho horas, lo acusaré del asesinato de su esposa y pediré al juez que lo meta en prisión. Tiene treinta segundos.

Budnik se encorvó aún más; sus ojos rojos, que contrastaban desagradablemente con su tez pálida, se llenaron de lágrimas. A Szacki le vino a la mente la imagen de Gollum en *El señor de los anillos*.

—Veinte.

Gollum susurrando «*my precious*», sin su tesoro dejaba de existir, era adicto a algo que jamás podría ser suyo. ¿Era así la relación entre Grzegorz y Elżbieta Budnik? Un Gollum de provincias, un engendro-activista social junto a una chica de ciudad, bella, inteligente y bondadosa, una galáctica de la liga jugando un partido amistoso con un equipo de alevines. ¿Por qué se quedó? ¿Por qué se casó con él?

—Diez.

—Pero si ya le he contado...

A Szacki no le tembló ni un músculo. Marcó un número en el teléfono al mismo tiempo que sacaba del cajón un formulario para realizar la imputación.

—Aquí Szacki, póngame con el inspector Wilczur.

Budnik puso la mano sobre la horquilla del teléfono.

—El lunes.

—¿Por qué ha mentido?

Budnik hizo un gesto como si quisiera encogerse de hombros, pero le faltaron fuerzas. Szacki deslizó hacia sí la hoja de la transcripción y cogió el bolígrafo.

—¿Y bien?

Cambio mi declaración. La última vez que vi a mi esposa, Elżbieta, fue el lunes de Pascua a eso de las dos de la tarde. Nos separamos enfadados, habíamos empezado a discutir por nuestros planes; ella decía que estábamos dejando escapar el tiempo, que cada vez éramos más viejos y que si queríamos crear nuestro soñado centro teníamos que ponernos a ello ya mismo. Yo prefería esperar a que pasaran las elecciones locales del próximo año, en las que me presentaría como candidato a alcalde, y si salía elegido todo sería más sencillo. Después pasó lo que pasa en las discusiones, empezamos a echarnos cosas en cara. Ella a mí que todo lo dejo para más adelante y que politiqueo tanto en la oficina como en casa. Yo a ella que no era realista, que se creía que con desear mucho algo ya se hacía realidad. Nos gritamos y nos insultamos.

—Dios mío, y pensar que las últimas palabras que le dije fueron que se llevara su culo plano de vuelta a Cracovia...

Budnik empezó a sollozar en voz baja. Szacki esperó a que se calmara. Le entraron ganas de fumar.

Al final cogió su chaqueta y se fue sin decir palabra. No salí tras ella, no fui a buscarla, estaba furioso. No quería pedir perdón, no quería arrepentirme, quería estar solo. Tenía muchos amigos, supuse que se habría ido a casa de Barbara Sobieraj. No tuve contacto con ella ni el lunes ni el martes. Leí, vi la televisión, me bebí alguna cerveza. El martes por la noche ya la echaba de menos, la película de Redford era buena, pero me entristeció verla solo. El orgullo me impidió llamarla esa noche, pensé en ir

por la mañana a ver a Barbara Sobieraj o telefonarla. He ocultado estos hechos porque me asusté y creí que la discusión y el no haber ido a buscarla no estaría bien visto y me haría parecer culpable ante los representantes de la ley.

—¿Y no se le ocurrió pensar que esos hechos podrían tener algún significado para la investigación? ¿No es importante para usted encontrar al asesino?

Budnik de nuevo estuvo a punto de encogerse de hombros.

—No lo es. Ahora mismo nada es importante para mí.

Szacki le entregó la transcripción para que la leyera, al tiempo que se preguntaba si debía o no encerrarlo. Normalmente hacía caso de su intuición en estas situaciones. Pero su brújula se había vuelto loca. Budnik era un político. De provincias, pero un político, es decir, un profesional de la mentira y la tergiversación. Y Szacki estaba convencido de que, por alguna razón de la que ya se enteraría, no le había dicho toda la verdad. A pesar de ello, su tristeza parecía auténtica. Una tristeza llena de resignación tras una pérdida irreparable, en lugar de la tristeza temblorosa y llena de temor del asesino. Szacki había tenido la ocasión de observar muchas veces ambas emociones, había aprendido a distinguirlas.

Sacó del cajón una carpeta con fotos y rellenó el encabezado del informe de reconocimiento fotográfico.

—¿Ha visto alguna vez esta herramienta?

Al ver la foto de la navaja-machete, Budnik empalideció y Szacki se sorprendió porque no lo creía posible en una tez tan blanca como aquella.

—¿Esa es...?

—Conteste a la pregunta, por favor.

—No, nunca he visto una herramienta como esa.

—¿Sabe para qué vale?

—No tengo ni idea.

### 3.

A eso de las cuatro apareció por fin a la luz del sol una pizca de calor, un tímido presagio de la primavera. El fiscal Teodor Szacki volvió la cara hacia el sol y bebió un poco de la lata de Coca-Cola: para él, la única digna de ser bebida era la que venía en lata.

Tras interrogar a Budnik se había reunido con Wilczur y le había ordenado encontrar a todas las personas que pudieran haber visto al matrimonio en Semana Santa. En la iglesia, dando un paseo, en un bar. Cada dato del interrogatorio debía ser comprobado, había que preguntar a todos los amigos. A Kuznetsov le habrían entrado palpitaciones a mitad de la lista; el inspector Wilczur, en cambio, solo asintió con su demacrada cabeza. Con aquel traje negro que llevaba puesto parecía la muerte recogiendo un encargo para su cosecha. Szacki se sentía incómodo en presencia del viejo policía.

Después había quedado con Sobieraj para dar un romántico paseo hasta el hospital de Sandomierz y la esperó junto a la comisaría. Se extrañó de que tuvieran allí un departamento de anatomía patológica, estaba convencido de que habría que viajar hasta Kielce o Tarnobrzeg.

Escuchó un claxon y abrió perezosamente un ojo. Sobieraj le hacía señas desde un cacharro carente de personalidad. Suspiró y se levantó a regañadientes del banco. Un Opel Astra.

—Pensé que iríamos andando.

¿Por qué cuanto más pequeña es la ciudad, más usa el coche la gente para ir a todas partes?

—Nos llevaría tres cuartos de hora. Creo que no me apetece. Ni siquiera con usted, fiscal.

Szacki estuvo a punto de decir que en tres cuartos de hora a él le habría dado tiempo a ir hasta Opatów y visitar todas las aldeas que hubiera por el camino, pero se subió al coche sin más. El interior olía a ambientador y a algún producto de limpieza para plástico. El coche debía de tener varios años, pero por su aspecto parecía haber salido del concesionario el día anterior. El

cenicero estaba vacío, de los altavoces salía un jazz suave, no se veían papeles ni migas por ningún lado. O sea, que no tenía hijos. Pero estaba casada, llevaba alianza, andaría por los treinta y cinco años. ¿No querían hijos? ¿No podían tenerlos?

—¿Por qué los Budnik no podían tener hijos?

Sobieraj lo miró con suspicacia mientras entraban en la transitada calle Mickiewicz. Iban en dirección al desvío para Varsovia.

—Era él quien no podía, ¿verdad? —insistió Szacki.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Por intuición. No sé exactamente por qué, pero es un dato relevante. Por la manera en que Budnik habló del tema, como de pasada, como sin darle importancia. Así hablan los hombres que han escuchado tantas veces que algo no es tan importante, que casi se lo han creído.

Ella le miró atentamente. Pasaban junto al edificio del juzgado.

—Mi marido tampoco puede tener hijos. Yo misma le digo que carece de importancia, que hay otras cosas que también cuentan.

—¿Y cuentan?

—Menos.

Szacki no dijo nada. Cruzaron una glorieta y pasaron al lado de una horrorosa iglesia moderna, un montón de ladrillos rojos colocados en forma de puertas del infierno, feísima, desproporcionada; no encajaba en absoluto ni con el entorno ni con la ciudad.

—Yo tengo una hija de once años. Vive en Varsovia con su madre. Me da la impresión de que cada día se aleja más de mí, que se difumina.

—Aun así, lo envidio.

Szacki no dijo nada. Esperaba cualquier cosa menos una conversación como esa. Llegaron a lo que grandilocuentemente llamaban allí «carretera de circunvalación», y giraron en dirección al Vístula.

—No comenzamos con buen pie —dijo Sobieraj sin apartar la mirada de la carretera. Szacki tampoco la miraba a ella—. Ayer mismo estuve pensando que somos prisioneros de los estereotipos. Para usted yo soy una provinciana tonta y usted para mí un capullo arrogante de Varsovia. Y por supuesto podemos seguir jugando a eso, solo que yo de verdad quiero encontrar al asesino de Ela.

Tras salir de la carretera de circunvalación se metió por una calle lateral y aparcó junto al hospital, sorprendentemente grande. En forma de L, de seis

pisos, de los años ochenta. Mejor de lo que Szacki imaginaba.

—Quizá piense que son exageraciones de una ciudad pequeña, pero le diré que ella era diferente. Era mejor, más brillante, más pura... Me resulta difícil expresarlo. La conocía, conozco a todos los que la conocían, conozco esta ciudad mejor de lo que me gustaría. Y usted, en fin, no es momento de andarse con rodeos, sé cuántas veces le han propuesto entrar en el Tribunal Regional y en el de apelación, y que le auguraban una gran carrera. Conozco sus casos, conozco las opiniones y las leyendas sobre el canoso Teodor Szacki, el defensor de Temis.

Finalmente se miraron. Szacki le tendió la mano y Sobieraj la estrechó con delicadeza.

—Teodor.

—Barbara o Basia.

—Has aparcado en un sitio reservado para discapacitados.

Sobieraj sacó del compartimento de la puerta una tarjeta grande con el distintivo azul que indicaba la presencia de un discapacitado y lo colocó sobre el salpicadero.

—El corazón. Dos infartos. Seguro que, de todas formas, no habría podido parir.

## 4.

—Podrían grabar aquí la serie *Para lo bueno y para lo malo* —dijo Szacki al ver la cuidada recepción del hospital—. Así Artur Żmijewski<sup>[9]</sup> podría ir en bici de un plató a otro.

—Alguna vez ha estado por aquí —comentó Sobieraj mientras bajaban por las escaleras al sótano—. Cuando grababan *El padre Mateusz*, se cogió tal cogorza que tuvieron que hospitalizarlo para equilibrarle los electrolitos. Una historia muy famosa, ¿no la conocías?

Szacki hizo con la mano un gesto indefinido. ¿Qué podía decir? ¿Que no, porque no había sido muy sociable? ¿Que había pasado su depresión en solitario? Desvió la conversación para centrarla en el hospital. Estaba realmente sorprendido; esperaba encontrarse un sombrío edificio lleno de olor a moho, algún antiguo cuartel adaptado, pero este, aunque se notaba que era de los años ochenta, por dentro lo habían dejado casi bonito. Decoración modesta, agradable, médicos sonrientes, enfermeras jóvenes, como si fueran a grabar un anuncio de la Seguridad Social. Ni siquiera la sala de autopsias daba grima; era a la morgue varsovia, siempre abarrotada de cadáveres, lo que una pensión con encanto es a un barracón en un campo de trabajos forzados. En la única mesa que había, yacía el cadáver de Elżbieta Budnik, blanco como el alabastro.

El fiscal Teodor Szacki intentó pensar en ella como en la esposa de Grzegorz Budnik, pero no fue capaz. Nunca se lo había confesado a nadie, pero en presencia de un cadáver no conseguía pensar en él como en una persona que hasta poco antes había estado viva; tratarlo como un simple trozo de carne era lo único que le permitía no volverse loco, a pesar de haber estado tantas veces en contacto con la muerte. Sabía que a los patólogos les pasaba lo mismo.

Miró aquel cadáver, tan inquietantemente blanco, y por supuesto distinguió algunos rasgos particulares. Tenía el pelo rubio oscuro, la nariz ligeramente respingona y la boca estrecha. Era más bien menuda, de pies pequeños,

cadera estrecha con prominentes huesos pelvianos y pechos no muy grandes. Seguro que su aspecto habría sido distinto si hubiera tenido hijos. ¿Era guapa? No tenía ni idea. Los cadáveres son solo cadáveres.

Su mirada volvía continuamente al cuello, rajado varias veces casi hasta la columna vertebral: en opinión de los judíos y quizá también de los árabes, se trataba del modo más humano de dar muerte. ¿Significaba eso que no había sufrido? Lo dudaba mucho. Y el humanitarismo de los mataderos kosher tampoco acababa de convencerlo.

Se oyó un portazo, Szacki se dio la vuelta y consiguió de milagro, primero, no poner cara de sorpresa, y segundo, no dar un paso atrás. Ataviado con una bata de anatomista, entró en la sala el representante de alguna raza de humanoides gigantes. Dos metros de estatura, lo mismo de anchura de espaldas, aspecto de oso; con sus manos habría podido llenar de carbón una caldera más rápido que con una pala. El enorme cuerpo tenía adosada una cabeza, con un rostro sonrosado de buena persona y el pelo muy rubio, recogido atrás en una pequeña coleta. Un carnicero de una familia de carniceros de larga tradición, cuyos miembros llevaban en los genes lo de abrir en canal animales. ¿Podía haber para él un lugar mejor que ese?

Venciendo su miedo, Szacki dio un paso adelante y le tendió la mano para saludarle.

—Teodor Szacki, de la Fiscalía Provincial.

El gigante sonrió con simpatía y timidez, rodeando la mano de Szacki con la cálida masa de carne que tenía unida al antebrazo.

—Paweł Rzeźnicki[10], encantado. Basia me ha hablado de usted.

No sabía si lo de su apellido se trataba de una broma, así que por si acaso lo dio por bueno. El gigante sacó del bolsillo de la bata unos guantes de látex y se los puso estirándolos y soltándolos ruidosamente mientras se acercaba a la mesa. Los fiscales se sentaron junto a la pared en unas sillas de plástico. El médico dio una palmada y la onda de choque hizo que la puerta temblara.

—Jo, acababa de organizar una representación con mis niños.

—Lo siento, Paweł. La habría llevado a otro lugar, pero tengo confianza en ti. Si te resulta muy duro... Sé que conocías a Ela...

—Esta ya no es Ela —contestó Paweł apretando el botón del dictáfono—. Hoy es 16 de abril de 2009. Examen exterior y disección del cadáver de Elżbieta Budnik, de cuarenta y cuatro años de edad. Lo llevará a cabo Paweł Rzeźnicki, experto en medicina forense, en la unidad de anatomopatología

del Conjunto Público Autónomo de Centros de Salud de Sandomierz. Están presentes los fiscales Barbara Sobieraj y Teodor Szacki. Examen exterior...

Por suerte, Rzeźnicki tapaba con su cuerpo la mayoría de las acciones que estaba realizando, así que Szacki y Sobieraj pudieron conversar tranquilamente. No tenía sentido molestar al gigante mientras no supiera más que ellos. Szacki le relató a Sobieraj su conversación con Budnik. Por supuesto, la fallecida no había ido a casa de la fiscal el lunes y ya nunca lo hizo. La última vez que habían contactado había sido el domingo, cuando se felicitaron las fiestas por teléfono.

—¿Cómo sabías que mentía? ¿Intuición?

—Experiencia.

Después le contó su cruce de mails con la revista *La Estocada*. Según se iba relatando, el rostro de Sobieraj iba perdiendo color y sus ojos se hacían cada vez más grandes.

—Dime que estás de broma —balbució finalmente.

Szacki le dijo que no, extrañado por tal reacción.

—¿Tienes idea de lo que eso significa? —Sobieraj alzó la voz por el ruido de la sierra con la que en ese momento Rzeźnicki cortaba el esternón.

—Significa que quien tiró el cuchillo espera que el asunto se filtre a los medios y estalle la tradicional histeria polaco-judía, y en medio de la histeria nos será más difícil trabajar porque pasaremos más tiempo en las conferencias de prensa que ocupándonos del caso. Pero tranquila, he pasado por tormentas peores. Los medios se aburren de todo a los tres días.

Sobieraj lo escuchaba al tiempo que negaba con la cabeza. Hizo una mueca de dolor al oír un crujido desagradable. Lo provocaba Rzeźnicki al cortar las costillas de la difunta.

—No será una histeria corriente —dijo—. Habrá periodistas pululando por aquí durante semanas. Sandomierz es el centro de la leyenda de la sangre, en esta ciudad la historia de las relaciones polaco-judías es una alternancia entre la coexistencia amistosa y las acusaciones y las matanzas sangrientas. Aquí los últimos crímenes antisemitas ocurrieron ya después de la guerra. Si alguien, Dios no lo quiera, utiliza la expresión «asesinato ritual», se acabó.

—Lo del asesinato ritual es un cuento —replicó Szacki con tranquilidad—. Y todos saben que es un cuento que se les contaba a los niños para que se portaran bien, porque si no, venía el judío malo y se los comía. No nos pongamos histéricos.

—No es exactamente un cuento. Un judío no es un lobo ni una bruja mala, es una persona de carne y hueso contra la que se pueden presentar quejas. Ya sabes cómo era la cosa. Una madre cristiana no vigilaba bien a su hijo pequeño y se ponía a gritar que los judíos lo habían secuestrado y matado. Se corría la voz y al final resultaba que a casi nadie le caían bien los judíos y que alguno les debía dinero, así que ya había un pretexto y no se veía mal prender fuego a algunas casas y talleres de los «asesinos de niños».

—Vale, pues entonces no es un cuento sino una historia antigua. Ya no hay judíos, no hay talleres, no hay a quien acusar ni a quien quemar. Quien sea que haya tirado la navaja desea que sigamos esa pista.

Sobieraj suspiró profundamente. Al fondo se oía la voz monótona de Rzeźnicki diciéndole al dictáfono que ningún órgano interno mostraba signos de lesiones ni cambios patológicos.

—Despierta, Teodor. Sandomierz es la capital universal del asesinato ritual. Un lugar donde las acusaciones de raptar niños y los pogromos resultantes llegaban con la misma regularidad que las estaciones del año. Un lugar donde la Iglesia respaldó esa bestialidad, como quien dice la institucionalizó. Un lugar donde hoy en día sigue habiendo en la catedral un cuadro que representa el asesinato de niños católicos a manos de los judíos. Como parte de un ciclo acerca del martirio cristiano. Un lugar donde se ha hecho todo lo posible por esconder bajo la alfombra esa parte de la historia. Ahora que pienso en ello, Dios, es extremadamente repugnante...

Szacki miró la mesa de autopsias, que había quedado al descubierto porque Rzeźnicki estaba cortando los órganos internos de Elżbieta Budnik en una mesita auxiliar. No emplearía la palabra «repugnante»: la imagen que tenía ante sí —el cadáver abierto con la piel colgando a los lados y con los extremos blancos de las costillas sobresaliendo de la caja torácica— era terrible, pero no repugnante. La muerte, en su condición irreversible, se caracterizaba por su elegancia fisiológica. Por su serenidad.

—Es repugnante que alguien trate de vincular esto con Ela y Grzegorz.

Szacki la miró con gesto interrogativo.

—Grzegorz ha luchado durante toda su vida contra esa superstición, ha luchado para que se hable de ello como lo que es, un punto negro en nuestra historia, no una especie de tradición excéntrica de nuestros antepasados. Estuvo años intentando que el cuadro ese fuera retirado o que al menos se colocara un letrero que indicara que lo dejaban como recordatorio del

antisemitismo polaco, como advertencia de adónde puede conducir el odio.

—¿Y qué pasó?

—La Iglesia soluciona esos asuntos a su manera. Ni lo retiraron ni pusieron letrero alguno. Cuando el tema cobró notoriedad, cubrieron el cuadro con una cortina, colgaron encima un retrato del Papa y fingieron que no había sucedido nada. Si en lugar de un cuadro hubiera sido un mosaico en el suelo, seguro que lo habrían tapado con una alfombra.

—Muy interesante, pero nada de eso tiene importancia. Quien tiró el cuchillo ritual quería que nos entretuviéramos con ese tipo de cosas. Con cuadros, con historias, con leyendas. Que empezáramos a ir de iglesia en iglesia, que pasáramos el tiempo en las bibliotecas y que habláramos con los estudiosos. Para desviar la atención. No me cabe duda. Lo único que me preocupa es que está muy bien preparado. Que si alguien se ha tomado tantas molestias para hacernos seguir esa pista, entonces quizá sea demasiado listo como para que podamos resolver este caso.

Rzeźnicki se acercó a ellos; en su megamano llevaba una bolsa de plástico que contenía un pequeño objeto metálico. Su bata estaba sorprendentemente limpia, casi sin restos de sangre.

—Mi ayudante se encarga de coserla. Vamos a hablar.

Bebían café en vasos de plástico. Estaba tan asqueroso que seguramente al final todos los pacientes acababan en medicina digestiva. Szacki estaba convencido. El Carnicero —resultó que sí tenía ese mote, cosa sorprendente— se había cambiado de ropa y con su jersey gris de cuello alto parecía una roca enorme con una pelota rosa en lo alto.

—Os voy a describir todo con detalle, pero el asunto resulta bastante evidente. Alguien le seccionó el cuello con un instrumento muy afilado, se diría que quirúrgico. Pero no se trata ni de un escalpelo ni de una hoja de afeitar, porque los cortes son demasiado profundos. Esa navaja de afeitar tan grande que me habéis enseñado en fotos serviría perfectamente. Aún estaba viva cuando todo ocurrió, pero debía de estar inconsciente porque de otro modo se habría defendido y no habrían podido hacerlo de una forma tan... — durante un instante buscó la palabra adecuada— precisa. Y sin duda alguna estaba viva, porque no hay sangre en su interior. Perdón por los detalles, pero eso significa que en el momento en que fue seccionada la arteria carótida, durante unos instantes aún hubo presión en el aparato circulatorio capaz de

bombear sangre fuera del organismo. También tiene sangre coagulada en la boca, lo cual significa que probablemente en el momento de la muerte estaba colgada cabeza abajo, como... —un gesto de dolor atravesó el rostro del Carnicero—, como una vaca en el matadero, con perdón. Un maldito cabrón degenerado ha tenido que hacerlo. También se tomó la molestia de lavarla, estaría toda manchada de sangre.

—Tenemos que buscar sangre —dijo Szacki pensando en voz alta.

—También debemos enterarnos de qué es esto —dijo el Carnicero mientras les entregaba una bolsita de pruebas.

Szacki la miró con atención y tragó saliva; la bolsita desprendía un ligero tufo a carne típico de la sala de disección. En su interior había una insignia metálica cuadrada de aproximadamente un centímetro de diagonal, como esas que se llevan en la sudadera o en la solapa de la chaqueta. No con imperdible, sino con una gruesa punta que encaja en otra pieza por el interior de la prenda. Parecía antigua. Sobieraj se inclinó para examinar la prueba y sus cabellos pelirrojos acariciaron la mejilla de Szacki. Olían a manzanilla. El fiscal se fijó en su frente, arrugada por la concentración, y en sus numerosas pecas, que habían conseguido salir a la superficie desde debajo de la capa de maquillaje. Había algo en esa imagen que lo enterneció. Una chica pelirroja que había crecido, se había hecho adulta, pero que seguía queriendo ocultar las pecas de su nariz.

—He visto esto en alguna parte —dijo ella—. No sé dónde, pero lo he visto, seguro.

La insignia era de color rojo, sin inscripciones, solo con un símbolo geométrico blanco. Parecía una letra S estirada pero sin curvas; los dos fragmentos más cortos tocaban en ángulo recto el más largo, exactamente como si fuera media esvástica. Además, del fragmento corto inferior salía hacia arriba en ángulo recto un pequeño rabito.



—La tenía agarrada con fuerza en la mano. He tenido que romperle los

dedos para sacarla —dijo el Carnicero como para sí, y la mirada dulce de sus ojos azules se detuvo en algún punto situado al otro lado de la ventana, quizá en alguna de las antiguas torres de Sandomierz.

Szacki, por su parte, miraba el simpático perfil del «chochín intachable» Sobieraj, sus patas de gallo, las arrugas en las comisuras de su boca, que indicaban que sonreía mucho y tenía una buena vida. Y se preguntó por qué Budnik prefería que no lo entrevistara Sobieraj. ¿Porque no quería que ella lo pasara mal? Tonterías. No quería que notara algo, pero ¿qué?

## 5.

Cuando a la luz de los fluorescentes de la sala de disección el ayudante del Carnicero introducía bolas de papel de periódico en el blanco cadáver de la ciudadana de Sandomierz más querida por todos, los fiscales Teodor Szacki y Barbara Sobieraj ya se habían sentado en el sofá del despacho de su jefa y estaban dando cuenta de su tercer trozo de pastel de chocolate, aun cuando ya el segundo se lo habían comido a desgana.

Le hablaron del interrogatorio a Budnik, de la autopsia, de la insignia con el símbolo extraño, del cuchillo que —quizá— había sido empleado en un sacrificio ritual. Misia los escuchó con una sonrisa maternal, no les interrumpió, aunque hizo unos cuantos comentarios para ayudarles con el relato, una graduada ejemplar de un curso de escucha activa. Cuando terminaron, ella encendió una vela aromática. El olor a vainilla se extendió por el despacho y, con el atardecer que caía al otro lado de la ventana y la luz ámbar de la lámpara del escritorio, se creó una atmósfera agradable, acorde con las fiestas que acababan de terminar.

A Szacki le entraron ganas de tomarse un té con zumo de frambuesa, pero no estaba seguro de si pedirlo porque, a pesar de todo, podría parecer que se pasaba de la raya.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Mischczyk sacudiéndose unas migajas de su pecho fofo, que seguro habría dado de mamar a unos cuantos niños. Szacki la miró fijamente a los ojos.

—Hay un problema con eso, la horquilla es bastante amplia —contestó—. Mayor de cinco o seis horas, si tenemos en cuenta el rígor mortis, así que como muy tarde la matarían el martes a medianoche. ¿Y como muy pronto? El patólogo dice que podía llevar muerta incluso desde el lunes de Pascua. La sangre fue extraída del cadáver, así que no se pueden hacer deducciones en base al livor mortis. Hizo un frío de mil demonios, por lo que no llegó a dar comienzo el proceso de descomposición. Sabremos más si resulta que alguien la vio. De momento, el periodo de tiempo que debemos tomar en

consideración es el que va desde que dejó su casa el lunes hasta la medianoche del día siguiente. Suponiendo, claro, que Budnik haya dicho la verdad. Igualmente podría llevar muerta desde el domingo.

—¿Y la ha dicho?

—No. No sé exactamente en qué mente, pero estoy seguro de que no dice la verdad. Está siendo vigilado permanentemente, veremos qué sale del registro de la casa y del jardín. Por ahora es el principal sospechoso. Nos ha mentido y no tiene coartada. Quizá ella fuera una santa, pero al parecer la relación entre ambos no era del todo buena.

—La gente siempre dice lo mismo cuando a alguien le va bien en la vida —protestó Sobieraj.

—En cada habladuría hay una mitad de verdad—le contestó Szacki.

—¿Otras versiones? —preguntó Mischczyk.

Sobieraj echó mano de sus papeles.

—En principio descartamos que se trate de un crimen sexual o que sea resultado de un atraco. No hay signos de violación y resulta todo demasiado sofisticado como para que sea un atraco. Estoy comprobando a todos aquellos con quienes trabajó en sus campañas, a la familia, a sus amigos del mundo artístico. En especial a estos últimos. Ella estaba relacionada con el teatro y no me negaréis que este asunto tiene algo de representación.

—Para despistar —comentó Szacki—. Pero de momento eso es algo secundario. Lo más importante es buscar la sangre. Tenemos que encontrar alguna huella de todos esos litros que le extrajeron. La policía va a peinar los lugares públicos de la ciudad y de los alrededores, y también registrará cualquier local privado que aparezca en la investigación.

—Ya que hablamos de sangre... —Mischczyk hizo una pausa y suspiró, tocar ese tema no le resultaba sencillo—, ¿qué hay de lo del sacrificio ritual?

—Reuniremos a todos los judíos de la zona, por supuesto —dijo Szacki sin inmutarse.

—Teodor bromea —se apresuró a intervenir Sobieraj, antes incluso de que se oyera la última sílaba de la frase del fiscal.

—En la vida me hubiera imaginado que pasarais a tutearos tan rápido. Prohibido totalmente hablar con los periodistas, en especial aquí el fiscal Graciosillo; mandádmelos todos a mí. Ya me encargaré yo de que no se rompa este huevo podrido.

Szacki tenía una opinión muy clara al respecto: quien se hubiera tomado

tantas molestias en preparar aquello, lo había hecho para que trascendiera a los medios. Apostaría una fortuna a que a la mañana siguiente el edificio estaría rodeado de unidades móviles. Pero ya que Mischczyk se iba a hacer cargo de la prensa, pues hala, para ella el circo entero con todos sus monos. Se guardó estos pensamientos para sí, igual que tampoco comentó que la fiscal del distrito acababa de entrar en la larguísima tradición polaca de esconder cosas bajo la alfombra. En la Iglesia habría tenido una carrera meteórica.

## 6.

Quizá se debiera a que Oleg Kuznetsov era completamente diferente. Corpulento, desenfadado, jovial, siempre tratando de incluir algún chiste tonto en cada frase. Quizá fuera porque conocía a Kuznetsov desde hacía años; habían trabajado juntos, bebido juntos, se visitaban uno a otro en sus respectivas casas. O quizá se debiera a que Kuznetsov era un verdadero amigo y el fiscal Teodor Szacki lo quería como a un hermano. El caso es que no sabía, no podía, no quería tomarle afecto al inspector Leon Wilczur.

Cuestión aparte era que no resultaba sencillo tomarle afecto a alguien como el inspector Wilczur. Había quedado con él en el bar Ratuszowy, una tabernucha espantosa situada en el sótano de uno de los edificios antiguos de la plaza Mayor, que apestaba a humo de cigarrillos impregnado durante décadas en todos los elementos de la decoración, llena de clientes de naturaleza extraña y de camareros asimismo extraños. Szacki estaba convencido de que en la trastienda unos cocineros extraños preparaban carne extraña de una extraña manera y por eso se limitó a pedir café y tarta de queso. La tarta olía a sofá viejo en el que se sienta todo el mundo, pero que a nadie le apetece limpiar. El café estaba hecho a la turca.

Wilczur tenía aspecto de demonio. En la penumbra, entre el humo del cigarrillo, sus ojos amarillentos y hundidos mostraban un brillo febril, su nariz puntiaguda lanzaba su sombra sobre media cara y sus carrillos se hundían con cada ávida calada que daba.

—¿Una copita, señores? —el tono del camarero era sepulcral, como si se tratara de una copita de sangre fresca.

Dijeron que no. Wilczur esperó a que el camarero se fuera; después empezó a hablar mirando de vez en cuando el paquete de tabaco que tenía delante o el pequeño portátil que había traído. Algo que al principio sorprendió a Szacki, porque el inspector parecía más bien el tipo de persona a la que hay que evitar la tortura de explicarle qué es un sms.

—Conocemos la versión de Budnik, y ahora podemos completarla con

diversos testimonios. El domingo pasaron sin duda por la catedral a eso de las seis de la tarde, estamos seguros de que salieron antes de la misa, que empieza a las siete. Tenemos a dos testigos independientes que lo corroboran. Después dieron un paseo, una cámara de la calle Mariacka los captó a las siete y cuarto.

Wilczur giró el portátil. En una breve grabación se veían las siluetas borrosas de una pareja que caminaba cogida de la mano. Szacki aumentó la imagen; era la primera vez que podía ver a Elżbieta Budnik viva. Tenía la misma estatura que su marido, sus cabellos rubios oscuros le caían sobre la cazadora deportiva, no llevaba ni gorro ni sombrero. Debía de estar contando algo, gesticulaba con una mano. En determinado momento se detuvo para arreglarse la caña de una de sus botas altas. Durante ese tiempo Budnik llegó a dar unos cuantos pasos y ella lo alcanzó luego en tres pequeños saltos, como si fuera una muchacha en lugar de una mujer madura. Al lado del serio Grzegorz Budnik, vestido con un chaquetón marrón y un gorro de fieltro, parecía su hija, no su esposa. Cuando llegó a su altura, en el límite del campo de visión de la cámara, le metió una mano en el bolsillo. Después desaparecieron.

—Todo en orden, ¿verdad? —Wilczur le arrancó el filtro al siguiente cigarrillo.

Szacki sabía a qué se refería. No se veía que hubiera entre ellos ninguna tensión o discusión, ni un silencio persistente. Una simple pareja dando un paseo un domingo de Pascua por la noche. Esto hablaría en favor de la versión de Budnik, según la cual habían pasado las fiestas como siempre, habían tenido un roce, ella se había marchado y... Exacto: ¿y qué?

—¿No la captó esa cámara el lunes o el martes? —preguntó.

—No. He puesto a dos personas a repasar las grabaciones desde ese momento hasta que se encontró el cadáver ayer por la mañana. Minuto a minuto. No aparece. Hemos comprobado esta cámara y otra junto al castillo; si se quiere ir desde la calle Katedralna hasta el centro, hay que pasar junto a una de las dos. Aparte de esos caminos, solo se podría ir cruzando entre los matorrales o bien saltar el muro y atravesar el jardín de la catedral en dirección al Vístula.

—¿Y los vecinos?

—Nada. Pero observe esto.

La segunda grabación provenía de una cámara de la plaza Mayor que

cubría un fragmento de la fachada hostelera, donde se encontraban varios locales como Cizemka, Staromiejska, Trzydziestka y la cafetería donde se hallaban, cuyo nombre Szacki no recordaba porque nunca antes había entrado en ella. Las cifras en la pantalla indicaban que eran más de las cuatro de la tarde del martes. No sucedía nada, pasaban por allí transeúntes aislados. Se abrió la puerta del Trzydziestka y de su interior salió Budnik. En una bolsa de plástico transparente llevaba dos «portátiles», dos envases de poliestireno para comida. Se dirigió con paso enérgico hacia la calle Mariacka, y desapareció rápidamente del campo de visión de la cámara.

Szacki sabía a la perfección por qué le había enseñado Wilczur esa grabación.

—Interesante, ¿verdad? —el viejo policía se recostó hacia atrás en la silla, hacia el oscuro rincón de la sala, tanto que durante unos instantes debió de encontrarse parcialmente en el local contiguo.

—Mucho. Porque si la versión verdadera es la de que la esposa de Budnik le abandonó el lunes...

—Entonces, ¿para qué le llevó comida el martes?

—Eso habría concordado con su primera versión, que era absolutamente inverosímil y de la que incluso él se desdijo.

Wilczur asintió; de la oscuridad sobresalía su pálida nariz, que se movió arriba y abajo. Szacki reflexionaba. Solo había gastado uno de sus tres cigarrillos diarios. La intuición le decía que valía la pena reservarlos para su cita con Tatarska, y además con el simple hecho de estar en aquella estancia ya se había fumado un paquete y medio. Aun así sacó un pitillo; Wilczur le dio fuego. Si le sorprendió comprobar que el fiscal fumaba, no se le notó en absoluto. Permaneció en silencio mientras Szacki organizaba en su cabeza los posibles escenarios. Las piezas giraban en su imaginación, pero cada una era de un puzle distinto, tenía la impresión de que las colocaba a la fuerza.

El domingo aún estaban juntos. Después él aparece el martes en el bar y compra dos menús. A ella no se la ve más hasta el miércoles, en forma de cadáver blanco como la cal entre los arbustos que hay junto a la antigua sinagoga. ¿Qué ha ocurrido?

Supongamos que de verdad discutieron el lunes. Ella salió y se fue muy enfadada en dirección al Vístula, sin ser captada por la cámara. Allí un misterioso lunático la raptó y la asesinó. Pero entonces, ¿por qué al día siguiente Budnik compró dos menús? ¿Por qué en el cuerpo de la fallecida no

había signos de lucha, de haber intentado escapar, ni una huella de golpes?

Supongamos que la discusión del lunes fue tan fuerte que Budnik mató a golpes a su esposa. Alto, en el cuerpo no hay huellas. Supongamos que la discusión fue muy fuerte, luego por la noche la asfixió con la almohada. No, la asesinó en el sótano, extrajo la sangre. Alto, en toda la casa no hay ni rastro de sangre. En ese caso, se la llevó a un lugar apartado, allí la mató; no, alto, las cámaras no registraron que Budnik saliera con su coche. La sacó muy bien envuelta en algo —porque no hay huellas—, la llevó a través de los arbustos hasta un lugar apartado, la mató, le extrajo la sangre. Para no levantar sospechas y fingir que todo era normal, fue el martes a la oficina, compró dos menús; así tenía una coartada. Por la noche salió de nuevo por los arbustos y se la llevó a la otra punta del casco viejo, allí la dejó. ¿Suena creíble? No y mil veces no.

Entonces supongamos que tenía un plan preparado desde hace mucho. Que tenía un móvil del que de momento no se sabe nada. Trabaja en el ayuntamiento, conoce el sistema de seguridad, la colocación de las cámaras. Se paseó el domingo ante la cámara, después llevó a su esposa a dar una vuelta por algún sitio cercano al lugar donde se encontró el cadáver, para así no tener que cargar con el cuerpo por toda la ciudad. La dejó inconsciente, la asesinó, le sacó la sangre. Cuando hubo acabado, la tiró entre los matorrales.

—Se mire como se mire, no se ve una mierda, ¿verdad? —se oyó la voz chirriante de Wilczur desde la oscuridad.

Szacki asintió. Por desgracia no se veían ni móviles ni pruebas, y el arma del crimen había resultado ser un instrumento quirúrgico limpiísimo, casi listo para ser usado en una operación.

—Pues hay un fragmento más —Wilczur le acercó el portátil al fiscal.

La imagen de la pantalla era completamente blanca y los contornos de los edificios tan pálidos que resultaban prácticamente invisibles. A Szacki le vino a la mente el videojuego Silent Hill.

—¿Dónde es?

—En la calle Żydowska[11]. La cámara está colocada en la pared de la sinagoga —Szacki advirtió que Wilczur no había utilizado la palabra «archivo»—, en dirección al castillo. A la derecha está el parking, detrás los arbustos donde encontraron a la señora Budnik. Es una grabación del miércoles por la mañana, unos minutos antes de que recibiéramos el aviso. Observe.

Szacki siguió mirando; pasaron unos segundos, unos minutos, la niebla tenue se dispersó un poco, la imagen se aclaró y se pudo ver que la cámara estaba sobre la calle, no sumergida en un bol de leche. De pronto en la parte baja de la pantalla apareció un semicírculo negro, Szacki se sobresaltó. El semicírculo se movió hacia delante, hacia el fondo de la calle, y cuando se alejó de la cámara quedó claro que en realidad se trataba de la parte superior de un sombrero con forma como de bombín, solo que con un ala mucho más ancha. Bajo el sombrero había un abrigo negro que llegaba hasta el suelo, ni siquiera se veían los pies del sujeto. El efecto resultaba fantasmal: un espectro negro con sombrero levitando durante un momento entre la leche gris, para luego desaparecer por completo. Szacki retrasó la imagen y la pausó. Deseaba que le recordara a cualquier otra cosa, pero no hubo manera: entre la niebla que cubría la calle Żydowska de Sandomierz había pasado flotando el espectro de un judío jasídico.

Miró a Wilczur.

—Supongo que sabe lo que había en el lugar donde se encontró a la señora Budnik, ¿verdad? —le preguntó el policía con voz chirriante.

—¿Las murallas de la ciudad?

—No, esas estaban más arriba y además fue hace tanto que ya no importa. Lo que había era un *kirkut*. Es decir, que el cadáver yacía exactamente en el centro de un antiguo cementerio judío.

El frío aire de la tarde fue como una medicina, como un antídoto contra el bar Ratuszowy. Szacki respiró a pleno pulmón, Wilczur se enrolló la bufanda al cuello y encendió un cigarrillo. Detrás de ellos se oyó un portazo; uno de los borrachuzos había salido a la calle y los miraba indeciso.

—Señor oficial...

—Déjame en paz, Gąsiorowski. ¿Cuántas veces van ya? Y siempre acaba igual, ¿verdad?

—Ya, señor oficial, pero...

—¿Pero qué?

—Que ya ha pasado una semana desde que Anatol desapareció.

—Gąsiorowski, por lo que más quieras. La policía se encarga de echar a los vagabundos, no de buscarlos. Y menos aún si son de otro municipio.

—Pero...

—Pero no hay más que hablar, adiós.

El borrachuzo se volvió a meter en el bar. El fiscal miró al inspector con gesto interrogativo. A Wilczur no le gustaba dar explicaciones y Szacki decidió que no necesitaba conocer todas las preocupaciones de la policía local. Se despidieron sin gran entusiasmo.

—Tenemos que enterarnos de dónde está la sangre de Elżbieta —dijo Szacki subiéndose el cuello del abrigo. De nuevo hacía un frío espantoso.

—La habrán usado para hacer matzá[12] —murmuró Wilczur, tras lo cual se diluyó en la oscuridad.

## 7.

Las ventanas están abiertas, entra por ellas algo del frescor y del aroma de la noche. Las cornamentas duermen en las paredes; bajo las mesillas, en las perchas y en los espejos acechan manchas de luz azulada. Su rostro se vislumbra vagamente en el espejo, como lo haría en el fondo de un lago. Sabe que no se puede quedar allí, el riesgo aumenta con cada movimiento de las manecillas del reloj que hay en el recibidor, su cuerpo entero está loco por salir huyendo. Pero debe aguantar hasta el sábado. Si aguanta hasta el sábado, si antes del domingo no ocurre nada, si el domingo por la noche está en libertad, entonces el domingo de la Divina Misericordia se merecerá realmente ese nombre.

## 8.

Comprar una buena botella de vino en el casco viejo más hermoso de Polonia resultó ser imposible. En sus descuidadas tiendas solo vendían kvas y al final pensó que lo más rápido sería bajar hasta la carretera de circunvalación y comprar una botella de Frontera en la gasolinera. Según se le ocurrió, lo hizo. Quería además comprar una tarta de chocolate y barquillo marca Wedel, le pareció un detalle muy varsoviano, pero por desgracia no tenían, así que cogió una caja de bombones que decía a gritos que había sido comprada en una gasolinera y también un paquete de preservativos. Al volver procuró no sudar demasiado, porque su intuición le decía que esa noche tendría que actuar sin ropa. El otro hemisferio, el racional, le explicaba que la intuición siempre sugería lo mismo a todos los hombres aunque a menudo no se cumpliera, pero de todas formas hizo lo posible por no correr.

Ahora estaba en el salón de la casa que la jueza Maria Tatarska tenía en la calle Żeromski y todo le parecía muy extraño.

Lo primero, por la decoración interior. Hacía tiempo que se había dado cuenta de qué echaba en falta en los pisos de Sandomierz: faltaba Ikea. En Varsovia resultaba impensable que, en un piso normal de un representante de la clase media, la mitad de la decoración no fuera de la empresa sueca. En Sandomierz, en las mejores casas predominaba el estilo cracoviano-burgués, es decir, muchas telas con tal cantidad de polvo que podrían matar a un alérgico, aparadores y espejos turbios. Los habitantes más pudientes sin abolengo vivían en chalets con paneles de madera en las paredes y una decoración tipo apartamento para turistas. Los más pobres vivían en bloques de pisos, con armarios y estantes empotrados y muebles traídos del mercadillo. En casa de Tatarska esperaba encontrar la polvorienta decoración burguesa o bien muebles modernos en tonos pastel al estilo Ikea. En cambio... Lo que vio en aquella casa tenía algo de sala de hospital. Mucho color blanco, aluminio, espejos, cristal. El salón era blanco, literalmente blanco, a tal extremo que los libros repartidos por las diversas estanterías

estaban forrados con papel blanco, en el que habían escrito con esmero los títulos y los autores.

Lo segundo, por el atuendo de la anfitriona. La jueza Maria Tatarska llevaba un vestido de noche rojo y unos zapatos de tacón también rojos. No es que esperara encontrársela con un forro polar y unas chanclas, pero lo que se había puesto era demasiado ostentoso para tomar una copa de vino en un encuentro informal. Entre tanta blancura ella parecía una mancha de sangre, quizá buscara justo ese efecto. Szacki se encogió de hombros mentalmente, consciente de que ella lo observaba. Le gustaban las cosas normales y corrientes, el efectismo no le causaba impresión, como mucho le hacía sentir lástima el que hubiera personas capaces de emplear tanto tiempo y esfuerzos en futilidades.

Lo tercero, por la atmósfera del exterior. Sí, en especial por la atmósfera del exterior, porque el «jardín» de la jueza Maria Tatarska era un cementerio. No metafóricamente hablando, sino uno de verdad. Szacki siempre lo había visto desde el lado opuesto, donde estaba la entrada principal, cuando pasaba por la calle Mickiewicz. Una hermosa necrópolis arbolada que llegaba casi hasta la calle Żeromski, situada a una altura más baja y en la que se hallaban varios talleres de cantería y el chalet de la jueza Tatarska. El salón estaba en el primer piso, un poquito por encima del nivel de las tumbas, cerca del muro del cementerio. Con la luz que salía de la casa bastaba para que Szacki se pudiera entretener en leer los nombres grabados en las lápidas. Advirtió algo intranquilo que había allí tres personas de cuarenta años. Exactamente cuarenta años. A él le quedaban un par de meses para cumplirlos.

Se dio la vuelta. La jueza estaba sentada en el sofá con una copa de vino en la mano, blanco y rojo con fondo de cadáveres; muy patriótico, pensó Szacki.

—*Memento mori* —dijo ella poniendo un pie sobre el sofá, sin quitarse el zapato. No llevaba bragas.

---

## **Capítulo tercero**

*Viernes, 17 de abril de 2009*

Para los católicos es el sexto día de la Octava de Pascua, los cristianos ortodoxos celebran el Viernes Santo, los judíos comienzan el Sabbath con la puesta de sol, que en Sandomierz es a las 18:31. Según la teoría de Molnar, se cumplen exactamente 2.015 años desde el nacimiento de Jesús; también apagan velas hoy Jan Borysewicz, Apoloniusz Tajner y Victoria Beckham. En Polonia, nada interesante. El primer ministro gana apoyos, el gobierno pierde apoyos, el presidente pierde apoyos. Lech Wałęsa jura que no fue agente de la policía comunista y que lo parta un rayo si miente. En el extranjero, la Casa Blanca revela que Bush permitió las torturas a los presos; la Unión Europea informa de que la cifra de ataques terroristas, con éxito o sin éxito, está descendiendo; la policía escocesa hace público que entre sus trabajadores hay diez seguidores de la religión Jedi; y el Vaticano expresa su pesar porque el gobierno de Bélgica critique a Benedicto XVI por la crítica de este al uso de los preservativos. En los cines se estrenan las películas *Vicky Cristina Barcelona*, de Woody Allen, y *General Nil*, film poco valorado con una magnífica interpretación de Olgierd Łukaszewicz en el papel del general Nil. El Legia de Varsovia gana en Gliwice al Piast por cero a uno y asciende al primer puesto de la clasificación ligera. En el aire se huele ya la primavera, en Sandomierz la temperatura máxima llega a los 20 grados, aunque por desgracia no es mérito del sol, porque el cielo está cubierto y llueve a cántaros.

# 1.

El fiscal Teodor Szacki había recibido una educación clásica y sabía que Eros desde siempre ha ido de la mano con Tánatos, conocía la leyenda de Tristán e Isolda, había leído a Jan Andrzej Morsztyn y también los relatos de Iwaszkiewicz *El bosque de abedules* y *Los amantes de Marona*, incluso hubo una época en que no se dormía hasta no haber absorbido unas cuantas gotas del desaliento erótico de este autor. Pero nunca antes se habían unido esos dos elementos en su vida de una manera tan literal y tan penetrante. Se despertó con el regusto a borrachera de vino en la lengua y antes de darse cuenta de dónde estaba notó que no había sido la sed la que lo había sacado del sueño, sino un insoportable y palpitante dolor en su miembro. A medida que recuperaba la consciencia, volvían los recuerdos de la noche anterior, en la que Tatarska le había obligado a hacer cosas que no había visto ni siquiera en las películas porno. Le había parecido estúpido largarse, porque estaba claro que ella esperaba grandes cosas y él no quería comportarse como un grosero, y por eso tomó parte sin especial entusiasmo en los sucesivos ejercicios eróticos, de los cuales la mitad eran chabacanos, la otra mitad simplemente tontos y todos ellos extenuantes. Si se describieran serían una aventura sexual de esas que se relatan durante años, se recuerdan durante décadas. Pero en realidad Szacki quería olvidarse cuanto antes de ese incidente. Necesitaba una ducha.

Abrió un ojo temiendo ver el cuerpo de la jueza acechándolo hasta que despertara, pero una vez más aquella cita le proporcionó una sorpresa. A medio metro de la nariz tenía una ventana y un metro más allá del cristal había una lápida de terrazo mojada con la inscripción: «Velad, pues, porque no conocéis ni el día ni la hora». Szacki cerró el ojo; no quería pensar que, tras una noche de perversiones bestiales, había despertado sobre una tumba con una cita de los evangelios acerca de muchachas prudentes y otras insensatas, según creía recordar. Cómo le habría gustado ser aquella noche una muchacha insensata a la que le hubieran cerrado la puerta y no hubieran

dejado entrar en la fiesta; que la jueza Tatarska le hubiera dicho «realmente no te conozco» y le hubiera echado. Le dio la espalda al cadáver de Mariusz Wypych, de cincuenta y dos años, y a la cita del evangelio de San Mateo que lo vigilaba. En el interior de la casa el panorama no era mejor: la jueza Tatarska roncaba boca arriba, su rostro estaba hinchado y brillaba, sus enormes pechos caían a los lados. A la luz de ese día de abril el salón ya no era blanco como la nieve, a lo sumo gris descolorido. Szacki miró el reloj, soltó un taco y abandonó tan rápido como pudo aquel tanatorio de lujuria.

Hora y media después, duchado y arreglado, se encontraba ya en la fiscalía y albergaba la esperanza de que el escozor que había notado al orinar fuera solo provocado por alguna irritación, no por una misteriosa infección. Estaba extrañamente convencido de que en su rostro llevaba escritos cada uno de los actos de la noche anterior, por lo que cerró la puerta de su despacho y se sumergió en el mundo de los símbolos. Una hora más tarde comprendió que con los símbolos era peor que con los cuchillos: había millones de signos gráficos y de asociaciones que los estudiaban, de emblemas y páginas de internet dedicadas a ellos. Decidió sistematizar la búsqueda.

Comenzó por los símbolos judíos, como es lógico, y enseguida se llevó una decepción, porque no había muchos. La estrella de David, la *menorah*, los rollos de la Torá, las Tablas de la Ley y, sorprendentemente, la mano de Fátima —siempre había asociado ese símbolo con los árabes, pero resultó que era también un amuleto judío—. Con las culturas al parecer pasaba lo mismo que con los matrimonios: cuanto más se parecen los cónyuges, más puñaladas se dan entre ellos. Szacki recordó que una vez, en una tienda halal de Varsovia, pidió por error cordero kosher y el dueño casi explotó de ira. Szacki inspeccionó con atención las letras del alfabeto hebreo, pero no encontró nada parecido a lo que buscaba. Los textos sobre la cábala resultaban interesantes, pero ni en los dibujos, ni en los esquemas, ni en los escritos místicos halló nada que recordara remotamente al emblema que tenía delante.

La infructuosa exploración de las sectas judías lo condujo al cristianismo, a través del cual conoció la cruz en todas sus miles de versiones. Por un momento pensó que el símbolo de la insignia podría ser una variante de la cruz ortodoxa, de alguna orden religiosa, pero no, nada de eso.

De la cruz pasó a la esvástica. Este símbolo antiguo aparecía en numerosas

versiones, las miró todas, porque el emblema que sujetaba la señora Budnik era clavado a media insignia nazi con un rabito debajo. De paso perdió varios minutos mirando las fotos de la actriz bengalí Swastika Mukherjee, cuya belleza resultaba extraordinariamente apetecible. Era cierto que por la mañana había jurado no volver a practicar sexo jamás, pero por ella haría una excepción. Le extrañó la gran cantidad de organizaciones polacas que habían empleado la esvástica como emblema antes de que se convirtiera en un símbolo de Hitler y sus ideas sobre la dominación aria. Sobre todo en la región de Podhale, donde era un talismán muy popular, que en la actualidad se ocultaba con vergüenza o bien —como en el caso de cierto refugio de montaña de los Tatras— se lo proveía de las explicaciones adecuadas para que ningún turista se desmayara de la indignación. La esvástica tradicional polaca y eslava era conocida como *swarga* o *swarzyca*. Siguiendo esa pista llegó a los símbolos eslavos, y repasó con gran trabajo los signos que aparecían, por ejemplo, en la alfarería de la época precristiana. También miró los bajorrelieves, las etiquetas de los pasteles tradicionales, los dibujos de los huevos de Pascua y de los bordados. ¿Y qué? Y nada.

Se animó bastante cuando recordó que también estaban los masones (pero no encontró nada) y cuando profundizó en el mundo del ocultismo, el satanismo y otras estupideces similares, en el que abundaban los símbolos y a cuyos adeptos les gustaba tatuarse cosas en el trasero o cosérselas en las cazadoras. Nada de nada.

Se echó hacia atrás en la silla; le dolía la cabeza por la resaca y de fijar la vista en la pantalla. Aquello parecía una broma, como si alguien se hubiera tomado muchas molestias en comprobar todos los símbolos del mundo para crear uno que no se pareciera al resto. Tenía que pensar. Miró el monitor, donde había varias ventanas abiertas llenas de estrellas dadas la vuelta, rostros satánicos y gráficos que probaban que el plano de las calles de Washington contenía un pentagrama. También estaba el alfabeto rúnico, que atrajo la atención de Szacki. Se desperezó y se zambulló en más símbolos. Conoció las runas inventadas por Tolkien para *El señor de los anillos*; conoció las diferencias entre las diversas formas del alfabeto protogermánico y finalmente tuvo éxito en su búsqueda, aunque relativo. Si se borrara de su emblema el rabito, la insignia que buscaba sería igual que la runa *eihwaz*. Una runa magnética que significaba «tejo», símbolo de transformación, que se correspondía con el signo de Acuario, un amuleto perfecto para un guía

espiritual, para un funcionario público y para un bombero. Ni siquiera los santos católicos tenían un espectro de actividades tan amplio. Pero ¿qué se desprendía de todo ello? Nada en absoluto, una minucia, una pérdida de tiempo. Y además no había rabito.

Se levantó de la silla cabreado. Tenía sueño, le dolía la cabeza y el pene, la boca le sabía a rayos por el vino y en la conciencia le pasaba tres cuartos de lo mismo por culpa de sus hazañas sexuales. Encima con el tiempo que hacía solo apetecía meterse en la cama o en un bar. Las nubes estaban muy bajas, caía continuamente una llovizna anodina pero exasperante, el agua se acumulaba en la ventana y descendía en hilillos. Szacki pensó en Elżbieta Budnik colgada boca abajo en algún almacén, en el asesino que observaba cómo la sangre salía cada vez más lentamente por el cuello. ¿Pondría un cubo? ¿Un barreño? ¿Dejaría que se fuera por un sumidero? Cuanto más detalladamente se imaginaba la escena, más vibraba en su interior la cuerda de un sentido de la justicia sencillo, popular, no del todo acorde a la legalidad. Había algo fascinante en la Elżbieta Budnik de la grabación. Una mujer hermosa, pero con un punto de infantilidad; una mujer que no había olvidado lo que significa correr a saltitos, reírse a carcajadas en el cine y comer en verano gofres con nata montada que dejan una manchita blanca en su nariz; a la que le gustaba organizar talleres para niños, representaciones, fiestas, casi todo seguramente gratis o por cuatro céntimos; que sin duda ya tendría planificadas las vacaciones, sabría a quién iba a invitar a la ciudad, cuándo serían las excursiones, cuándo los conciertos, cuándo el viaje para ver el castillo de Ujazd; que se alegraba cuando las madres le decían que hasta daba pena que los niños se marcharan en verano habiendo tantas atracciones en la ciudad.

Estaba viva cuando la colgaron boca abajo, cuando le cortaron el cuello. La sangre brillante de las arterias brotó primero a chorros, formó espuma, después empezó a correrle por la cara al ritmo de las últimas pulsaciones del corazón.

Por primera vez Szacki sintió que deseaba con todas sus fuerzas ver al autor del crimen en la sala del tribunal. Incluso aunque eso significara repasar con resaca todos los putos símbolos que había creado la humanidad en su historia.

Volvió al ordenador, guardó lo que había encontrado sobre la runa *eihwaz* y se puso con los símbolos nacionalistas. Quizá la pista antisemita estuviera

mejor encaminada que la judía. La lectura de las webs nacionalistas resultó bastante sorprendente; esperaba proclamas del tipo «Destrozar a los judíos a hachazos» o «Maricones a la cámara de gas», adornadas con dibujos al estilo de los que aparecían en los libelos antisemitas de entreguerras, y en cambio se encontró con páginas web elegantes y bien redactadas. Por desgracia no se veía por ninguna parte la runa con rabito. Estaba la Mano con Espada —símbolo de los nacionalistas polacos—, la cruz celta de los skinheads, y por supuesto la señal de «Prohibido mariconear». Ya iba a dejarlo, pero por cumplir con su obligación clicó aún en la página de [patriotasdepequenapolonia.com](http://patriotasdepequenapolonia.com) y, aliviado, suspiró ruidosamente. En la cabecera de la página, aparte del escudo de Polonia, se veía una runa con rabito, aunque no sabía qué era.

—¡Aleluya! —gritó, y en ese mismo instante asomó por la puerta la cabeza pelirroja de Sobieraj.

—Alabemos al Señor —añadió ella—. Esta mañana le he descrito a mi marido ese emblema misterioso y dice que es un *rodło*, el distintivo de la Unión de Polacos de Alemania. Y que quizá deberíamos volver a la escuela si es que no lo hemos reconocido de inmediato. He investigado un poco y... ¿Tienes un momento?

Szacki minimizó rápidamente todas las ventanas del navegador.

—Claro, estaba ordenando papeles. Por supuesto que es un *rodło*, ayer debía de estar agotado para no darme cuenta.

Sobieraj lo miró significativamente, pero no comentó nada. Se sentó a su lado junto con la nube de perfume que la rodeaba, una nube bastante frutal, demasiado para principios de primavera, y esparció por el escritorio unas hojas que había imprimido. En una de ellas el *rodło* estaba colocado sobre un mapa de Polonia.

—Mira, Teodor —Szacki no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien se había dirigido a él de esa manera, alguna maestra en la escuela, quizá—. La misteriosa mitad de la esvástica con el chirimbolo es el símbolo de la forma del Vístula sobre el mapa de Polonia: primero hacia la derecha, luego en perpendicular hacia arriba a la izquierda y luego otra vez hacia la derecha. Y el chirimbolo es el lugar donde el Vístula pasa por Cracovia. El símbolo surgió en 1933, tras la subida al poder de Hitler. Los nazis introdujeron la esvástica, prohibieron el uso de cualquier otro símbolo que no fueran los aprobados por ellos, por no hablar del águila blanca de

nuestro escudo, ese estaba prohibido desde tiempos de los prusianos. Y ahora mira lo que hacen nuestros avispados compatriotas de Alemania: crean este emblema, les dicen a los alemanes que es media esvástica, los alemanes ponen caras de aprobación, asienten con la cabeza, dicen: pues sí, tiene sentido, los verdaderos alemanes tienen la esvástica completa y los polacos de Alemania solo la mitad, *gut, gut, sicher, vosotros mucho buenos polnische schweine, verstehen?*

—Sí, *verstehen*, yo todo *verstehen* —dijo Szacki citando cierta comedia polaca de los años ochenta.

—Por supuesto, para los nuestros era todo lo contrario a la esvástica, es decir, a lo que representaba. El *rodło* era y es el símbolo de los lazos entre los polacos de Alemania y la República de Polonia.

—¿Y el nombre? ¿Eso de *rodło* de dónde sale?

—Es un neologismo, un jeroglífico, una mezcla entre «familia» [*rodzina*] y «escudo» [*godło*].

—Entiendo. ¿Y aún existe esa asociación?

—Ya lo creo. Por lo que he podido averiguar tiene bastante actividad y su sede está en Bochum. Es una organización que ayuda a los polacos emigrados, los representa ante las administraciones, les soluciona problemas, una especie de consulado no gubernamental. Además, conforman una parte importante de la mitología nacional, surgieron en los años veinte, en la época en que se desarrolló el nazismo, ya sabes lo que eso significa.

—Confiscación de bienes, ilegalización, detenciones, fusilamientos, campos de exterminio.

—Exacto. Por eso hoy en día el *rodło* es el símbolo del martirio, del espíritu polaco y de la entereza de las organizaciones nacionalistas. Varios grupos de scouts usan ese signo, por ejemplo.

—¿Nacionalistas en el sentido «no al matrimonio gay» y esas cosas?

—No, más bien nacionalistas juiciosos, patriotas.

—¿Nacionalistas juiciosos? —bufó Szacki—. ¿Estamos jugando a inventar oxímoron?

Sobieraj se encogió de hombros.

—Quizá en Varsovia esté pasado de moda, pero en provincias a algunos les gusta sentirse orgullosos de ser polacos.

—Ayer me decías que ser un verdadero polaco en Sandomierz puede tener un trasfondo muy oscuro.

—Quizá olvidé añadir que entre el rechazo a la nación y la quema de sinagogas en su nombre hay un espacio enorme en el que puede acomodarse la gente juiciosa.

Szacki no quería entrar en discusiones. No le gustaba la gente que tenía hobbies; es más: le daban miedo. Lo de la nación para él era también un hobby. Una pasión innecesaria y que no ayudaba a nada, pero que enredaba de tal manera a la gente que en condiciones desfavorables podía conducir a cosas terribles. En su opinión, un fiscal no debería identificarse con la nación, no debería creer en nada y no debería tener ninguna pasión que le nublara la mente. El código legal es muy preciso, no hace división entre mejores y peores, no mira la fe ni el orgullo nacional. El fiscal debía ser un siervo del código legal, un guardián del orden y la legalidad.

Sobieraj se levantó y se apoyó en el alféizar de la ventana.

—Hablando de quemar sinagogas —dijo señalando algo que había en el exterior.

Szacki miró; al otro lado de la calle había una furgoneta de la cadena televisiva Polsat, los técnicos estaban colocando sobre el techo del vehículo una antena parabólica. Bah, ni era su circo ni eran sus monos. A él le preocupaban los pasos que debían seguirse a partir de entonces. Elżbieta Budnik tenía en la mano un emblema de la Unión de Polacos de Alemania, utilizado también por algunas organizaciones patrióticas y nacionalistas. Habría que hablar con los líderes nacionalistas locales —si es que los había— y sondear a los activistas de derecha y los grupos de scouts.

—Jerzy Szyller es miembro honorario de la Unión de Polacos de Alemania —dijo Sobieraj en voz baja, como para sí—. Este asunto es cada vez más extraño.

—¿Y quién es Jerzy Szyller?

La cabeza pelirroja de Barbara Sobieraj se giró lentamente hacia él. Había momentos en que a Szacki le parecía bonita de una forma simpática, femenina, delicada, sutil. Su bello rostro reflejó sorpresa e incredulidad, como si Szacki le hubiera preguntado algo que cualquier polaco sabe, como quién había sido el Papa anterior a Benedicto XVI.

—Estás de broma, ¿verdad?

No, no bromeaba.

## 2.

Escuchó todo lo que Sobieraj tenía que contarle sobre Jerzy Szyller y, en cuanto ella salió del despacho, llamó a Wilczur y le pidió que acudiera de inmediato. Necesitaba un contraveneno para el nuevo panegírico que había presentado su pecosa compañera. De su relato había emergido un atractivo patriota, un honrado empresario, un ciudadano que pagaba religiosamente sus elevados impuestos, un experto en arte, un erudito, un hombre de mundo. En una palabra: otra persona más sin tacha en Sandomierz, ciudad de personas sin tacha, íntegras, honradas y nobles, que solo muy de vez en cuando le clavan una horca a algún judío o le rebanan el cuello a alguien y lo dejan entre los arbustos.

Wilczur se hundió en el sillón sin quitarse el abrigo; se había traído consigo la humedad, el frío y su nariz enrojecida en medio de su cara amarillenta. La habitación se oscureció de repente. Szacki encendió la lámpara y le explicó de qué se trataba el asunto.

—No hay semana que no recibamos alguna queja contra Szyller —empezó a contar Wilczur mientras le quitaba el filtro a un cigarrillo—. Que si ha aparcado indebidamente junto a la Puerta de Opatów; que si los árboles que hay junto a su oficina tapan la luz; que si su perro se ha cagado a la puerta de la casa de alguien; que si tiene dos coches y uno lleva una reja en el interior a pesar de ser de tipo ranchera, no una furgoneta de reparto; que si cruzó la calle Mickiewicz cuando el semáforo estaba cerrado para los peatones, poniendo en peligro el tráfico rodado; que si no respeta el silencio nocturno; que si se sonó los mocos junto a la estatua de Juan Pablo II, ofendiendo los sentimientos religiosos de los ciudadanos católicos de Sandomierz y por consiguiente infringiendo el artículo 196 del Código Penal.

—¿Eso último es broma?

—No. Y tampoco es una excepción. Me gustaría recibir un zloty mensual por cada habitante de la ciudad que lo odia a rabiar —Wilczur se quedó pensativo, rodeado por una nube de humo, seguramente imaginando a qué

destinaría semejante fortuna.

—¿Lo odian por alguna razón concreta?

Wilczur se rio con voz ronca.

—Es evidente que nunca ha vivido usted en una ciudad pequeña, fiscal. Lo odian porque es rico, atractivo, tiene una casa enorme y un coche reluciente. En el mundo católico eso tan solo puede significar una cosa: que es un ladrón, que oprime a los pobres y que se ha enriquecido a costa de los demás.

—¿Y cuál es la verdad?

—La verdad es que Jerzy Szyller es un empresario con buen ojo para los inmuebles, hace negocios aquí y en Alemania, se especializa en lugares con atractivo turístico; he oído que en su momento compró unos terrenos a unos campesinos de Kazimierz Dolny y con eso empezó todo. También invierte algo en infraestructuras; por ejemplo, el nuevo hotel de la calle Zawichojska es suyo. Sé que varias veces lo ha investigado Hacienda y otras administraciones, está limpio. Un tipejo bastante peculiar, pero eso ya lo comprobará usted mismo.

—¿Qué relación tenía con los Budnik?

—A él no lo adoraba, eso seguro. A Szyller se le escaparon de las manos algunas parcelas bien hermosas por culpa de los chanchullos de Budnik y de la entrega de tierras a la Iglesia. En cuanto a ella, ni idea, este tío es un poco filántropo, seguro que financió alguna de las iniciativas de la señora Budnik para los niños. En general se movían en mundos diferentes. Los Budnik eran intelectuales inclinados a la izquierda, más de la *Gazeta Wyborcza*, y Szyller más bien es de la *Gazeta Polska*, de esos que tienen la bandera nacional en un mástil a la entrada de casa. Ellos para él eran un poco comunistas, él para ellos un poco fascista; seguro que no organizaban barbacoas juntos.

Wilczur sufría ese típico mal polaco por el cual, aunque estuviera hablando bien y con neutralidad de alguien, lo que decía sonaba a diatriba. Tono de voz cansado, la boca ligeramente torcida, una ceja levantada, una calada al cigarrillo en el lugar de la coma, calada y sacudida de ceniza en el lugar del punto. No importaba sobre quién estuviera hablando el viejo policía: su desprecio general hacia el mundo mancillaba a cualquiera.

—Szyller. Parece un apellido judío.

Una sonrisa malévolamente pasó por los labios del policía.

—Tras los últimos cambios acontecidos ya no guardamos información sobre creencias o procedencia. Pero si hemos de hacer caso a las quejas,

entonces sí, al cien por cien. También practicaría la pederastia, la zoofilia y adoraría a Satanás.

Para reforzar el efecto, Wilczur levantó una mano con los dedos formando unos cuernos: por su aspecto parecía un hermano de Keith Richards, pero más feo y más estropeado.

Szacki no se rio.

### 3.

Al llamar al teléfono de Jerzy Szyller, una elegante voz grave le solicitó amablemente en polaco y alemán que dejara un mensaje. Szacki lo grabó sin mucha convicción, pero menos de un cuarto de hora después Szyller le devolvió la llamada y le pidió perdón por no haber podido contestar anteriormente. Cuando Szacki empezó a explicarle de qué asunto se trataba, le interrumpió con amabilidad pero con firmeza.

—Naturalmente que lo entiendo, en cierto modo me esperaba esta llamada. Tanto el matrimonio Budnik como yo somos personajes públicos en Sandomierz, manteníamos —hizo una pausa casi imperceptible—, lo quisiéramos o no, alguna relación. He de reconocer que he anulado ex profeso un viaje a Alemania previendo que quizá mi presencia pudiera serle de utilidad a la justicia.

—En ese caso, le ruego que se acerque a la calle Koseky.

—Por desgracia no soy tan buen ciudadano. He anulado el viaje a Alemania, pero he aprovechado para arreglar unos asuntos en Varsovia. Aún estoy en la capital —a Szacki le gustó que usara esa palabra—, empieza el fin de semana, el tráfico de salida. Para cuando quiera llegar... ¿Sería mucha molestia si nos encontráramos mañana? Perdone mi descaro, por supuesto podría coger ahora mismo el coche, pero me temo que de todas formas no estaría allí antes de las doce.

La experiencia le había enseñado a Szacki que, según pasaban las horas desde el hallazgo de un cadáver, el caso se iba oscureciendo más y más, y las probabilidades de encontrar al autor disminuían poco a poco. Estuvo a punto de reaccionar airadamente, pero se dijo que unas cuantas horas nocturnas no solucionaban nada.

—Bien, nos reuniremos mañana.

—¿A qué hora debo estar en la fiscalía?

—Iré yo a su casa a las tres —Szacki no tenía ni idea de por qué había contestado así, por un impulso; se habría conectado su sexto sentido de

investigador.

—Por supuesto. En tal caso, ¿hasta mañana?

—Hasta mañana —le respondió Szacki y colgó el auricular, extrañado porque Szyller hubiera terminado con una pregunta. ¿Quizá las buenas maneras no le permitían finalizar una conversación que él no había empezado? ¿O es que se le había pasado por la mente la idea de no encontrarse con el fiscal?

La secretaria de la jefa se asomó por la puerta.

## 4.

El fiscal Teodor Szacki era un hombre instruido, conocía los principios básicos de la psicología y sabía que la identidad negativa es un callejón sin salida. Que la persona debería definirse a sí misma a través de las emociones buenas, a través de lo que le gusta, lo que la hace feliz, lo que le causa alegría. Que construir la identidad basándose en lo que la irrita y la cabrea es el comienzo de un plano inclinado de amargura por el que uno se desliza cada vez más rápido, hasta convertirse al final en un ser frustrado que rezuma odio.

Sabía todo eso, trataba de luchar contra ello como mejor podía, pero había momentos en que le resultaba del todo imposible. Y aquel era uno de esos momentos. Desde detrás de la improvisada mesa presidencial, con su traje immaculado y su corbata perfectamente ajustada, bien erguido, con su pelo espeso de blancura ideal y distinguida, con su mirada severa, el fiscal Teodor Szacki parecía la encarnación de la autoridad legal. Miraba la veintena aproximada de periodistas reunidos al otro lado de la mesa y se concentraba en controlar su propia respiración, conteniendo una mueca de desprecio que trataba de asomar a su rostro y que podría ser captada por una cámara.

En efecto: el canoso defensor de Temis odiaba los medios de comunicación con toda su alma. Por diversas razones. Sin duda, por ser aburridos y previsibles de una forma inhumana, dolorosa, vomitiva. Sin duda, por inventarse cosas y mentir descaradamente dependiendo de las necesidades del momento, tergiversando los hechos de manera que encajaran con la teoría que traían preparada de antemano. Sin duda, por deformar la imagen del mundo, otorgándole a cualquier extremo marginal unos rasgos que lo convertían en norma o moda, porque solo así lo marginal alcanzaba un rango que justificaba hablar machaconamente de algo insustancial durante veinticuatro horas al día.

Pero todo eso aún sería soportable a condición de que se metiera a los medios en el mismo cajón que los entretenimientos para la gente perturbada

emocionalmente. A unos les gusta ver partidos de fútbol, a otros porno con animales, a otros el canal TVN24; en fin, para personas diferentes, pasiones diferentes. Y si Teodor Szacki no hubiera sido fiscal, habría colocado a los periodistas entre los aficionados a dar placer a los perros y asunto concluido. Por desgracia habían sido muchas las veces en que se habían entrometido en sus investigaciones descerebrados que apelaban al derecho del ciudadano a la información; muchas las veces en que la divulgación de los aspectos más sensacionalistas y sangrientos de un caso había confundido a los testigos; muchas las veces en que, a pesar de pedirles y rogarles que no lo hicieran, habían publicado hechos que atrasaban la investigación semanas o meses. Así que si el buen Dios le preguntara a Szacki qué categoría profesional debía evaporarse repentinamente del planeta, no habría dudado ni un instante sobre qué responder.

Ahora en cambio resultaba que quizá el circo no fuera suyo, pero los monos desde luego que sí.

—¿Tienen ya a alguien a quien acusar?

—La investigación de momento está centrada en el caso; seguimos varias pistas, interrogamos a diferentes personas, pero no hemos presentado cargos contra nadie —Misia contestó con suavidad, sin quitarse en ningún instante su sonrisa maternal de la cara. Era ya la enésima pregunta torpe y estúpida que hacían, y Szacki comprobó con espanto que en provincias los periodistas eran aún más estúpidos que en Varsovia.

—¿Qué pueden decirnos sobre el hecho de que la víctima fuera brutalmente asesinada con un cuchillo como el de los sacrificios rituales kosher?

En la sala se hizo el silencio. A ambos lados de la mesa. Szacki ya había abierto la boca para contestar cuando se oyó la sonora voz de Sobieraj, aguda pero de una manera agradable.

—Tengo la impresión de que alguien está intentando entorpecer la investigación difundiendo falsos rumores y ustedes los están siguiendo como corderos camino de la matanza, no necesariamente ritual. Es un hecho que a la víctima le quitaron la vida cortándole la arteria yugular de una forma horrenda. Es un hecho que para ello utilizaron un instrumento muy afilado. Pero no sabemos nada de ningún sacrificio ritual, ni kosher, ni halal, ni de ningún otro tipo.

—Pero entonces, ¿estamos hablando de un ritual judío o árabe?

—Mire —intervino Szacki—, no estamos hablando de ningún ritual. Repito: ninguno. ¿De dónde sacan ustedes esas ideas? ¿Se me ha pasado algo por alto? ¿Hay alguna moda entre ustedes de llamar «crímenes rituales» a los asesinatos? Ha ocurrido una tragedia, a una mujer le han arrebatado la vida, todos estamos trabajando sin descanso para aclarar el caso y atrapar al autor de los hechos. Las circunstancias de este crimen no son en absoluto más excepcionales que las de otras decenas de crímenes a los que me he enfrentado antes, y eso que he pasado quince años en la fiscalía del distrito de Śródmieście, en Varsovia. Y he visto de todo, créanme.

Miszczyk le dirigió una mirada de estima, por una vez sin el gesto de aprobación maternal. Se levantó una periodista muy fea con un niqui verde; por supuesto no se presentó, seguramente todos la conocerían.

—¿La víctima era judía?

—Eso carece de importancia para la investigación —contestó Szacki.

—¿Debo suponer que si la víctima hubiera sido, por ejemplo, homosexual, tampoco habría tenido importancia para usted? —por alguna razón, la periodista feota parecía ofendida.

—Tendría la misma que si jugara al ajedrez o le gustara ir de pesca...

—¿La orientación sexual es para usted una especie de hobby?

Salva de risas. Szacki esperó a que se calmaran.

—Todo lo que se refiere a la víctima y a los sospechosos tiene importancia para la investigación y todo se comprueba. Pero la experiencia nos enseña que en las preferencias religiosas o de otro tipo raramente se esconden los móviles de los crímenes.

—Entonces, ¿dónde? —gritó alguien en la sala.

—Alcohol. Dinero. Relaciones familiares.

—Pero una salvajada antisemita como esta merecerá una atención especial, ¿no? —la periodista seguía con la misma cantinela—. En particular en una ciudad de pogromos, en un país donde aún florece el antisemitismo y donde se producen disturbios de carácter xenófobo.

—Si tiene usted noticia de alguna salvajada antisemita, ponga una denuncia, por favor. Yo no he oído hablar de nada de eso, y estoy seguro de que la investigación del caso de Elżbieta B. no tiene nada que ver.

—Yo, verá usted, yo únicamente quiero escribir la verdad. Los polacos merecen conocer la verdad sobre sí mismos, no solo esa falsa heroicidad lavada y planchada.

Algunas personas aplaudieron. A Szacki le recordó la vez que aplaudieron al político Andrzej Lepper cuando este se carcajeó tras preguntarse en voz alta si se podía violar a una prostituta. Sí, aquella escena fue la esencia de la verdad acerca de los medios polacos. En realidad estaba de acuerdo con la última observación de la periodista, a pesar de lo cual crecía en su interior la sensación de estar perdiendo el tiempo con algo absurdo. Miró a Miszczyk y Sobieraj; estaban inmóviles ante las cámaras, como si aquel sarao fuera a durar todo el día.

—Bien, escriba la verdad —por desgracia no consiguió ocultar su desdén, lo vio en el rostro de la periodista—, quizá pueda abrir un nuevo camino para sus colegas de profesión. Última pregunta, tenemos que volver al trabajo.

—¿Es usted antisemita, señor fiscal?

—Si usted es judía, entonces sí, soy antisemita.

## 5.

Estaba cabreado. Tras la rueda de prensa se fue de prisa a su despacho para evitar hablar con Miszczyk. Intercambió un par de palabras con Sobieraj y llamó a Wilczur para ver si había algún avance, pero no había ninguno. No se habían presentado testigos, no se habían encontrado restos de sangre, las grabaciones de otras cámaras no aportaron nada nuevo, Budnik no se movía de casa. Los interrogatorios a otros amigos de Elżbieta Budnik no hicieron sino confirmar que era una persona maravillosa, una activista social alegre y llena de vida. No todos tenían en alta estima su matrimonio, pero todos comentaban que «al menos eran amigos». Cuantos más informes había, más firme parecía la imagen de Elżbieta Budnik, seguía sin revelarse ningún móvil y el fiscal Teodor Szacki estaba cada vez más frustrado. A duras penas se contuvo para no meterse en el coche y salir al encuentro de Szyller, lo habría interrogado en alguna gasolinera a medio camino entre Varsovia y Sandomierz. Tenía que hacer algo, conseguir cualquier nueva información, empujar el caso hacia delante.

En su búsqueda de ideas renovadas y de aire fresco, salió de la fiscalía, dejó atrás el estadio —donde continuaba la protesta en defensa de los puestos de verduras— y tiró por la calle Staromiejska en dirección a la iglesia de San Pablo, pasando junto a los chalets de la élite de Sandomierz y el moderno parque Piszczele, situado en la vaguada del mismo nombre. Szacki no había visto aquel lugar antes de que lo arreglaran, pero al parecer era el típico rincón oscuro frecuentado por borrachuzos, en el que a cualquier hora del día se podía perder la virginidad sin quererlo. Caminaba con rapidez y decisión. La temperatura era suficientemente alta, así que se desabrochó el abrigo; la llovizna cayó sobre la tela de su ropa y lo cubrió con una armadura etérea y brillante.

Llegó hasta la iglesia y el pintoresco cementerio situado al lado; las nubes se dispersaron lo suficiente para ver el hermoso panorama de la colina con el casco viejo en lo alto y la suave vaguada que lo separaba de Szacki. Desde

allí la ciudad semejaba un barco a la deriva entre praderas ya verdes. El esbelto campanario de la catedral marcaba la proa, las casas parecían contenedores repartidos por la cubierta, en el centro exacto del buque estaría el asta de la torre del ayuntamiento y en la popa se alzaba la imponente silueta de la Puerta de Opatów. Szacki veía desde allí claramente la característica forma achaparrada de la sinagoga y los arbustos que se extendían junto a ella, entre los que se encontró el cadáver.

Empezó a bajar en dirección al centro de la ciudad, mientras multiplicaba en su mente los posibles escenarios de los acontecimientos. Todos comenzaban con la hipótesis básica de que o bien el asesino era Budnik, o bien no lo era. Todos eran igual de absurdos e inverosímiles. Sintió que su frustración aumentaba y caminó cada vez más rápido, dejando atrás el castillo. Cuando por fin se detuvo junto a la catedral, estaba tremendamente sofocado.

La catedral no era nada del otro mundo: ni bonita ni fea, bastante grande; una mole gótica de ladrillo con elementos barrocos adosados a la fachada. Muy posiblemente los guías se deshacían en elogios hacia esta iglesia, hablaban largo y tendido de sus orígenes. A Szacki el edificio no le impresionaba demasiado, en especial desde que se enteró de que la parte más bonita, el esbelto campanario neogótico, se levantó durante la reconstrucción efectuada a finales del siglo XIX. Se acercó a la entrada lateral, donde habían puesto, seguramente ese mismo día, una hoja de papel con un aviso: «¡¡¡Queda totalmente prohibido filmar y fotografiar!!!». Estaba claro que los medios de comunicación ya habían ido a incordiar a los curillas.

Entró en la catedral.

El templo estaba sorprendentemente vacío para ser época de Semana Santa. Una persona con pinta de turista daba vueltas por el interior, en los bancos no había nadie. Junto al coro, un hombre y una mujer fregaban el suelo de piedra con movimientos idénticos. Szacki aspiró el irrepetible olor a iglesia antigua, imposible de confundir con ningún otro, esperó un momento hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra y echó un vistazo. Era la primera vez que estaba allí. Esperaba encontrar la crudeza monumental del gótico, algo parecido a la catedral de San Juan en Varsovia, y sin embargo la basílica de Sandomierz no abrumaba por su majestuosidad eclesiástica. A Szacki le gustó el hecho de que el esqueleto arquitectónico —las columnas y los nervios— no estuviera hecho de ladrillo rojo, sino de piedra blanca, lo

que aportaba elegancia al interior. Con el paso lento con el que sin darse cuenta caminaba siempre que entraba en una iglesia, pasó entre los bancos y se paró en medio de la nave principal, bajo una impresionante araña de cristal. A un lado tenía la galería del coro con el órgano, al otro el altar mayor y el presbiterio, todo en un estilo barroco exquisito. La pila bautismal de mármol sobre un pedestal abombado, los bastidores dorados en los altares laterales, los ornamentos rizados, los querubines rollizos, los oscuros cuadros al óleo, todos ellos le gritaban al visitante: «Oye, nos hicieron en el siglo XVIII».

Se paseó haciendo un eslabon entre las columnas, contemplando sin interés las esculturas y las pinturas de santos; se detuvo un momento en el presbiterio, que algún Giotto local decoró bastante acertadamente con escenas del Nuevo Testamento. Observó la Última Cena, la resurrección de Lázaro, vio a Pilatos, a Judas y a Tomás, todo un conjunto de motivos inmortales que al parecer ofrecían a dos mil millones de personas sensación de seguridad; les ofrecían paz y la conciencia de saber que podían hacer lo que quisieran porque, en definitiva, a quienes más ama Dios es a los hijos pródigos. Otro desafortunado hobby más para los trastornados, así os parta un rayo a todos. Szacki se frotó la cara con las manos, se sentía mortalmente fatigado.

Se apartó bruscamente del altar; no había ido a la catedral para admirar arte europeo de segunda categoría. Caminó deprisa por la nave central, entre los bancos, en dirección a la galería del coro. Bajo la araña de cristal trató de rodear al hombre que fregaba el suelo con el gesto monótono de un robot. El movimiento de la fregona era como el de un metrónomo.

—No pise lo que está húmedo —le indicó el hombre.

Szacki se detuvo. El hombre también paró y le miró a los ojos. Tez amarillenta, mirada triste, camisa negra abrochada hasta arriba. Tenía algo de zombi y algo de vagabundo, un verdadero católico, feliz y contento de que Dios hubiera desplegado ante él un reluciente camino directo al cielo. Szacki dio un paso atrás sin decir palabra y pasó a la nave lateral por un fragmento de suelo seco. Sus pasos ahogaron el ruido producido por el roce rítmico de la fregona, que reanudó su trabajo.

No cabía duda de dónde se hallaba el famoso cuadro. En la pared occidental, a ambos lados de la entrada lateral, había cuatro grandes lienzos colgados. Los dos primeros representaban de un modo naturalista dos masacres; a juzgar por el aspecto de los asaltantes, debía de tratarse de

invasiones tártaras o mongoles. En el primer cuadro, los infieles reprimían a los habitantes de Sandomierz; en el segundo, a los dominicos, fácilmente reconocibles por sus hábitos blancos. Al otro lado de la entrada, otra masacre y un castillo ardiendo, que esta vez no parecían tártaros; seguramente se trataba de la invasión sueca del siglo xvii: a nadie le gustaba más que a los suecos lo de quemar y hacer saltar por los aires, unos verdaderos apasionados de los materiales explosivos, ya mucho antes de Alfred Nobel. ¿Y el cuarto lienzo? El fiscal Teodor Szacki se paró frente a él y cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Sería posible que tuviera algo que ver con el asesinato de la señora Budnik? ¿Habría que buscar realmente a un loco religioso? Se giró hacia el altar y en silencio le pidió a Dios que no fuera un loco religioso. Los casos de chalados eran los peores. Un loco significaba toneladas de documentos, un desfile de expertos, discusiones acerca de si es dueño de sus propios actos; en resumen, una tortura, y en cuanto a la sentencia, una lotería, independientemente de las pruebas.

Szacki rezaba y pensaba. Por la izquierda se acercaba sin prisa pero sin pausa el frus-frus de la limpieza. En esta ocasión era una mujer. Corrió el cubo, se puso a fregar, llegó hasta los pies de Szacki. Se detuvo y miró al fiscal esperando algo. Estaba tan radiante y tan llena de la alegría de la fe como su compañero: una tienda de artículos para suicidas la habría contratado al momento. El fiscal dio un paso atrás y se dirigió hacia la salida por un estrecho caminito de suelo seco; no tenía sentido quedarse mirando la cortina roja que cubría el controvertido cuadro. Como premio de consolación, para que hubiera algo que ver, habían colgado un retrato de Juan Pablo II sobre la tela.

Szacki sabía lo que salía en el cuadro, lo había encontrado en internet. Quizá Karol de Prevot no fuera un gran pintor, pero tenía debilidad por lo macabro y el talento de un dibujante de cómics para la narración pictórica, cosa del gusto del archidiácono de la catedral que en su momento le encargó al artista los cuadros para decorar el templo. Como el archidiácono Żuchowski era un auténtico cristiano y odiaba a los judíos de todo corazón, De Prevot dejó reflejados los crímenes de estos contra los niños de Sandomierz. En el cuadro había judíos comprando niños a sus madres y comprobando su estado como si se tratara de ganado en un mercado; judíos asesinando; expertos en extraer sangre gracias a un barril con el interior tachonado de clavos con la punta hacia fuera; un perro que se comía restos

humanos que le echaban. A Szacki lo que más se le grabó en la mente fue la imagen de los niños muertos tirados por el suelo.

Pero no pudo llegar hasta la puerta; entre él y la salida de la nave lateral había tres metros de suelo húmedo, recién limpio. Quiso dar tres saltos grandes, pero algo se lo impidió: el silencio. No se oían ni pasos ni ruido de fregado. El hombre y la mujer se habían quedado apoyados en sus fregonas en idéntica pose y le miraban desde lejos. En un primer momento quiso encogerse de hombros y salir, pero en los ojos de aquellas dos personas había tal tristeza que suspiró y se puso a buscar una ruta por donde el suelo estuviera seco. El camino era zigzagueante y Szacki se sintió como un lagarto en un laberinto. Llegó hasta la parte opuesta de la iglesia, muy alejada de la salida, pero parecía que desde allí tenía vía libre hasta el altar, desde donde podría alcanzar la puerta. El hombre y la mujer, tranquilizados por el comportamiento del fiscal, volvieron al trabajo.

Al pasar cerca de la pared, Szacki observó los cuadros colgados allí, también obra del dibujante de cómics barroco Karol de Prevot. Caminaba cada vez más despacio, mirándolos, hasta que al final se paró. Su educación católica no le permitía usar la palabra «pornografía» para describir lo que estaba viendo, pero en realidad ninguna otra lo expresaría mejor. Aquellos grandes cuadros tenían un solo tema: la muerte. Una muerte realista, sangrienta, tormentosa, además en cientos de variantes. En un primer momento Szacki no comprendió por qué junto a los cadáveres había un numerito; después se fijó en que cada cuadro llevaba escrito el nombre de un mes en latín y comprendió que se trataba de una especie de calendario de la perversión. Un pequeño horror para cada día del año. Justamente se encontraba junto al de marzo; las torturas eran tan imaginativas que parecían querer reflejar toda la desesperación del frío y fangoso comienzo de la primavera en Polonia. Afrodosio moría el 10 de marzo lanceado contra un árbol, dos días después una pala cortaba el cuello de Micdonio; luego atrajeron su mirada unas vísceras ensangrentadas enrolladas alrededor de algo dentado que el 31 de marzo había atravesado al compañero de torturas de los dos anteriores, un tal Benjamín. En abril la cosa era un poco mejor: gente arrojada al río desde lo alto de un terraplén, cabezas cortadas, desmembramientos, bestias salvajes destrozando cuerpos. A uno probablemente lo estaban escaldando, porque por la expresión de su rostro no parecía un simple baño caliente. El 12 de mayo se encontró a Teodoro. Su

tocayo podía hablar de una pena más suave: ahogado con un peso atado al cuello. Szacki sintió un absurdo alivio al pensar que no era su patrón, pues él celebraba su santo el día de Teodoro de Tarso, monje e intelectual del siglo VII.

Siguió caminando; aquel horror pictórico lo repelía y a la vez lo atraía, como la víctima de un accidente de tráfico tirada en una cuneta. Admiraba la inventiva de De Prevot, realmente pocas torturas se repetían en los 365 días, aunque la crucifixión y la decapitación eran sin duda las más populares.

Al final logró acercarse a la puerta, aceleró el paso porque parecía claro que el sacristán de negro quería darle un repaso al último fragmento de suelo seco que quedaba junto a la entrada. Szacki se detuvo al llegar a noviembre, su santo era el día 11. Aquel mártir sí que se había merecido la canonización, eso desde luego. No solo lo habían ahorcado de un gancho de un modo muy desagradable, sino que, para mayor seguridad, le habían atado un peso a los pies y le habían atravesado el cuerpo con una lanza. Szacki pensó con tristeza que aquel era un augurio horrible, como si alguien insinuara que siempre hay sitio para un poquito más de tormento.

El sacristán carraspeó de un modo significativo. Szacki apartó la mirada de las visiones de la pornografía barroca.

—He encontrado mi santo —dijo sin venir a cuento.

—Eso no es el santo —replicó el hombre con un tono de voz sorprendentemente alegre—. Es un presagio de cómo va uno a acabar.

Fuera, el ambiente era como en noviembre: humedad, oscuridad, frío. El fiscal Teodor Szacki se abrochó el abrigo, atravesó la verja para salir a la calle Kościelna y empezó a caminar en dirección a la plaza Mayor. Miró a la cámara que había captado por última vez a Ela Budnik mientras colocaba bien la caña de su bota y después alcanzaba a su marido dando tres saltitos. Se le pasó por la cabeza la idea de ir a ver a Budnik, pero se lo pensó mejor.

## 6.

Fuera continúa lloviendo, el invierno se despide de la región de Świętokrzyskie con un llanto débil y cansado. Dentro se está caliente y no hay humedad, si no fuera por los ojos llameantes del hombre que está sentado en el rincón hasta resultaría confortable. De baja estatura, delgado, atado de pies y manos, parece un niño; solo la barba pelirroja que sobresale bajo la mordaza delata que la víctima es una persona adulta. Inspira compasión, pero eso no cambia nada. A lo lejos el reloj de la torre del ayuntamiento suena cuatro veces para indicar que es una hora en punto y después marca las dos. Un día más. Solo un día más. Pero no puede esperar allí a que pase, tiene que ir a ver a los perros y volver arriba. Suerte que el segundo acto ya está llegando a su fin.

---

## **Capítulo cuarto**

*Sábado, 18 de abril de 2009*

Para los católicos, séptimo día, penúltimo, de la Octava de Pascua; para los cristianos ortodoxos, Sábado Santo; en todo el mundo judío, Sabbat. Tadeusz Mazowiecki cumple ochenta y dos años. Jarosław Kaczyński afirma que solo su partido, Ley y Justicia, puede salvar la democracia en Polonia, mientras que Leszek Miller dice que durante el gobierno de su partido, Unión de Izquierda Democrática, no hubo ningún tipo de escándalo político. En el exterior, el Parlamento de Somalia impone la ley islámica en todo el país; en Bulgaria se produce un pánico generalizado porque un conocido astrólogo presagia un terremoto; y en la ciudad checa de Ústí nad Labem, cientos de neofascistas provenientes de la República Checa, Eslovaquia, Hungría y Alemania celebran el cercano cumpleaños de Hitler atacando un campamento gitano. El portero polaco Łukasz «Flappyhandski» Fabiański no juega un buen partido el día de su vigesimocuarto cumpleaños, el Arsenal pierde con el Chelsea y cae en la semifinal de la copa inglesa. En Sandomierz, unos ladrones talan seis manzanos y un ciruelo, árboles con sesenta años de edad valorados en mil zlotys. Por la noche se organiza una ruidosa fiesta en un pub de los bajos del ayuntamiento, con el nombre de Rock en Sandomierz. Primer día medianamente primaveral, cálido, soleado y sin lluvia.

## 1.

—Escuchad este. Un rabino y un cura viajan en tren en el mismo compartimento, leen, no hablan, todo muy civilizado. Pasa un rato, el cura cierra el libro y dice: «Por curiosidad. Sé que no les está permitido comer carne de cerdo. Pero ¿la ha probado usted alguna vez?». El rabino aparta el periódico, sonrío y dice: «Si le soy sincero, una vez lo hice». Un poco después añade: «Y por curiosidad. Sé que entre ustedes es obligatorio el celibato...». El cura le interrumpe: «Ya sé adónde quiere usted ir a parar y le diré que sí, una vez me dejé vencer por la tentación». Sonríen, benevolentes con sus imperfecciones. El cura retoma el libro, el rabino vuelve a su periódico, leen, silencio de nuevo. De repente el rabino comenta: «Mejor que la carne de cerdo, ¿eh?».

Szacki conocía el chiste, pero se rio con ganas; le gustaban los chistes sobre judíos.

—Vale, uno más...

—Jędrek...

—El último, lo prometo. Es el día de la Pésaj, hace muy bueno. Un judío llamado Moshe se lleva la comida al parque, se sienta en un banco y se pone a zampar. A su lado se sienta un hombre ciego y como Moshe en esos días festivos siente afecto por todo el mundo, le ofrece un trozo de matzá. El ciego lo coge, pasa los dedos por la superficie plana y rugosa de la matzá, le cambia la cara y dice: «¿Quién ha escrito esta mierda?».

Esta vez Szacki se rio a pleno pulmón. Se partía de risa; el chiste era buenísimo y lo había contado muy bien.

—¡Jędrek, por favor! Teodor va a pensar que somos antisemitas.

—Nada de eso, esta es una buena familia de las tierras de Kielce. ¿Le has contado que nos conocimos en un campamento organizado por una organización nacionalista radical? ¡Qué noche! A la luz de las antorchas parecías una reina aria. ¡¿Qué haces?!

Jędrek Sobieraj se agachó para esquivar el trozo de pan que le había

lanzado su esposa, pero lo hizo con tan poca destreza que se golpeó con el codo en el borde de la mesa. Miró a Barbara con reproche. A Szacki siempre lo incomodaba ser testigo de la intimidad entre las personas, por eso simplemente esbozó media sonrisa y roció su trozo de salchicha con abundante mostaza. Se sentía extraño, lo sacudían unas emociones que no sabía nombrar.

El marido del «chochín intachable» Sobieraj —a la que Szacki no era capaz de dejar de llamar así en sus pensamientos a pesar de la creciente simpatía que sentía hacia ella— encarnaba bastante bien al típico «osito», ese tipo que jamás, ni siquiera en sus mejores años, ha sido el galán por el que las mujeres suspiran o con el que sueñan, pero al que todas quieren porque con él se puede hablar, reír y sentirse segura. Luego, naturalmente, eligen a misteriosos guaperas, a alcohólicos y a puteros, convencidas de que el amor los cambiará, mientras que al confiado osito le toca alguna arpía que necesita a alguien a quien poner a caldo y que le eche una mano en casa. En realidad Sobieraj no parecía una mujer de esas, este osito en concreto había tenido bastante suerte. Y el tipo parecía feliz de veras, feliz y simpático. Simpática era su camisa a cuadros, metida por dentro de unos vaqueros viejos y baratos. Simpática era su silueta, baja, fuerte, con algo de barriga, un amante de las barbacoas y la cerveza. Simpáticos eran sus ojos tranquilos, su bigote rizado hacia la boca y sus estrechas entradas, dos comas en medio de un bosque de cabellos canos y ondulados.

—No te pongas así —le dijo Jędrek a su esposa mientras daba la vuelta a las salchichas en la barbacoa—. Habrá quien sí, pero justamente el señor fiscal no creo que se vaya a ofender por el antisemitismo. Por lo que escriben en los periódicos...

Barbara se echó a reír. Szacki sonrió por cortesía. Por desgracia, la rueda de prensa del día anterior había recorrido los medios y en casi todos escribían sobre un «misterioso crimen», en un «contexto antisemita», con un «trasfondo nazi». Un periódico citaba los detalles de la historia de la ciudad e incluía el siguiente comentario: «No está muy claro si los investigadores son conscientes de lo delicado que es el caso al que se enfrentan». Y eso era solo el principio: si no solucionaban el asunto rápidamente o si no aparecía algo nuevo con que pudieran entretenerse los buitres, la cosa iría a peor.

—Pero ¿por qué hablamos de antisemitismo? —preguntó Jędrek—. Ela no era judía. Por lo que sé no tenía nada que ver con ellos, ni siquiera organizaba

conciertos de música *klezmer*; su único contacto con el judaísmo fue un recital de canciones de *El violinista en el tejado* hace un par de años. Así que no creo que su asesinato sea un acto fascista. El simple hecho de que aparezca la palabra «judío» en un contexto cualquiera no significa necesariamente que el contexto sea antisemita.

—No te pongas filosófico, querido —comentó Barbara tumbando su argumentación—. A Ela la mataron con un cuchillo usado por los judíos para realizar sacrificios rituales de reses.

—Ya lo sé, pero si no nos ponemos histéricos, creo que en este caso sería más lógico interrogar a carniceros judíos que a quienes odian a los carniceros judíos, ¿no? ¿O es que acaso somos tan correctos políticamente que no podemos sopesar la hipótesis de que el autor sea judío o que tenga lazos estrechos con esa cultura? ¿Y que de ese modo pueda acceder, por ejemplo, a tales instrumentos?

Szacki sopesó por un momento las palabras que le llegaban desde la nube de humo de la barbacoa.

—No es así exactamente —contestó—. Por un lado tienes razón, la gente mata con lo que tiene a mano. Un carnicero, con un cuchillo grande; un mecánico, con una palanca de neumáticos; un peluquero, con unas tijeras. Pero por otro lado, lo que normalmente hace la gente es tratar de borrar esa huella. En cambio aquí el arma del crimen yacía junto al cadáver, bien limpia, esterilizada, preparada con esmero para nosotros, para que solo pueda haber una hipótesis: que se trata de un sucio asunto entre judíos y antisemitas. Por eso creemos que en realidad es una cortina de humo.

—Quizá lo sea, pero supongo que un cuchillo ritual como ese no se compra en un supermercado.

—No, desde luego —reconoció Szacki—. Por eso queremos saber de dónde procede.

—Aunque de momento poco tenemos —añadió Barbara—. En el mango hay una inscripción ligeramente borrada, «Grünewald». He escrito al museo de cuchillos de la ciudad alemana de Solingen para ver si conseguimos algo de información. Dicen que puede provenir de alguna pequeña fábrica de preguerra del distrito de Grünewald, en Solingen precisamente. Allí hoy en día se siguen fabricando cuchillos, navajas y esas cosas, quedan muchos talleres y pequeñas fábricas, aunque antes de la guerra se contaban por decenas. Una parte seguro que era judía. Ya veremos. Su estado es perfecto,

parece más una pieza de museo o de coleccionista que un *jalef* aún en uso.

Szacki torció el gesto, la palabra «coleccionista» le recordó a la odiosa palabra «hobby». Pero al mismo tiempo llevó sus pensamientos por un nuevo rumbo. El cuchillo igual a colección, colección igual a hobby, hobby igual a tienda de antigüedades, tienda de antigüedades igual a... Se puso de pie, pensaba mejor caminando.

—Entonces, ¿dónde se puede comprar tal cachivache? —Jędrek expresó en voz alta los pensamientos de Szacki—. ¿En una subasta? ¿En una tienda de antigüedades? ¿De extranjis?

—En internet —respondió Szacki—. En eBay y sitios así. Hoy día no existe tienda de antigüedades que no venda por internet.

Cruzó una mirada de entendimiento con Barbara: si el cuchillo había sido comprado en una subasta de internet, la transacción tenía que haber dejado alguna huella. Szacki anotó mentalmente los pasos que tendría que seguir el lunes para comprobarlo. Caminó pensativo hasta el final del jardín, dejando a su espalda la casa de los Sobieraj y a ellos mismos. Cuando regresó, dando un rodeo alrededor de un manzano, ya tenía preparada en la cabeza la lista, pero, en lugar de satisfacción por la nueva idea, lo que sintió fue intranquilidad. Una intranquilidad que conocía muy bien, persistente como un dolor de muelas. Algo se le había pasado, a algo no le había prestado atención, había cometido un error. Estaba absolutamente convencido de ello. Le dio vueltas y vueltas a los acontecimientos de los últimos días para encontrar ese fallo. Pero nada. Era como un apellido que tienes en la punta de la lengua, pero que no hay forma humana de que te salga. Un picor insoportable en el interior del cráneo.

Veía ahora en todo su esplendor la villa, el chalet más bien, de los Sobieraj. Estaba en el barrio de Kruków —lejos del centro para tratarse de Sandomierz—, cerca de la carretera de circunvalación; detrás de la chimenea se veía la iglesia que había al otro lado de la autovía con su peculiar tejado en forma de barca boca abajo. Szacki no lograba acostumbrarse a que tener un chalet en propiedad en Sandomierz no era, como en Varsovia, un lujo ni significaba pertenecer a la élite que ha logrado escapar de las colonias de bloques de apartamentos. En Sandomierz un chalet era una vivienda de clase media, el equivalente a un piso de cincuenta metros cuadrados en una gran ciudad. Solo que mucho más humano. Resultaba algo natural salir del salón a un patio, tener un jardín con unos cuantos manzanos, pasar el sábado echado

tranquilamente en una tumbona junto a la barbacoa, aspirar los primeros aromas de la primavera.

No conocía ese mundo, pero le parecía muy hermoso y envidiaba a todos los que no sabían apreciar lo que tenían y se quejaban sin parar de su chalet y su jardín, de la cantidad de trabajo que daban, de que siempre había algo por hacer. Aun así, los sábados de la ciudad, que se pasaban en el piso, en la piscina, en los centros comerciales, en los coches y en calles apestosas, eran en comparación un auténtico suplicio. Se sentía como un preso que después de cuarenta años a la sombra salía de la cárcel. No sabía cómo comportarse, notaba con todo su cuerpo la incomodidad de estar fuera de lugar. Todo en él lo estaba. Su soledad frente a la amistad de ellos —no estaba seguro de que fuera cariño—; sus maneras de hombre de gran ciudad frente a este nido cálido y provinciano; sus comentarios mordaces frente a los relatos enrevesados que no llevaban a ninguna parte; su traje bien planchado frente a la ropa de sport; y, finalmente, su refresco frente a la cerveza. Se decía a sí mismo que, de no ser por la cita con Szyller, estaría allí tumbado, con jersey en lugar de traje, y ya se estaría terminando la segunda birra. Pero se conocía demasiado bien y sabía que ahí estaba el quid de la cuestión: en que el fiscal Teodor Szacki nunca se repantingaba vestido con jersey.

Se le hizo pesado todo aquello, y volvió con paso lento donde estaba Barbara; su marido había entrado en la casa. La hierba debía de amortiguar los pasos porque, o no oyó que se había parado tras ella, o fingía que no lo había oído. Tenía su pecoso rostro vuelto hacia el sol. Sus cabellos pelirrojos le llegaban hasta los hombros y le cubrían las orejas, en la raya del pelo se veían las raíces; un típico ratoncito polaco, ya con ligeras huellas de canicie. Nariz pequeña, boca preciosa de labios carnosos cuyo color melocotón destacaba con claridad sobre la tez pálida incluso sin maquillaje. Tenía puesto un jersey de mohair y una larga falda tableada; sus pies descalzos descansaban sobre un taburete, un típico taburete polaco de patas blancas y asiento verdoso. Movía los dedos de los pies de una manera muy graciosa, como si quisiera calentárselos o como si siguiera con ellos el ritmo de una canción que canturreara en su mente. Le pareció una persona tranquila y afectuosa. Infinitamente alejada de las mujeres con las que había tenido relaciones últimamente, cuyos coños estaban cuidadosamente afeitados, aficionadas a los gemidos vulgares y a follar salvajemente con los zapatos de tacón puestos. Szacki pensó en la cita que tenía esa noche con Klara en un

pub y suspiró. Barbara inclinó la cabeza y le miró.

—Te salen pecas —dijo él.

—Yo no tengo pecas.

Szacki sonrió.

—¿Sabes por qué te he invitado?

—Porque te has dado cuenta de lo terriblemente solo que estoy y temías que me pegara un tiro en la sien, porque entonces tendrías que comerte tú solita todo este marrón sobre judíos.

—Sí, esa es la razón número uno. Y la número dos... ¿Sonríes otra vez?

Szacki sonrió con tristeza.

—Exacto. No sé cómo te ha tratado la vida, Teodor, pero un hombre con una sonrisa como esa se merece algo más de lo que ahora crees que mereces. ¿Entiendes a qué me refiero?

Barbara le cogió la mano. La de ella era seca y fría, como la de las personas con la tensión baja. Él le devolvió el gesto, pero no sabía qué decir. Tan solo se encogió de hombros.

—En Sandomierz los inviernos pueden llegar a ser terribles, como suele ocurrir en provincias, pero ahora empieza la primavera —dijo Barbara sin soltarle la mano—. No voy a contarte lo que eso significa, ya lo verás tú mismo. Y... —vaciló un momento—, y no sé por qué, pero he pensado que deberías abandonar ese lugar oscuro en el que estás.

Tampoco se le ocurrió qué decir, así que permaneció callado. La bola de sentimientos que se le estaba formando bajo su esternón estaba escapando a su control. Incomodidad, emoción, desconcierto, envidia, tristeza, el dolor por el paso del tiempo, satisfacción por tocar la mano fresca de Barbara Sobieraj, otra vez envidia... No era capaz de parar la bola de nieve de sus sentimientos. Pero se sintió muy apenado al darse cuenta de que jamás había participado en algo tan normal como pasar una ociosa mañana de primavera con alguien en el jardín de casa. Qué vida más absurda.

Jędrek regresó trayendo unas cervezas. Su esposa relajó la mano, fue entonces cuando Szacki apartó la suya.

—Debo irme a hacer ese interrogatorio —dijo sin más, y luego hizo un frío gesto con la cabeza como despedida.

El fiscal Teodor Szacki caminó con paso rápido hacia la verja, sin mirar atrás, y se abrochó maquinalmente el botón superior de su chaqueta de color grafito. Mientras cerraba el portillo, ya estaba ordenando en su cabeza el

guion de lo que sería su conversación con Jerzy Szyller. No le interesaba ninguna otra cosa.

## 2.

Todo lo ocultan las sepulturas, lo que ha quedado está como muy alejado y velado por unos sentimientos que no puede comprender. Algo así como la fuerza del ahínco y del rencor, como el afán de destrucción, o el deseo de venganza, eso es. Para tener la mente ocupada, repite en su cabeza una y otra vez hasta la saciedad los elementos del plan; da la impresión de que no cabe error posible, pero no por ello el miedo es menor, la tensión no desaparece. Quiere huir, pero el plan no prevé la huida en ese momento, tiene que esperar. La espera resulta horrible, los sonidos son demasiado ruidosos, la luz demasiado clara, los colores demasiado vivos. El tictac del reloj de pared es tan exasperante como las melodías del reloj del ayuntamiento, cada segundo que pasa aumenta su furia. Tiene ganas de quitarle la pila, pero eso no está en el plan, un reloj estropeado puede ser una pista, un rastro, una indicación. Resulta muy, muy difícil aguantar.

### 3.

Szacki estaba a punto de tocar el timbre, pero retiró la mano y se puso a caminar despacio a lo largo del cercado de la propiedad. ¿Le estaría observando Szyller? No veía caras en las ventanas, ni tampoco que las cortinas se movieran; no había cámaras. ¿Estaría tomando un café? ¿O viendo la televisión? ¿O leyendo una entrevista a algún político de izquierdas y echando pestes de él? Aunque quizá fuera ese tipo de patriota que nunca lee la *Gazeta Wyborcza*. Si fuera Szacki el que estuviera esperando al fiscal que dirige la investigación de un asesinato, no acertaría a concentrarse en las actividades cotidianas. Estaría pegado a la ventana o se quedaría en el porche y superaría el límite diario de cigarrillos.

La casa de Jerzy Szyller se hallaba en la ladera de la vaguada de Piszczele, ¿dónde si no iba a estar la residencia de uno de los habitantes más ricos y destacados de Sandomierz? A juzgar por el tamaño de las propiedades colindantes, el dueño debía de haber juntado tres o cuatro parcelas, gracias a lo cual aquel elegante palacete polaco estaba rodeado por un jardín muy cuidado. Nada de excentricidades, nada de senderos hechos con losas de granito, ni estanquitos, ni templos de Diana, solo unos cuantos nogales, hierba primaveral fresca, una parra cubriendo una parte del porche. De no haber sido por el peculiar pórtico, apoyado en robustas columnas abombadas, y por la bandera rojiblanca que colgaba algo melancólica de un asta junto a la entrada, Szacki habría pensado: alemanes. Aunque tampoco, porque en Alemania se habría notado la estilización, las ventanas de plástico estarían divididas por listones dorados, y en cambio la casa de Szyller daba la sensación de ser auténtica. Las columnas parecían de madera antigua, el tejado estaba ligeramente hundido por el peso de las tejas de madera. La construcción entera traía a la mente a un venerable anciano muy bien conservado, pero que ya tiene sus años. El Max von Sydow de las casas señoriales.

Tocó el timbre, y el dueño contestó con tal rapidez que seguramente había

esperado con la mano sobre el telefonillo. O sea, que ahí estaba.

Jerzy Szyller contaba las cosas monótonamente; Szacki le dejaba hablar. A pesar de ser en apariencia jovial y abierto, Szyller estaba muy tenso y se comportaba un poco como un paciente en la consulta del oncólogo, que conversa sobre lo que sea con tal de no escuchar el dictamen. El fiscal fingía interés en lo que decía su anfitrión, pero mientras tanto lo observaba a él y su casa.

—Perdone que me guarde para mí el nombre del lugar; no creo que hubiera nada ilegal, pero como es natural no quisiera que nadie tuviera problemas.

—¿Y lo transportó usted entero o solo una parte? —preguntó Szacki convencido de que Szyller utilizaba demasiadas palabras, disimulando la tensión de un modo que había visto cientos de veces.

—La mansión estaba bastante deteriorada, la construyeron a mediados del siglo XIX. Ya se puede imaginar que por supuesto después de la guerra nadie se ocupó de cuidarla, quedó en ruinas, aunque tuvo la suerte de que los bielorrusos no la convirtieron en un sovjós o algo así, supongo que resultaba demasiado pequeña y además las tierras de los alrededores eran baldías. Los profesionales que envié la desmontaron tabla por tabla y una vez aquí hubo que sustituir y completar aproximadamente el veinte por ciento del edificio; el tejado fue reconstruido tomando como referencia unas cuantas fotografías de antes de la guerra que conservaba la familia Wyczerowski. La cuestión es que hace dos años se presentaron aquí los descendientes de los condes, sepa usted que...

Szacki desconectó. Enseguida sacaría a Szyller de esa tediosa historieta, pero todavía no. De momento se dedicaba a hacer un registro. El timbre de la voz de Szyller era grave y aterciopelado cuando le dio la bienvenida a Szacki, pero casi imperceptiblemente se había ido haciendo más agudo. Bien, que se ponga nervioso. No llevaba alianza, no se veían fotos de mujeres por ninguna parte, ni tampoco fotos de hijos; resultaba algo extraño teniendo en cuenta que era un hombre muy atractivo y bien situado, en la plenitud de la vida. Quizá fuera gay, cosa que también parecía demostrar su cuidado vestuario y la elegante decoración interior, sencilla pero exquisita. En lugar de cuadros con marcos dorados había grabados y dibujos, incluidas unas reproducciones de las ilustraciones hechas por Andriolli para *El señor Tadeusz*; en lugar de algún antepasado con sable, el retrato del dueño pintado con un estilo que

recordaba al del pintor simbolista Jerzy Duda-Gracz.

Szyller finalizó su aburrida explicación de cómo había sido transportada la mansión desde Bielorrusia a Sandomierz y dio una palmada con algo de afectación. Un punto más a favor de la mariconería, pensó Szacki. Y al momento añadió otro cuando su anfitrión se levantó para traer unos bombones colocados en una pequeña bandeja de cristal. En cambio, la manera de moverse de Szyller le hizo restar un punto: se movía con energía y suavidad, aunque no había amaneramiento en ello; esa suavidad recordaba más bien a los ademanes de un depredador.

Se sentó con las piernas cruzadas. Se estiró los puños de la camisa con el típico gesto masculino de un hombre que ha llegado a casa y quiere subirse las mangas para dar por concluido el día de trabajo. Pero Szyller no llegó a tocar los botones. Szacki mantuvo una expresión impasible, aunque de repente sintió un golpe de inquietud. Algo iba mal.

—Empecemos —dijo sacando el dictáfono del bolsillo de la chaqueta.

El fiscal mostró deliberadamente la actitud de quien se está aburriendo, y —que quede claro— realmente se llegó a aburrir un poco, pero necesitaba que Szyller bajara la guardia para así poder tirarle de la lengua. Anotó sus datos personales, le advirtió de la responsabilidad que implicaba dar falso testimonio, se sorprendió por pura cortesía al escuchar que el interrogado tenía cincuenta y tres años—en verdad no parecía que tuviera más de cuarenta y cinco—, y llevaba ya quince minutos escuchándole hablar de su relación con el matrimonio Budnik. Puras obviedades. Con él tenía contactos muy esporádicos, ya sabe, no está bien visto que los políticos y los hombres de negocios se relacionen, ja, ja, ja, aunque por supuesto se conocían y se encontraban cuando había algún evento oficial.

¿Cómo definiría el carácter de esos contactos? Ocasionales, correctos, quizá incluso amistosos.

—¿Y con la fallecida?

—Con Elżbieta —le corrigió Szyller con énfasis.

Szacki se limitó a señalar el dictáfono con la mano.

—Ela y yo nos conocemos prácticamente desde el día que volvió aquí.

Aún no se había acostumbrado a hablar de ella en pasado. Szacki no le corrigió.

—¿Desde su boda?

—Más o menos.

—¿Qué tipo de contacto mantenían?

—Verá, si en Sandomierz se busca un patrocinador para lo que sea, la lista es bastante corta. La fábrica de vidrio, yo, unas cuantas empresas, unos cuantos hoteles y, si me apura usted, los restaurantes. Casi a diario se presenta alguien con alguna petición: un concierto, niños pobres, ancianos enfermos, monopatines para un club de *skate*, guitarras para un nuevo grupo musical, bebidas para inaugurar una exposición. Mi solución ha sido encargar a uno de mis contables que destine cierta suma trimestral a proyectos relacionados con Sandomierz. Él los escoge, aunque por supuesto yo doy el visto bueno.

—¿A cuánto asciende la suma?

—A cincuenta mil zlotys.

—¿La fallecida contactaba con él?

—Elżbieta —volvió a nombrarla enfatizando— hablaba con el contable o directamente conmigo.

Szacki empezó a hacer preguntas muy concretas, pinchó un par de veces más a Szyller con lo de «la fallecida», pero no le sacó ninguna información valiosa. Se conocían, quizá incluso tenían amistad, él le financiaba (o no, aunque normalmente sí) sus alocadas ideas, como por ejemplo preparar una representación de *Shrek* en el castillo. Era posible —al menos así se lo pareció a Szacki por momentos— que el empresario de la mansión bielorrusa estuviera un poco enamorado de la señora Budnik.

—¿Seguirá usted subvencionando tan generosamente la vida cultural de la ciudad?

—Por supuesto. Siempre que los proyectos propuestos merezcan la pena. No soy una institución pública, me permito el lujo de poder patrocinar lo que me guste.

Szacki anotó mentalmente que debía averiguar qué proyectos obtenían el beneplácito del distinguido señor y cuáles no.

—He oído que no le cae demasiado bien —hizo una pausa apenas perceptible para ver la reacción de su interlocutor— Grzegorz Budnik, que su actividad en el consistorio no ha sido muy favorable para sus intereses.

—Habladurías.

—En cada habladuría hay una mitad de verdad. Y supongo que a un próspero empresario que desea hacer negocios con transparencia no debe de

resultarle conveniente que la ciudad le entregue a la Iglesia unos inmuebles en concepto de compensación por siglos de daños y perjuicios, para después venderlos fuera del sistema de subastas públicas, algo por lo que los interesados estarán eternamente agradecidos. No me refiero a usted, por supuesto.

Szyller le miró atentamente.

—Pensé que era usted nuevo aquí.

—Nuevo sí, pero no de Marte —le replicó Szacki sin inmutarse—. Sé cómo funciona este país.

—O cómo no funciona.

Szacki hizo un gesto para dar a entender que estaba de acuerdo.

—Me alegro de que sea usted tan afable, dado el cargo público que ocupa. Hace que uno recupere la fe en la República de Polonia.

Vaya, vaya. Don Muermo sabe ser ingenioso, pensó Szacki. Solo que no hay tiempo para guasas.

—¿Es usted un patriota? —le preguntó al anfitrión.

—Por supuesto. ¿Usted no?

—En tal caso no debería molestarle que alguien obre en favor de la Iglesia, la única fe católica verdadera —Szacki no consideró adecuado contestar a la pregunta, sus ideas sobre el tema no tenían nada que hacer allí.

Szyller se levantó bruscamente. Cuando no estaba encogido en el sofá, imponía por su físico poderoso. Era bastante alto, ancho de espaldas, complexión fuerte; el tipo de hombre al que le quedan bien hasta los trajes comprados en un supermercado. Szacki le envidió, a él se los tenían que hacer a medida para que no parecieran colgados en el palo de una escoba. El anfitrión fue al minibar y por un momento a Szacki le pareció que cogía una botella de Metaxa que había visto, pero lo que trajo fue una de agua mineral bastante exclusiva y la sirvió en dos vasos.

—No estoy seguro de si este es el tema de nuestra conversación, pero la mayor y más perniciosa estupidez en la historia de Polonia es identificar el patriotismo con esa secta de pedófilos. Perdone por el vocabulario, pero basta con tener un mínimo de inteligencia para ver que la Iglesia no es la responsable de nuestros mayores logros, sino de nuestros mayores desastres. Responsable del cruel mito de que somos el bastión del cristianismo, de la pornográfica avidez de mártires, del recelo hacia los ricos...

Ahí te duele, pensó Szacki.

—... de la holgazanería, de la superstición, de que la gente espere la ayuda divina sin hacer nada, hasta de la neurosis sexual y del dolor de todas esas pobres parejas que no se pueden permitir tener un hijo in vitro y se quedarán sin descendencia porque el Estado teme a la mafia de onanistas con faldas negras —Szyller notó que se estaba dejando arrastrar por la emoción y se contuvo—. Por eso, sí, soy un patriota, procuro ser un buen patriota. Quiero que mis actos hablen por mí y quiero estar orgulloso de mi país. Pero, por favor, no me ofenda con esas conjeturas de que pongo a una secta judía por encima de otras supersticiones y que a eso lo llamo patriotismo.

El fiscal sintió un poquito de simpatía hacia aquel hombre, nunca nadie había expresado con tanto acierto las ideas del propio Szacki. Se guardó este pensamiento para sí.

—Patriotismo sin catolicismo ni antisemitismo, está creando usted un nuevo patrón, la verdad —volvió a dirigir la conversación hacia los temas que le interesaban. Notaba que también para el anfitrión resultaban atractivos, se había animado claramente, se sentía cómodo, señal de que tales conversaciones habían tenido lugar muchas veces en aquella casa.

—Le ruego que no se ofenda, pero usted piensa según unos estereotipos políticamente correctos. Le han inculcado que el mejor ciudadano es el cosmopolita de izquierdas de memoria corta y que el patriotismo es una especie de hobby vergonzoso que está al mismo nivel que el catolicismo popular, la xenofobia y, por supuesto, el antisemitismo.

—O sea, que es usted un patriota no creyente que ama a los judíos, ¿no?

—Digamos que soy un patriota polaco no creyente y antisemita.

Szacki levantó una ceja. O el tío no leía los periódicos, o le faltaba un tornillo, o estaba jugando con él de un modo enrevesado. La intuición le decía que más bien se trataba de esto último. Mala cosa.

—¿Sorprendido? —Szyller se arrellanó en el sofá; parecía como si se estuviera repantingando en sus propias ideas—. ¿No saca usted el Código Penal? ¿No va a presentar cargos contra mí por incitar al odio racial?

Szacki no comentó nada. Tenía cosas más importantes en la cabeza. Además, sabía que de todas formas Szyller diría lo que tuviera que decir. Era ese tipo de persona.

—Mire, vivimos tiempos extraños. Tras el Holocausto, si alguien se atreve a reconocer que es antisemita significa que camina hombro con hombro con Adolf Eichmann y rinde honores a Hitler. La gente le mira como a un

pervertido cuyo sueño es separar familias según bajan del tren. Sin embargo, hay una clara diferencia entre tener ciertas reservas respecto a los judíos, a su papel en la historia de Polonia y a su política actual, e incitar a los pogromos y a la solución final, ¿no está de acuerdo?

—Siga, por favor, es muy interesante —le animó Szacki; no deseaba meterse en una discusión abierta. Habría contestado que para él era repugnante cualquier intento de juzgar a las personas por su nacionalidad, su etnia, su religión o su pertenencia a cualquier otro grupo social. Y que estaba convencido de que todo pogromo tenía su origen en el civilizado debate acerca de «ciertas reservas».

—Vea por ejemplo Francia y Alemania. ¿Acaso mostrar reservas hacia los inmigrantes procedentes de Argelia y Turquía los convierte en fascistas y asesinos? ¿O son solo ciudadanos preocupados por el futuro de su país, preocupados por el aumento del número de guetos, por la falta de asimilación, por la agresividad, por un elemento extraño que está desmantelando su cultura?

—No recuerdo que los judíos quemaran calesas en la Polonia de entreguerras, ni que se organizaran en mafias y vivieran del tráfico de drogas —Szacki se reprendió mentalmente por no abstenerse de replicar. Déjale hablar, hombre, déjale hablar.

—Habla usted así porque no vivió aquellos tiempos...

—Sí, ciertamente soy algo más joven que usted.

Szyller dio un resoplido.

—Usted no sabe cómo era aquello. Polacos y judíos de barrios adyacentes no podían entenderse porque hablaban idiomas diferentes. Los barrios judíos no eran precisamente cuidados museos al aire libre de interés cultural. Suciedad, miseria, prostitución. Normalmente eran un agujero negro en el mapa de la ciudad. Gente que deseaba vivir en una Polonia próspera y desarrollada, pero no quería trabajar para ella ni luchar por su bien. ¿Ha oído hablar alguna vez de batallones de judíos en los levantamientos nacionales? ¿O en las legiones polacas? Yo no. Preferían quedarse en silencio y esperar a que los polacos se desangraran para después poder ocupar unas cuantas calles más en una ciudad desierta. Creo que si yo hubiera vivido en aquellos tiempos, no habría sido fan de ellos, independientemente de mi admiración por Julian Tuwim o Bolesław Leśmian. Igual que hoy en día no estoy de acuerdo con que en Oriente Próximo cualquier movimiento de Israel, lleno de

agresividad y xenofobia, sea de inmediato disculpado a causa del Holocausto. ¿Se imagina lo que ocurriría si los alemanes empezaran a rodear los asentamientos turcos con varios kilómetros de muro?

Szacki no se lo imaginaba. Es más: no quería imaginárselo. Lo que quería era encontrar al asesino de Elżbieta Budnik y mejor si de paso aparecían pruebas irrefutables; presentar cargos, elaborar el acta de acusación y ganar en los tribunales. En cambio allí estaba, sentado en aquel salón irritantemente perfecto, en el que, aparte de unas cornamentas horteras colgadas encima de un espejo, no había nada criticable; escuchaba turbias confesiones ideológicas y se lo llevaban los demonios. Notó que aquella demostración de convicciones de Szyller escondía una cierta rutina; se imaginó a los invitados junto a la mesa, vino de, como poco, cincuenta zlotys la botella, perfume de como poco doscientos zlotys por trescientos mililitros, solomillo de buey de como poco setenta zlotys el kilo. Szyller, con una camisa de como poco trescientos zlotys, juguetea con un gemelo de sabe Dios cuánto y pregunta qué ocurriría «si los alemanes». Los invitados asienten, sonríen de manera comprensiva: qué bien sabe expresarse, qué buen orador es nuestro Jerzy.

—Aquella época ya pasó, ya no hay judíos, puede darle usted las gracias a quien desee.

—Pero, hombre, seguro que es usted capaz de replicar algo mejor — Szyller parecía auténticamente desencantado por el exabrupto de Szacki—. Soy antisemita, pero no un fascista degenerado. Si tuviera un poder divino y pudiera borrar el Holocausto, siendo consciente de que Polonia iba a quedarse con los mismos problemas que tenía antes de la guerra, lo borraría, no dudaría ni una décima de segundo. Pero ahora que todo eso ha pasado, no se puede dar marcha atrás y ha quedado como un triste hecho en la historia, como una cicatriz en los anales. Si usted me preguntara si la desaparición de los judíos de Polonia ha sido buena para el país, le contestaría que sí, que ha sido buena. Igual que hoy en día la desaparición de los turcos de Alemania sería buena para nuestros vecinos.

—Ya, los niños polacos por fin están a salvo.

—¿Lo dice por lo de los asesinatos rituales? ¿Acaso tengo cara de idiota? ¿Cree usted que alguien con dos dedos de frente puede tomarse en serio esas estupideces, esa leyenda urbana de consecuencias terribles y reales?

—Dicen que en cada leyenda hay una mitad de verdad —siguió provocándole Szacki.

—¿Lo ve? A eso me refería. Basta con una palabra de crítica y ya soy un fascista dispuesto a marchar por las calles con antorchas gritando que han secuestrado a niños polacos para hacer matzá. País de supersticiones, tergiversaciones, prejuicios e histerias. Qué difícil es aquí ser un patriota.

El antisemita moderno se quedó en silencio, reflexionando sobre sus palabras; seguramente había advertido en ellas una hondura que le sorprendió incluso a él mismo.

—Szyller —dijo Szacki elevando el tono—. Un auténtico apellido polaco.

—No se burle usted, es el apellido de una antigua familia aristocrática polaca de la zona que hoy es Ucrania, lea si no *Fama y gloria*.

—No me gusta el estilo de Andrzejewski.

—Es de Iwaszkiewicz.

—Siempre confundo a esos dos maricones comunistas —Szacki soltó una risita tonta.

Jerzy Szyller le lanzó una mirada llena de desprecio, sirvió el agua que quedaba y se fue a la cocina, quizá a por otra botella. Szacki pensó que ya habían charlado lo suficiente para conocer las reacciones de Szyller; ya tenía bien calibrado su detector de mentiras interno. Además, había dado la imagen de ser un idiota, cosa que siempre ayuda. Era hora de pasar a asuntos de verdad importantes. Se sentía tranquilo, porque estaba convencido de que no se iría de casa de Szyller con las manos vacías. Se enteraría de algo. No sabía de qué, pero sin duda sacaría algo. Y ese algo sería muy valioso.

## 4.

Jerzy Szyller y el fiscal Teodor Szacki, que mantenían una larga conversación de polacos, no se daban cuenta de algunas cosas. Szacki no sabía que, en contra de lo que le decía su intuición y sus expectativas, no se acercaba en absoluto a una resolución rápida del caso; al contrario: cada minuto que pasaba discutiendo se alejaba más de ese desenlace. Szyller no sabía que la expresión de aburrimiento del fiscal era una máscara y que cuanto más creía tener claro que el investigador era el típico funcionario incompetente, más equivocado estaba. Y ambos no eran conscientes de que se contaban entre los escasísimos habitantes de Sandomierz que, pudiendo ver en ese momento el séptimo capítulo de las aventuras del padre Mateusz, no lo estaban haciendo.

Irena y Janusz Rojski no pertenecían a esa minoría. Estaban sentados en el sofá, lamentando que la serie no la diera Polsat, cadena que hacía pausas para poner anuncios que se podían aprovechar para ir a preparar té o para comentar lo que había ocurrido hasta ese momento en el episodio. El padre Mateusz acababa de realizar una inspección ocular de una descuidada residencia de ancianos en la que un jubilado se había ido al otro mundo con ayuda exterior.

—¿Dónde han grabado eso? Aquí no, desde luego. Tanto follón para que después solo se le vea pasando en bici plaza Mayor arriba, plaza Mayor abajo. No debe de ser cómodo con el empedrado que hay allí.

La esposa no entró en la discusión, había dejado de atender a las quejas de su marido unos veinte años antes, a la mitad de su aventura común, y en la actualidad su cerebro las convertía en ruido de fondo de tal modo que ni siquiera le impedían escuchar los diálogos de las series.

—O el principio del capítulo. ¿Has visto al padre Mateusz inaugurando un cine? ¡Un sacerdote! ¡Un cine! ¡En Sandomierz! ¡Pero si esa mafia con sotanas nos quitó el cine que había junto a la catedral! Porque resultó que eran terrenos de la Iglesia, cómo no, así que se los dieron sin más e hicieron

allí una casa de la cultura en la que hay una mierda de actividades, todo para que el obispo no viera desde la ventana cómo los jóvenes iban a ver películas americanas y no se escandalizara. ¿Y qué? Pues que en Sandomierz no hay cine. Si acaso en *El padre Mateusz*.

—No blasfemes.

—No blasfemo. No he dicho ni una palabra contra Dios, de la clrigalla y de los guionistas puedo decir lo que quiera. Una serie policiaca polaca, por el amor de Dios, tan mala como todo lo demás. ¿Qué clase de serie policiaca puede ser si no ocurre una mierda y encima desde el principio ya se sabe cómo va a acabar? ¡Anda, mira quién actúa! ¿Cómo se llama ese actor?

—Roman Kłosowski. Entonces, ¿para qué ves la serie?

—Porque quiero ver mi ciudad en la televisión. Y por supuesto no puedo verla porque parece ser que la filman en los alrededores de Varsovia, de aquí no sacan ni la sacristía, solo la bici en la plaza Mayor. Bueno, y la oficina de Hacienda como comisaría, eso sí me gusta. Además, ¿ya no recuerdas cuando fuimos a tomarnos un café y estaban filmando? Hay que ver la serie porque no sabemos en qué capítulo saldrá eso, los grabo todos por si acaso. ¿Ese de ahí no es Janusz Gajos?

—No, es Marek Siudym.

—Pues se conserva muy bien, no entiendo por qué esos guionistas aficionados han tenido que meterlo en una residencia de ancianos.

—Es el director.

—Ajá. ¿Crees que nuestros hijos también nos meterán en una residencia? Ya lo sé, no es una cuestión agradable, pero quizá deberíamos proponerlo nosotros mismos, ¿no? Sé que aún nos sentimos jóvenes, pero yo ya tengo setenta y tú sesenta y siete, no podemos huir de estos temas. Para mí subir cada día a este segundo piso es un desafío. Y para ellos seguro que también sería más fácil; alguien se ocuparía de nosotros, estarían más tranquilos. Yo en realidad no le tengo miedo a la residencia, siempre y cuando estemos tú y yo juntos.

La señora Rojska le cogió la mano a su marido, sentían la misma emoción. En la pantalla, el padre Mateusz pedía a sus feligreses que rezaran por los que estaban solos y los que sufrían para que experimentaran el amor, pues nunca es demasiado tarde para amar y ser amado. El señor Rojski acarició el antebrazo de su esposa; a veces ella se preguntaba por qué su marido le hablaba sin parar, si en realidad sabían entenderse a la perfección sin

palabras. Un verdadero enigma.

—¿Sabes qué? He pensado en Zygmunt.

—¿El de la serie? —el muerto de la serie se llamaba Zygmunt.

—No, en nuestro Zygmunt...

—Por cierto, resulta extraño que todos los que llevan ese nombre tengan como mínimo setenta años. Incluso en las series. ¿Eres capaz de imaginar a un bebé de nombre Zygmunt? No, siempre son viejos decrépidos.

—He pensado que podríamos ir a rezar por los solitarios, para que aún tengan ocasión de amar a alguien. Zygmunt está muy raro desde que murió Ania, ha envejecido quince años de golpe, me preocupa. Y yo creo que hay mucha gente como él.

Durante unos instantes observaron la serie en silencio. Ella pensaba en todos sus amigos solitarios; él, que el buen corazón de su esposa nunca dejaría de sorprenderlo y que era el hombre con más suerte del planeta, porque en su momento lo aceptó aquella mujer, cuya coleta le llegaba a la cintura, hija de un panadero.

—Pues vayamos hoy. Rezamos y nos olvidamos de la misa por esta semana, así mañana no tenemos que ir.

—No, hoy no. Quiero hacer un rollo de carne para mañana, quizá venga Krystyna. Además, ya sabes lo que pienso, a la iglesia hay que ir los domingos. No somos judíos para tener que santificar el sábado.

Janusz asintió; cuando tenía razón, tenía razón. Aunque lo que más le convenció fue lo del rollo de carne, su mujer era capaz de hacer verdaderas obras de arte con la carne de vaca. Si el propio animal las viera, estaría orgulloso de haber entregado su vida por algo tan maravilloso. Siempre que tenía la oportunidad, el señor Rojski repetía la trillada ocurrencia de que si lo matara el colesterol, se iría con una sonrisa en los labios, porque habría merecido la pena.

—La conciencia, aparentemente dormida, se despierta de repente —dijo en la pantalla el obispo de Sandomierz, interpretado por el actor Sławomir Orzechowski—. No es agradable, porque nos conduce a un sentimiento de impotencia, de amargura, de dolor. Y entonces Él nos ayuda a levantarnos.

Irena y Janusz Rojski no fueron ese día a la iglesia. En el caso de ella, por su manera de entender el mundo; en el de él, por el rollo de carne. Arrimados el uno al otro, contemplaron la hermosa toma que mostraba Sandomierz filmada a vista de pájaro como cierre del episodio, mientras pensaban en lo

tranquila e inocente que era su ciudad.

## 5.

Bajo la apariencia de unas ideas valientes y controvertidas, Szyller era enormemente superficial, y su erudición resultó ser un hábil juego de malabares con estereotipos, nada más. A tales conclusiones llegó el fiscal Teodor Szacki escuchando los argumentos ofrecidos por el interrogado acerca de Alemania. Como miembro honorario de la Unión de Polacos de Alemania tenía mucho que decir sobre este tema, nada de lo cual era interesante y tampoco demasiado positivo —había sugerido que los polacos eran una minoría perseguida—. Por si fuera poco, Szyller tenía un modo de hablar muy peculiar que seguramente les gustaba a las mujeres, pero que al fiscal lo irritaba en exceso. Independientemente de la categoría del asunto, lo expresaba todo con gran convicción y con un esmerado énfasis, con un tono de voz bastante elevado, lo cual podía causar la impresión de que se trataba de un hombre viril, seguro de sí mismo y de sus ideas, que sabe lo que quiere y que por lo general lo consigue. Pero a decir verdad, Jerzy Szyller era simplemente un egotista concentrado en sí mismo, que adoraba el sonido de su propia voz, y por eso ponía tanto cuidado en lo que decía.

Onanismo verbal, comentó mentalmente Szacki mientras escuchaba la historia de la familia de Szyller. Era descendiente de uno de los primeros miembros de la Unión, de ahí su elevada posición y el hecho de ser miembro honorario. Había nacido en Alemania, tenía una pequeña casa en Renania del Norte-Westfalia, cerca de Bochum, donde se encontraba la directiva del *Bund*[\[13\]](#), como él lo llamó. Pero pasaba más tiempo en Sandomierz o en su piso de Varsovia, al que continuamente se refería como la «habitación del servicio», como si tuviera que ser gracioso.

—¿Conoce usted este símbolo? —el fiscal sacó del maletín un dibujo impreso del *rodło*, a desgana. Temía hacer alguna mueca la próxima ocasión que Szyller dijera «por supuesto» con énfasis.

—¡Por supuesto! Es el *rodło*, el símbolo del *Bund*, para nosotros es casi un emblema sagrado. No sé si conoce usted la historia de cómo surgió, yo tuve

ocasión de escucharla de boca de la propia autora, Janina Kłopotcka...

—La conozco —le interrumpió Szacki—. Perdón si la siguiente pregunta le parece tonta, pero ¿en qué formas usan ustedes el *rodło*? ¿Estandartes, blasones, papel de la empresa, camisetas, insignias en la solapa de la chaqueta?

—Mire, no somos una secta; por supuesto el *rodło* aparece allí donde hay un acto oficial de la Unión, pero no lo colgamos junto al escudo de Polonia. La ostentación nunca es aconsejable.

Szacki sacó una foto de la insignia que sujetaba la fallecida. Había preparado adrede una bastante normalita, que no sugiriera que se trataba de una prueba importante del caso. Se la pasó a Szyller.

—¿Los miembros de la Unión portan a menudo algo como esto?

Szyller observó la fotografía.

—Solo aquellos que participan activamente y a veces también los miembros distinguidos. Esto no se puede comprar en una tienda de chinos, únicamente se puede recibir de manos del presidente del *Bund*.

—Usted tendrá una, por supuesto.

—Por supuesto.

—¿Podría verla?

—Por supuesto.

El anfitrión se levantó y salió de la habitación. Szacki esperó; pensaba con angustia en el papeleo que le esperaba tras el interrogatorio: escuchar la grabación, encontrar los fragmentos relevantes, anotarlos, entregárselos para que los firmara. Aparte, el informe sobre el reconocimiento fotográfico. Dios, por qué no tendría un ayudante.

—Qué extraño... —Szyller estaba de pie en la puerta; a la luz cálida de la tarde su blanquísima camisa parecía de color melocotón.

—No puede usted encontrarla —el fiscal terminó la frase por él.

—Así es.

—¿Dónde la guarda?

—En una cajita, con los gemelos. Solo me la pongo en ocasiones especiales.

—¿Alguien más lo sabe? ¿Su amante? ¿Algún amigo?

Szyller negó con la cabeza. Parecía realmente sorprendido. No era buena señal, Szacki hubiera preferido que empezara a contar alguna historia, que la tenía en una chaqueta que estaba en Varsovia o algo así, cualquier cosa.

—¿Puedo preguntarle de dónde la ha sacado usted? —le preguntó finalmente al fiscal.

—La cogimos de la mano de la fallecida.

—De Elżbieta —Szyller lo corrigió automáticamente, pero el énfasis había desaparecido de su voz.

—De la difunta Elżbieta.

Szyller caminó con lentitud hasta el sofá y se sentó frente al fiscal sin decir una palabra. Lo miró con gesto interrogativo, como si esperara a que Szacki le aconsejara qué decir.

—¿Dónde ha pasado usted las fiestas?

—El domingo fui a ver a mi hermana a Berlín, regresé en avión el lunes por la mañana; a la una ya había llegado aquí.

—¿Dónde estuvo el lunes y el martes?

—En casa.

—¿Alguien vino a visitarle? ¿Conocidos, amigos?

Contestó que no. Szacki lo miró largamente sin decir nada; planeaba cómo continuar la conversación, cuando de pronto vislumbró una idea sorprendente. Una idea tonta, sin fundamento, que había surgido simplemente de su intuición. Tan inquietante que el fiscal se puso en pie y empezó a caminar despacio por la habitación, observándola con detenimiento. En aquel elegante museo de la aristocracia rural buscó alguna señal de que viviera en él una persona de carne y hueso. Manchas de vino, fotos en las paredes, migas del desayuno, una taza con restos de café. Unos zapatos embarrados tirados por ahí, una manta con la que poder taparse en las tardes frías, una gorra dejada sobre una repisa. No encontró nada. O bien la casa no se usaba, o bien la habían limpiado a conciencia. ¿Habían limpiado la suciedad? ¿O la presencia de alguien? ¿Las huellas de sucesos engorrosos? ¿Para no contar nada más aparte de lo que el anfitrión tenía que decir sobre su persona? Las ideas pasaban a velocidad de vértigo por la mente de Szacki. Si quería presionar a Szyller, necesitaba apoyarse en alguna teoría, suponer que mentía en alguna cuestión y atacar por ese lado. Desgraciadamente, la teoría que se abría paso con más fuerza en su cabeza en ese momento era también la más absurda.

—¿En general le visita alguien a menudo?

—No soy demasiado sociable. Ya me ha oído, he pasado aquí solo media Semana Santa. Este lugar es especial para mí, como un asilo. Me gusta estar

aquí solo; no quiero fiestas, ni conversaciones ruidosas, ni olores extraños.

La repisa de la chimenea, lugar donde el polvo y la suciedad se acumulan cinco minutos después de ser limpiado, también estaba como una patena. Szacki pasó un dedo por el tablero de roble barnizado y nada. La estantería de los libros, igual. No había televisor. Durante un buen rato ninguno de los dos hombres dijo nada y Szacki se sintió incómodo. Se encontraba solo en una casa vacía con un tipo el doble de grande que él que quizá fuera un asesino. Miró a Szyller. Este lo estaba observando atentamente. Si Szacki fuera un paranoico, podría pensar que vigilaba sus movimientos, preparándose para atacarle. El anfitrión advirtió la mirada del fiscal y adoptó por si acaso la expresión de alguien un poco asustado.

—Entiendo que esto no pinta nada bien —comentó.

—¿Cuándo vio a la fallecida por última vez?

—Me reuní con Elżbieta unas dos semanas antes de las fiestas. Hablamos de las vacaciones. Quería organizar un cine de verano en la plaza Menor, y charlamos sobre cómo convencer a los vecinos para que lo apoyaran. Ya sabe cómo es esto, la gente siempre está en contra. Quieren que haya mucha actividad, pero no bajo sus ventanas.

Szacki tomó una decisión. Solo se vive una vez. En el peor de los casos fallaría el tiro y Szyller presentaría una queja contra él. Que no sería ni la primera ni la última en la carrera del canoso fiscal.

—¿Podría ver la foto que había sobre la chimenea?

—¿Perdón?

—Me gustaría ver la foto que había sobre la chimenea.

—Ahí no había...

—¿Me la va a enseñar o no?

Szyller no contestó. Pero su rostro se puso más serio. Hala, se acabo el contarle anécdotas al fiscal. Creo que ya no seremos amigos, pensó Szacki.

—He hablado de usted con la gente. Todo halagos. Un ciudadano modélico. Un filántropo. Un empresario de aspecto humano.

Szyller se encogió de hombros. Si había estado interpretando el papel de ciudadano muy ocupado y algo asustado, en ese momento abandonó la pose. Se subió finalmente las mangas de la camisa, los músculos de sus bronceados antebrazos surgieron amenazadores. No cabía duda de que el filántropo de la ciudad cuidaba de su patriótico cuerpo.

—Es usted culto, inteligente. Debería entender la situación en la que se

encuentra. Una mujer que ha sido brutalmente asesinada aferraba en su mano una atípica insignia que usted no es capaz de encontrar. Y no sabe explicar qué ha podido ocurrir con ella. Tampoco puede demostrar de ninguna manera dónde estuvo cuando se cometió el crimen. Pero a pesar de todo, miente. Me resulta muy extraño.

—Se extraña usted con mucha facilidad, señor fiscal. ¿Un rasgo tan infantil como ese le ayuda en su trabajo?

Szacki movió la cabeza con incredulidad. Menuda birria de réplica, tal vez había sobrestimado a Szyller.

—Debería encerrarlo y presentar cargos, después ya veríamos —estuvo a punto de echarse a reír; había dicho aquello por segunda vez en unos pocos días. En esta puta ciudad no hay más que troleros, ¿es que aquí nadie dice la verdad, cojones?

—¿Qué le detiene?

—No veo el motivo por el que pudiera haber matado usted a su amante, y menos de esa manera.

—No diga tonterías.

—Paso por paso. Quiero escucharlo todo paso por paso. Puede empezar por lo de la fotografía.

Jerzy Szyller se quedó inmóvil. El ambiente estaba cargado por sus emociones, sus dudas, su pánico a tomar una decisión sobre qué hacer.

—Usted no entiende nada. Esta es una ciudad pequeña. Ahora ya siempre dirán que era una puta, una casquivana.

—La foto. Vamos.

Jerzy Szyller llegó rápidamente a la conclusión de que era algo muy desagradable ponerle la etiqueta de puta al amor de su vida, pero no tan desagradable como la prisión preventiva de Tarnobrzeg. Trajo todas las cosas que anteriormente había retirado con tanto cuidado. La manta con la que ella se tapaba en el sofá; su bata, de un simpático color azul celeste; el álbum con fotos en las que salían juntos; y finalmente la fotografía de la chimenea, en un elegante —cómo no— marco de madera. Szacki lo entendía: si hubiera tenido una foto como esa con alguien, la trataría como si fuera una reliquia. Estaba hecha en un parque de Cracovia; aparecían sentados en un banco, al fondo se veía un fragmento del castillo de Wawel. Szyller parecía Pierce Brosnan de vacaciones. Ela Budnik estaba colgada de su cuello en una pose

alocada y burlona, con una pierna doblada teatralmente al estilo de Audrey Hepburn y la boca en actitud de dar un beso. Él pasaba de los cincuenta, ella de los cuarenta, pero daban la impresión de ser una pareja de quinceañeros; la felicidad rezumaba por cada poro de su piel, llenaba de luz la imagen. Había tanto amor en esa pequeña estampa que Szacki sintió lástima por Szyller. Quizá fuera el asesino, quizá no, pero su pérdida debía de ser inimaginable.

El fiscal escuchó la historia de aquel romance al detalle, y aunque se notaba lo importantes, cruciales y profundos que eran para Szyller esos sucesos, en el fondo se trataba de una historia banal. Ella, una mujer que cree ser más de lo que en realidad es y que interpreta erróneamente la crisis de los cuarenta como una reclusión en una jaula en la que no puede extender las alas. Un matrimonio de muchos años, una tranquila estabilidad, una aburrida ciudad de provincias. Él, un pequeño empresario y un pequeño antisemita, convencido de su excepcionalidad y su erudición a tal extremo que logra convencerla también a ella, y juntos llegan a creerse que ellos y su romance de novela rosa es en verdad literatura de alta categoría. Lo normal, lo de siempre, un aburrimiento. Szacki pensó, con un cinismo que hasta a él le asombró, que en realidad fue el cadáver blanco como la nieve el que le dio grandeza a esa historia.

—¿Durante ese año y medio el marido de la difunta sospechó algo, le dijo algo ella?

—No, no me comentó nada. Pero de todas formas nuestra relación no era difícil de ocultar. Él tenía un horario muy inusual en la oficina, viajaba mucho. Ella también tenía reuniones con artistas a horas muy diversas en lugares muy diversos. Gracias a ello más de una vez pasamos unos días maravillosos en Bochum.

—¿Planeaba dejar a su esposo?

Silencio.

—¿Hablaron ustedes de ello? No debía de ser agradable para usted saber que cada día dormía al lado de su marido, le daba un beso de buenas noches, hacían lo que normalmente hacen los cónyuges.

Silencio.

—Señor Szyller, comprendo que Sandomierz es una ciudad pequeña, pero no tanto. Supongo que aquí también habrá divorcios, fallecimientos, la gente comenzará vidas nuevas. Entiendo que con la situación que tenían ustedes no habría sido difícil. Sin hijos, con profesiones liberales. Podría haberle

mandado a su marido los papeles del divorcio por correo, la verdad.

El interrogado hizo un gesto indefinido con la mano que daba a entender que esa cuestión tenía tal cantidad de matices complicados que no había forma de expresarlos con palabras. Szacki pensó en el señor Budnik, pensó que le recordaba a Gollum, para quien nada tenía importancia aparte de su tesoro. ¿Qué habría hecho si se hubiera enterado de que alguien le había quitado su tesoro? Y no alguien cualquiera, sino un conocido adversario suyo, un hombre de cuyas ideas quizá se había reído alguna vez con Ela en la cama y cuyo modo afectado de hablar habían imitado. Es posible que ella, para disimular, se quejara de que de vez en cuando tenía que reunirse con Szyller, que era un tipo extraño, ya sabes, el típico macho, aunque en el fondo no sea más que un patán, pero qué le vamos a hacer, gracias a él podemos organizar cosas para los niños. Y de repente se entera de que cuando iba a casa de Szyller no se quedaba con cara de mártir mientras le hablaba de los pobres niños, sino que lo montaba empapada en sudor, o se retorció de placer bajo su cuerpo, le rogaba que la follara con todas sus fuerzas y se relamía con la boca llena de esperma.

Te dejo. Adiós. Desde que nos conocimos, siempre tuviste el presentimiento de que jamás sería del todo tuya y estabas en lo cierto: soy demasiado buena para ti, siempre lo he sido.

¿Es suficiente para cometer un asesinato? Por supuesto.

—El lunes la estuve esperando.

—¿Perdón?

—El lunes de Pascua iba a venir a mi casa para quedarse; el martes nos marcharíamos y ya no volveríamos.

—¿Significa eso que se lo iba a contar todo a su marido?

—No lo sé.

¡Ay, la madre que le parió! Szacki sacó el móvil y llamó a Wilczur. El viejo policía contestó de inmediato.

—Llevaos a Budnik ya mismo, también necesito a alguien para que se quede vigilando en casa de Jerzy Szyller, en la calle Słoneczna. Vamos a hacer un registro y después un careo. Rapidito.

Wilczur era un profesional. Dijo solo «entendido» y colgó. El empresario lo miró sorprendido.

—¿Cómo que un registro? ¡Pero si ya se lo he dicho y se lo he enseñado todo!

—No me sea ingenuo; la gente me muestra cosas y me cuenta cosas todos los días. Como poco la mitad son cuentos chinos, medias verdades o vulgares mentiras. Tomando en consideración el grado de intimidad que tenía usted con la difunta...

—Con Elżbieta.

—... debería no solo hacer un registro, sino también ordenar que cavén en el jardín y encerrarle a usted hasta que se aclaren todas las cuestiones. Cosa que igual hago.

—Mi abogado...

—Su abogado podrá presentar una reclamación —le espetó Szacki, en su interior crecía una rabia que no era capaz de contener—. Pero ¿se da usted cuenta de lo importantes que son para la investigación los hechos que ha ocultado? ¿Han asesinado a su amante y usted, teniendo informaciones que podrían ser clave, se queda callado por si alguien habla mal de ella? ¿Qué clase de ciudadano y de patriota es usted si le importa una mierda la justicia, o sea, el pilar de la fuerza y la solidez de nuestra república? No es usted más que un simple antisemita de provincias, dan ganas de vomitar.

Jerzy Szyller se puso en pie de un salto, en su atractivo rostro aparecieron manchas rojas. Se dirigió hacia Szacki con paso firme y cuando el fiscal ya estaba seguro de que iban a llegar a las manos, sonó el teléfono. Wilczur. Todo arreglado, perfecto.

—¿Sí?

Szacki escuchó durante unos momentos.

—Enseguida estoy ahí.

Salió corriendo. En el portillo se tropezó con un policía y le ordenó vigilar a Szyller.

## 6.

El fiscal Teodor Szacki se sentó en el sofá del salón de los Budnik, porque se sintió realmente mal. La sangre le palpitaba en las sienes, no podía concentrar la mirada en un punto, notaba un extraño hormigueo en los dedos de la mano y un desagradable regusto metálico en la boca. Tomó aire bruscamente, pero no le alivió, al contrario: sintió una punzada en los pulmones, como si el aire estuviera lleno de pequeñas agujas.

¿Y si no eran los pulmones, sino el corazón? Cerró los ojos, contó hasta diez y de diez hasta cero.

—¿Va todo bien? —le preguntó Sobieraj.

Todos parecían venir directamente de casa. Sobieraj llevaba puestos unos vaqueros y un forro polar rojo; Wilczur unos extraños pantalones marrones, que daban la impresión de que en su interior no había piernas, y un jersey grueso; y los dos policías lucían unas cazadoras de mercadillo tan feas que no dejaban lugar a dudas de que eran agentes de la ley. Szacki iba en traje y, una vez más aquel día, se sintió como un cretino por ello. Aunque esa era solo una de las razones.

—No, Basia —contestó con tranquilidad—. Nada va bien. Porque un testigo muy importante y desde hace poco principal sospechoso de un asesinato muy sonado y estremecedor, vigilado de continuo por dos policías, ha desaparecido. Y aunque resulte evidente que ahora mismo no tiene ningún significado práctico, os ruego que saciéis mi curiosidad y me digáis cómo cojones ha podido ocurrir eso.

Los policías se encogieron de hombros a la vez.

—Señor fiscal, no nos hemos movido de aquí ni medio paso. Cuando tuvimos hambre hace un rato llamamos a los compañeros para que nos trajeran algo, ellos lo pueden atestiguar. Hemos estado delante de esta casa todo el tiempo.

—¿Ha salido?

—Hacia el mediodía, un par de veces al jardín. Podó algo, conectó el

aspersor, apretó los tornillos del buzón. Hemos anotado todo.

—¿Y después?

—Estuvo dando vueltas por la casa, cuando oscureció vimos cómo se encendían y apagaban las luces.

—¿Alguien vigilaba por el lado de la escarpa?

—Es que allí hay un muro de dos metros, señor fiscal.

Szacki miró a Wilczur. El inspector sacudió la ceniza en la maceta de un ficus y carraspeó.

—Tenemos controladas todas las rutas de salida de la ciudad, registramos coches y autobuses. Pero si se ha largado a pie entre los arbustos, lo veo negro.

Bueno, pues no había ninguna posibilidad de hacerlo con discreción.

—Avisad a las comisarías de los alrededores, yo voy a emitir una orden de arresto y de búsqueda y captura. Preparad una nota de prensa y que la distribuyan desde Kielce para que llegue cuanto antes a los medios. No ha pasado demasiado tiempo, el tipo no es ningún profesional, solo un concejal envejecido; la verdad es que nos van a dar collejas por todas partes, pero quizá lo consigamos. Al menos tenemos a un sospechoso, ya es algo más concreto. Intentemos presentarlo como un éxito de las fuerzas de la ley.

—No será fácil —murmuró Sobieraj—. Los medios se nos echan encima.

—Mejor, así le darán bombo a esto día y noche. No habrá dependiente que no conozca el aspecto de Budnik antes de que le entre tanta hambre que necesite salir a comprarse un panecillo.

Szacki se levantó con brusquedad, sintió un mareo y se agarró involuntariamente al brazo de Sobieraj. Ella lo miró inquieta.

—Tranquila, no me pasa nada. Al trabajo. Nosotros rellenaremos los formularios en la fiscalía, vosotros preparad el comunicado. En media hora nos ponemos en contacto, en una hora quiero que ya estén informando de ello en la tele.

Antes de salir repasó con la mirada el salón burgués de los Budnik. De nuevo le saltó una alarma interior. Se sintió como alguien que busca las diez diferencias en dos imágenes iguales. Estaba seguro de que algo no cuadraba, pero no sabía qué. Retrocedió hasta el centro de la habitación. Los policías pasaron a su lado y salieron. Sobieraj se paró en la puerta.

—¿Cuándo estuviste aquí por última vez? —le preguntó Szacki.

—Deja que piense. Hace un mes o así, vine a tomar café; me quedé solo un

rato.

—¿Ha cambiado algo?

—Aquí continuamente cambia algo, o más bien cambiaba. Ela movía los muebles cada pocos meses, cambiaba la iluminación, ponía telas y flores nuevas; con los mismos elementos creaba una vivienda totalmente diferente. Decía que prefería introducir cambios controlados antes que esperar a que su espíritu se rebelara y buscara cambios en contra de su voluntad.

Szacki la miraba fijamente.

—Sí, ya sé cómo suena ahora eso que acabo de decir.

—Pero, aparte de eso, ¿el salón tiene un aspecto diferente? ¿La decoración es distinta, falta algo?

Basia Sobieraj miró a su alrededor atentamente durante un momento.

—En el marco de la puerta de la cocina había una barra de ejercicios, la usaba Grzegorz. Pero no hacía más que caerse, supongo que al final la habrá tirado.

—¿Algo más?

—Creo que no. ¿Por qué?

Le indicó con la mano que no tenía importancia y salieron a la calle Katedralna, bajo la sombra de la iglesia, que desde esa perspectiva parecía enorme y cuyas severas formas góticas se recortaban con claridad contra el cielo estrellado. En el vestíbulo había visto colgada una fotografía de Ela Budnik de diez o quince años antes. Era muy hermosa, muy femenina; como se suele decir, «rebosaba vida». Y muy fotogénica, añadió mentalmente Szacki, pensando en la foto de la chimenea de Szyller.

## 7.

Eran cerca de las nueve de la noche. Barbara Sobieraj se había ido por fin a casa, antes les había dejado la jefa, y el fiscal Teodor Szacki estaba en su despacho, desalentado, escuchando el alboroto juvenil y el sonido amortiguado de la música discotequera que llegaba desde el pub que había al otro lado de la calle, donde comenzaba la fiesta. Se sintió incómodo. Desde hacía varias horas notaba físicamente una intranquilidad, una ansiedad que no se originaba en un peligro real; simplemente estaba ahí, inundando todo su cuerpo. Sus brazos tenían miedo, su cuello, sus órganos internos. Habría sido incluso divertido de no haber resultado también molesto y persistente, como si esa breve punzada de temor que todo el mundo conoce se alargara durante una hora. Cuanto más pensaba en ello, peor se encontraba.

Empezó a dar vueltas por el despacho.

La hipótesis de trabajo que habían escrito brevemente para presentársela a Misia —que había llegado desde casa cargada con bocadillos y un termo de té con zumo de frambuesa—, y que ya formaba parte de las actas, parecía segura casi al cien por cien. La esposa de Grzegorz Budnik le abandona o este se entera de que ella tiene una aventura con Jerzy Szyller. La ira del marido abandonado, su rencor, su dolor, la conciencia de que esto puede suponer el fin de una carrera política construida durante años seguramente causan una discusión. Durante esa discusión, él aprieta el cuello de su esposa con demasiada fuerza, Elżbieta Budnik pierde el conocimiento y al señor Budnik lo domina el pánico, cree que ha matado a su mujer. Suele ver *CSI*, sabe que en el cuello han quedado sus huellas, así que opta por montar el número del cuello cortado y de paso aprovecha para avivar la histeria de los problemas entre judíos y polacos; es de Sandomierz, conoce el tema. Quizá se sorprende cuando del cuerpo de su mujer salen varios litros de sangre, quizá se da cuenta demasiado tarde de que aún estaba viva. Conoce la ciudad, cada atajo que recorre los patios; sabe dónde están colocadas las cámaras. Se vale de sus conocimientos para dejar el cadáver junto a la antigua sinagoga

sin ser visto. Sin embargo, cuando Szyller regresa a la ciudad se viene abajo. Sabe que si los investigadores se enteran de la aventura, se convertirá en el principal sospechoso. Nuevamente aprovecha su conocimiento de la ciudad, esta vez para huir sin llamar la atención de los policías que lo vigilan.

La historia tenía sus puntos débiles. Lo más misterioso era el lugar donde la habían asesinado, el modo en que habían transportado el cadáver, la propia arma del crimen, que no era una de esas cosas que uno guarda en un cajón junto a los tenedores de postre. Otro elemento que preocupaba a Szacki era la insignia encontrada en la mano de la difunta. Desde un principio no creyó que eso fuera a incriminar a Szyller, tales cosas no ocurren en la realidad y el fiscal estaba convencido de que por alguna razón el autor quería a toda costa inculpar al empresario. Pero ¿Budnik? Tendría que haber previsto que si dirigía la investigación hacia Szyller, no tardaría en llegar hasta él de rebote.

Sin embargo, y pese a sus lagunas, sonaba verosímil. A pesar de la ausencia física del sospechoso la cosa pintaba mil veces mejor que doce horas antes, cuando no había nada claro y se empezaba a considerar la opción de buscar a un colgado con una obsesión religioso-nacionalista. Tenían algo concreto; a los medios les podían decir que perseguían a un sospechoso, a un hombre con nombre y apellido. Además, se podía esperar que Budnik apareciera en los próximos días o incluso horas.

Eso en cuanto a la teoría. En la práctica Szacki estaba desquiciado. Intentaba convencerse de que mezclaba dos cosas diferentes, que su intranquilidad era algo puramente personal, que el cuerpo le estaba haciendo pagar por el cambio de ciudad, por el divorcio, por la soledad, por todas las novedades de los últimos meses, además todas a peor. Lo intentaba, pero por dentro aullaba como un perro sabueso. Algo iba mal.

Esa noche no le apetecía nada estar solo. Le había dicho a Klara que no iba a salir —ella le había animado a ir a un concierto discotequero en el ayuntamiento—, pero volvió a llamarla porque había cambiado de idea. Szacki quería decirle que no podían seguir con esa relación, tenía que ordenar un poco su vida.

## 8.

Había pasado antes por casa para ponerse unos vaqueros y una camisa de sport, pero aun así, mientras entraba con Klara en los bajos del ayuntamiento de Sandomierz, se sintió como un viejales llevando a su hija mayor a una fiesta. Como parte de su trabajo de fiscal conocía el tema de las drogas de violación y de la metanfetamina, pero nunca había tenido un contacto práctico con un pub subterráneo. ¿Regía allí algún código especial, reglas no escritas? ¿Qué debía hacer si un chaval maquillado le proponía hacerle una mamada? ¿Rehusar amablemente? ¿Llamar a la policía? ¿Llevarlo con sus padres? ¿Y si pretendían drogarlo? ¿Presentar cargos de inmediato? Tenía la cabeza llena de preguntas cuando se encontró en un sótano de pequeñas dimensiones con paredes de ladrillo y techo bajo.

El sitio era estrecho y muy llamativo. En el techo había una reja colgada de unas cadenas, en un rincón se veía un trozo de la estatua de piedra de algún santo; de ahí seguramente el nombre del pub, Lapidarium. No cabía la menor duda de que se trataba de los bajos de un edificio antiguo y noble. Había bastante gente, pero no tanta como para no poder abrirse paso hasta la barra. Szacki pidió cerveza para él y para Klara, y de paso echó un vistazo a la gente allí reunida. Le sorprendieron bastante, la verdad. Nada de señoritas de plástico, nada de niñas con brillo de labios y las tetas al aire, nada de chicos obsesionados con su físico, vestidos con camisas iridiscentes, nada de tangas blancos que reflejaban con palidez el ultravioleta del estroboscopio. En realidad no había ni estroboscopio ni ultravioleta. Es más, había un numeroso grupo de personas de la edad de Szacki; algunos de ellos, del tipo calvas y canas, podían tener perfectamente hijos de la edad de los participantes más jóvenes de la fiesta.

Observó a Klara, que se había unido a un grupo de amigos. Todos de la misma edad que ella, unos veintiséis o veintisiete. Alguien contó un chiste y los demás se partieron de risa. Parecían simpáticos: un tipo con pinta de administrador de sistemas, de gafas redondas y pelo rubio que empezaba a

ralear; dos señoritas en vaqueros, una plana y ancha de caderas, la otra tetona y delgada, estaban muy graciosas una junto a otra. Y Klara. En vaqueros, con una camiseta de color burdeos con el escote en V y el pelo recogido en una coleta. Joven, preciosa, quizá la más bonita de la sala. ¿Por qué la tenía por una estúpida muñequita? ¿Solo porque era más femenina que su arrugada exmujer, con la que había pasado los últimos quince años? ¿Es que ahora cada muestra de feminidad, cada zapato de tacón y cada uña pintada le iban a parecer vulgares? ¿Tanto había cambiado su mentalidad tras la etapa de las horrendas zapatillas de Ikea a 4,99 zlotys el par, que siempre andaban tiradas alrededor de su cama desde que Ikea había aparecido en Polonia?

Fue a reunirse con los demás, que le miraron con amistosa curiosidad cuando se hicieron las presentaciones. Klara, por extraño que resultara, parecía orgullosa de que semejante abuelo hubiera entrado en su círculo de amistades.

—Dios, un fiscal de verdad, ahora ya no podremos fumar hierba —bromeó la plana de caderas anchas, Justyna.

El rostro de Szacki se transformó en una máscara de piedra.

—No podréis fumar hierba porque no podéis poseer hierba. La ley para la prevención de las drogodependencias, en su párrafo 62, punto 1, prevé claramente una pena de privación de libertad de hasta tres años por posesión de narcóticos o sustancias psicotrópicas.

Los acompañantes se quedaron callados y se miraron inseguros. Szacki bebió un largo trago de cerveza. Sabía a meado, como siempre cuando es de barril.

—Pero no te preocupes, conozco a un par de buenos abogados, quizá incluso puedan conseguirte una celda individual para la segunda parte de la pena.

Se echaron a reír y empezó una conversación relajada, Klara comenzó a contar algo de su doctorado —Szacki la escuchó estupefacto, no sabía que ella hubiera terminado una carrera—, pero a mitad de la frase la interrumpió la ruidosa entrada de los teloneros. A Szacki estuvo a punto de caérsele la cerveza de la mano por la sorpresa, y esa sorpresa ya no lo abandonó hasta el final del concierto, el mejor al que había ido en años. Resultó que en aquel pueblucho escuchaban y tocaban una música cojonuda. Los teloneros empezaron con bestiales temas punk-rock, para luego pasar a un estilo más melódico tipo Iron Maiden. Después subieron al escenario otras dos bandas

—por lo que pudo entender, ambas habían salido de otro conocido grupo, Corruption, que resultó ser de Sandomierz— que también tocaban hard rock sin florituras, sin interludios raperos y sin los típicos gemidos sobre él y ella, *yeah, baby*.

A medida que tocaban temas parecía que había más gente, que todos gritaban más alto y saltaban con más fuerza. Bajo el techo se acumulaba cada vez más endorfina, el sudor empezó a condensarse en la reja metálica. Había en todo aquello algo de experiencia tribal que le hizo recordar los viejos pubs varsovianos a los que siglos atrás iba a ver los conciertos del grupo Kult. La primera banda era sin duda mejor en lo musical, a veces sonaba parecida a Soundgarden, otras, más tipo Megadeth, aunque más plana, sin sorpresas. La segunda se adaptaba más al gusto de Szacki, irradiaban una energía rápida y fresca al estilo *Load* y *ReLoad* de Metallica. Cantaban en polaco, tenían letras estupendas; todo en ellos era un millón de veces más interesante y un trillón de veces más auténtico que las estrellas de plástico que rellenaban los programas de la emisora de radio de moda.

Por ahí arriba el mundo seguía su curso. La policía de tráfico controlaba en el puente los vehículos que abandonaban la ciudad, las patrullas recorrían vigilantes las callejuelas buscando a un pelirrojo de silueta menuda. Jerzy Szyller estaba a oscuras en su cocina observando a los hombres que lo custodiaban dentro de un Opel Vectra azul marino estacionado frente a su portillo. Llevaba puesta la misma camisa, con las mangas subidas; no le apetecía nada acostarse. Leon Wilczur veía en el canal Polsat la tercera parte de *Alien* y no fumaba, el inspector nunca fumaba en su casa. Barbara Sobieraj mantenía con su marido una cansada conversación de matrimonio veterano y, aunque trataba del conmovedor tema de la adopción, apestaba a rutina y a la convicción de que no conduciría a nada, como siempre. La jueza Maria Tatarska leía *El jardín secreto* en su original inglés; se decía a sí misma que así practicaba el idioma, pero en realidad lo que quería era releerlo y volver a llorar de emoción. Maria «Misia» Mischczyk comía chorizo —estaba hasta el moño de todos esos pasteles que había convertido en su signo distintivo— y miraba en el telediario de Polsat la foto de Grzegorz Budnik; una fotografía hecha por la policía durante el último interrogatorio. Mischczyk pensaba, por el aspecto lamentable que presentaba Budnik, que el trabajo de político debía de ser una mierda: era la mitad del hombre que recordaba de los viejos

tiempos. Y encima esa tirita. El matrimonio Rojski dormía tranquilamente, no eran conscientes del escaso número de parejas que seguían durmiendo bajo el mismo edredón tras cuarenta años de casados. A doscientos veinte kilómetros de allí, en el barrio varsoviano de Grochów, Marcin Ładoń, en el mismo momento que un millón más de quinceañeros, se masturbaba apasionadamente pensando en muchas cosas menos en la excursión a Sandomierz que le esperaba la semana siguiente. Y Roman Myszyński volvía a soñar con cadáveres blancos como la nieve que, con movimientos rígidos de maniquí, caminaban tras él dentro de la sinagoga; pero no podía escapar porque se tropezaba con montañas de documentos escritos en cirílico.

En algún lugar bajo el suelo, el fiscal Teodor Szacki se movía enloquecidamente al ritmo tribal de un rock and roll metalero. Él y Klara giraban agarrados de la mano hasta perder el equilibrio, ebrios de cerveza y endorfinas. A Klara sus cabellos castaños se le pegaban a la frente sudorosa, su rostro resplandecía y tenía la camiseta mojada por el sudor bajo las axilas. Asfixiados, encontraron aún algo de resuello para gritar el estribillo.

—¡No puedo, Dios mío, sentirme aún peor! —aulló Szacki sin faltar a la verdad—. ¡No puedo, Dios mío, recordar las humillaciones!

No esperó al bis; le echó su propia chaqueta a Klara por encima y se la llevó corriendo al piso de la calle Długosz, como llevaría un cavernícola su presa a la cueva. Olía a sudor, a cerveza y a tabaco. Cada rincón de su cuerpo estaba caliente, mojado y salado. Por primera vez Szacki pensó que sus gemidos y sus gritos no eran en absoluto vulgares.

Había sido una noche magnífica. Szacki, aunque no durmiera feliz, sí que durmió tranquilo. Su último pensamiento fue que ya dejaría a la mocosa aquella por la mañana, para qué iba a estropear una noche tan estupenda para ambos.

---

## **Capítulo quinto**

*Domingo, 19 de abril de 2009*

Joseph Ratzinger conmemora el cuarto aniversario de su elección como papa, él y otros católicos cierran las festividades de la Octava de Pascua celebrando el domingo de la Divina Misericordia. En el santuario de Łagiewniki (Cracovia) el cardenal Dziwisz comenta la situación política y dice que un requisito de la vida pública es dominar el arte del amor misericordioso. Mientras esto ocurre, el diputado Janusz Palikot acusa al presidente Lech Kaczyński de ser un alcohólico, a juzgar por el número de botellitas de licor encargadas por la presidencia del país. Marek Edelman deposita en silencio un ramo de junquillos junto al Monumento a los Héroes del Gueto en el sexagésimo sexto aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia. Siempre lo había hecho a las doce de la mañana, hoy ha de esperar a que terminen las delegaciones oficiales. Mientras tanto, en la República Checa siguen los preparativos para el cumpleaños del Führer; a consecuencia del incendio de una casa gitana una niña de dos años es conducida al hospital en estado crítico. Se acerca la temporada de aumento del tráfico motociclista en las carreteras y la policía inaugura la campaña de prevención ante posibles bravuconadas con un original eslogan: «Con la primavera llegan los vegetales». Cerca de Sandomierz se produce un accidente: un vehículo choca contra un poste de la luz y estalla en llamas; fallece un chico de diecisiete años. El día es soleado pero hace un frío de mil demonios, la temperatura no sube de los 12 grados, por la noche baja hasta cero.

# 1.

El fiscal Teodor Szacki no podía encontrar los preservativos. Ni una caja de preservativos. Ni tampoco el envoltorio abierto de algún preservativo. Ni un solo rastro de que la noche anterior hubieran usado algún anticonceptivo. Siempre los habían usado. Lo cual significaba que ella no se ponía DIU. Ni tomaba píldoras. Había días fértiles y días no fértiles, se podía tener cuidado y sobre todo se podían utilizar condones; un puto sistema anticonceptivo represivo digno de una pequeña ciudad medieval. Si es que había condones. Cosa no del todo segura.

Szacki se paseaba nervioso por la habitación. Notaba que el pánico se iba apoderando de él. Quería asegurarse a toda costa de que no existía la posibilidad de haber fecundado a aquella encantadora chica quince años más joven que él. Con la que, para más inri, había cortado antes de darse cuenta de la catástrofe anticonceptiva, lo que la había llevado a encerrarse en el baño, donde estaba sollozando.

Se oyó un portazo. Szacki, que estaba de rodillas realizando su búsqueda, se puso de pie como un rayo y adoptó una expresión llena de empatía. Klara empezó a recoger sus cosas sin decir una palabra y durante un rato Szacki tuvo la esperanza de que no se produjera ninguna conversación.

—He estudiado en Varsovia y en Gotinga, he viajado bastante por el mundo, he vivido en tres capitales. He tenido relaciones con algunos hombres, no lo voy a ocultar. Algunas duraron más, otras menos. Todos ellos tenían la característica común de ser estupendos. Incluso seguían siendo estupendos cuando llegábamos a la conclusión de que quizá lo nuestro no saldría bien. Tú eres el primer capullo de verdad que se cruza en mi camino.

—Klara, por favor, no hace falta recurrir a ese vocabulario —dijo con tranquilidad Szacki, procurando no pensar en otras acepciones de la palabra «capullo»—. Sabes de sobra quién soy: un funcionario público quince años mayor que tú, con un pasado y de vuelta de todo. ¿Qué quieres construir conmigo?

Ella se aproximó y se paró tan cerca de él que casi se tocaban con la nariz. Szacki sintió que tenía unas ganas locas de tirársela.

—Ahora ya nada, pero hasta ayer no estaba segura. Tienes algo que se ha apoderado de mí. Eres inteligente, gracioso, algo misterioso, atractivo de un modo no tan evidente; tienes un tipo de masculinidad que me gusta. Y tus trajes son estupendos, de veras, encantadoramente típicos de un tío impasible —ella sonrió, pero enseguida se puso de nuevo seria—. Eso es lo que vi en ti. Y mientras pensaba que tú también habías visto algo en mí, cada día me entusiasmaba la idea de darte más y más. Pero tú habías visto en mí a una muñequita, un culito de pueblo para follar, una comenabos de provincias. Hasta me extraña que no me hayas llevado nunca al McDonald's. ¿No te habían dicho que es el sitio que más les gusta a las paletas chupapollas?

—Creo que no tienes necesidad de ser tan ordinaria.

—Tú eres el ordinario, Teo. Cada pensamiento tuyo sobre mí es vulgar, ordinario. Eres un capullo y un misógino sexista de lo más burdo. Y un triste funcionarucho de mierda, te lo aseguro, aunque eso vino más tarde.

Esas palabras le otorgaron a Klara la victoria a los puntos, tras lo cual se dio la vuelta bruscamente, fue hasta la cama y soltó encima la toalla que llevaba. Empezó a vestirse con ostentación delante de él. Iban a dar las diez y el sol estaba alto, tan alto como para iluminar perfectamente la majestuosa figura de Klara. Era extraordinariamente bella. Esbelta, con unas curvas de mujer tremendas, ideales, con unos pechos tan jóvenes que, a pesar de sus medidas, se mantenían provocativamente erguidos. Revuelto durante la noche, su largo, espeso y ondulado pelo, que no necesitaba ningún artificio, caía sobre su escote y, a la luz del sol, Szacki vio su delicado vello sobre la piel ameloconada de sus muslos y sus brazos. Se puso la ropa interior sin dejar de mirar a Szacki, a quien el deseo estaba poniendo fuera de sí. ¿De veras hubo algún momento en que no le impresionara ese cuerpazo?

—Date la vuelta —le pidió fríamente.

Se dio la vuelta, obediente, algo cómico en calzoncillos, lo único que cubría su pálido y descuidado cuerpo. Hacía frío; vio que en sus muslos tenía la piel de gallina y comprendió que sin traje o sin toga estaba completamente indefenso, una tortuga sacada de su caparazón. Se sintió ridículo. Oyó un sollozo sordo. Miró por encima del hombro: Klara estaba sentada en la cama con la cabeza agachada.

—¿Y ahora qué les voy a decir a todos? —murmuró—. Les he contado

tantas cosas de ti... Me dijeron que no me emocionara y los mandé al cuerno, qué estúpida.

Él dio unos pasos hacia ella, pero Klara se levantó, inspiró por la nariz, se colgó el bolso del hombro y fue hasta la puerta sin girarse.

—Ah, una cosa más —le dijo dándose la vuelta en el umbral—. Ayer fuiste encantadoramente insistente y deliciosamente descuidado. Y, para decirlo con suavidad, debes saber que era un día muy, muy malo para los descuidos.

Sonrió con tristeza y salió. Su aspecto era bellissimo. A Szacki le vino a la mente una escena de la película de Kieślowski *El aficionado*.

## 2.

La catedral de la Natividad de Nuestra Señora de Sandomierz estaba llena de gente. La multitud de creyentes no tenía más que un corazón y una sola alma, si hemos de creer las palabras de la lectura de los Hechos de los Apóstoles que rebotaban en las paredes de piedra. Pero, como ocurre a menudo en la iglesia, nadie escuchaba, solo miraban absortos en sus pensamientos.

Irena Rojska tenía la vista fija en el obispo Frankowski, sentado en una butaca, y se preguntaba cómo sería el nuevo obispo, porque aquel había ido solo por una temporada. Al anterior lo habían trasladado a Szczecin. Quizá se quedara el propio Frankowski, aunque eso no estaba muy claro porque decían por ahí que salía demasiado en una emisora muy conservadora: Radio Maryja. Igual era cierto. Irena recordaba que Frankowski defendió a los trabajadores en Stalowa Wola durante la época comunista, que había llevado a los huelguistas hasta la iglesia por un túnel secreto y que lo habían acosado las autoridades. No era extraño que les tuviera manía a los de izquierdas y que le doliera ver que en la actualidad eran considerados buenos polacos, tan buenos como aquellos a los que ellos habían metido en la cárcel. ¿Y dónde iba a hablar de todo eso sino en Radio Maryja? Desde luego no en la cadena de televisión TVN.

Finalmente Janusz Rojski apartó su anhelante mirada del banco donde estaba sentada su esposa. La pierna le dolía horrores de estar de pie; notaba el dolor desde la columna, le bajaba desde los riñones hasta los talones. Pero qué iba a hacer, todas las embarazadas y todas las viejas decrépidas de la diócesis habían ido ese día a la catedral y tampoco le parecía bien pedirle a su esposa que le cediera el sitio. Miró hacia arriba, a los cuadros, a un pobre hombre que estaba siendo devorado por un dragón y a otro al que habían empalado tan eficazmente que la punta de la estaca le salía por el omóplato. Esos sí que sufrieron por la fe, así que yo bien puedo aguantar una hora de pie, pensó. Se aburría; quería irse ya a tomarse su café dominical a una

cafetería, sentarse en un lugar cálido y cómodo, charlar. Se echó el aliento en las manos. Otro día de frío intenso, a ver cuándo llegaba por fin la primavera.

Maria Miszczyk no era creyente y, aunque lo fuera, su parroquia se hallaba a doscientos kilómetros de Sandomierz. Pero esa mañana algo la había tentado a ir a la catedral. No podía dejar de pensar en el asunto de Budnik y llevaba en la mano todo el tiempo su móvil silenciado para poder advertir las vibraciones si la llamaban para decirle que lo habían atrapado y se había terminado la pesadilla. Budnik vivía junto a la catedral, esa era su parroquia. Allí estaba colgado el maldito cuadro por culpa del cual su querida ciudad siempre acababa siendo la capital polaca del antisemitismo. La fiscal Miszczyk permanecía de pie en la nave izquierda, entre la gente; notaba clavada en ella la mirada de Juan Pablo II, cuyo retrato decoraba la tela que cubría el dichoso cuadro. Y se preguntó si el pontífice sentiría fijas en él las miradas de los judíos que estaban desangrando a los niños cristianos y que metían bebés en el barril con clavos. Y qué tendría que decir sobre ese tema.

Nadie lo sabía, pero la fiscal Miszczyk, que no era creyente, había sido en su momento muy creyente, tan creyente que, antes de entrar en la facultad de Derecho, había estudiado en la Universidad Católica de Lublin, y quería saber todo lo posible sobre su Dios y su religión. Pero cuanto más sabía, menos creía. Ahora escuchaba junto al resto de las personas el salmo 118, escuchaba lo de dar las gracias al Señor, porque Él era bueno, porque su misericordia era eterna. Y recordaba cuánto le gustaba hasta que se enteró de que en la liturgia católica habían quedado solo unos cuantos versos de ese salmo, pero que el texto completo hablaba de la ayuda divina en las batallas y en las venganzas, y de borrar de la faz de la Tierra a otras naciones en nombre del Señor. «La diestra de Dios es poderosa, la diestra de Dios hace proezas.» Esbozó una débil sonrisa. Qué extraño era aquello: los fieles católicos estaban en una iglesia donde había un cuadrocho contra los judíos y alababan con fervor a su Dios mediante la letra de un salmo que, en realidad, daba gracias por la victoria de Israel sobre sus vecinos. Sí, el conocimiento era el asesino más agresivo de la fe y a veces ella lamentaba haberlo adquirido. Para finalizar, cantó el estribillo con los demás: «Dad gracias al Señor por su misericordia».

Maria Miszczyk, desalentada tras reflexionar sobre la religión, sobre la pérdida de su fe y de todo lo que alguna vez hubo en su vida y que había dejado un hueco vacío en ella, fue una de las primeras personas en salir de la

iglesia. Se subió a su coche y se marchó rápidamente. Precisamente por eso el fiscal Teodor Szacki se presentó antes que ella en el lugar del crimen.

### 3.

Parecía que Janusz Rojski quería recuperar el tiempo perdido durante la hora y pico —sin contar las aclamaciones— que había estado en silencio y por eso, nada más salir de la catedral, empezó a hablar y ya no se calló ni un momento. La señora Rojska pensó que en la cafetería le pondría un periódico entre las manos y quizá eso le haría callar.

—¿Crees que de verdad anduvo hurgándole?

—¿Qué? ¿Quién? ¿A qué te refieres?

—Santo Tomás a Jesús. ¿Es que no has escuchado la lectura?

—Por Dios, Janusz, ¿cómo quieres que lo sepa? Si el evangelio lo dice, pues así sería.

—Es que he estado pensando que es un poco asqueroso. En las manos, bueno, era meter un dedo, pero en la tripa tuvo que meter la mano entera. ¿Crees que estaría vacía o que palpó algo? El páncreas, por ejemplo, o el bazo. ¿Después de resucitar se sigue teniendo páncreas?

—Si uno muere a la edad de treinta y tres años, entonces no. Hasta que no pasas de los cincuenta no te enteras de que tienes órganos interiores. ¿Qué tal tu pierna?

—Mejor —mintió.

—Perdona por no dejarte el sitio, he visto que te dolía, pero es que tenía unas palpitaciones terribles...

La respuesta del señor Rojski fue abrazar a su mujer y darle un beso en su boina de lana.

—Ya no sé qué hacer con esto, de verdad. Quizá tendría que decidir de una vez si me quiero operar.

—¿Para qué dejarse abrir sin necesidad? El doctor Fibich dijo que no era grave, aunque sí molesto. Y aunque te abran, no se sabe si se te va a pasar; igual es algo del sistema nervioso.

—Lo sé, lo sé, vamos a cambiar de tema. ¿Recuerdas cómo nos reíamos de que la gente mayor solo sabe hablar de enfermedades y dolores? Pues ahora

nosotros hacemos lo mismo. A veces me aburro a mí misma.

—Ah, pues yo no.

La señora Rojska miró a su marido de reojo para ver si bromeaba, pero no, lo había dicho de corazón. Ella no comentó nada para no darle un disgusto. En lugar de eso le cogió de la mano porque tenía frío. Se preguntó si sería por la edad o porque ese año la primavera llegaba con poca fuerza. Estaban a finales de abril y los pequeños manzanos del jardín de la catedral seguían sin dar flores; si la cosa no cambiaba, el lilo que tenían ellos iba a florecer en julio. Se encontraban entre la catedral y el castillo, junto al monumento a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, que parecía el anuncio de un dominó. Por la mañana habían hablado de dar un paseo a la orilla del Vístula al salir de misa, pero prefirieron ir a la plaza Mayor, así que subieron por la calle Zamkowa; ni siquiera necesitaban discutir a qué cafetería, porque siempre elegían Mała. Quizá fuera un poco más cara, pero también era diferente, más bonita. Y espolvoreaban la espuma del café con azúcar. Una vez la señora Rojska se planteó durante un buen rato si ir a confesarse por haber pensado durante toda la misa que a ver si se acababa aquel suplicio para poder ir a por su ración dominical de espuma dulce.

—¿De veras hablamos todo el tiempo de enfermedades? —el señor Rojski conectó otra vez su narración—. Yo creo que no, ha sido el santo ese el que me ha puesto de este humor. No se me va de la cabeza su imagen mientras hurgaba en las heridas de Jesús. O quizá por culpa de esos cuadros, qué sé yo. No me gusta quedarme junto a abril, es donde están las peores torturas; el empalado siempre me llama la atención, además hay algo que gotea por la estaca...

—¡Janusz! —Irena Rojska se detuvo—. Deja ya de hablar de atrocidades.

Como para resaltar su indignación, un cuervo entre negro y azul marino se posó justo al lado de ella, sobre el muro que rodeaba una mansión abandonada y medio en ruinas; un pájaro enorme que se quedó mirando a los ancianos con la cabeza inclinada a un lado. Estos se llevaron un gran susto, lo tenían al alcance de la mano. El ave debió de comprender que había cometido una descortesía, porque rápidamente saltó al otro lado del muro. La señora Rojska se santiguó, ante lo cual su marido hizo un gesto significativo girando la mano con el dedo índice apoyado en la sien. Continuaron su paseo sin decir palabra y entonces volvió el cuervo. Esta vez se posó en el suelo junto a ellos, pasó a su lado dando saltitos y se metió por la puerta del jardín de la

casa abandonada. Se comportaba como un perro que quiere enseñar algo a su dueño.

La señora Rojska se sintió intranquila y aceleró el paso; en cambio su marido, cuya vista envejecía más lentamente que la de ella, no se movió del sitio, con la mirada fija en las baldosas de granito de la acera. El pájaro había dejado tras de sí unas peculiares huellas triples, como si antes hubiera empapado adrede sus garras en pintura oscura.

—¿Vienes o no?

—Espera, creo que ha ocurrido algo.

Se oyó un aleteo; sobre el muro desportillado ya había unos cuantos cuervos posados. Como hipnotizado, el señor Rojski pasó por encima de un tablón con un letrero que avisaba de la posibilidad de que el edificio se derrumbara y entró en el jardín, que estaba lleno de vegetación y matorrales. En medio había una mansión de dos plantas, parcialmente cubierta de malas hierbas; llevaba décadas estropeándose y poseía ya ese aspecto fantasmal típico de los edificios abandonados. Las paredes habían cogido un tono verde, el tejado estaba en parte derruido, las ventanas parecían cuencas de ojos vacías: el aspecto general era el del rostro de un demonio acuático que había asomado un momento entre las lentejas de agua para atrapar a una nueva víctima.

—¡¿Pero es que te has vuelto completamente loco?! ¡Janusz!

Rojski no contestó y avanzó despacio apartando las ramas grises de los arbustos. Le dolía muchísimo la pierna, la tenía como muerta; lo único que podía hacer era arrastrarla. El jardín estaba lleno de cuervos. No volaban, no graznaban, solo andaban en silencio y miraban expectantes. Las ventanas vacías de la mansión le traían a la mente a los mártires torturados de la catedral, sus ojos consumidos, los gestos de sufrimiento, las bocas abiertas para gritar. Detrás de él Irena Rojska le estaba montando un escándalo. Trataba de asustarlo diciendo que de nuevo tenía palpitaciones y lo amenazaba con no volver a preparar rollos de carne si no regresaba inmediatamente. La escuchó, lo comprendió, pero no pudo detenerse. Entró en el interior de la mansión. Las tablas podridas no chirriaban, sino que más bien emitían unos desagradables chapoteos.

Su vista se habituó a la penumbra tras unos momentos. Las ventanas no eran muy grandes y estaban en parte tapadas con tablones. A pesar de que brillaba el sol no entraba mucha luz, al menos en la planta baja, porque del

piso superior llegaba un resplandor y hacia allí dirigió sus pasos Rojski. Los cuervos se quedaron en el exterior; uno de ellos, el más grande, se plantó en el umbral, cortando el camino de vuelta. El anciano señor se paró a los pies de las escaleras y pensó que aquello no era una buena idea; se habían conservado pocos escalones y los que había no inspiraban mucha confianza. Aunque hubiera sido un gato excepcionalmente ligero y excepcionalmente valiente, lo mejor que podía hacer era marcharse de allí. A pesar de lo cual empezó a subir, sin dejar de reprocharse mentalmente por ser un viejo estúpido. Se decía que hacía mucho que había pasado la época en que, después de cada aventura, una vez repuesto podía decir: «Tranquilo, siempre sales entero».

El pasamanos resbalaba por la humedad y el moho, no había manera de agarrarse a él con la mano desnuda, así que usó la bufanda como guante. El primer escalón se rompió en cuanto puso el pie encima, por suerte estaba preparado para ello. El segundo era sólido, igual que el tercero; hasta el octavo la cosa fue más o menos bien, aunque por si acaso pasó por encima del séptimo, que se veía sospechosamente abombado. De ahí en adelante fue peor. No había ni noveno, ni undécimo, ni duodécimo. En cuanto al décimo, en fin, ya había llegado demasiado lejos como para andarse con tonterías, así que se subió a él y levantó rápidamente la pierna dolorida. El escalón lanzó un gemido de advertencia y crujió; empezó a inclinarse ligeramente y Rojski notó que se deslizaba por la madera podrida. Temiendo una caída, saltó por encima del agujero con bastante rapidez para su edad; en ese momento debería haberse tranquilizado, pero el suelo del piso se encontraba a la altura de sus ojos y esa fue su perdición. Quiso cruzar la línea de meta cuanto antes y superó con celeridad otros dos escalones, pero le falló la pierna mala, perdió el equilibrio y, temiendo precipitarse al vacío, se lanzó hacia una franja de luz de sol que entraba por un agujero del techo y por un enorme ventanal. Algo crujió y por desgracia no se trataba de una tabla. El dolor de la muñeca rota se extendió por el cuerpo de Rojski como una ola ardiente y nauseabunda. Se puso boca arriba quejándose. El sol lo cegó por completo. Involuntariamente se cubrió los ojos con la mano rota y notó un dolor desgarrador; era una sensación horrible, como si le arrancaran con unas tenazas los huesos de la muñeca. Dio un grito y pegó la mano contra el pecho; respiraba de manera rápida y brusca por la boca, con los dientes apretados. Se sintió sin fuerzas, y bajo los párpados cerrados el fulgor del sol

luchaba con las manchas escarlatas por ocupar el sitio. A pesar de todo consiguió ponerse a cuatro patas y abrir los ojos. Lo primero que vio fue un grupo de setas pequeñas que crecían en una grieta del suelo rojo. La imagen resultaba tan absurda que tuvo que sonreír. Viejo estúpido, ¿para qué se había arrastrado hasta allí? ¿Y cómo iba a bajar? Los bomberos tendrían que rescatarlo como a un gato en un árbol.

Un trozo de tela metálica le golpeó delicadamente en la espalda. Rojski calmó su respiración y se levantó, golpeándose la cabeza contra un trozo de techo que pendía. Soltó un taco y se dio la vuelta, y así pudo comprobar que por desgracia ni la tela metálica era tela metálica, ni el trozo de techo era un trozo de techo. Había un cadáver colgado de un gancho sujeto al techo como si fuera una res muerta; el tronco permanecía encerrado en un barril reforzado, tachonado con clavos largos. Por encima del barril el cuerpo estaba blanco como la cal; por debajo, cubierto por una capa de sangre reseca. El sol se reflejaba alegremente en aquel barniz carmesí. Sobre la cabellera pelirroja del cadáver se había posado un cuervo y miraba con un ojo a Rojski. Picoteaba sin mucha convicción una tirita que colgaba tristemente de la frente del finado.

Rojski cerró los ojos. La imagen desapareció, pero quedó impresa para siempre bajo sus párpados.

## 4.

Se pregunta si ya habrán encontrado el cadáver. No es que tenga la menor importancia, simplemente se lo pregunta. Que lo encuentren hoy o lo hagan dentro de una semana —algo poco probable— carece de relevancia. Enciende el televisor, pone un canal de noticias y baja el volumen. Palikot se está bebiendo una botellita de whisky, Edelman deposita flores junto al Monumento a los Héroes del Gueto. Las mismas dos imágenes aparecen alternativamente. Si encuentran el cadáver, todo aquello pasará a un segundo plano.

## 5.

El fiscal Teodor Szacki llegó al lugar antes que Wilczur; subió por una escalerilla hasta el primer piso después de que lo hicieran los policías. La noticia se difundió con rapidez, en la calle Zamkowa había ya una multitud y seguía llegando gente desde todas partes. Tras él subió torpe y pesadamente el Mariscal, aquel policía gordo de enorme bigote. Antes de que a Szacki le diera tiempo a dar alguna orden, al Mariscal le entraron arcadas; luchó con ellas un momento y después se llenó de vómito a sí mismo y a su bigote. Increíble, pensó Szacki, aunque en el fondo no se lo reprochaba. La imagen era terrible, lo peor que había visto en su carrera. Cadáveres en descomposición, ahogados, gente abrasada en incendios, víctimas de peleas o de asesinatos entre borrachos, con el cráneo abierto; todo eso palidecía ante el cuerpo de Grzegorz Budnik colgado del techo, hasta muy poco antes en busca y captura como único sospechoso del asesinato de su esposa.

Szacki observó aquella imagen surrealista en su propio horror. Su cerebro, atacado por un exceso de estímulos, procesaba la información con cierta dificultad, como a menos revoluciones de lo normal. ¿Qué era lo que más le llamaba la atención?

El barril, sin duda; un espantoso elemento de atrezo que otorgaba a la escena rasgos de irrealidad teatral, haciendo que una parte de Szacki esperara que en cualquier momento sonaran los aplausos, el cadáver abriera los ojos y sonriera al público.

El rostro del muerto también atraía su mirada. Szacki aprendió en un curso de criminalística que el cerebro humano está programado para reconocer los rostros, para identificar los matices de su expresión, las emociones que se dibujan en ellos, cualquier cambio que informe de si ante una persona dada hay que sonreír o si más bien hay que salir corriendo. Esa es la razón por la que a veces vemos a la Virgen María en un cristal o una mueca fantasmal en el tronco de un árbol: es el cerebro, que busca sin descanso en todas partes rostros humanos, trata de distinguirlos, de clasificarlos en conocidos y

desconocidos, de reconocer sus emociones. El cerebro de Szacki estaba sufriendo por la contemplación del rostro de Budnik. Los rasgos particulares del presidente del pleno municipal —flaqueza enfermiza, ojos hundidos, cabellos y barba pelirrojos, la desafortunada herida de la frente— habían quedado desfigurados por el gancho que penetraba por la barbilla y salía por un moflete. Los músculos masacrados le daban al rostro un aspecto extraño, inquietante, como si Budnik se hubiera asomado un momento al infierno y lo que había visto allí lo hubiera transformado para siempre. Szacki pensó que, dependiendo del grado de sadismo del asesino, quizá esa metáfora no estuviera alejada de la verdad.

Sin embargo, lo peor eran los colores, extraídos despiadadamente por el sol, que en esa época del año ya era bastante intenso. El cuerpo de Budnik, blanquísimo en su parte superior, desprovisto de sangre como el cuerpo de su esposa unos días antes, tenía en cambio un color rojo brillante en su parte inferior. El conjunto parecía una perversa instalación de arte moderno, la opinión de un artista iconoclasta acerca de la Polonia actual. Mirad, el blanco y el rojo, estos son vuestros colores nacionales. El cadáver desnudo de un polaco, asesinado por una leyenda que se inventaron sus antepasados para poder matar a otros impunemente.

El suelo entero también estaba cubierto de sangre mezclada con suciedad; el charco seco de color marrón tenía tres metros de diámetro y el punto central se hallaba exactamente bajo los nudosos pies de Budnik. La parte que había junto a las escaleras se veía emborronada, seguramente a causa de la persona que había encontrado el cadáver.

—¿Lo descolgamos? —preguntó el Mariscal cuando se recuperó.

Szacki negó con la cabeza.

—Primero las fotos, los técnicos tienen que recoger todas las huellas. En esta ocasión el cadáver está en el lugar donde se ha cometido el crimen, ha tenido que quedar algo.

Con precaución, cuidando de no pisar las tablas del suelo más carcomidas, el fiscal fue hasta el centro de la habitación. Tal y como le había parecido advertir, en la orilla del charco redondo, en el canto de la moneda, como si dijéramos, se veía un mensaje escrito probablemente con un dedo. Empezó a rezar mentalmente para que fuera un dedo sin guante y para que el loco que lo hubiera hecho estuviera fichado. Se inclinó sobre el charco y leyó. Por piedad, eso no, pensó. Por piedad, que no sea un loco que ha visto series

americanas hasta hartarse y ahora juega con nosotros al ratón y al gato. En el borde del charco, marcadas en la sangre coagulada, se distinguían las letras KWP y justo después tres números de seis cifras: 241921, 212225, 191621. A Szacki no le decían nada; por si acaso, hizo una foto con el móvil.

Se obligó a mirar hacia arriba, a la cara de Budnik. Transformado hasta resultar irreconocible, el hombre parecía aún más demacrado que un par de días antes en el despacho del fiscal. La muerte lo había despojado de los restos de ese aspecto de ágil depredador. Lo peor era la tirita, que ya resultaba patética cuando estaba bien pegada a la frente y que ahora colgaba tristemente, dejando al descubierto una herida apenas cicatrizada, la guinda de una humillación póstuma.

Basia Sobieraj y Maria Miszczyk llegaron a la vez al lugar y para entonces ya habían descolgado el cadáver y lo habían cubierto con un plástico negro. Szacki tenía puestos unos guantes desechables e inspeccionaba la billetera del muerto. Wilczur estaba apoyado en el marco vacío de una ventana y fumaba.

Sobieraj echó un vistazo a la estancia y estalló en llanto. Cuando Szacki se acercó a consolarla y le puso la mano sobre el hombro en un gesto amigable, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza. Él notó cómo los sollozos sacudían el cuerpo de la fiscal. Por encima del hombro de su compañera observó a Miszczyk con la esperanza de que no se desmayara al ver el cadáver, en primer lugar porque no quería tener que coger al vuelo su cuerpo de cien kilos de peso, y en segundo lugar porque temía que atravesara el suelo carcomido. Sin embargo, en el rostro de su bien dotada jefa no tembló ni uno solo de sus maternas músculos; recorrió el sitio con la mirada y luego la detuvo en Szacki. Levantó una ceja con gesto interrogativo.

—La autopsia será hoy mismo; también se inspeccionará el lugar del crimen y se harán los análisis para determinar si en esta sangre hay restos de la de Ela —contestó él a aquella pregunta muda—. Prepararemos cuanto antes una nueva hipótesis de investigación y presentaremos un plan de acción. Por desgracia parece obra de un perturbado. Necesitaremos un perfil psicológico y revisar las bases de datos en busca de delitos con motivos religiosos. Mañana al mediodía podemos dar una rueda de prensa.

—¿Y qué les vamos a decir?

—La verdad. ¿Qué otra salida nos queda? Si es un perturbado, quizá el ruido nos ayude. A lo mejor alardea delante de alguien, a lo mejor dice por

casualidad algo que lo delate.

—¿Quiere que venga la familia a identificarlo?

Szacki dijo que no, que no tenía sentido hacer pasar por esa pesadilla a otros. En su documentación estaban todos los datos necesarios.

—¿Le dicen algo las siglas KWP?

—Komenda Wojewódzka Policji, la Comisaría Regional de la Policía.  
¿Por qué?

## 6.

El fiscal Teodor Szacki no soportaba el caos, la sensación de estar perdido en los acontecimientos y en su valoración de los mismos, la sensación de no poder concentrar la mente en un rastro, perder la secuencia lógica, saltar de un pensamiento a otro desorientado y en vano. Los resultados se obtenían al desarrollar una idea a partir de la anterior, engranar unas con otras, crear mecanismos lógicos complejos y precisos que al final producían una solución bella y estética. Esta vez no había manera de seguir ese procedimiento; los pensamientos corrían sin control en su cabeza como una multitud de niños pequeños en el patio del colegio. La muerte del señor Budnik había desmontado todas las suposiciones anteriores, con las que ya se había familiarizado. En cierto modo, desde el primer momento de la investigación en el fondo estuvo convencido de que el culpable de la muerte de Ela Budnik era su marido y eso le daba tranquilidad, le permitía buscar pruebas. Nunca antes le había fallado la intuición de esa manera.

¡Dios, se sentía furioso! Golpeó con rabia una lata que había tirada en la calle, y la preciosidad embarazada que iba por la otra acera lo miró con reproche. Embarazada, por supuesto, una belleza, por supuesto, como a mala idea. Estaba cansado porque cada vez que trataba de unir un pensamiento con otro aparecía Klara, desordenaba el puzle y se metía a la fuerza en su conciencia. ¿Qué pasaría si estuviera embarazada? Quizá sería mejor. La noche anterior había resultado magnífica, tal vez eso significara que iba a sentar la cabeza al lado de una esposa joven y bella. Pero ¿y si simplemente se había dejado llevar por la atmósfera del momento? ¿Y si realmente era una estúpida muñeca de plástico por la que nunca se había sentido atraído y que por algún milagro había conseguido una vez causarle una impresión positiva? ¿Librarse de ella había sido una decisión acertada? ¿Le daría ella una segunda oportunidad estando embarazada? O quizá fuera al contrario: se convertiría en una bruja de exigencias desorbitadas que le sacaría el dinero a cubos como si sacara agua de un pozo. Pero, si no estaba embarazada, ¿debería él

alegrarse o lamentarlo?

Pensó que un largo paseo desde el hospital hasta la fiscalía lo calmaría, que el aire fresco le ayudaría a concentrarse. Pero fue aún peor. Caminó por la calle Mickiewicz hasta la calle Koseły; poco después estaría en el despacho de Miszczyk y le presentaría el plan de investigación. ¡El plan de investigación! Se rio en voz alta. Menuda broma, el plan de investigación.

Delante de las escaleras de la fiscalía había un grupo de periodistas. Alguien dijo algo y todos fueron hacia Szacki. Desde que pusieron por televisión su intercambio de palabras con la pesada aquella del niqui verde, su rostro se había hecho conocido. Se enderezó, se puso una máscara de piedra en la cara.

—¿Algún comentario, señor fiscal?

—Mañana habrá una rueda de prensa, les informaremos de todo.

—¿Se trata de un asesino en serie?

—Mañana. Hoy solo podría ofrecerles rumores, mañana tendremos datos concretos.

—Los rumores nos valen.

—No les valen.

—Han matado al sospechoso del anterior asesinato. ¿Significa eso que la investigación está en un punto muerto?

—De ninguna manera.

—¿Habría que cerrar los colegios?

Szacki se quedó a cuadros. Avanzaba poco a poco hacia la entrada entre los periodistas, pero la pregunta era tan estúpida que se detuvo.

—¿Por qué los colegios?

—Para proteger a los niños.

—Perdón, pero ¿de qué?

—Del ritual de la sangre.

—¿Se ha vuelto loco?

El fiscal Teodor Szacki tenía la sensación de haber entreabierto la puerta de una realidad alternativa. Una realidad que en su opinión pertenecía al pasado y estaba olvidada, oculta bajo los cadáveres de antiguos demonios. Aunque al parecer bastaba con echar un vistazo por una rendija para descubrir que no había muerto ningún demonio, que solo se habían ido a dormir, y que encima era una siesta muy ligera. Y ahora todos meneaban alegres sus rabos demoníacos al comprobar que podían salir por la puerta

entreabierto de Sandomierz y jugar con el fiscal Szacki. Increíble. Los estereotipos que sustituían el pensamiento debían de estar grabados profundamente en la conciencia nacional para que, sesenta y cinco años después del Holocausto, sesenta y tres después del último pogromo y cuarenta después de que en 1968 se echara a los últimos supervivientes judíos, llegara ahora un pirado, que por su aspecto habría nacido en los años setenta, y se creyera lo del ritual de la sangre.

—No me he vuelto loco y no bromeo —continuó diciendo el tipo, que con su figura menuda y su pelo negro rizado le recordaba a Szacki a los judíos de las caricaturas. Llevaba puesto un jersey ligero—. Y no comprendo por qué no tenemos el valor de cuestionarnos en alto si por un casual no han vuelto a Polonia los asesinatos rituales. Yo no digo que así sea, solo pregunto.

Szacki esperó a ver si alguien le hacía el favor de mandar callar a aquel payaso, pero nadie estaba por la labor; las cámaras y los micrófonos esperaban a ver qué hacía él.

—Está usted loco. Lo del asesinato ritual no es más que una leyenda antisemita.

—En toda leyenda hay una mitad de verdad. Le recuerdo que muchos judíos fueron condenados en juicios legítimos por el rapto y asesinato de niños.

—Igual que muchas brujas. ¿Cree usted que las brujas también han vuelto a Polonia? ¿Que follan con el diablo, extraen jugos de gatos negros y traman cómo destronar a Cristo Rey?

Los periodistas reunidos soltaron una adolorada carcajada. El loco no tenía ni bloc de notas ni dictáfono y Szacki comprendió que, aparte de periodistas, también había allí entusiastas de todo tipo de conspiraciones.

—La corrección política no cambia los hechos, señor fiscal. Y los hechos son que hay dos personas muertas según un antiguo ritual judío, el de la sangre, practicado desde hace siglos en muchos lugares del mundo. Puede usted maldecir la realidad, pero sigue teniendo dos cuerpos en el depósito. Y un rito judío cuya existencia queda por encima de toda duda. Existen documentos, existen declaraciones de testigos, y no hablamos aquí de historias medievales, en el siglo xx aún hubo tribunales independientes que confirmaron la existencia de tales prácticas.

—Y no nos olvidemos de Piasecki —añadió un hombre ya talludito que estaba más atrás, con un sombrero y una gabardina que le daban el aspecto de

un reportero americano de los años cincuenta.

—Muy bien dicho —se animó el tipejo de pelo moreno—. Un terrible crimen judío que todavía no ha sido aclarado. Lo que más despreciable lo hace es que la víctima fuera el inocente hijo de Piasecki. Sabían que para él sería peor que perder la vida.

—¿Cómo sabe que es un crimen judío si no está aclarado? —preguntó Szacki por un impulso.

—Perdón, pero si pudieran ustedes explicar... —uno de los gacetilleros se sentía algo perdido.

—Bolesław Piasecki —empezó a contar rápidamente el tipejo moreno—, busque información. Un gran polaco, formó parte del movimiento nacionalista antes de la guerra y tras ella fue presidente de la organización católica PAX...

—Un antisemita y un acosador de judíos —murmuró uno de los cámaras sin apartar el ojo del visor.

El tipejo empezó a contar cosas de Piasecki y Szacki pensó que, tras cuarenta años sin creer en milagros ni en prodigios, le iba a tocar creer en la memoria genética. ¿De qué coño iban todos? Cuando no son los cuadros de la catedral es la segregación de judíos en las aulas; cuando no es la segregación, son los pogromos; cuando no son los pogromos, es Piasecki; cuando no es Piasecki, es el año 1968; cuando no sea 1968 —Szacki detuvo un momento su enumeración mental—, pues seguramente le tocará el turno a Michnik y a Balcerowicz, no puede ser de otro modo. Se apostó consigo mismo una botella de buen vino a que antes de cinco minutos los perseguidores de mafias judías sacarían a relucir el nombre de Michnik.

—... en el 57 los judíos de los servicios secretos comunistas raptaron y asesinaron a su hijo. El señor fiscal se extraña de que el caso no fuera esclarecido. Oficialmente no, por supuesto; oficialmente ningún crimen comunista está esclarecido. ¿Significa eso que el padre Popiełuszko[14] está vivo y goza de buena salud? ¿O que en la mina de carbón Wujek no le pasó nada a nadie[15]? Quizá el asesinato del joven Piasecki no esté esclarecido, pero da la casualidad de que los apellidos que salieron a la luz durante la investigación pertenecían a agentes secretos de procedencia judía. También quisiera recordar que en la tradición polaca no existe la costumbre de matar a niños para castigar a sus padres.

—En ninguna cultura existe esa tradición —gruñó Szacki; la cortina roja

que tan bien conocía empezaba a caer ante sus ojos. Odiaba la estupidez, que consideraba como el único rasgo personal verdaderamente pernicioso, peor que el odio—. No cuente tonterías, por favor. ¿No sabe que existen leyes que lo castigan?

—No me va a provocar con tales comentarios —dijo el otro mientras hinchaba orgulloso su escuchimizado pecho bajo el jersey—. Sé que a las autoridades les gusta que solo una forma de pensar sea la correcta. Y en estos momentos la forma de pensar que se considera atinada es la del señor Szechter y la del señor Lewertow, a quien, entre comillas, Dios tenga en su gloria. Pero por fortuna hoy en día se puede decir la verdad. Si el ritual de la sangre vuelve y si la sangre polaca penetra en la tierra de Sandomierz, se puede decir la verdad. Y si a alguien no le gusta que los polacos estén siendo relegados al papel de minoría en su propio país, se puede decir.

Szacki se sentía cansado. Muy, muy cansado. Tanto que ni siquiera le apetecía ponerse a pensar qué vino había ganado. Contestó solo por costumbre, por un hábito paternal de muchos años que le hacía explicar cosas evidentes y repetir que no, el Sol no gira alrededor de la Tierra, y no, querido niño, no puedes tener tu propia opinión sobre este tema.

—Gracias, entre otros, a los señores Michnik y Geremek[16] puede hoy en día decir usted lo que quiera. Por desgracia.

El tipejo se puso colorado.

—Vaya, veo que el señor fiscal sabe por dónde van los tiros.

El señor fiscal se sintió sucio por la simpatía del pirado. Notó que se hundía. Que se hundía en el río de la puta xenofobia polaca, que fluía sin parar bajo la superficie, independientemente del momento histórico, esperando su oportunidad para salir a flote e inundar los alrededores. Un Vístula mental, aguas residuales llenas de supersticiones y prejuicios, peligrosas y sin canalizar, igualito que en esa canción que se canta en los banquetes sobre el Vístula cruzando las tierras polacas: «La nación polaca tiene tal carisma, que una vez la amas ya jamás la olvidas». Carisma, hay que joderse con el carisma, todo patriotas con hobbies, coleccionistas de desprecio.

Szacki se estaba hartando cada vez más y el otro lo miraba con la sonrisa simpática de alguien que ha encontrado a un hermano perdido. Cuanto más sonreía, más se hartaba Szacki, hasta que al final estalló de ira y soltó unas palabras de las cuales se arrepintió antes incluso de que atravesaran su

garganta. Pero ya era demasiado tarde para retenerlas.

—Sí, claro, sé que sus tiros vienen a decir que Michnik, Geremek y su banda de judíos vendieron Polonia y que en la Mesa Redonda<sup>[17]</sup> lo que se hizo en realidad fue celebrar la Janucá. Escuche bien porque no se lo voy a repetir: soy funcionario de la República de Polonia y lo único que ahora mismo me interesa es encontrar y poner ante el tribunal al autor de esos crímenes. Me da igual si es Karol Wojtyła redivivo, Ahmed el de los kebabs o algún judío tan delgado como usted que se dedica a preparar matzá en un sótano. Sea quien sea, lo agarraremos de sus patillas piojosas y lo sacaremos a rastras de la madriguera húmeda en la que se ha escondido, para que pague por lo que ha hecho. Se lo garantizo a todos ustedes.

El tipejo se quedó pálido. Szacki ya no lo vio porque se giró cabreado y entró en el edificio de la fiscalía notando que las manos se le ponían rígidas por el enfado. La puerta se cerró con gran estruendo. No sabía que en las tomas realizadas por las cámaras que lo enfocaban la escena parecía calcada a la famosa secuencia de *El aficionado* que había recordado por la mañana.

## 7.

—¿Un bocadito de nata?

Maria Mischczyk le acercó una bandeja de plata sobre la que había bocaditos primorosamente colocados en forma de pirámide.

Szacki estuvo tentado de decir que a tomar por culo los putos bocaditos, pero tenían un aspecto tan apetitoso que cogió uno y se lo metió en la boca. Y después otro, los pastelitos eran indecente e increíblemente deliciosos. Teniendo en cuenta el hecho de que en Sandomierz no había ni un solo lugar donde comprar buenos dulces, a excepción de las cajas de bombones de la gasolinera, y que desde hacía varias semanas Szacki se sentía como un drogadicto en una cura de desintoxicación, le entraron ganas de saltar de felicidad y gritar: «¡Aleluya!».

—Muy ricos —fue todo lo que dijo.

Mischczyk sonrió con afecto, como si supiera perfectamente que los bocaditos eran perfectos, pero comprendiera que para Szacki no era el momento adecuado para realizar ostentosas alabanzas. Lo miró con gesto interrogativo.

—La buena noticia es que tenemos más cosas, muchas más —Szacki comenzó a exponer los avances logrados—: Sabemos que Elżbieta Budnik fue asesinada en ese mismo edificio, allí hay mucha sangre suya. Tenemos también material para análisis dactiloscópicos y de huellas de pisadas; menos suerte hemos tenido con los restos biológicos y de ADN. El edificio está asqueroso, a punto de venirse abajo y habitado desde hace años por los más variados animales. Por ese lado no vamos a obtener nada. Por esa misma razón no se han conseguido muestras de olor. La policía ha empezado a cotejar las huellas con las de la base de datos; de momento no hay nada.

—¿Un hombre?

—No podemos asegurarlo en base a los dibujos papilares. La huella de la zapatilla deportiva es del número treinta y nueve y medio, tampoco nos dice nada.

—Pero es necesaria mucha fuerza para subir a alguien a un primer piso.

—No necesariamente —Szacki extendió ante su jefa unas fotografías realizadas en el lugar del crimen—. Solo se conserva una parte del suelo entre ambas plantas; en la zona donde no hay hemos descubierto un sistema de poleas. Teniendo en cuenta las huellas dejadas en la suciedad es casi seguro que se usaron las poleas para subir a las víctimas. La señora Budnik y su marido eran de complexión menuda, lo pudo hacer una mujer. No una enclenque, desde luego, pero en general existe la posibilidad.

—¿Cuál fue la causa directa de la muerte? —Miszczyk hizo la pregunta y cogió un bocadito, pero lo mordió con demasiada rapidez y la nata surgió en su labio inferior en forma de flor de algodón. La fiscal se lamió los labios muy despacio y con mucho esmero; el movimiento fue tan sensual que Szacki se excitó, aunque hasta entonces nunca había pensado en su maternal jefa en términos sexuales. De repente vio cómo ella lo montaba salvajemente, cómo los pliegues de su generoso cuerpo chocaban entre sí con alegría, cómo sus pechos se bamboleaban hacia todos los lados, saltaban y rebotaban como cachorros de perro jugueteando como locos—. La causa de la muerte, señor fiscal.

—Murió desangrado. Anteriormente le habían inyectado un tranquilizante muy fuerte, Trankiloxil.

—¿Qué aspecto... —Miszczyk vaciló—, qué aspecto tenía, ya sabe, dentro del barril?

—Mejor de lo que había imaginado —replicó Szacki sin faltar a la verdad—. Budnik se desangró por los cortes efectuados en las arterias de la ingle; lo del barril lo hicieron por diversión y para causar un efecto concreto, con un decorado teatral. Naturalmente, los clavos le hirieron y le arañaron en muchos sitios, pero no provocaron la muerte.

—¿Y los números garabateados en la sangre?

—Esta tarde me encargaré de eso con Basia.

Si a Miszczyk le sorprendió que dijera «Basia» con tanto afecto, no dejó que se le notara.

—Bien, ahora cuénteme las malas noticias. Pero antes un bocadito para levantar el ánimo.

Szacki no se hizo de rogar y cogió uno. El bocadito era ideal. La nata montada —recién preparada, fresca, ligeramente ácida— se deshacía en la boca y se mezclaba con la masa, que olía a huevo y cubría las papilas

gustativas de una manera extática; el bocadito de Mischczyk era una auténtica obra de arte, el ideal platónico de todos los bocaditos.

—En primer lugar, desangraron a nuestro sospechoso de forma que el resultado fuera como una bandera polaca, blanco arriba y rojo abajo, a mayor gloria de la leyenda antisemita sobre la sangre. Dentro de muy poco la histeria de los medios será incontrolable y seguro que van a venir de todo el mundo tanto locos fascistas y buscadores de complots judíos como fanáticos defensores de la corrección política. Hace un rato he tenido una muestra ahí abajo.

Se comió otro bocadito, había decidido ir separando las malas noticias de ese modo.

—En segundo lugar, era nuestro único sospechoso. No sabemos de nadie que tuviera motivos para matar al matrimonio Budnik. Por un momento he pensado en la posibilidad de que Budnik matara a su esposa y después, en venganza, fuera asesinado por el amante, Jerzy Szyller. Pero resulta algo improbable. Szyller no tendría ningún motivo para repetir el modus operandi de Budnik. Me parecería más creíble que Szyller los hubiera asesinado a ambos. Entre esos tres ocurría algo extraño y poco limpio.

—Y en la actualidad el señor Szyller...

—Sigue en libertad, aunque bajo permanente vigilancia policial —Szacki notó la dura mirada de su jefa y añadió que esta vez «vigilancia» significaba que para desaparecer tendría que evaporarse o salir por las cañerías.

Otro bocadito.

—En tercer lugar, no sabemos cómo llegó la víctima al lugar del crimen. Estamos seguros de que en la propiedad no entró ningún vehículo; tampoco hemos encontrado señales de que se haya arrastrado el cuerpo a través de los matorrales, ni huellas de alguna carretilla o carrito. Por no haber no hay ni siquiera huellas de pies, aparte de las dejadas por el abuelo que descubrió el cadáver de Budnik.

—¿Y entonces ese treinta y nueve y medio?

—Estaba marcado en la sangre de arriba.

Y otro más. Los bocaditos eran como la heroína: cada uno que se comía le hacía desear el siguiente con más fuerza.

—En cuarto lugar, los números escritos en la sangre pueden indicar que nos encontramos ante un loco que quiere jugar a las adivinanzas, a las pelis americanas, a jactarse por teléfono y a hacerse un abrigo con piel humana.

—¿Qué opina usted?

Szacki hizo una mueca.

—He estudiado casos de asesinatos en serie, solo en Hollywood los asesinos son genios del crimen. En la realidad se trata de individuos perturbados, adictos al acto de asesinar. Matar los excita demasiado como para entretenerse con estilizaciones teatrales o jugar con los investigadores, y mucho menos para preparar minuciosamente el crimen y después borrar las huellas. Lo intentan, claro está, pero cometen un error tras otro y los problemas para atraparlos residen en que no proceden de círculos criminales. No están fichados, es difícil saber por dónde se mueven.

—En ese caso, ¿qué puede ser esto?

—Si le soy sincero, no tengo ni la menor idea. Desde luego es algo más que matar por matar. La señora Budnik era una activista social, su marido un político local conocido por todos; ambos estaban muy unidos a la ciudad. El lugar del crimen está justo entre los edificios históricos más importantes: el castillo, la catedral y el ayuntamiento. Ambos cuerpos fueron hallados en el casco viejo. Si tuviera que apostar, diría que la solución a este misterio la encontraremos en esos antiguos muros, no en la mente de un perturbado.

—¿Apostaría una suma muy alta? —preguntó Mischczyk cogiendo uno de los tres últimos bocaditos.

—Más bien baja.

Se echó a reír, y un poco de nata cayó directamente en uno de sus desagradables pies encerrados en unos desagradables zapatos abiertos. Mischczyk sacó el pie del zapato y lo limpió con un pañuelo de papel. El pie era grande y poco aparente, la punta de la media estaba mojada por el sudor. Por desgracia, desde que había tenido la visión de sus pechos voluminosos y caídos chocando entre sí, algo se le había roto por dentro a Szacki y ahora la imagen de su pie le parecía perversamente atractiva.

—Tenemos que comprobar la pista judía.

Mischczyk dio un sonoro suspiro, pero asintió comprensiva.

—Nos guste o no, tenemos que buscar pistas en esos círculos, comprobar a los descendientes de la antigua comunidad judía.

—Nos van a crujir —dijo Mischczyk en voz baja. Su apariencia de reina de las niñeras hizo que aquello sonara un poco extraño—. Nos van a crujir de lo lindo en cuanto salga a la luz que investigamos los círculos judíos para encontrar a un asesino. Nos tildarán de fascistas, de nazis; dirán que estamos

llenos de prejuicios y de odio, que creemos en la leyenda de la sangre. Los medios ya están dando la paliza con lo de la provocación antisemita y no es más que domingo. Mañana se van a desmelenar.

Szacki sabía que eso era verdad, pero le vino a la mente la conversación con Sobieraj junto a la barbacoa el día anterior.

—No nos queda otra salida, no podemos ignorar la teoría de que pueda ser obra de algún loco judío. Una teoría que, a pesar de todo, es inevitable que surja. Las víctimas son polacos, católicos, patriotas. Los crímenes han sido presentados como si formaran parte de un rito judío, rito que es en realidad una leyenda, sí, pero una leyenda reconocible. Esta ciudad es famosa por las tensiones entre polacos y judíos que se han vivido en ella. Y el pueblo de Israel ha recorrido un largo camino para pasar de ser una víctima pasiva de la historia a ser el agresor que lucha brutalmente por lo que considera suyo y que se venga por los daños recibidos.

Miszczyk lo miraba completamente paralizada, con cada frase que decía Szacki sus ojos se abrían más y más.

—Pero puede estar usted tranquila, no voy a repetir estas palabras en la conferencia de prensa.

La fiscal suspiró aliviada.

Conversaron un rato más sobre el plan que se seguiría en los días siguientes, y acordaron una lista de asuntos que había que solucionar, acciones que podrían darle verosimilitud a algunas hipótesis de la investigación o bien descartarlas. Era un arduo proceso de eliminación, pero Szacki no se sentía abrumado; en esa etapa podía llegar algún dato decisivo en cualquier momento, alguna información importante, algún suceso que cambiara por completo el rumbo de las pesquisas. Lanzaron una moneda para ver quién se comía el último bocadito. Ganó Szacki, y ya estaba esparciendo los restos del pastelito por el paladar y pensando en tomarse una menta, cuando Miszczyk disparó su última pregunta.

—Dicen que ha dejado usted a Klara Dybus.

Aquel ataque a su intimidad fue muy inesperado y a Szacki se le comió la lengua el gato. No estaba acostumbrado a la rapidez con la que circulaba la información en las ciudades pequeñas.

—Por la ciudad corren rumores de que desde por la mañana la chica llora y echa pestes de usted, y que sus hermanos están cargando los mosquetes.

Hostia puta, ni siquiera sabía que tenía hermanos.

—Era una relación sin futuro —contestó Szacki por decir algo.  
Ella se echó a reír.

—¿Una relación con el mejor partido de Sandomierz no tenía para usted futuro? Aquí todos los caballeros andantes ya han roto las patas de sus caballos intentando subir a lo alto de su montaña de cristal. Cuando lo escogió a usted, hasta los sordos pudieron oír los pensamientos suicidas que salían de cientos de casas. Hermosa, inteligente, rica; la mitad de las mujeres de la ciudad se habrían hecho lesbianas por ella, se lo aseguro. ¿Y para usted era una relación sin futuro?

Szacki se encogió de hombros y su rostro dibujó una mueca estúpida. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

## 8.

«Esta pequeña ciudad me llena de tristeza; su poca variedad y su primitivismo son penosos, no hay donde beber algo o comer algo porque todos los restaurantes están cerrados. En la Posada Rústica tuve al principio un altercado con los dueños, pero me tragué mi orgullo y pedí perdón, así que allí aún puedo tomar algún que otro refrigerio. La cosa se complica cuando entran ganas de evacuar. Hay dos escusados, sucios y apestosos, y los mantienen cerrados con llave, hay que pedirlos. Y ni hablar de sentarse en el retrete. Este es el lado malo, horrendo, de mi estancia aquí y creo que en el futuro dejaré de venir.»

El fiscal Teodor Szacki se alegraba de que esta opinión de Iwaszkiewicz anotada en sus *Diarios* ya no fuera válida. Cogió con la cucharilla un poco de la nata que adornaba su café y se la tragó con avidez; los trocitos de azúcar en polvo le cosquillearon en el paladar. O bien algún genio de Sandomierz había tenido la idea de espolvorear con azúcar el café en lugar del chocolate, o bien los dueños de la cafetería lo habían visto en algún sitio, daba igual, pero el caso era que gracias a ello el primer sorbo de café era siempre tan delicioso en Mała que a Szacki no le apetecía ir a ningún otro lado. Aquel local era además uno de sus favoritos, el sueño burgués de tener «una humilde cafetería a la puerta de casa» hecho realidad. La carta no era muy extensa: tostadas, tortitas, café, té, bollería casera. Un sofá, unas cuantas sillas, cuatro mesas colocadas en cruz. Algunos se quejaban de que los precios eran tan altos como en Varsovia, algo que a Szacki le provocaba risa siempre que pagaba siete zlotys por un café con leche de primera calidad. Últimamente pagaba incluso menos, ya que, por alguna razón, había sido ascendido al grado de cliente habitual, cosa que lo halagaba tanto como lo sorprendía, porque nunca hablaba con nadie allí: pedía lo que iba a tomar, se sentaba en un rincón, se bebía su café en silencio y leía a Iwaszkiewicz, una costumbre esnob local.

A Iwaszkiewicz o alguna otra cosa que encontraba en la librería que había

enfrente, que a su vez era como ver realizado el sueño de tener «una humilde librería a la puerta de casa», un antídoto contra las grandes librerías, que a Szacki siempre le recordaban a una prisión de alta seguridad abarrotada, como si los libros cumplieran en ellas una pena, en lugar de vivir esperando tranquilamente a los lectores. La librería de enfrente estaba quizá un pelín dejada, pero al menos no se sentía en ella como la víctima de una violación múltiple en una prisión en la que toman parte todas las novedades y, cuando estas aún no han terminado, ya están aguardando su turno las ofertas y los best sellers.

Pero esta vez no tenía ningún libro; estaba con los ojos cerrados y se calentaba las manos con la taza. Fuera ya había oscurecido; iban a dar las nueve, en breve cerrarían. Hora de anunciar el final del descanso con un silbido y volver a dejarse los ojos en la pantalla del ordenador. Basia Sobieraj estaba sentada al lado, en el sofá, con las piernas cruzadas a la turca, y hojeaba un cómic de *Tytus, Romek i A'Tomek* sacado de entre un montón de revistas.

Habían pasado dos horas en el piso de Szacki tratando de encontrar por métodos no oficiales cualquier conexión entre los números dejados en el lugar del crimen, 241921, 212225 y 191621. Los tres aparecían en tres páginas de internet. Una árabe, en la cual —por lo que pudieron descifrar gracias a los nombres en caracteres latinos desperdigados entre tantos garabatos— vendían de extranjis productos para incrementar la potencia sexual. Otra islandesa, que se componía de decenas de páginas de cifras publicadas con fines informáticos. Y otra alemana, un registro bibliográfico; las cifras figuraban entre los números de las firmas. Nada más. Ante semejante fracaso, empezaron a analizar los números por separado, intercambiando chistes y observaciones. Trataron de encontrar números de teléfono que coincidieran, convirtieron las cifras en fechas, gracias a lo cual Szacki se enteró de que el 2 de abril de 1921 se abrió por primera vez la feria de Poznań y Albert Einstein dio en Nueva York una conferencia sobre la teoría de la relatividad, y de que el 4 de febrero del mismo año nació el político hindú Kocheril Raman Narayanan, que vivió ochenta y cuatro años. Pero no pudieron encontrar nada a lo que agarrarse. Además, la idea resultó desalentadora, porque solo la primera cifra se podía convertir en una fecha más o menos contemporánea.

Sobieraj cerró el cómic y lo dejó sobre la pila de revistas.

—Creo que me he hecho mayor, ya no me hacen gracia las aventuras de esos tres —dijo y sacó del bolsillo del forro polar una hoja de papel doblada—. Bueno, qué, ¿probamos otra vez?

—Pensé que habíamos hecho un descanso —se quejó Szacki, pero cogió la hoja. Sobieraj había escrito en ella las interpretaciones de los números que parecían más sensatas. Era lo más selecto, una vez descartada la numerología, los identificadores de los servicios de citas y los números de subastas por internet. En la hoja había escrito lo siguiente:

241921 — referencia del promotor económico para el desarrollo tecnológico en la clasificación de profesiones del Ministerio de Trabajo y Política Social; número bajo el que estaba inscrita en el Registro Mercantil Central la compañía Goldenline, dedicada al servicio comunitario empresarial.

212225 — referencia de unos mocasines de la marca Gucci muy de moda.

191621 — número de la patente polaca de un tubo para cables de fibra óptica; un asteroide del cinturón de asteroides situado entre los planetas interiores y los exteriores del Sistema Solar.

Horroroso. Szacki miró la hoja y volvió a cerrar los ojos.

—No lo estamos haciendo bien —dijo.

—¿Hmm? —murmuró Sobieraj. Szacki ya había aprendido que aquel amable «hm» era su forma de decir que escuchaba activamente.

—En lugar de pensar, lo que hacemos es buscar sin ton ni son en Google, como si de veras creyéramos que el mundo entero está ya en internet. Pero no estamos persiguiendo a alguien que mata a informáticos ahorcándolos con cables de red. Todo tiene que ver con tradiciones antiguas, supersticiones, monumentos. Google no nos va a ayudar. Tenemos que pensar. Tres números de seis cifras, relativamente cercanas entre sí pero no colocadas en orden. Los números de teléfono tenían antes seis cifras, los comprobaremos en las guías telefónicas antiguas. ¿Qué más tiene seis cifras?

—¡Los carnés de la policía!

Szacki abrió los ojos. Era eso. Tenía que ser eso. Las siglas de la Comisaría Regional de la Policía y tres números de seis cifras. Dejó el café en la mesa y llamó de inmediato a Wilczur, que por suerte seguía en la

comisaría. Le pidió que buscara los tres números en la base de datos y que le llamara con lo que encontrara. A Sobieraj le salieron unos coloretos en las mejillas mientras escuchaba cómo Szacki daba órdenes con un tono frío; parecía una niña pelirroja de vacaciones siguiendo la pista de un misterio.

—¿Qué más? —preguntó Szacki—. Di todo lo que te venga a la cabeza que pueda estar señalado con seis cifras, aunque tenga poca o ninguna relación con el tema.

Sobieraj lo miró. Si había tenido intención de preguntar algo, renunció a hacerlo y se mordió el labio inferior, absorta en su reflexión.

—Los números de los presos en los campos de concentración. Alemanes, judíos, antisemitismo. Lo de KWP quizá sean las siglas de alguna categoría.

—Bien. Lo comprobaremos. ¿Qué más?

—Los identificadores de algunos programas para hablar por internet creo que son de seis cifras. Aunque no estoy segura.

—Lo comprobaremos. ¿Qué más?

Sobieraj se mordió con más fuerza el labio, frunció el ceño y se inclinó hacia él.

—¡Ya lo tengo! Es el número de neuronas.

—¿Qué?

—El número de neuronas que mueren cada vez que das una orden en lugar de pensar.

—Alguien tiene que organizar el trabajo.

—Te escucho —Sobieraj entrelazó las manos, se echó para atrás en el sofá hasta apoyarse en el respaldo y empezó a girar los pulgares uno alrededor del otro. Tenía un aspecto muy dulce y Szacki notó que la fiscal le gustaba cada vez más. Era un poco el tipo de amiga que se tiene en los scouts, con la que se puede pasar la noche entera de guardia y con la que se puede estar hablando todo el tiempo que dura el campamento, y cuando por fin uno se da cuenta de que no era solo una amistad, lleva ya años casada con otro. Cerró los ojos y empezó a imaginar las cifras. Vio una carpeta para actas, pero desechó esa imagen porque todas las signaturas del mundo incluían una barra y el año, así que no podía tratarse de eso. Por esa misma razón quedaban descartados los presos y los detenidos, y además sus números no eran de seis cifras. Se abroncó por pensar de un modo demasiado clásico. Había que girar algo, darle la vuelta. ¿Quizá fragmentar los números? ¿Hacer grupitos de tres cifras? 241 921 – 212 225 – 191 621. Un poco como las direcciones IP. O

como números de móvil. ¿Y grupos de dos cifras? 24 19 21 – 21 22 25 – 19 16 21. Las visualizó en la mente, les dio vueltas y más vueltas.

—Hay una extraña regularidad... —dijo en voz baja.

—¿Hmm?

—Una extraña regularidad —repitió—. Si dividimos los números en grupos de dos cifras, ninguno de ellos es mayor de veinticinco. Mira.

Sacó su bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta y escribió las cifras en una servilleta del siguiente modo:

24 19 21

21 22 25

19 16 21

Sobieraj giró la servilleta para verla mejor.

—¿Un cuadrado mágico? ¿Un jeroglífico matemático? ¿Un código? El alfabeto latino tiene veintiséis letras.

Szacki apuntó rápidamente:

X S U

U V Y

S P U

Ambos se miraron. No tenía demasiado sentido. Pero Szacki se sintió inquieto. Se le había escapado algún pensamiento. Algo había pasado volando por el fondo de su cabeza. ¿Cuando cambió las cifras por letras? No, antes. Cuando miró las cifras repartidas en forma de cuadrado. Y Sobieraj habló del jeroglífico. No, antes había dicho algo de un cuadrado mágico. Sin saber por qué, el cuadrado mágico le olió a papel, a enigma, a libro que se lee bajo el edredón a la luz de una linterna. ¿Cuál? Alguna lectura juvenil, un alquimista judío que resucita al Golem en la ciudad de Praga metiéndole en la boca un papel con un cuadrado mágico. ¡Dios! ¿Es que acaso iba a entrar la cábala en su investigación? Era una pista, pero tampoco se trataba de eso; se le había cruzado otro pensamiento más cuando había mirado las cifras, una lejana asociación mental. Parejas de números. Un cuadrado mágico. La cábala. Las supersticiones. Los prejuicios. El esoterismo. La fe. Agarró a Sobieraj del brazo, le pidió poniéndose un dedo en los labios que no dijera

nada; el pensamiento estaba cada vez más cerca, no quería perderlo. Cifras. Cábala. Fe. No, aún no. Contuvo la respiración, cerró los ojos, vio cómo la respuesta emergía de entre una nube de neuronas. Y entonces sonó el teléfono. Wilczur. El pensamiento se difuminó. Szacki contestó y escuchó lo que tenía que decirle el viejo policía. Sobieraj lo miraba a la espera de que terminara, y puso una mano sobre la de él, Szacki pensó que la imagen de dos fiscales agarrándose de la mano era un poco surrealista, pero no apartó la suya.

—¿Y qué? —preguntó ella cuando el fiscal terminó la conversación.

—Y nada —contestó Szacki—. Una subcomisaria de la policía científica de Brzeg Dolny, un policía de tráfico de Barczewo y un policía de barrio de Gorzów Wielkopolski. Diferentes lugares de nacimiento, diferentes apellidos, ningún punto de conexión ni entre ellos ni con nuestro caso. Wilczur me ha prometido que un colega suyo de Tarnobrzeg va a mirar los expedientes militares en el archivo. Quizá salga algo.

Daban ganas de llorar. En aquel pensamiento que se había perdido podía estar la solución al enigma.

—Hmm —murmuró Sobieraj—. Te escucho hablar de Brzeg, Barczewo, Gorzów, lugares en un mapa. ¿Crees que las cifras podrían ser coordenadas geográficas? Ya sabes, grados, minutos, segundos.

Szacki se bebió de un trago el café que le quedaba y salieron casi corriendo hasta su piso microscópico, en el que aún se olía el perfume de Klara. Klara, el mejor partido de Sandomierz.

Usando diversas combinaciones, consiguieron señalar en el cuarto de globo en el que encajaba Polonia (latitud norte, longitud este) varios lugares desérticos de Libia y Chad. Otros experimentos condujeron a tierras salvajes de Namibia y a las olas del océano Atlántico.

—Intentemos señalarlo en Polonia —dijo Sobieraj inclinándose por encima del hombro de Szacki. Sus cabellos pelirrojos le hicieron cosquillas en la oreja.

—¿Señalar Libia en Polonia?

—Me refiero a los puntos de Polonia por los que pasan esos meridianos. Ya sabes, como en *Los hijos del capitán Grant*.

En realidad en la novela se trataba de un paralelo, pero Szacki lo entendió enseguida. En efecto, si los números designaban latitudes, las tres pasaban

por la zona de Polonia: el meridiano 19° 16' 25" entraba por Bielsko-Biała, al sur del país, pasaba por Dąbrowa Górnicza y por el extrarradio occidental de Łódź y llegaba hasta la albufera del Vístula, al norte, en las inmediaciones de Krynica Morska; por su parte, el 21° 22' 25" empezaba cerca de Krynica-Zdrój, pasaba por el centro mismo de Ostrowiec Świętokrzyski (ambos se miraron significativamente, porque esa localidad estaba solo a cuarenta y cinco kilómetros de Sandomierz), cruzaba los barrios orientales de la capital y llegaba a la frontera rusa tras atravesar Mrągowo; finalmente, el 24° 19' 21" quedaba en su totalidad fuera de Polonia, aunque dentro de las fronteras polacas anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y pasaba cerca de las ciudades de Leópolis, Grodno y Kaunas.

—Lo de Ostrowiec ya es algo —le murmuró al oído Sobieraj, tratando de demostrar a toda costa que para un verdadero optimista hasta un vaso roto podía estar medio lleno.

—Sí, incluso sé qué —dijo Szacki levantándose de golpe.

—¿Hmm?

—Una mierda. Una cortina de humo. Una mentira. Una enorme mierda del tamaño de Australia, ¡un gigantesco montón de caca de vaca!

Sobieraj se pasó el pelo por detrás de las orejas y miró a Szacki con paciencia, esperando a que se calmara. Este caminaba por la habitación, de pared a pared.

—En las películas americanas siempre aparece un genio que procura pensar como el asesino, ¿verdad? —empezó a decir Szacki—. Frunce el ceño, camina por el lugar del crimen y en bruscos flashbacks en blanco y negro vemos cómo su mente se va afinando, cómo va comprendiendo lo que ocurrió realmente —algo brilló entre el armario y la pared, parecía una cajita plateada, a duras penas se contuvo Szacki de ir a comprobar si se trataba de una caja de preservativos, llena o vacía.

—¿Hmm? —esta vez Sobieraj enriqueció su exclamación con un gesto de ánimo. Estaba tecleando algo en el ordenador con una mano.

—Solo que las películas tienen una lógica diferente a la de la vida. Tienen una lógica que en hora y media debe llevar a una solución, a cerrar el caso, a coger a los autores. Pero ahora profundicemos en la lógica de un caso auténtico y de nuestro asesino. Seguramente no quiere que lo atrapemos en hora y media, así que, a menos que sea completa y absolutamente gilipollas, no nos va a dejar adivinanzas cuya solución nos lleve a él.

—¿Qué quieres decir?

—Que o bien nos ha dejado una adivinanza que nos conduce a una pista totalmente falsa, o bien nos ha dejado una adivinanza sin sentido, cosa que para él, o ella, debe de ser algo mucho más divertido. Una adivinanza que no tenga solución y que no nos lleve a ningún sitio, que sirva solo para que perdamos el tiempo mirando imágenes por satélite de un desierto de Libia. Y con cada minuto que pasa, él, o ella, está cada vez más lejos, cada vez más a salvo.

—Vale —comentó despacio Sobieraj moviéndose en la silla, con las manos entrelazadas bajo la barbilla—. ¿Y qué propones?

—Vámonos a la cama.

Sobieraj levantó despacio una ceja.

—No me he traído mi ropa interior de encaje, así que si no te importa lo podríamos dejar para otro día...

Szacki se echó a reír. Realmente le caía cada vez más simpática.

—Sois muy lujuriosos en estas tierras, ¿eh?

—Inviernos largos, noches largas, no hay cine, en la tele no ponen nada interesante. ¿Qué otra cosa vamos a hacer?

—Dormir. Vamos a dormir, a descansar. Mañana nos reunimos con el psicólogo criminalista. Llegan los datos del laboratorio, las grabaciones de las cámaras de seguridad; quizá tengamos algo más.

Sobieraj giró el portátil hacia él.

—Primero mira esto.

Se acercó. La referencia a la ropa interior hizo que primero la mirara a ella con otros ojos, aunque vio lo mismo de siempre. Vaqueros, calcetines gruesos de montaña, un forro polar rojo, nada de maquillaje. Un ejemplo de manual de una scout de algún movimiento católico juvenil. Más que con ropa interior de encaje, se la imaginaba con un rosario entre las manos. Pero olía bien, pensó mientras se inclinaba sobre ella, más a champú que a perfume, pero bien.

En el navegador vio las palabras *Konspiracyjne Wojsko Polskie* (Ejército Polaco Clandestino). En efecto: KWP. En su cabeza aparecieron fragmentos de conocimientos históricos someros: los «soldados malditos» —los partisanos polacos que lucharon contra las autoridades comunistas tras la guerra—, las sentencias dictadas por los tribunales clandestinos, los desmanes antisemitas... ¿Szyller?

—Te dejo con el problema de si puede ser una cortina de humo o no. Yo sí que me voy a dormir. Ya te avisaré cuando me vaya a pasar por aquí con ropa más sexy. Besos.

Le dio un beso de amiga en la mejilla y salió. Él la despidió con un movimiento de la mano, sin separar la vista del ordenador.

Unas horas después, cuando encendió su primer cigarrillo junto a la ventana entreabierta de la cocina, y la mezcla del humo con el picor de ojos que le causaba el sueño resultaba dolorosa, sabía ya mucho más acerca del Ejército Polaco Clandestino. Tanto como para incluir en las actas una nueva línea de investigación, una línea de mal agüero que sugería más que ninguna otra que todo aquel asunto era una venganza judía. Y que por desgracia preveía que la cosa no tenía por qué acabar con dos cadáveres, sino que habría más.

En la negritud del patio aparecieron las primeras figuras imprecisas con las que el amanecer anunciaba su llegada, manchas negras sobre un fondo de manchas muy oscuras. A Szacki le vino a la mente una noche de unos días atrás. Estaba fumando en ese mismo lugar cuando, para su desesperación, aparecieron las uñas rojas de Klara en su forro polar. Pensó en aquella noche, pensó en Klara, en cómo por la mañana le había dicho que se diera la vuelta mientras ella vestía su cuerpo de diosa. Un poco de tristeza húmeda se unió a las lágrimas extraídas por el cansancio y el humo. El fiscal Teodor Szacki había vuelto a joder algo, de nuevo se había quedado solo, sin nada y sin nadie.

Aunque quizá así fuera mejor.

---

## **Capítulo sexto**

*Lunes, 20 de abril de 2009*

Los cristianos ortodoxos celebran el lunes de Pascua, los católicos tienen por fin el día libre, excepto aquellos de ideas muy de derechas, que celebran el 120.º cumpleaños de Adolf Hitler. Las demás Gentes del Libro tampoco están ociosas: los musulmanes celebran el 1.442.º cumpleaños de Mahoma y los judíos escuchan cómo en la conferencia de la ONU sobre la lucha contra el racismo, el presidente de Irán da un discurso antisemita. En Polonia, el cuarenta y ocho por ciento de los polacos afirma que en el Congreso no hay ningún partido que represente sus intereses, mientras que el treinta y uno por ciento dice que ningún partido expresa sus ideas políticas. India pone en órbita un satélite espía de producción israelí; Rusia advierte a la OTAN que las maniobras militares en Georgia son una provocación innecesaria; en Italia la Juventus de Turín es sancionada por los gritos racistas de sus hinchas y el siguiente partido lo jugará a puerta cerrada. En Sandomierz, un hombre de treinta y siete años aparca su Ford Fiesta contra una tienda de fontanería en la calle Mickiewicz, cerca de donde comienza la etapa diocesana del XIII Concurso de Conocimientos Bíblicos; los cuarenta y cuatro finalistas han sido obsequiados con un día de formación y descanso en la ermita de Rytwiary. Hace algo más de calor, pero sin exagerar, la temperatura máxima durante el día es de 13 grados y para mayor recochineo el día es hermoso y soleado.

# 1.

Soñó cosas estúpidas. Más bien fue una pesadilla estúpida. Estaba otra vez en el pub Lapidarium, en vez de rock no hacían más que poner éxitos de los años ochenta. Aún resonaba en sus oídos «Wake Me Up Before You Go Go» cuando alargó la mano para coger la botella de agua que siempre tenía junto a la cama. A medida que recobraba el conocimiento, los recuerdos del sueño se iban difuminando con rapidez, aunque no tanto como para borrar de su rostro soñoliento la expresión de sorpresa. Sonaba Wham! Szacki bailaba con diversas mujeres; estaban allí Tatarska, Klara, Weronika, Sobieraj. Basia llevaba puesta solo ropa interior de encaje roja. Todo aquello habría sido muy erótico si no hubiera aparecido de repente Hitler, justo cuando se oyó la frase «you put the boom boom into my heart». Adolf Hitler en persona, con su bigotito y su uniforme nazi, un tipo canijo y ridículo. Bueno, quizá fuera canijo y ridículo, pero bailaba de puta madre, imitaba los movimientos de George Michael como un dios del baile. Las chicas le hacían sitio en la pista, todos formaron un círculo a su alrededor y le aplaudían. De repente agarró a Szacki de la mano y empezaron a bailar juntos. Recordaba del sueño que el sentimiento de lo inapropiado que resultaba bailar con Hitler luchaba con un sentimiento de placer. Hitler bailaba muy bien, con mucha sensualidad, se dejaba guiar ligeramente, reaccionaba con ingenio a cada movimiento. La última imagen difusa era la de un sonriente Hitler que se pasaba alternativamente uno y otro brazo por encima de la cabeza, miraba insinuante a Szacki y susurraba «come on baby, let's not fight, we'll go dancing and everything will be all right». O algo así. Menuda tontería. Szacki meneó la cabeza con incredulidad al tiempo que arrastraba su ajado cuerpo de cuarentón hasta el lavabo. Mientras meaba, cedió finalmente a una necesidad que estaba creciendo en su garganta y recitó con voz ronca el estribillo mirando al espejo.

El eterno dilema, ducharse antes de desayunar o al contrario, lo solucionó

de manera salomónica poniéndose cualquier cosa encima y saliendo a la calle a comprar, para así tomar un poco de aire fresco y aclarar sus ideas antes del encuentro con el psicólogo criminalista. Basia había trabajado ya una vez con él, Szacki solo lo conocía de oídas. El tipo procedía de Cracovia y en el sur de Polonia era una leyenda; su fama se cimentaba tanto en su genialidad como en su excentricidad. A Szacki eso no le gustaba; no aguantaba a las estrellas, siempre había preferido a personas poco ostentosas que realizaban su trabajo con precisión. Un buen investigador debía ser como un guardameta equilibrado, que quizá no detenga los disparos imparables, pero que tampoco la pifia con los fáciles. No había sitio en el sistema judicial ni para Barthez ni para Boruc.

Estaba en la tienda, esperando su turno para pagar. Su mano no paraba de tamborilear inconscientemente contra el muslo el comienzo del éxito de Wham! —pa, pa, pa, pam, pam—, y su mirada recorría los embutidos colocados en el expositor frigorífico. Qué tristes eran. Nunca antes había visto unos embutidos tan tristes como los de aquella tienda. La mayoría parecía que no fueran reales, sino réplicas de plástico hechas en una prensa de inyección estropeada. Y los que parecían reales eran a su vez demasiado reales: unos adoptaban diferentes colores, otros estaban secos, otros húmedos. Y encima los precios eran extrañamente bajos. Por eso, aunque tenía ganas de comprar salchicha seca para comérsela con el café, allí estaba en la cola con una tarrina de requesón, un paquete de queso en lonchas, un zumo de tomate y dos panecillos, mientras escuchaba la conversación que mantenían dos mujeres a su espalda.

—Es un buen chico, pero el evangelio que más le gusta leer es el de San Juan, con todos esos juicios finales y horrores; para él es como leer una novela de Sapkowski. Pero el concurso es sin San Juan.

—¿Es hoy el concurso?

—Sí, en el instituto. Empieza ahora, hasta estoy un poco nerviosa. Ayer estuvimos haciendo un repaso, me preguntó si María Magdalena era la esposa de Jesús. ¿De dónde sacan esas ideas?

—De las novelas de Dan Brown. María Magdalena se apareció en Biłgoraj, ¿verdad?

—¿Dónde? ¿En casa de Palikot?

Las mujeres soltaron una carcajada, Szacki también sonrió. Pero al mismo tiempo aquella conversación le había removido algo por dentro, sintió una

picazón familiar en el interior de su cabeza. Dan Brown, las adivinanzas del día anterior, la piedra mágica, la cábala. De nuevo se le escapaba algo, debería dormir más o bien tomar magnesio.

—¿No quiere probar un poco de fiambre? —la cajera le dedicó una sonrisa radiante, como si hubiera encontrado a un hijo años después de que se perdiera—. Nos lo traen de Żywiec, es exquisito, pero lo mejor será que lo pruebe usted mismo —dejó un momento la caja y cortó una buena loncha—. Un hombre ha de estar fuerte, nada de alimentarse con productos lácteos como si fuera una modelo.

Szacki se lo agradeció y le dio un mordisco al fiambre, aunque odiaba comer algo antes de tomar el primer trago de café. El fiambre de Żywiec resultó asqueroso y le costó tragárselo, pero aun así sonrió amablemente y pidió cien gramos. Echó un vistazo a su alrededor con discreción por si hubiera por allí alguna cámara de televisión, en cuarenta años nadie se había mostrado tan sumamente amable con él en ninguna tienda. Pero no, no había cámaras, solo él, la embelesada cajera y las dos madres que conversaban a su espalda. Una de ellas le sonrió, la otra pestañeó y asintió con gesto de aprobación. Totalmente surrealista. Cuando estaba bailando con Hitler, al menos estaba seguro de que se trataba de un sueño, ahora temía estar volviéndose loco. Pagó sin perder un instante.

De nuevo hacía un frío del demonio. A Szacki lo había engañado el sol; se había puesto solo un jersey ligero y ahora temblaba de frío, a pesar de lo cual se dirigió a una pequeña panadería suiza. Necesitaba comerse un buñuelo relleno, aunque sabía que allí no los tenían muy buenos.

—Mis respetos —un señor mayor, al pasar a su lado, levantó su sombrero cortésmente e inclinó la cabeza hacia Szacki. Este le devolvió el saludo automáticamente, pensando que la cosa empezaba a ser extraña de veras, y entró en la panadería. Junto a la caja había una mujer mayor toda de luto y al ver a Szacki se apartó a un lado.

—Usted primero, por favor, yo aún tengo que pensar qué voy a pedir.

Él no dijo nada, cogió un buñuelo grande extrañamente inflado y sacó unas monedas del bolsillo.

—No hace falta —dijo sonriendo la dependienta—. Hoy tenemos una oferta.

—¿Qué oferta? —ya no aguantó más—. ¿Coge uno y te lo llevas gratis?

—Una oferta para nuestro señor fiscal —completó la información la señora

que estaba detrás—. Y a mí, Natasza, me vas a poner esa salchicha en hojaldre de ahí, esa, la que está más tostada.

Szacki salió sin decir palabra. Sintió como si se ahogara, como si se le tensaran los músculos de la nuca. Estaba soñando con *El show de Truman* y no era capaz de diferenciar el sueño de la realidad, no conseguía despertarse. Se había vuelto loco.

A paso rápido volvió a su casa y por el camino, frente a la tienda donde acababa de comprar, se tropezó con un señor con pinta de mecánico trajeado. El hombre iba claramente absorto en sus pensamientos, pero cuando vio a Szacki se puso muy contento, para desesperación del fiscal.

—Enhorabuena —le susurró con aire de complicidad—. En estos tiempos hay que echarle valor para decir esas cosas sin rodeos. Recuerde que nosotros le apoyamos.

—¿Nosotros? ¿Quiénes, por Dios santo?

—Nosotros, los polacos normales y verdaderos. ¡Suerte! —el señor le dio una palmada en el hombro con mucha familiaridad y continuó en dirección al ayuntamiento, y fue entonces cuando a Szacki se le iluminó el cerebro. Por compasión, pensó, que no sea verdad. Entró en la tienda, tropezó con un chico que le estaba diciendo a su colega: «La hostia, tío, vaya una mierda de pueblo, no tienen *ice tea*» y fue hasta el estante de la prensa. El misterio se solucionó al momento. No estaba soñando, no se había vuelto loco y no era el protagonista de *El show de Truman*.

En la portada de la conocida revista de cotilleos *Fakt* se vio a sí mismo vestido con su traje preferido, el de color grafito, de pie en las escaleras de la fiscalía de Sandomierz. Tenía ambas manos levantadas en un gesto que el día anterior había significado «basta de preguntas», mientras que en la foto parecía estar haciendo frente a una amenaza invisible, un rechazo total dibujado en su —ahora lo veía muy claramente— enflaquecido rostro. El título —«¿Un misterioso asesinato judío?»— y el breve texto no dejaban dudas sobre qué trataba de parar el fiscal de la foto.

El fiscal Teodor Szacki, de cuarenta años de edad, anunció ayer con total firmeza que atraparía al degenerado que ha asesinado ya a dos personas en Sandomierz. Sus habitantes pueden dormir tranquilos, ante la ausencia del padre Mateusz será él quien resuelva el enigma de un crimen que quizá tenga alguna conexión con la religión judía. Este sheriff trajeado aseguró

ayer en persona a nuestro reportero que cogería al malhechor sin importarle que fuera un judío o un árabe, aunque tuviera que «agarrarlo de las patillas para sacarlo del agujero más infecto». ¡Bravo, señor fiscal! En las páginas 4-5 encontrarán detalles sobre estos dos brutales crímenes, las declaraciones de los testigos y una reconstrucción gráfica de los sucesos.

El fiscal Teodor Szacki cerró los ojos. Era consciente de que se acababa de convertir en el héroe de una pequeña ciudad polaca, cosa que le parecía escalofriante.

## 2.

En realidad no le había molestado que no tuvieran *ice tea* en la tienda, no le apetecía tomar ni eso ni ninguna otra bebida; simplemente deseaba expresar en voz alta su decepción y usar la palabra «hostia». Desde el comienzo, aquel viaje no había salido como él lo había planeado. Al amanecer se enteró de que el día anterior su madre le había echado a lavar su niqui favorito de Abercrombie, el que su tío Wojtek le había traído de Milán, y tuvo que ponerse un forro polar penoso que solo usaba cuando iba a esquiar, pero era tan malo que encima tenía que llevar una cazadora abrochada hasta arriba. De todas formas, al llegar al colegio descubrió que todo eso ya daba igual, porque Ola había enfermado y no podía ir a la excursión. La llamó, Ola se echó a llorar y él tuvo que consolarla; mientras hablaban todos subieron al autobús, de manera que en lugar de sentarse atrás y beber el vodka con Coca-Cola que había preparado Walter, le tocó viajar en la tercera fila junto a Maciek, que le estuvo mirando tanto tiempo mientras jugaba con la PSP que tuvo que guardarla en la mochila antes de que Kratos llegara al final del nivel. Después le dio un poco de corte. Podía haberle prestado un rato la PSP a Maciek, tampoco era para tanto, no le costaba nada. Y cuando pensaba que ya no podía ser peor, se levantó la señorita Gołąbkowa para alabar a viva voz el relato sobre la soledad que él había escrito, y se le caía la baba hablando de lo sensible que era. Luego la profesora se fue, pero por desgracia no se llevó con ella a Marysia y a Stefka, que estaban sentadas detrás de él y no dejaban de dar la tabarra, y que se pasaron el resto del camino riendo y diciéndole por el hueco entre los asientos que era tan sensible como un hámster. Venga ya, en serio, si era verdad que las niñas maduraban más rápido que los chicos, entonces esas dos debían de tener algún defecto genético. Le dejó a Maciek la PSP y durante el resto del camino fingió dormir.

Sandomierz no era para él ninguna atracción, ya había visitado la ciudad en otoño, cuando aún hacía algo de calor. Lo llevó su padre; desde el divorcio su

paternidad consistía en temporadas de ausencia y temporadas de exaltada adulación que se alternaban. Marcin quería que su viejo dejara de esforzarse tanto siquiera por una vez, pero no sabía cómo decírselo. Quería que cuando fuera a casa de su padre no le estuviera esperando una comida cojonuda, una película alquilada y un libro nuevo en su habitación. Quería llegar y verlo en calzoncillos, sin afeitarse, con una birra en la mano y que le dijera: «Perdona, hijo, pero hoy el día es una mierda, pide una pizza por teléfono y mira la tele o haz lo que te apetezca». Después de todo, esa sería una situación normal; se enteraría de que tiene un padre y no un muñeco de plástico que sigue las instrucciones que lee en un manual para padres recién separados. Naturalmente, sabía que la situación de otros chicos era peor, casos en los que el padre se desintegraba por completo o que enviaba un sms cada dos semanas. Pero eso qué más le daba, le importaba su caso, que daba asco, y no ya por el divorcio, que no le había sorprendido, sino por cómo se esforzaban. Su madre hacía igual, bastaba con que él pusiera mala cara y ya estaba ella echando mano del monedero para consolar al pobre niño del hogar roto, aunque no tuviera ni para pagar las facturas. Le avergonzaba que fueran tan débiles, que fuera tan fácil manejarlos, tanto que no le causaba ninguna satisfacción, como pasarse en un juego demasiado fácil. Menos mal que tenía el violín; el violín era honesto, no engañaba, no hacía promesas, no adulaba. Sabía ser agradecido, aunque también sabía ser implacable, todo dependía de Marcin. Sí, la relación con su violín era el vínculo más honesto que había habido hasta entonces en la corta vida de Marcin Ładoń.

Absorto en pensamientos poco alegres y sin el *ice tea* que en realidad no tenía ganas de beber, se quedó a un lado esperando a que empezara la visita a los subterráneos de Sandomierz. La señorita Gołąbkowa lo miró con los ojos húmedos. Seguramente pensaba que Marcin se aislaba de nuevo, que se sumía en su soledad; pobre chico, demasiado sensible para el mundo actual. La verdad era que a Marcin le caía bien, pero a veces se comportaba como una ingenua estúpida y en esos casos solo despertaba en él compasión. ¿Qué ocurría con todos? Eran unos blandos y unos flojos, se desmoronaban a la vista de los demás como un trozo de papel en la lluvia y luego se extrañaban de que los niños no los respetaran. Lo de niños era un decir, podía contar con los dedos de una mano cuántas vírgenes había entre sus amigas. Por ejemplo Ryśka, demasiado tonta como para abrirse de piernas, y Faustyna, de familia católica, seguramente taponada con un palo consagrado y cosida, esa sí que

había tenido mala suerte. Bueno, y Ola, pero Ola era diferente, por supuesto.

—¿Un traguito, Marcin?

A Walter ya le brillaban un poco los ojos y Marcin pensó que aquello podía acabar mal. Bebió un poco de esa Coca-Cola que apestaba a vodka, después se metió un chicle en la boca rápidamente.

—Ya es la segunda, la primera nos la terminamos antes de llegar a Radom.

—Qué pasote —dijo Marcin por decir algo.

Walter le dio un tiento a la botella con un gesto de alcohólico empedernido, solo un ciego no se habría dado cuenta de qué se estaba metiendo para el cuerpo aquel quinceañero. Marcin se sintió abochornado por el descaro de Walter y por tomar parte en esa pantomima barata, así que prefirió deslizarse hacia el centro del grupo, que ya estaba entrando en los subterráneos. Varios de sus compañeros no pudieron ocultar, por mucho que lo intentaban, la excitación que les provocaba la aventura; solo las chicas permanecían impasibles ante tales atracciones. Marysia se agarraba con una mano a Stefka para no caerse y con la otra escribía algo en el móvil, aunque a saber a quién, si todos estaban allí.

—... Sandomierz era entonces una ciudad rica, una de las más ricas de Polonia. Regía el derecho de almacenaje, que consistía en que todos los comerciantes que pasaban por la ciudad estaban obligados a poner a la venta aquí sus mercancías durante unos días, lo que hacía de Sandomierz un gigantesco centro comercial abierto día y noche, en el que se podía comprar cualquier cosa —Marysia, aburrída, despegó un momento la vista de la pantalla del móvil al oír las palabras «centro comercial», pero enseguida dejó de atender—. Los burgueses de Sandomierz se fueron enriqueciendo y, para salvaguardar sus fortunas, sus mercancías y también su seguridad, excavaron durante siglos sótanos bajo la ciudad, que con el paso de los años se convirtieron en un inmenso laberinto. Las estancias conectadas entre sí alcanzaron ocho pisos en el *loess*; los túneles pasaban bajo el Vístula, llegaban hasta el castillo de Baranów y a otras aldeas vecinas. Hoy en día aún nadie sabe cuántos hay.

La guía tenía una voz agradable y provocativa, lo cual no cambiaba el hecho de que su discurso aburriera, sobre todo si se tenía que escuchar la misma historia por segunda vez en pocos meses. Pero aunque no causara aburrimiento, tampoco cambiaría el hecho de que las famosas cuevas de Sandomierz parecieran los sótanos de un bloque de apartamentos de la época

comunista, cosa que había sorprendido a Marcin en su anterior visita. Paredes de ladrillo, techos de hormigón, suelo de terrazo, fluorescentes. Nada de magia, nada de misterio, nada de nada. Resultaba increíble que hubieran jodido una atracción como esa.

—Y de repente los mongoles rodearon la ciudad —dijo la guía con un tono grave, lo que hizo que sonara ridícula, en lugar de aportar dramatismo a la narración—. Halina Krępianka, desolada tras perder a toda su familia, fue hasta el campamento del enemigo. Allí le dijo al jefe de los tártaros que los conduciría hasta la ciudad a través de pasadizos secretos porque quería vengarse de los burgueses por haberla deshonrado... —la guía se quedó de pronto cortada, probablemente no estaba segura de si los niños entendían con exactitud a qué se refería.

—¿La deshonraron? Y entonces, ¿por qué huyó? Vaya una mema —murmuró Marysia.

—LOL —apuntilló su mejor amiga.

—Los tártaros finalmente decidieron fiarse de la chica, y esta los condujo durante mucho tiempo por el laberinto de pasadizos, pero mientras tanto los habitantes de la ciudad habían tapiado la entrada a los subterráneos. Murieron todos los invasores, murió también la valiente muchacha...

—Cuando se coscaran entonces sí que la deshonrarían —Marysia era la número uno.

—Jeje, LOL al cuadrado.

—... y como prueba de que en cada leyenda hay una pizquita de verdad, os diré que en la vaguada de Piszczele aún hoy se pueden desenterrar huesos humanos, quizá precisamente los restos de los tártaros sepultados vivos.

Pasaron lentamente hasta la siguiente sala, que era un poco más interesante porque parecía la galería de una mina, y Marcin escuchó la historia de cómo después de la guerra se evitó que la ciudad se hundiera. Era interesante, más interesante que las leyendas acerca de troncas valientes. Cómo los mineros abrieron pozos en la plaza Mayor, cómo hubo que desmontar las casas del casco viejo y volver a montarlas, cómo se rellenaron los túneles y los sótanos vacíos con una pasta especial para reforzar la piedra, que estaba agujereada como un colador. Se apoyó de espaldas contra la pared; escuchar no le impedía mirar la cinta del tanga rosa que los vaqueros de cintura baja de Marysia dejaban al descubierto. A lo mejor era que Marcin pertenecía a otra época, porque le irritaba un poco que casi todas las chicas trataran de parecer

unas rameras consumadas. Por suerte Ola no era así.

La guía hizo una pequeña pausa; por un momento el grupo quedó en silencio.

En medio de ese silencio Marcin oyó un aullido débil, lejano, que parecía llegar de las profundidades de la tierra.

—¿Lo oís?

Marysia se giró hacia él y se subió los pantalones.

—¿Que si oímos qué, guarro?

—Como un aullido que viene de ahí abajo. Silencio, escuchad ahora...

Las chicas intercambiaron una mirada.

—*Oh my God!* ¿Te has vuelto loco?

—Pero escuchad, de verdad que se oye un aullido.

—¿Un aullido como si estuvieran deshonrando a alguien o más bien satánico? Porque creo que solo el primero me interesa.

—LOL.

—Pero qué estupidita eres, por Dios. Cállate un momento y escucha.

—Y tú ve a que te mire un médico, porque estás fatal de la chaveta. Se lo tengo que contar a Ola.

Las chicas soltaron una carcajada y se unieron al grupo, que ya había entrado en la siguiente sala. Marcin se quedó. Pegó la oreja a la pared en diversos lugares y al final encontró uno donde el aullido se oía mejor. Era un sonido muy extraño, le causaba escalofríos. Era el aullido largo, modulado, casi ininterrumpido de una persona o un animal siendo torturado. En cualquier caso, el ser que emitía ese sonido debía de encontrarse en un estado deplorable. Aunque quizá solo se lo parecía a él, quizá fuera el viento o la ventilación.

Se apagó la luz; únicamente llegaba un débil resplandor unido a un murmullo del lugar por donde se habían ido los de su clase. Se tumbó y pegó la oreja al suelo. Había algo en ese sonido que no le dejaba tranquilo, algo que no acababa de oír bien. Buscando un punto donde se escuchara mejor, se movió con la oreja pegada al frío terrazo. El aullido cada vez llegaba más nítido, ya estaba seguro de que salía de más de una garganta. Y aparte del aullido había algo más, otro tipo de sonido, familiar, de un animal...

Estaba a punto de dar con ello cuando sintió un doloroso golpe en un costado.

—¿Qué cojones...? —la pálida luz de la pantalla de un móvil iluminó la

oscuridad—. ¿Marcin? ¿Estás gilipollas o qué?

Marcin se levantó y se sacudió la ropa.

—Es que hay un aullido...

—Ya, sí, de un violín. Anda, bebe un trago, Vivaldi.

### 3.

El doctor Jarosław Klejnocki, subinspector de policía, estaba sentado con las piernas cruzadas. Le daba caladas a la pipa y dirigía a los demás una mirada tranquila, oculta por unas gruesas gafas. Las gafas eran gruesas de verdad, no se trataba de ninguna metáfora, tan gruesas que se podía percibir la forma abombada de las lentes y además el fragmento del rostro del científico que se veía tras ellas parecía mucho más estrecho que el resto. El pelo, canoso, lo llevaba muy corto, la barba igualmente corta, y vestía un jersey de cuello alto, una chaqueta de tweed, los pantalones de un traje y unas deportivas rojas al estilo del doctor House.

La ropa le quedaba un poquito grande. Szacki pensó que hasta poco antes había debido de estar gordo. Parecía algo demacrado, le sobraba un poquito de piel en las mejillas y eso, sumado a su manera de vestir y a sus movimientos lentos, era la prueba de que durante años se había acostumbrado a su obesidad. Que seguramente le había arrebatado una enfermedad o una esposa compasiva que no deseaba quedarse viuda antes de tiempo por culpa del colesterol.

Aparte de Klejnocki y Szacki, en la sala de conferencias de la fiscalía estaban Basia Sobieraj y Leon Wilczur, que anteriormente había acompañado al científico a ver los lugares de los crímenes. Las persianas de las ventanas estaban bajadas y en una gran pantalla desplegable se veían fotos de los cadáveres. Sobieraj permanecía sentada de espaldas a la pantalla; no quería ver aquello.

Klejnocki dio una calada más a la pipa y la colocó sobre un soporte especial que había sacado del bolsillo. Si alguien organizara un concurso para elegir al arquetipo de cerebritito cracoviano, el subinspector ganaría el primer premio o bien sería el presidente del jurado. Szacki sintió una repentina irritación. La única esperanza que le quedaba era que tal exceso de forma escondiera algún fondo que no fuera el de la mera clarividencia disfrazada de ciencia.

—Pues fíjense, hace poco tomé parte en un concurso para elegir el término más genuinamente polaco. ¿Saben cuál propuse yo?

Maldito jodido cabrón, pensó Szacki, sonriendo amablemente.

—«Żółć»[\[18\]](#) —dijo Klejnocki con énfasis—. Por dos razones. La primera, porque es una palabra compuesta toda ella por letras con signos diacríticos típicos de la lengua polaca y esto le confiere una originalidad que la hace irrepetible.

Me cago en diez, esto no puede ser verdad, pensó Szacki, al que le parecía surrealista estar allí sentado escuchando esas explicaciones.

—La segunda, que a pesar de que lingüísticamente hablando el término es tan distintivo, incluye cierto contenido generalizador. De una manera simbólica determina la naturaleza de la colectividad que emplea dicha palabra, que, admitámoslo, no se usa a menudo. Refleja cierto estado mental y psicológico característico a orillas del Vístula. Amargura, frustración, burla revestida de energía negativa y de un sentimiento de insatisfacción, de no estar plenamente realizado, mostrando siempre una actitud adversa.

Klejnocki hizo una pausa, sacudió la ceniza de la pipa y empezó a rellenarla otra vez, absorto en sus meditaciones, mientras sacaba el tabaco de una bolsita de terciopelo, del color del tapete de una mesa de billar. Se extendió un aroma a vainilla por la sala.

—¿Por qué les cuento esto?

—Es lo que nos estamos preguntando —dijo Sobieraj sin poder contenerse. Klejnocki inclinó cortésmente la cabeza hacia ella.

—No me cabe duda, señora fiscal. Les cuento esto porque he advertido que, aparte del crimen pasional, existe algo que podríamos llamar «crimen biliar». Es bastante característico en esta tierra que, queramos o no, llamamos patria. La pasión es un estallido repentino de emociones, un instante de excitación y ofuscación que anula todos los frenos impuestos por la cultura. Sobre los ojos cae un telón rojo y solo importa una idea: matar. La bilis es otra cosa. La bilis se va juntando poco a poco, gotita a gotita. Al principio solo a veces se hace notar, después se convierte en un incómodo ardor de estómago; no deja vivir en paz, es un ruido de fondo cada vez más irritante, algo así como un dolor de muelas, con la diferencia de que la bilis no la eliminamos con una intervención quirúrgica. Pocos saben cómo hacerle frente y cada momento que pasa es una gota más de esa irritante sensación. Ploc, ploc, ploc —cada «ploc» fue acompañado por una calada a la pipa—.

Al final ya solo notamos la bilis, no hay nada más en nuestro interior. Hemos hecho todo lo posible para acabar con ello, para no sentir más esa amargura, esa humillación. Es el momento en que la gente lo manda todo al diablo, por ejemplo cuando la bilis se ha acumulado en el trabajo. Algunos la dirigen contra sí mismos, se tiran de un puente o de un tejado. Otros la dirigen contra los demás, contra la esposa, el padre, un hermano. Y creo que este es el caso que aquí nos ocupa —señaló con la pipa el cadáver pálido de Ela Budnik.

—Es decir, que vamos al grano —le interrumpió Szacki.

—Naturalmente. No pensarían ustedes que me iba a pasar el día diciendo gilipolleces, ¿verdad?

Sobieraj levantó una ceja, pero no comentó nada. Wilczur no movió un músculo de la cara. Hasta entonces había permanecido completamente callado e inmóvil, y quizá consideró que habían acabado los juegos preliminares y ya era hora de entrar en acción. Eso venía a decir el hecho de que se inclinara hacia delante en la silla —Szacki habría jurado que había oído un chirrido pero que no lo había emitido la silla—, que le quitara el filtro a un cigarrillo y que lo encendiera.

—Reconozco que el caso es muy extraño —comenzó diciendo Klejnocki, y Szacki pensó que ya empezaba el rollo de costumbre. Siempre había considerado a los psicólogos criminalistas como una especie de clarividentes que daban tanta información y multiplicaban de tal forma las dudas, que algo tenía que encajar. De las predicciones que no acertaban nadie se acordaba después—. De no ser porque resulta más bien evidente y fuera de toda duda que el autor de ambos crímenes es una misma persona, me atrevería a sugerir que en el caso del segundo asesinato están ustedes ante un imitador. Hay demasiadas diferencias.

—¿Por ejemplo? —preguntó Szacki.

—Las dos víctimas se desangraron hasta morir. En apariencia es una similitud. Pero fijémonos en los detalles. Al segundo fallecido le han seccionado con precisión las arterias femorales. Una solución en cierto modo elegante: la sangre sale rápidamente, resbala por las piernas, fin. Por su parte, a la mujer le han cortado la garganta de tal forma que el resultado recuerda a unas branquias, como consecuencia de muchas hendiduras rabiosas. El autor quería castigarla, humillarla, desfigurarla; no le importó que la sangre cubriera la cara y el torso de la víctima y que le salpicara a él mismo. Teniendo esto en cuenta, es de suponer que el lugar estaría lleno de sangre.

Szacki recordó el extenso charco carmesí que había en el primer piso de la mansión abandonada.

—Es decir, que el primer asesinato fue del tipo «biliar» y teóricamente debería haber puesto fin al asunto: el crimen ya está cometido, la bilis se ha ido a la vez que ha salido la sangre de la víctima, aparece la sensación de paz, después llegará el sentimiento de culpa y los remordimientos de conciencia. Esa es la dinámica de estos casos. ¿Por qué mató de nuevo? —Klejnocki se levantó y empezó a pasearse por la sala—. Aparte de eso, ambas víctimas habían sido desnudadas. En apariencia es una similitud. Pero fijémonos en los detalles. A la fallecida la dejaron desnuda en un lugar público, otra humillación más, todo ello es una muestra de lo fuerte que era la necesidad de matar. Por eso podemos descartar que el autor sea una persona ajena a la víctima o alguien que estuviera de paso. Al fallecido lo colgaron en un sitio apartado y por si fuera poco está el barril, que podemos considerar como una especie de cobertor; al fin y al cabo no causó un gran daño, era más bien un accesorio. Parece como si esta vez el autor se hubiera avergonzado subconscientemente de su acto, mientras que en el caso anterior quería que todo el mundo se enterara de lo que había hecho. ¿Por qué? De momento no lo sabemos, pero les aconsejo que den por seguro que la clave de este misterio es el primer asesinato y los móviles que haya tras él. El segundo es, por así decirlo, complementario, no esencial. Disculpen el tono cínico, pero supongo que en esta etapa lo que más les interesará será atrapar al autor.

—Todo el tiempo habla usted de «el autor» —lo interrumpió Sobieraj—. ¿El perfil es el de un varón?

—Muy buena pregunta, justamente iba a comentar eso. No pueden descartar que se trate de una mujer, por varios motivos. Principalmente porque la víctima no fue violada. Pocas veces ocurre que un hombre poseído por el deseo de matar no se aproveche de una mujer inconsciente, porque supone para ella otra nueva humillación. Además, el rostro de la víctima está intacto, a pesar de que el autor hizo jirones su garganta con un instrumento afilado. Esto podría apuntar a una mujer, porque para ellas el rostro es la tarjeta de visita, la manifestación de una belleza que da fe de su gran valía, de su fertilidad, de una posición mejor. Destruir esa tarjeta de visita es para una mujer un tabú más fuerte que para un hombre. Y finalmente tenemos lo que ya les he mencionado anteriormente. El primer asesinato es el típico crimen con una fuerte base emocional; el segundo ha sido cometido como con

vergüenza, por obligación, porque lo exigía el plan, de venganza por ejemplo. Pero las mujeres son mucho más metódicas. Un hombre habría degollado a la víctima, la tensión habría desaparecido y se habría quedado satisfecho. Una mujer habría marcado una cruz junto al punto número uno y habría pasado al segundo punto. Naturalmente, no estoy afirmando que la autora sea una mujer. Digo que por desgracia no se puede excluir esa posibilidad.

—Nos está ayudando usted mucho —comentó mordazmente Szacki—. No puede confirmar nada, ni rechazar nada; todo es posible. Esto no nos hace avanzar.

—Las víctimas no murieron en el mismo lugar. ¿Le parece un dato poco concreto, señor fiscal?

—Se equivoca usted —dijo desde atrás Wilczur con voz chirriante.

—El rango no garantiza infalibilidad, inspector —le espetó Klejnocki, demostrando así que no estaba acostumbrado a que un policía de una ciudad pequeña tuviera un grado mayor que el suyo.

—Los análisis indican que bajo el fallecido había también sangre de la primera víctima.

—Quizá así lo indiquen, tal vez la había. Mi consejo es que lo comprueben otra vez, que recojan muestras de diferentes lugares. Psicológicamente no es probable que alguien se haya tomado tantas molestias para llevar a cabo un crimen de tal carga emocional. El segundo está puesto en escena de forma fría, pero el primero no, lo descarto por completo. Sin embargo, si el autor se ha tomado la molestia de dejar allí sangre de la primera víctima, significa que tiene gran interés en que no encuentren ustedes el lugar donde fue asesinada.

Szacki miró a Wilczur, que se limitó a asentir. Era preciso comprobarlo.

—Gracias —le dijo a Klejnocki—. Confirmarlo será muy importante para nosotros.

—¿Atacará de nuevo? ¿Puede tratarse de un asesino en serie?

—No, no encaja con el perfil de un asesino en serie. Como ya he mencionado antes, parece más la ejecución de un plan, la venganza es el móvil en el que resulta más lógico pensar. Si el plan prevé nuevas víctimas, entonces sí, matará.

—¿Hay algo que indique tal cosa?

—La inscripción dejada en el lugar del crimen. Si hubiera dado por finalizado el asunto, no le apetecería jugar a ningún juego.

—Entonces, ¿esto es un juego?

—O bien una forma de comunicar lo concerniente a la venganza. A menudo a los vengadores no les basta con la muerte de la persona a la que consideran culpable del daño que han sufrido. También es importante para ellos desacreditarla, el mundo debe saber por qué ha sido castigada la víctima. Por supuesto, hay una tercera posibilidad, después de todo tanto los asesinos como nosotros existimos en un determinado espacio metacriminal.

—Ya sé adónde quiere usted ir a parar —suspiró Szacki—. Que vemos las mismas películas y que el asesino simplemente garabateó unas cuantas cifras al azar para volvernos locos.

—Exacto.

Klejnocki estiró la mano y apagó el proyector.

—Perdón, pero no puedo seguir contemplando ese cadáver.

En la sala se hizo el silencio. Szacki pensó que, a pesar de todo, el encuentro había sido fructífero y que debía ser justo con Klejnocki: razonaba con mucha lógica, no permitía que un exceso de teoría le ocultara la realidad.

—Suponiendo que haya alguien más en esa lista, ¿quién podría ser?

—Alguien relacionado con las víctimas —contestó el científico cracoviano, cuya opinión coincidía con la de Szacki—. Primero la mujer, después su esposo; no creo que ahora le toque a una dependienta de Białyystok. Un miembro de la familia, o alguien con muchos años de amistad, o de su mismo entorno. Si consiguen saber de qué va este asunto, si encuentran a la siguiente persona de la lista antes de que sea atacada...

No hacía falta que Klejnocki terminara la frase. Desde que había empezado el caso Szacki no dejaba de oír en su cabeza el tictac de un reloj y ahora el reloj había comenzado a sonar con más fuerza y a mayor velocidad. Si encontraban a la posible víctima, encontrarían al asesino. Quizá fuera un hombre, quizá una mujer, seguramente alguien relacionado con los Budnik, alguien a quien conocían. Quizá fuera alguien con quien Szacki se había cruzado por la calle, incluso alguien a quien ya le habían presentado. Miró a Sobieraj, que todavía estaba preguntando por algunos detalles; miró a Wilczur, que hablaba por teléfono en un rincón de la sala. Pensó en otros, en Szyller, en Miszczyk, en el marido de Sobieraj, en el excéntrico anatomopatólogo Rzeźnicki, en la jueza Tatarska, en el tipo que se había dirigido a él por la mañana, delante de la tienda. Todos ellos estaban de alguna forma relacionados: se conocían desde niños, habían ido juntos a las fiestas, juntos difundían rumores, revelaban secretos y se enteraban de

confidencias. No era un paranoico, no se dejaba dominar por la idea de que hubiera una conspiración de silencio en toda la ciudad, pero sí había notado que cada vez ponía más cuidado en lo que les decía a sus nuevos conciudadanos.

Hasta ese momento solo había tenido el presentimiento de que la solución al enigma se ocultaba entre los muros de aquella ciudad que existía desde los albores de la historia de Polonia. Ahora ya estaba seguro.

## 4.

No estuvo presente en la rueda de prensa por razones obvias y cada pregunta sobre Teodor «el sheriff cazajudíos» Szacki fue despachada por Miszczyk de la misma manera: con la fría afirmación de que el fiscal encargado de la investigación estaba ocupado atendiendo sus obligaciones oficiales. No habían hablado mucho acerca de la portada de *Fakt*, la jefa le había informado lacónicamente que había mantenido una larga conversación con el fiscal general y que no había sido una charla agradable. Si no les habían quitado la investigación y no se la habían pasado a la Fiscalía Regional de Kielce se debía a que, casualmente, el fiscal general odiaba la prensa amarilla desde que había visto en una revista su foto en traje de baño («La sauna de la justicia») y también a que cierto misterioso ciudadano situado muy arriba en las estructuras del poder sostenía que si había alguien capaz de poner orden en el follón que se había montado en Sandomierz, ese era el fiscal de los cabellos blancos. Szacki era realista, sabía lo que eso significaba: alguien no deseaba en absoluto que volviera a Varsovia. Tranquilidad, no tenía intención de hacerlo.

Vio la rueda de prensa por televisión. Una pesadilla; la mitad de las preguntas giraron en torno a los asesinatos rituales judíos, la otra mitad en torno a un posible asesino en serie. Al cuarto poder le costaba ocultar su excitación porque quizá por fin había llegado un auténtico asesino en serie a las orillas del Vístula. Mejor dicho: no lo ocultaba. La mayoría de los presentadores que emitían opiniones sobre el asunto parecía que tuvieran todo el tiempo una mano metida por la bragueta y cuando oían la expresión «en serie» se la meneaban aún más fuerte. Un espectáculo penoso. También advirtió que cada vez levantaban más la cabeza los nacionalistas de derechas, que habían estado condenados al ostracismo por sus ideas políticas pero que volvían a recibir crédito para que dieran colorido a la función. Toda clase de tijeos pertenecientes a partidos conservadores como la Unión de la Política Real o la Liga de las Familias Polacas aparecían en las tertulias televisivas y

lanzaban panfletos antisemitas disfrazados de publicistas intelectuales que se escudaban en el «yo solo pregunto», mientras el cuarto poder fingía que todo era correcto.

«Habría que hacerse la pregunta de si el pueblo de Israel ha sido siempre solo la víctima. Naturalmente que ahí está el horror del Holocausto, pero también está el Antiguo Testamento, con todas sus historias sangrientas; ahí están los bombardeos sobre Líbano y el muro que separa a las familias palestinas. No estoy afirmando que los judíos estén tras los acontecimientos de Sandomierz, precisamente en una ciudad en la que en el pasado han ocurrido diversos incidentes resultaría horriblemente simbólico. Lo que digo es que sería una imprudencia fingir que existe en el mundo una nación totalmente incapaz de agredir. Porque en este caso tal suposición podría conducir a una tragedia aún mayor.»

En fin, no había nada que hacer frente a la estupidez. Decidió desconectar de todo ese ruido, concentrarse en las pruebas, y repasó de nuevo todos los informes, los antiguos y los nuevos. No tenía muy buena pinta. La mansión abandonada de la calle Zamkowa estaba en un sitio en el que nadie podía haber visto nada, y en efecto así fue. Tampoco había ninguna cámara que cubriera esa zona. Los números de seis cifras no pertenecían a licencias de la antigua policía comunista y tampoco dio resultado cotejarlos con los números de los prisioneros de los campos de concentración ni con los de los programas para hablar por internet. Un pequeño paso adelante fue confirmar la hipótesis de Klejnocki: en efecto, la señora Budnik no había sido asesinada en el mismo lugar que su marido. Se halló su sangre en diversos puntos, esparcida de una forma sospechosamente regular; si Ela hubiera sido degollada en ese sitio la sangre habría caído de manera diferente. Szacki sabía que esa información resultaba capital. Si el autor tenía tanto interés en que dejaran de buscar el lugar donde se cometió el primer crimen, sería porque desvelaría su identidad. Lo cual, además, confirmaría que no se trataba de una persona ajena a la víctima. Por eso dio orden de que se registrara minuciosamente la propiedad entera en busca de restos de sangre. Quizá el asesino la había derramado sin querer en algún sitio y eso indicaría la dirección por la que había entrado; a lo mejor les había dejado inconscientemente un rastro de miguitas de pan. Pan y sangre, de nuevo una retorcida simbología.

Tras la rueda de prensa se volvió a reunir con Miszczyk y Sobieraj, para

repararlo todo al detalle. Casi todo, porque Szacki se guardó para sí el resultado de sus pesquisas nocturnas acerca del Ejército Polaco Clandestino. Lo mencionó, por supuesto, pero no lo incluyó en las actas como hipótesis alternativa de investigación ni dijo que fuera una pista importante. ¿Por qué? Porque arrojaba una sombra demasiado extensa sobre aquella empalagosa ciudad como para confiar en los vecinos que se habían criado en ella y estaban enamorados de Sandomierz. Aparte de eso, cada vez le preocupaba más la idea de que no eran del todo sinceros con él. Que era un extraño al que se le cuenta solo lo necesario, ni una palabra más. Quizá esto no fuera muy justo en lo referente a Sobieraj, la simpatía que los unía se fortalecía con cada nueva conversación y la presencia de la pelirroja «chochín intachable» le causaba a Szacki un auténtico placer. Pero también era de Sandomierz, lo que significaba que no podía confiar en ella del todo.

Después de la reunión volvió a repasar las actas. Tenía que estar seguro de que no se le había escapado ninguna frase, ninguna palabra, ningún fragmento de fotografía. Tenía que estar seguro de que en los informes no se escondía la solución del enigma.

## 5.

La manecilla corta del reloj colgado sobre la puerta se acercaba a las diez, pero él seguía inclinado sobre los papeles. Le daba vueltas en su imaginación a cada elemento del puzle, proyectaba en su mente distintas versiones como si fueran películas. Concentrado, inmerso en otro mundo, aspiró bruscamente por el susto que se llevó cuando el móvil sonó frente a él. Comisaría Provincial de Policía. ¿El fiscal Szacki? Sin duda alguna. Había olvidado por completo que estaba de guardia. Era muy fácil olvidarse de las guardias en Sandomierz, por lo general no ocurría nada que requiriera la presencia del fiscal en el lugar del suceso, algún accidente en la carretera de circunvalación de vez en cuando. Escuchó al oficial de guardia y se volvió a sentir como por la mañana en la tienda. Aquello no podía ser verdad, alguien le estaba tomando el pelo.

—Estaré allí en diez minutos —soltó.

En el coche le echó un vistazo al plano de la ciudad; creía saber dónde era, pero no quería correr riesgos. Se hallaba cerca, cómo no, allí todo quedaba cerca. Mientras conducía puso Radio Tres; estaban entregando los premios Fryderyk, Nosowska había sido elegida vocalista del año. Szacki maldijo en alto. Increíble, joder, era sencillamente increíble. Adoraba a la poeta Agnieszka Osiecka, le gustaba Nosowska, había comprado el disco en cuanto lo publicaron para comprobar qué había hecho la diva del rock polaco con los textos de la poeta, cómo había arreglado las melodías que años atrás habían compuesto otros para acompañar los versos de Osiecka, si sería capaz de enfrentarse a las composiciones de Komeda, Satanowski, Krajewski. Tras escucharlo la primera vez Szacki quedó conmocionado, porque Nosowska no había hecho nada. El disco se componía simplemente de una decena de versiones de los legendarios temas de Osiecka; ni una sola nota nueva, solo versiones. Con la diferencia de que en vez de las inimitables voces de Edmund Fetting, Kalina Jędrusik o Maryla Rodowicz se oía todo el tiempo un aullido ronco, nervioso, exaltado y pretencioso. Szacki estaba realmente

desconcertado por el modo en que la cantante había exhumado a la poeta. Miedo le daba lo que pudiera hacer de ahí en adelante. ¿A qué nueva letrista olvidada sacaría del cementerio? Se imaginó a otra rockera de moda, Kasia Kowalska, berreando los temas del grupo Republika y se echó a reír. Eso ya sería demasiado.

Dejó atrás la estación de autobuses, giró a la izquierda y aparcó detrás de un coche de policía. La parte trasera de la residencia de estudiantes, perteneciente al complejo de escuelas de hostelería, estaba iluminada en medio de la oscuridad por el resplandor de unas antorchas. En cuanto apagó la radio, empezó a colarse en el coche un cántico.

—... y ríos corrieron con nuestras lágrimas y sangre. Qué horrendo ha de ser para aquellos a quienes la libertad arrebatas para siempre. Ante tus altares llevamos nuestras súplicas...

Szacki apoyó la cabeza en el volante en gesto de resignación. Esto no, por piedad. Otra pelotera patriótica no. Y encima amenizada con esas chorradas católicas y xenófobas pseudoliterarias: nosotros mejores, vosotros peores, premios para nosotros, castigos para vosotros. No veía gran diferencia entre el himno católico «Señor, Tú que a Polonia» y el himno del partido nazi «La bandera en alto». Al menos este último era menos quejumbroso y lastimero. Se abrochó la chaqueta, se puso la máscara de acero de fiscal y salió a la fría noche, que olía a niebla y humedad. No había dado ni diez pasos cuando apareció el Mariscal entre la penumbra y le cerró el paso muy inquieto.

—¿Qué hace aquí, señor fiscal?

—Estoy dando un paseo —le espetó mosqueado Szacki—. El oficial de guardia me ha avisado de que había un incidente.

—Qué va —el Mariscal hizo un gesto con la mano—. Era Nocul, ¿verdad? Es un exagerado, en realidad no pasa nada. Los jóvenes, que han bebido un poco, han hecho algo de ruido y los vecinos se han asustado pensando que había disturbios.

—¿Han bebido tanto que han encendido antorchas? —Szacki no podía entender cuál era el motivo del miedo que se veía en los ojos del Mariscal. ¿Qué estaba pasando allí? Ignoró al policía y avanzó con paso decidido hacia las personas reunidas, que habían empezado a corear el «Adelante, polacos, adelante». Claro, por supuesto, se quejó mentalmente, no podían faltar los nacionalistas locos, impensable.

En la calle había una quincena de chicos de entre diecisiete y veinte años

más o menos; algunos muy probablemente iban entonados, varios portaban antorchas. Al principio Szacki se preguntó qué harían allí. Había escuchado los rumores acerca de los nacionalistas de Sandomierz, que, por alguna razón, se reunían habitualmente en el antiguo cementerio de soldados soviéticos que estaba en la periferia de la ciudad. El complejo de escuelas de hostelería no encajaba mucho con los rituales patrióticos, a no ser que estuvieran manifestándose para exigir alimentos o algo así. El misterio no tardó en aclararse. Justo detrás del complejo escolar se encontraba un pequeño cementerio judío; a la luz de las linternas y las antorchas se podía ver una pirámide de varios metros construida con fragmentos de lápidas judías.

—Por su nación muere el polaco, por la patria —cantaron los chicos vestidos con camisas negras— aguanta el hambre, las penas, las dentelladas. Adelante, polacos, adelante...

¿Sabrán que es una melodía ucraniana?, se preguntó Szacki.

Su primer impulso fue dispersar a los alborotadores antes de que se dejaran caer por allí los medios de comunicación y escribieran que el sheriff de Sandomierz, ayudado por su fiel guardia pretoriana, estaba persiguiendo a los autores de un asesinato ritual judío. ¡Bravo, señor fiscal! *Sieg Heil!* Y por cierto, resulta curioso que la prensa amarilla sea exactamente igual de xenófoba en todo el mundo, consciente de que lo que más necesita su lector medio —un borracho que pega a su mujer— es que le señalen a un enemigo al que pueda echar la culpa de sus fracasos. Tras un breve instante de vacilación, Szacki dominó su primer impulso; le indicó con la cabeza al Mariscal que se acercara y le ordenó llevar cuanto antes hasta allí a Szyller y tres furgones policiales de Tarnobrzeg.

—Pero ¿para qué, señor fiscal? —dijo el Mariscal casi con lágrimas en los ojos.

—¡Inmediatamente! —gritó Szacki, y en su tono de voz debió de notar algo especial el policía, porque se metió en el coche patrulla de dos brincos. Aunque no tardó en volver.

—Ya se sabe que los jóvenes se aburren con facilidad, no tienen más que serrín en la cabeza —siguió insistiendo—. Han formado un círculo patriótico, mejor eso que drogarse.

—¿Un círculo patriótico? Venga ya, esto no llega a círculo, se queda en culo fascistoide y poco más —el cabreo de Szacki aumentaba por momentos.

—Pero es que mi chaval está entre ellos, señor fiscal. ¿Para qué montar un

escándalo? Vamos a dispersarlos y ya está.

Szacki le lanzó una mirada gélida y ya iba a soltar un comentario brusco, pero entonces pensó en Hela, que no quería encontrarse con él, que se alejaba cada vez más, que incluso en sus recuerdos empezaba a desvanecerse. ¿Quién era él para dar consejos de buen padre? Le dio pena del policía, en cualquier otra situación le habría dicho que no le mareara y que dispersara a esa gente. Pero en ese momento, para empezar, necesitaba dar un castigo ejemplar, y en segundo lugar, había comenzado ya su, llamémoslo así, experimento judicial. Y además no soportaba a los nacionalistas, cultivadores de hobbies con antorchas, hay que joderse.

—¡Existe el derecho de reunión! —vociferó en dirección a Szacki y al Mariscal un chico de tez y pelo morenos con unos rasgos muy poco arios—. ¡Podemos estar aquí hasta la hora que marca la ley! ¡No podéis hacernos nada!

Szacki le sonrió. No sería difícil encontrar algún punto en el Código Penal apropiado al caso, pero por el momento lo que quería era, por un lado, que bajaran la guardia, y por otro, provocarles con su presencia y la de la policía.

—¡Y libertad de expresión! —añadió otro, cuyo aspecto sí era más tipo Lebensborn—. Podemos decir lo que queramos. ¡No cerraréis la boca a los polacos!

Tampoco eso era del todo cierto, pero Szacki sonrió de nuevo.

—¡Vamos allá con el vals! —gritó a sus compañeros el no-ario, y todos empezaron a cantar una canción con la melodía de un megahit de Jerzy Połomski.

—Había una vez un *goy*, un avisado *goy*, que se metía con los judíos sin descanso. Pero muy pronto los judíos dijeron «oy, habrá que darle a ese tipejo un buen repaso».

Szacki ahogó en su interior una carcajada. La situación era surrealista, sin duda alguna, pero lo de transformar aquella canción, tan popular en las bodas, en una cantinela antisemita le daba al conjunto el toque elegante del cabaré. Los alegres muchachos llegaron al estribillo.

—Laaa saaa... la entera a tiros se desfoga, los hebreos caen a cientos como moscas, poco a poco nos libramos de esta roña, Arafat con sus soldados nos apoya.

Por un lado sintió satisfacción, porque acababan de violar una ley, pero por otro se sintió manchado. Estaba convencido de que al inicio de cualquier

acción estaba la palabra, que las palabras de odio conducían al odio; las de violencia, a la violencia; las de muerte, a la muerte. Todas las masacres que conocía la humanidad habían comenzado con el parloteo.

—... para el negro y el sarasa la alambrada, y la cámara de gas para los rojos. ¡Este es el vals del nazi para el Sabbat!

Justo con la última exclamación llegó un coche de policía, del que se bajó Szyller. Con sus vaqueros y su jersey negro de cuello alto parecía un lobo de mar. Ni siquiera miró el coro de jóvenes patriotas, fue directamente hacia Szacki.

—¿A qué viene todo esto? —gritó.

—Perdón por las molestias, pero necesitaba su ayuda. Pensé que sería mejor que usted mismo apaciguara a sus lameculos antes de que empiecen a llegar oleadas de peregrinos a esta ciudad por ser el mayor museo del antisemitismo en el mundo. Ya tenemos suficientes problemas.

—¡Menuda estupidez! El que yo sea un patriota no significa que conozca a todos los colgados con botas militares.

Szacki se acercó a él para recurrir al viejo truco de invadir el espacio personal.

—Deje de decir gilipolleces, con perdón —le susurró—. ¿Cree que una investigación consiste en mantener amistosas charlas? Hemos investigado bien sus finanzas, su actividad filantrópica; sé perfectamente qué organizaciones reciben dinero de usted. Por supuesto en su declaración lo negará todo, dirá que un contable lo hacía a sus espaldas y que las únicas organizaciones patrióticas que conoce son los grupos que se reúnen para rezar el rosario. Pero de eso hablaremos luego. Ahora vaya ahí a decirles a sus chicos que se marchen a casa antes de que esos fascistas borrachos nos metan a todos en problemas.

Ambos hombres se quedaron mirándose a los ojos. Szacki no tenía ni idea de qué estaba pensando Szyller, lo único que le importaba era impedir que algún gesto suyo revelara que lo de las finanzas era un farol. Tras un largo instante, el empresario se giró y se acercó al no-ario. Conversaron en voz baja.

Parecía que ahí iba a terminar el experimento judicial.

—Muchísimas gracias, señor fiscal —dijo con alivio el Mariscal—. Ya temía que fuera usted a... Si no son más que unos chiquillos. Debe usted comprender que aquí la cosa es diferente. Todo el mundo se conoce, tienen

amistad, se trata de una misma comunidad y tenemos que estar juntos, ¿verdad? Incluso aunque se les pasen por la cabeza tales tonterías como celebrar el cumpleaños del loco ese. Menos mal que en cuanto crezcan se les pasará.

Szacki no tenía ni idea de a qué cumpleaños se refería el policía, pero le dio pena tener que causarle un disgusto. De la ciudad llegaban los furgones policiales de Tarnobrzeg, con las luces encendidas pero sin sirenas. Se detuvieron en el mismo momento en que Szyller regresaba de su misión.

—Arreglado —comunicó fríamente.

—Les diré a los de Tarnobrzeg que pueden irse —dijo el Mariscal, pero Szacki lo detuvo con un gesto.

—Que los detengan a todos —ordenó con tranquilidad.

—¿Qué? —gritaron a la vez el policía y Szyller.

—Que los detengan a todos y los encierren durante cuarenta y ocho horas. Veo aquí a catorce personas. Por la mañana quiero tener sobre mi mesa catorce informes de arresto, ni uno menos. Esta misma noche serán presentados cargos.

—Pero señor fiscal...

—Qué hijo de puta eres...

—Aún no nos tratamos de tú, Szyller —dijo lentamente Szacki—. Y ahora que ha mostrado usted su conexión con las organizaciones nacionalistas ultraderechistas, le recomiendo que sea más educado con las fuerzas del orden. Llévase al señor Szyller de vuelta a casa. El operativo preventivo sigue en pie.

—Pero señor fiscal...

—¡Que se jodan los polis! ¡Que se jodan los polis! —empezó a corear el círculo de cantores patrióticos.

—¡Tiremos el cerdo! —berreó alguien—. ¡Tiremos el cerdo, hostias!

Szacki se dio la vuelta. Uno de los chicos Lebensborn sacó de una bolsa de basura negra una cabeza de cerdo y la lanzó hacia el cementerio. La cabeza quedó encajada de manera grotesca entre los trozos de lápidas, una oreja rosada se balanceaba rítmicamente. Al cerdo lo siguió un frasco, que voló por encima del muro y se rompió con estruendo contra una piedra. Un líquido rojo se derramó sobre las lápidas y rellenó poco a poco las letras hebreas talladas en la piedra.

—¡Sangre por sangre! ¡Sangre por sangre! ¡Sangre por sangre!

—¡Se lo ruego, señor fiscal! —gimió el Mariscal.

—Empiezo a trabajar a las ocho, señor capitán. Será mejor que esos informes estén esperándome mañana.

Los funcionarios policiales llegados desde Tarnobrzeg esposaron sin demasiada emoción a los manifestantes, que opusieron resistencia, y los introdujeron en los furgones. A Szyller se lo llevaron. El Mariscal lloraba; los vecinos miraban sin demasiada emoción todo lo que sucedía.

El fiscal Teodor Szacki se dio la vuelta con indiferencia y fue hasta su coche. Ya era hora de dar por terminada la jornada de trabajo y pensar en alguien ajeno a la ciudad que pudiera ayudarle a desenredar aquella maraña criminal de provincias. Incluso tenía cierta idea de quién podría ser.

Tras él, los detenidos, fieles a las mejores tradiciones de los coros patrióticos, entonaban un himno con la melodía de «La internacional».

—Traigamos la luz a Polonia, fuera mugre y falacia del país. La fuerza llega con nosotros, el futuro ya está aquí...

Qué gente, pensó Szacki. No hay más que versiones y adaptaciones. ¿Así cómo va a existir algo normal por estos lares?

## 6.

En la vida no se pueden tener cosas viejas, en la vida solo se pueden tener cosas nuevas. Desear cualquier clase de retorno al pasado es imposible y aunque imaginemos ese retorno y lo anotemos en un papel, igualmente tendremos que decepcionarnos, porque un retorno en papel es solo una elección de fragmentos, de palabras sueltas, de colores sueltos, de trozos de sentimientos sueltos. Toda la corriente de aquella época ha pasado, irreversiblemente. Por eso, mientras espera a su siguiente víctima siente tranquilidad. No añora, no evoca, no se lamenta. Hay que ocuparse de asuntos prácticos, pensar en lo que vendrá a continuación. Después de todo, en la vida solo se pueden tener cosas nuevas.

## 7.

El reloj de la torre del ayuntamiento anunció que llegaba una hora en punto con cuatro campanadas y después dio las once. No se renunciaba a ningún sonido y tanta exactitud a esa hora de la noche parecía un suplicio innecesario. Otra cosa era que en Sandomierz, aparte de los niños y de los policías que había frente a la casa de Jerzy Szyller, pocos estaban durmiendo. Todos hablaban. En general en la cocina, que era donde mejor se charlaba, pero también en los dormitorios, en los sofás, ante los televisores con el volumen bajado. Solo había un tema: los conocidos ya cadáveres, los conocidos sospechosos, los conocidos-que-seguro-que-fueron-ellos-los-que-lo-hicieron, los conocidos-que-seguro-que-no-fueron-ellos, los motivos y la ausencia de motivos, los secretos, los rumores, las explicaciones improbables, las conspiraciones, las mafias, los policías, los fiscales y de nuevo los cadáveres. Pero también se hablaba de las viejas supersticiones, de las leyendas eternamente vivas, de los mitos transmitidos de generación en generación, de los antiguos vecinos y, finalmente, de la mitad de la verdad.

Ariadna y Mariusz charlaban ante un canal informativo en el que siempre daban malas noticias. En realidad hablaba más él; ella escuchaba sin apenas contradecirle. No quería que una bronca despertara a su hijo, que dormía en la habitación contigua, y además con su marido no le apetecía ni discutir desde que lo había designado oficialmente como el mayor error de su vida.

—No lo entiendo. El cuadro lleva trescientos años colgado en la iglesia, mejor dicho, en la catedral. Hubo juicios, hubo gente condenada, antes de la guerra todo el mundo sabía que esas cosas ocurrían. Y ahora fingen estar muy sorprendidos porque la verdad haya salido a la luz.

—¿Qué verdad? ¿Te has vuelto loco? Nadie lo ha llegado a demostrar nunca.

—Nadie puede demostrar que no sea verdad.

—Por Dios, Mariusz, la cosa no funciona así. No hay que demostrar la

inocencia, sino la culpabilidad. No hace falta estudiar Derecho para saberlo, es..., yo qué sé, el abecé de la humanidad.

—Entre los judíos era una práctica habitual. ¿Lo entiendes? Y no solo aquí, por lo visto también en Francia y en otros países. Y además, ¿quién crees que iba en el Volga negro[19]?

—Deja que adivine: ¿judíos?

—¿Y de dónde sale la leyenda de que los del Volga raptaban a los niños para sacarles la sangre? Hmm. Quizá hay algo ahí que encaja, ¿no te parece?

—Sí, encaja una mentira con otra, las mismas estupideces. Siempre que desaparecía un niño porque sus padres bebían o porque no se molestaban en cuidar de él era porque se lo había llevado un espectro, o los judíos, o los gitanos, o el Volga negro, o lo que estuviera de moda. ¿No te das cuenta de que son cuentos?

—Seguro que en todo cuento hay algo de verdad, una pizca, por pequeña que sea.

—No me fastidies, hombre. Si la sangre no es kosher, ningún judío tocaría una matzá que contuviera sangre. Joder, que eres una persona instruida, deberías saber esas cosas.

—Precisamente, como estoy instruido sé que en la historia no hay nada que sea solo blanco o negro. Y que se puede hablar a todo el mundo de la comida kosher y del Sabbat y luego hacer otra cosa. ¿Crees que cuando los israelíes estuvieron en guerra contra el Líbano hacían una pausa los sábados? Pues eso.

—¿No te enseñaron que a lo largo de nuestra historia eran los polacos los que mataban a judíos y no al contrario? ¿Que eran los polacos los que organizaban pogromos y provocaban incendios «accidentales»? ¿Y que durante la ocupación les gustaba denunciar a niños que se ocultaban en los bosques o clavarles horcas a personas que habían logrado huir de milagro?

—Esa es solo una versión de la historia.

—¿Y en la otra los judíos van por las noches vestidos con sus típicos abrigos y cazan niños? Esto es increíble.

—Pongamos que ahora cazan de otra forma. Ahora el dinero manda más que esos barriles con clavos. A ver, ¿qué bancos no están hoy en día en manos de judíos? ¿Qué banco en Polonia es polaco? Así se saca la sangre mucho más fácilmente que con los clavos.

—Ya, claro. Entonces mejor pon otra cerradura más en la puerta para que

no rapten al niño. Con un bebé católico tan gordito se haría matzá para toda la ciudad.

—Cuidado con lo que dices, ¿eh? Es un buen consejo: ten cuidado. Cuidado con lo que dices sobre mi hijo.

—O aún peor, le pueden abrir una cuenta en un banco. Eso sí que sería una tragedia, con cada transferencia esos apestosos se enriquecerían a costa del peque. ¡Por Cristo Nuestro Señor, Rey de Polonia y del Universo, no lo permitamos! ¡Nuestro peque siempre guardará el dinero en un calcetín!

El padre Marek y su feligresa Aniela charlaban en casa de esta, en la cocina, sentados a la mesa. Pero seamos justos: como el buen Dios le había otorgado a Aniela la gracia de tener una gran fe y un talento culinario aún mayor, se les oía con más frecuencia masticar enérgicamente que participar en una discusión que en el fondo era antropológica.

—Ya sé que estoy pecando, lo sé, y además es tarde y me tengo que ir. Pero si insiste cogeré un trozo pequeño, ese de ahí que está bien tostado por arriba, que es como más me gusta. Si Santo Tomás hubiera probado esta tarta de queso, tendría que haber añadido una prueba más de la existencia de Dios.

—¡Pero qué cosas dice usted, padre!

—Pues si no me controlo voy a tener que llevar otra vez la sotana al sastre. Porque lo que debería hacer es adelgazar, que luego vienen los turistas y quieren ver al padre Mateusz, no a un gordo.

—No exagere, tiene usted muy buen aspecto.

—Demasiado bueno.

—¿Qué piensa usted, padre? ¿Se va a montar de nuevo un escándalo por el cuadro ese de la catedral?

—Ya lo creo, ya. Incluso he pensado sobre eso últimamente. He pensado que deberíamos aprender de esos cuadros de De Prevot que cada asesinato, cada odio, cada falsa sospecha es siempre algo malo y deberíamos guardarnos de ello. Ningún fanatismo es bueno, ninguna exageración, ni siquiera si alguien exagera de buena fe.

—Tiene toda la razón, padre.

—Pero por supuesto hay muchas interpretaciones, si hablamos en concreto de ese cuadro. También he pensado que hace referencia a un problema tan importante hoy en día como es el del aborto; antaño también existía ese problema y se decía que ellos sabían realizar abortos.

—¿Los judíos?

—No se sabe si eran los judíos o si eran otros y a ellos solo les dejaban los bebés tras los abortos.

El señor Stanisław, conocido entre sus amigos como Stefan, guía diplomado desde hacía veintitrés años y que se dedicaba a conducir las excursiones por Sandomierz, estaba terminando de cenar en el restaurante del hotel Basztowy. Le habían invitado los contables de cierta constructora a los que durante todo el día había estado enseñando su querida ciudad.

—Señores, quizá yo sea mayor, pero no viví antes de la guerra y no tengo ni idea de cómo pudo ser en realidad. Pero analicémoslo con lógica. Hay distintas sectas religiosas en Polonia y en el mundo, ¿verdad?

—Así es.

—Y en estas sectas, como por desgracia comprobamos por la televisión, a veces hay suicidios y también asesinatos, ¿verdad?

—Verdad.

—Los satanistas y otros así, por ejemplo. Así que, por lógica, también ha podido haber diversas sectas judías a lo largo de la historia, ¿no?

—Sí, es posible.

—Y esas sectas pudieron hacer cosas horrendas.

—Por supuesto.

—Pues quizá ahí resida la verdad. En que por desgracia eso ocurrió y el recuerdo de esos terribles acontecimientos ha perdurado en ese cuadro.

La señora Helena, como todos los habitantes mayores de la ciudad que habían conocido a judíos de carne y hueso y no solo las figuritas de madera de la tienda de recuerdos, dejó de ser por un día una carga y se convirtió en una autoridad en el tema de cómo era el problema en aquellos tiempos. Ella, como la mayoría de los que vivieron en aquella ciudad polaco-judía de antes de la guerra, no recordaba barriles, solo a gente de una y otra fe paseando tranquilamente por la vega en los días cálidos. Mientras pensaba en aquellos días cálidos, en el piso de abajo su nieta discutía con su marido.

—Sylwia dice que no va a enviar a su hijo, que para qué va a arriesgarse. Que el niño se quede en casa, no le pasará nada. Por lo de la leyenda, ya sabes.

—Leyenda, jodienda. ¿Por qué no le preguntamos a la abuela? Ella

recuerda cómo era la cosa con los dichosos judíos antes de la guerra.

—Sí, es verdad, vamos arriba. Pero no digas «dichosos judíos», Rafał, por favor.

—No es para tanto, mujer. ¿Qué quieres que diga? ¿Hebreos?

—Di simplemente judíos... Cuidado con el último escalón... Abuela, ¿duerme?

—Yo ya he dormido todo lo que tenía que dormir.

—Está usted como una rosa.

—Sí, una rosa marchita. Anda, Rafał, dame un beso, mi nietecito más querido.

—No lo mime tanto, abuela. ¿Recuerda cómo era todo antes de la guerra?

—Era mejor. Los mozos se paraban a mirarme.

—¿Y los judíos?

—Los judíos eran los mejores, como Mojsiek Epsztajn, ese sí que era cortés.

—¿Y no sabe usted qué se contaba sobre eso de lo que se habla también ahora, que raptaban niños para quitarles la sangre?

—Eso son palabrerías y en aquel entonces también se decían muchas idioteces. Recuerdo que tenía una amiga, no era muy despabilada la chica, que fue un domingo a una tienda que tenía una judía en nuestra calle; supongo que la mandaría su madre a por algo. Porque en esa época la cosa era así: los polacos abrían los sábados y los judíos los domingos, y todos contentos.

—Y su amiga...

—Y mi amiga estaba en la tienda un domingo y como pasaba en ese momento una procesión, pues la judía entornó la puerta para no molestar, ya me entendéis. Y mi amiga, que no recuerdo ni cómo se llamaba, creo que Krysia, cuando lo vio empezó a gritar que querían llevársela para hacer matzá. Se formó un gran alboroto, pero justo estaba allí mi madre y arregló la situación; le dio un azote a Krysia y la acompañó a su casa. Pero el jaleo fue tan grande que media ciudad debió de creérselo, sí. Lo de la matzá y los raptos de los judíos no eran más que tonterías y mentiras, no merece la pena ni contarlos.

—Pero ¿y el cuadro de la iglesia? Si no fuera verdad lo quitarían, digo yo.

—Claro, porque ya se sabe que en la iglesia no puede haber otra cosa que no sea la verdad. A ver si pensamos un poco, Rafał.

—Ya, sí, pero antes de la guerra creo que los polacos no se llevaban muy bien con los judíos, ¿no?

—¿Es que acaso los polacos se llevaban bien con los polacos? Vosotros los jóvenes parecéis recién caídos de la Luna. ¿Los polacos se llevan bien con alguien? Pero os diré que yo vivía en un lado de la plaza Mayor y había una familia judía que vivía en el otro lado; tenían una hija de mi edad que se llamaba Malia. Yo en esa época enfermaba a menudo de anginas y me quedaba sola en casa, a mis amigas no les apetecía desperdiciar el día pasándolo allí conmigo. Pero Malia siempre venía. Y yo siempre decía: «Papá, trae a Malia, voy a jugar con ella». Malia se quedaba el día entero y jugaba conmigo. La recuerdo con mucho cariño.

—¿Y qué pasó con ella?

—No tengo ni idea, se marcharía a algún sitio. Marchaos ya. Y pensad un poco, chicos, porque todo eso no son más que una sarta de tonterías. Sangre para matzá...

—No exagere, abuela...

—Que os vayáis os digo, que es tarde y estoy cansada.

En cuanto los jóvenes salieron, la abuela Helena Kołyszko tiró de unas hojas de periódico dobladas que le servían de candado para la puerta del armarito —un gesto que había repetido durante años—, sacó la botella de Licor de la Abuela, llenó hasta la mitad un vaso de cristal metido en un portavasos de plástico y le dio un buen trago, con la práctica de alguien que se tomó su primera copa a los dieciséis años en la boda de su prima Jagoda, en 1936. Menuda boda fue aquella; se besó por primera vez con un chico, mayo era cálido y hermoso. La madre de Jagoda tenía una tienda y se llevaba muy bien con los judíos; durante el banquete decía riéndose que a la catedral habían ido pocos polacos, que se había llenado de judíos. Y cuando el cortejo nupcial, con todos los invitados a la boda, cruzó la ciudad, todas las chicas judías salían a saludar: «¡Jagoda! ¡Que la vida te sonría!». Ella caminaba de la mano con Malia y se reían sin complejos. Y había muchísimas flores, parecía que todos los árboles de Sandomierz acababan de florecer.

Pero Malia se marchó, pensó la abuela Kołyszko, y se terminó el contenido del vaso. Recordaba el día que se marchó. También se marchó entonces el doctor Weiss, que le había curado las anginas desde pequeña. Estaba entusiasmado con los alemanes, que si era un pueblo muy civilizado, que si algo así nunca..., no les harían daño a los judíos. El padre de la abuela

Kołyzko intentó convencerlo: «No firme, doctor, no lo confiese». Pero se mantuvo en sus trece: «Nada de eso. Los alemanes son civilizados». Al parecer, en Dwikozy se envenenó en la misma plataforma de carga. Prefirió morir así antes que entrar al vagón. Ella vio desde la ventana cómo se lo llevaban; lloró mucho porque sentía mucho apego por el doctor. Y él miraba las ventanas, como si quisiera despedirse, pero la madre de Helena no le permitió asomarse. Después pasó la señora Kielman con las gemelas, dos preciosas niñas de cuatro años. Un alemán le disparó a una de las pequeñas, se quedó tirada junto a la casa. Qué gente es esa, qué pueblo es ese, que disparan a un niño que llora. Una madre lleva de la mano a su hija y llega ese y le pega un tiro. Por la tarde volvió el padre de Helena y contó que estaban allí muchos de sus conocidos, que quisieron salvar a alguien, darle la mano a alguien, pero fue imposible, los tenían completamente rodeados.

Y Malia se fue. Los que estuvieron en Dwikozy dijeron que los alemanes habían cavado una zanja frente a la estación para comprobar quién tenía fuerzas, quién era capaz de saltarla, y que ella se tropezó y no pudo cruzarla. Pero eso no era posible, cómo no iba a saltar Malia la zanja, si era más ágil que el resto de las mujeres juntas.

Después ya nunca tuvo una amiga como aquella.

## 8.

Cuando lo dejaron frente al portillo y le desearon buenas noches, él estuvo a punto de saltarles al cuello. Borregos, malditos borregos que viven por encima de su verdadero estatus social. Mindundis, nuevos ricos incapaces de ocultar su origen. Y el fiscal no era mejor. Se hacía un lío con los escritores maricones de la época comunista; claro, seguro que en su casa no había más que tres o cuatro lecturas escolares obligatorias.

Entró en su casa, soltó la cazadora en la percha y, sin encender la luz, se sirvió medio vaso de Metaxa. Sentía debilidad por ese brandy griego tan dulzón. Se sentó en un sillón y cerró los ojos. Cinco minutos después estaba llorando desconsoladamente. Conocía la teoría, sabía que se encontraba en la fase de incredulidad, pero a veces la incredulidad y la convicción de que era solo un juego, una farsa, y de que cuando se acabara el espectáculo todo volvería a ser como antes eran atravesadas por un dolor que lo dejaba al borde de perder el conocimiento. Y entonces le pasaban por encima olas de imágenes de los últimos meses, los momentos más felices para ambos y sin duda los momentos más felices de la vida de él. Ela bebe café con la manga del jersey estirada hasta cubrir la mano para que el vaso no la quemee. Ela lee un libro, con las piernas sobre el reposabrazos del sofá y el pelo echado sobre un hombro para que no moleste. Ela se enrolla el pelo alrededor de un dedo. Ela se baña, con el pelo recogido en un moño y la cabeza apoyada en una almohada de espuma. Ela bromea. Ela parlotea. Ela le grita. Ela, Ela, Ela.

De repente notó que no estaba solo. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad lo suficiente como para ver un fantasma, una figura oscura hundida en el sillón que había en la esquina del salón. La figura se movió y se levantó, con paso lento caminó hacia él. En esta otra parte del salón había más claridad, a pesar de que las lámparas estaban apagadas. Desde la calle entraba bastante luz de las farolas, una luz amarillenta y difuminada por la niebla, pero que le permitió ir distinguiendo los rasgos de la figura, hasta que finalmente reconoció su rostro.

—Te estaba esperando —dijo.

---

## **Capítulo séptimo**

*Martes, 21 de abril de 2009*

A las diez en punto de la mañana, Israel queda paralizado durante dos minutos, pues se conmemora solemnemente el Yom HaShoah, el Día del Holocausto. En Auschwitz tiene lugar la Marcha de los Vivos y el viceprimer ministro de Israel, que toma parte en la misma, compara la política de Irán con la de la Alemania nazi. La Fiscalía General de Irán anuncia que pedirá la pena de muerte para los autores de páginas pornográficas de internet que sean detenidos. En Bielorrusia es destituido el entrenador del club de hockey que osó derrotar al equipo de Alexandr Lukashenko, que hasta entonces estaba imbatido en las competiciones nacionales y al que solo los rusos habían dado para el pelo. Los diputados polacos reciben el informe sobre los preparativos para la Eurocopa 2012, que no pintan mal. El fisco no acepta que los padres que vivan como pareja de hecho y tengan un niño hagan declaración conjunta. Las bomberas de Wrocław se quejan de que no se les permite ir a los operativos porque no hay vestuarios femeninos, cuando en realidad a ellas no les molesta usar vestuarios mixtos, y mucho menos a sus compañeros. El tiempo es igual que el día anterior: soleado, frío.

## 1.

—Mire, le voy a leer lo que apareció en la revista *Tu finde*: «Mujer de treinta años sin complejos busca a uno o varios hombres de entre cincuenta y cinco y sesenta y cinco años dispuestos a realizar experimentos eróticos sin ataduras, aunque atados». Y luego un icono de esos de sonrisa. «Francés sin, entrada trasera, billar a dos troneras, ataduras y un poquitín de violencia simulada.» Y otro icono, esta vez con un ojo guiñado. Y mi número de teléfono. Se imaginará lo que ocurre cuando en ese tipo de revista se escribe que una mujer busca hombres mayores para juegos eróticos, ¿verdad? Llama media Polonia. Y la otra mitad manda mensajes. Mire, este es un anuncio de internet de hace dos semanas: «Me encanta escribir guarradas por sms, me aburro en el pueblo, me gustaría tener fantasías y humedecer mi vieira...».

—¿Vieira?

—Sí, bueno, ya sabe. Pero eso no es todo: «Escribe, ten por seguro que contesto, incluso puedo mandar un mms, los exconvictos son bien recibidos». Luego durante dos días recibo mensajes cada quince minutos, vulgares resúmenes de vídeos porno, y además es muy aburrido, no comprendo por qué todos los presos tienen que escribir lo de clavarla a través de las rejas. ¿Es que usan plantillas de mensajes ya preparadas? ¿O se trata de alguna moda? Y no me diga que cambie el número, lo cambio continuamente, me he dejado una fortuna, pero pasa una semana y otra vez lo mismo. Y trabajo en el comercio, no puedo estar sin teléfono, tengo contratantes, mayoristas. Cada vez va a peor, la gente se queja de que no pueden contactar conmigo, pero ya me dirá cómo lo van a hacer, si cada semana es un número diferente. Pensé que se pasaría, pero no ha pasado. Por eso quiero denunciar oficialmente un delito, bueno, sospecho que se está cometiendo un delito y espero que esa zorra domadora de maridos ajenos acabe de una vez en prisión.

El fiscal Teodor Szacki sentía una simpatía natural por ese tipo de señoras que hablaban demasiado rápido y eran demasiado expresivas, quizá porque le recordaban a su propia madre y sabía que detrás de todas esas palabras, los

rizos, los anillos y los trajes de falda y chaqueta, siempre adornados con un broche de ámbar, normalmente se ocultaba un corazón de oro y una persona incapaz por naturaleza de hacerle daño a nadie. Por eso le daba aún más lástima no tener buenas noticias para la señora Zgorzelska, sentada frente a él en ese momento.

—Lo primero, debe usted ir con esto a la policía. El caso entra en la categoría de falta y aunque admitiera la denuncia, igualmente se encargaría de ello la policía, no hay por qué alargar el papeleo.

—¿Falta?! Esta sí que es buena. ¿Y qué hay de que los compañeros de mis hijos en la escuela siempre se enteren de todo esto por alguna extraña casualidad? ¿Y qué hay de que los contratantes también sonrían de una forma extraña? Casi preferiría que esa mujer me pegara o me asaltara o algo, para quitármela de encima. Pero así no hay quien viva. ¿Cuál es la pena máxima que puede caerle?

—Si se puede demostrar... mil quinientos zlotys de multa.

—¿Cómo?! ¿Y sin cárcel?

—Lo siento. Corren rumores de que van a cambiar las leyes para incluir el acoso en el Código Penal y poner una pena disuasoria razonable, dos o tres años. De momento solo está el artículo 107 del Código Penal en el apartado de faltas, que habla del hostigamiento.

La señora Zgorzelska estaba desolada.

—Pero esa mujer está forrada. ¿Mil quinientos? Lo pagará y aún me mandará por fax el justificante de la transferencia. ¿Y si no me deja en paz, qué? ¿Otros mil quinientos?

Szacki asintió. No era la primera vez que, hablando con las víctimas, se avergonzaba de las soluciones legales vigentes en Polonia; unas leyes anticuadas, enrevesadas, incapaces de seguir el ritmo de los tiempos, que o bien eran ridículamente suaves —de facto libraban a los autores de su responsabilidad penal—, o bien, como resultado de dos décadas de gobiernos populistas, resultaban absurdamente punitivas, lo cual hacía que las cárceles de Polonia estuvieran llenas de personas que no tendrían que estar ahí, gente que había participado en peleas de borrachos en las que no le había ocurrido nada a nadie, pero en las que una navaja con abrebotellas había recibido la calificación de instrumento peligroso.

—Pero si es condenada dos veces por lo mismo, el juez podría imponerle pena de prisión, entre cinco y treinta días. No parece mucho, pero no creo que

su... —se mordió la lengua, porque estuvo a punto de decir «rival»— acosadora esté tan desesperada. Además, después de la primera sentencia puede usted demandarla por perjuicios, pero eso ya debe hablarlo con el abogado.

—¡Demandar en Polonia! —se rio la señora Zgorzelska—. Tengo casi cincuenta años, igual me habría muerto antes de que se celebrara la primera vista.

¿Qué podía decir él? ¿Que lo más sensato sería pagar a alguien para que le diera un susto a la otra? Sonrió a modo de disculpa y la miró significativamente. En realidad aquella conversación no tendría que haberse celebrado. La casualidad había hecho que, cuando entró en la fiscalía a las siete con la intención de evitar a tan temprana hora a los periodistas y de paso aprovechar para volver a repasar los informes, Zofia Zgorzelska estuviera esperando en las escaleras. Se la veía extenuada y muerta de frío, así que no había tenido valor para despacharla. Estaba claro que con los años se estaba ablandando.

Se levantó para despedirse y en ese mismo momento, sin llamar antes, abrió bruscamente la puerta Basia Sobieraj, que se quedó en el umbral toda sofocada y colorada, aún con la bufanda y el gorro puestos. Su aspecto era encantador. Szacki pensó que, con los problemas de corazón que tenía la fiscal, no debería pegarse esas carreras. Y también pensó que no le apetecía nada escuchar lo que venía a comunicarle. No podían ser buenas noticias.

## 2.

Lo peor eran las cornamentas. Durante su visita anterior le habían parecido simplemente horteras, un adorno de ciudad pequeña, allí las tenían en casi todas las casas. Pero ahora cada cabeza de jabalí y cada cráneo de ciervo parecían burlarse de él. Por fuera se mostraba tranquilo como una roca; por dentro le ahogaba el deseo de destruir, coger el atizador y liarse a hostias con todo hasta hacerlo añicos. Sentía incluso un hormigueo en los dedos.

—Tiene setenta años, señor fiscal, cómo íbamos a sospecharlo. Esto no es Varsovia, aquí la gente es amable, se ayudan unos a otros —repitió el policía.

Bajo, menudo, con la nariz grande, se daba un aire a un personaje de cierto cómic. Szacki cerró los ojos para no verlo. Temía que si volvía a mirar aquella napia roja y aquellos ojos suplicantes, no se podría contener y se lanzaría sobre él. Todo era como un mal sueño. Dos policías habían llevado la noche anterior a Jerzy Szyller a su casa, habían aparcado frente al portillo y se dispusieron a pasar toda la noche de guardia. Poco después, alrededor de las once, una vecina de Szyller, una señora de extraño apellido griego, Potelos, les llevó a los policías un termo con café. Lo hacía todos los días, porque tenía buen corazón y sabía que era un trabajo poco agradecido; su hijo era policía en Rzeszów. Les dio el café, charló con ellos un rato, se quejó de las enfermedades y se fue tras desearles buenas noches. Palabras que resultaron proféticas: bastó una taza de café para que los policías cayeran en un profundo sueño, del que no se despertaron hasta las siete, con tanto frío que el médico dictaminó congelación de las orejas, la nariz y los dedos. Cosa que, por cierto, hablaba bien a las claras de las condiciones de aquella primavera del año del Señor de 2009.

—¿Es posible que Szyller se reuniera con ella? ¿Que fuera a su casa y echara alguna droga en el café?

—Imposible. Estuvimos vigilándolo todo el tiempo, nos turnábamos para recorrer el perímetro de la propiedad. Solo lo sacamos para ir a la calle Sucha, donde nos encontramos con usted. Ella llegó poco después de que

Szyller entrara en casa.

Algo chirrió detrás de Szacki. Wilczur.

—No ha visto nada, no sabe nada, está aterrorizada. No hay signos de que hayan entrado por la fuerza en su casa, pero no está segura de haber dejado todas las puertas y ventanas cerradas. Hemos mandado analizar el termo y el bote del café. Apuesto por el termo, la mujer dice que le extrañó encontrarlo sobre la encimera, en vez de en el escurrerplatos. Pero a esa edad, ya se sabe, las personas solo se extrañan por un momento.

Szacki asintió para indicar que se daba por enterado. Lo que más le fastidiaba era que ni siquiera había a quién abroncar. Nunca habían tenido contra Szyller lo suficiente como para presentar cargos y encerrarlo. En realidad había sido más una gentileza de su parte el aceptar quedarse en casa, cualquier juez habría anulado en cinco minutos la decisión de ponerlo bajo arresto domiciliario. ¿Que los polis aceptaron café de una vecina anciana a la que conocían bien? Bueno, él también lo habría aceptado. Lo peor era no saber qué había pasado a continuación. ¿Había huido? ¿Lo habían raptado? Comprendió que, a decir verdad, estaba enfadado consigo mismo. Quizá si hubiera pensado más deprisa, si hubiera asociado mejor los hechos, si hubiera sido capaz de advertir algo que sin duda ya había visto aunque no había comprendido su significado... Quizá, quizá, quizá.

—No hay signos de lucha, ¿verdad? —dijo.

—No —murmuró Wilczur—. O se ha marchado, o se lo han llevado.

—Ya lo he pensado. Mandad analizar las botellas del minibar y el vaso que hay sobre el piano. Quizá a él también le echaron algo en la bebida. Y lo mismo han dejado huellas. No estaría mal para variar.

—¿Orden de captura?

—Ni hablar, ya tenemos bastantes humillaciones en este caso. No quiero enterarme dentro de un rato de que han encontrado a otro de los principales sospechosos colgado de un gancho. Enviad a los medios un comunicado: busquemos a un testigo muy importante del caso; esa será la versión a la que nos atendremos. Un testigo, un testigo muy importante.

De la cocina de Szyller salió Basia y se acercó a ellos.

—¿Qué? ¿Crees que es el siguiente de la lista? —preguntó—. En principio es el mismo estilo. Las víctimas desaparecen de casa sin dejar rastro y al cabo de unos días aparecen después de que les hayan extraído la sangre.

—No tan deprisa, que este aún no ha aparecido. Cruza los dedos para que

encontremos a Szyller vivo, lo admita todo y nos libremos de este asunto.

Clic. Algo volvió a mandar una señal a su cerebro. ¿Había dicho él algo o había sido Sobieraj?

—Pero tienes razón, he pensado en ello. Aunque no me explico cómo en un lugar más céntrico Budnik se volatilizó ante las narices de los policías, mientras que aquí alguien ha tenido que tomarse la molestia de aturdirlos. A pesar de que, en teoría, es más fácil largarse de aquí, por el patio y luego por el parque.

—No han querido correr riesgos.

—¿Y la otra vez sí? ¿Por qué raptar a Budnik habría de ser menos arriesgado que raptar a Szyller? Hay algo aquí que no me cuadra.

Sobieraj se encogió de hombros y se sentó en el sofá. Parecía pálida.

—No estoy muy católica, pero tendría que ir a ver a mi padre al hospital —dijo en voz baja.

—¿Aquí en Sandomierz? —se extrañó Szacki.

—Sí, me da cosa decirlo, pero últimamente voy allí más a menudo a ver cadáveres que a verlo a él. Y, después de todo, gracias a él he llegado a donde estoy —suspiró y estiró la mano hasta un bol con cereales que había sobre la mesa.

Szacki siguió su mano inconscientemente; el color de su laca de uñas era muy gracioso, un rosa muy oscuro.

—¡Alto! —gritó.

Sobieraj retiró la mano y lo miró asustada. Szacki le señaló sin decir palabra los cereales del bol que había estado a punto de coger. No eran ni cereales, ni patatas fritas, ni palitos salados, ni galletitas, ni gusanitos de maíz. Eran, cómo no, trocitos de matzá, con sus perforaciones y sus partes abombadas tostadas tan características.

—Bromista de mierda —murmuró—. Hasta me extraña que no haya echado kétchup por encima, seguro que tenía prisa.

Todos se inclinaron sobre el bol de madera como si se tratara de alguna vasija para rituales.

—¿De dónde viene eso de la matzá? —preguntó uno de los policías.

—Durante la huida de Egipto no tenían tiempo para esperar a que la masa del pan creciera —explicó con su voz sepulcral Wilczur—, así que tuvieron que cocer deprisa lo que fuera para llevar provisiones y les salió la matzá.

Algo volvió a enviar una señal en la mente de Szacki, esta vez con tanta

fuerza que comprendió lo que debía hacer.

—Aplaza la visita a tu padre —le dijo rápidamente a Sobieraj— y encárgate de todo aquí; esto no son unas ruinas llenas de moho. Que recojan microhuellas y por supuesto que la matzá se la lleven de inmediato al laboratorio. Yo me voy volando.

—¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Adónde? —Sobieraj se puso en pie inquieta por las prisas de Szacki.

—¡A la iglesia! —gritó él y salió corriendo.

Basia Sobieraj y el inspector Leon Wilczur intercambiaron miradas de asombro. Ella se sentó al cabo de un momento; él se encogió de hombros y le quitó el filtro a un cigarrillo. Durante un rato buscó con la vista una papelera o un cenicero, pero al final se guardó el filtro en el bolsillo.

### 3.

Durante esos días, la catedral de la Natividad de Nuestra Señora de Sandomierz parecía una fortaleza sitiada. Los periodistas daban vueltas por el exterior; los religiosos, algunos seglares de confianza y carteles preparados a toda prisa con mensajes como «Prohibido fotografiar», «Prohibido filmar», «Prohibido alterar la paz en la casa del Señor» o «Prohibido el paso fuera de las horas de liturgia» impedían el acceso al edificio. Szacki entró aprovechando que salía en ese momento una excursión de jubilados. Iba preparado para dar explicaciones e incluso había sacado su documentación del bolsillo de la chaqueta, pero nadie lo detuvo. Quizá me han reconocido como uno de los suyos, como el intrépido sheriff que no se postra ante los judíos, pensó malhumorado al pasar por la puerta. Se quedó en una nave lateral hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

Estaba solo. Bueno, casi solo. El sonido monótono de algo que frotaban contra el suelo le indicó que sus viejos amigos no se habían movido de allí. En efecto, de detrás de la columna que lo separaba de la nave principal salió el señor triste y se puso a fregar el suelo. Al poco tiempo una franja mojada lo separaba de la pared occidental de la iglesia, donde estaban la entrada lateral, la galería del coro y el hermoso órgano, debajo del cual se encontraban los nada hermosos cuadros de aquel pintamonas amante de los horrores del siglo XVIII llamado Karol de Prevot. Incluyendo uno vergonzosamente tapado con una cortina de color burdeos. Szacki caminó en esa dirección con paso decidido. El señor triste dejó de fregar y lo miró con sus ojos vacíos.

—No pise lo mojado —le avisó, ante lo cual Szacki le hizo un gesto con la mano y siguió andando por la zona mojada, sin tan siquiera aminorar el paso.

Parecía una escena de un western, con la diferencia de que resbaló, se tambaleó y a duras penas mantuvo el equilibrio, sacudiendo desesperadamente los brazos. Se libró de la caída gracias a que se agarró a la pierna de un angelote que había en una columna.

—Ya le dije que no pisara lo mojado —comentó con resignación el hombre, como si hubiera visto esa escena cientos de veces.

Szacki no contestó. Fue hasta la cortina, descolgó el cuadro de Juan Pablo II y lo puso contra la pared.

—¡Oiga! ¿Qué hace? ¡Eso no está permitido! —gritó el hombre—. Żasmina, ve a buscar al canónigo, que otra vez han entrado gamberros.

—¡Teodor Szacki, Fiscalía Provincial, llevo a cabo una acción judicial! —gritó Szacki mostrando su carné a aquel hombre, que iba corriendo hacia él. Y al mismo tiempo pensando que, aunque le hubieran dado mil oportunidades para adivinar cómo se llamaba la melancólica mujer que fregaba los suelos en la catedral de Sandomierz, no lo habría logrado.

El hombre se detuvo, sin estar muy seguro de cómo tratar al intruso. Aunque también parecía curioso por saber qué ocurriría. Mientras tanto, Szacki agarró la tela de felpa y tiró de ella con todas sus fuerzas. La mayoría de las pinzas que la sujetaban se soltaron; la cortina lanzó su último suspiro en forma de nube de polvo y cayó al suelo. La luz del sol que penetraba por una ventana alta dio de lleno en la nube tormentosa y la transformó en un cegador remolino de partículas resplandecientes a través del cual no se podía distinguir nada. Szacki parpadeó y retrocedió dos pasos para ver mejor el enorme cuadro.

Por todo lo que le habían contado se esperaba algo impactante, una matanza naturalista, colores muy vivos, figuras bien definidas; subconscientemente imaginaba que ante sus ojos reviviría la vieja superstición, que en lugar de un viejo lienzo vería una pantalla de cine y en ella una película que trataría sobre acontecimientos contemporáneos más que sobre el asesinato ritual; que algo se estremecería, algo ocurriría, que aparecería la solución al enigma. En cambio, el viejo lienzo tenía el aspecto de eso: de un lienzo viejo. Ennegrecido, con el barniz agrietado, en el que rebotaba con fuerza la luz del sol, lo que dificultaba que se pudieran distinguir las diferentes figuras.

El melancólico limpiador de suelos debía de tener mejor ángulo de visión.

—Dios todopoderoso —susurró y se persignó enérgicamente.

El fiscal Teodor Szacki se desplazó hacia la posición del hombre y, en lugar de persignarse, echó mano del teléfono y llamó a Sobieraj.

—Estoy en la catedral. Dile a Wilczur que necesito ya mismo aquí a dos policías para que monten guardia, a los técnicos en cuanto terminen en casa

de Szyller y a ti y a ese madero arrugado lo antes posible... Bah, da igual, no hay tiempo que perder; venid enseguida.

Colgó y fotografió el cuadro con el móvil. Ahora que sus ojos ya habían aprendido a extraer del mar de oscuridad las figuras menos negras, podía comparar el original con las reproducciones. En este caso concreto el tamaño sí importaba. Las reproducciones las había contemplado en libros o en la pantalla de un pequeño portátil; en el cuadro, la representación del asesinato ritual medía unos diez metros cuadrados, tanto como el suelo de una habitación pequeña en un apartamento. A primera vista parecía que, irónicamente, aquel cuadro le había salido muy bien a De Prevot desde el punto de vista artístico y compositivo, aunque en lo referente a la narrativa seguía siendo fiel al estilo cercano al cómic de los relatos sobre martirios. Szacki reconoció las diferentes etapas de la leyenda del ritual de la sangre. A la derecha había dos judíos que se ocupaban de los suministros. Uno, claramente más adinerado, con sombrero y abrigo, proponía a una mujer comprarle su bebé. El otro tentaba a un niño pequeño con algo que quizá fuera un caramelo o quizá un juguete, y al mismo tiempo lo agarraba del mentón con el gesto de un comprador en un mercado de esclavos. En el lado opuesto, unos judíos estaban dando muerte o torturando (o lo uno y lo otro) a un niño colocado sobre una sábana. La parte central de la composición la ocupaba, por supuesto, un barril: dos judíos sujetaban un barril plagado de clavos a modo de dientes, que parecía un monstruo marino fantástico de cuya abertura bucal salieran las rollizas piernas de un bebé. La sangre que goteaba la recogía en una escudilla el dueño de una enorme nariz. De Prevot no sería él mismo si en la presentación de esta escena macabra no hubiera ido un paso más allá. Sobre la tierra yacían unos cuantos cuerpos de bebés. La imagen de un perro despedazando a una criatura causaba una impresión espantosa; llevaba en la boca una pierna y como postre esperaba la otra, los brazos y la cabeza, todo por separado.

Pero Szacki no hacía las fotos para conservar siempre esa emotiva obra de arte. Las hacía porque sobre el lienzo, escrita de través con pintura roja, había una inscripción en hebreo:

עין תחת עין

Las letras brillaban al sol como un neón carmesí, provocando una impresión espantosa. A Szacki no le sorprendió la reacción del melancólico limpiador, aunque también pensó que se trataba del típico impulso de un católico al ver letras hebreas: reaccionaban como si fueran a salir del cuadro, a marchar por la nave y a dar otra vez muerte a Nuestro Señor Jesucristo, amén.

Sobieraj y Wilczur aparecieron un momento después, a la vez que el canónigo y el vicario, a los que había avisado Żasmina. Conformaban una pareja sorprendente. Szacki, al oír que venían el canónigo y el vicario, se había imaginado a dos figuras humorísticas, un tipo gordo y un joven con orejas de soplillo coloradas. En cambio aparecieron ante él los dobles de Sean Connery y Christopher Lambert, como si acabaran de salir de una escena de *Los inmortales*. Ambos tremendamente atractivos.

Después de una breve discusión, los presentes se dejaron claro unos a otros que lo mejor para todos era cerrar el pico, lo cual tranquilizó la situación. Los investigadores se ocuparon de investigar y los sacerdotes pretextaron que su obligación era salvaguardar la casa del Señor para así poder adoptar impunemente el papel de mirones. No estaban completamente calmados, pero resultaba claro que más que la presencia de la policía y la fiscalía les preocupaba la visita del obispo, que desde Kielce se dirigía a la catedral a toda pastilla y por lo visto estaba muy, pero que muy disgustado. Y como tenía la merecida fama de ser un iracundo, pues podría resultar que los disgustos del día estuvieran aún por llegar.

—Si esto no es pintura, sino sangre, hay que comprobar si es humana; analizar el ADN, compararla con la sangre de los fallecidos y la de Szyller. Además, cada centímetro de espacio alrededor del cuadro ha de ser explorado. La inscripción está muy alta, el que la hizo tuvo que poner una escalera, meterse bajo la cortina, apoyarse, colgar el cubo con la pintura. Eso supone decenas de ocasiones para dejar una huella y yo quiero tener esa huella. Aunque ahora nos pueda parecer que no vale para nada, luego en el tribunal puede ser valiosísima como un pequeño eslabón en la cadena de pruebas circunstanciales. Así que si algún técnico viene quejándose de que no tiene sentido hacerlo, se le obliga.

Sobieraj le lanzó una mirada ácida.

—¿Me tomas por una principiante o qué?

—Solo te aviso de que si viene alguna Kasia con la que fuiste a parvulitos y empieza a suplicarte que la dejes marcharse porque tiene que ir con el niño al médico, que ya no es necesario seguir porque no son más que minucias, entonces coges y le dices que se tiene que quedar hasta la tarde y fotografiarlo todo, aunque eso suponga que no te vuelva a dirigir la palabra. ¿Entendido?

—No quieras enseñarme ahora...

—Treinta y nueve.

—Mi edad no tiene nada que...

—He dirigido treinta y nueve casos de asesinato, veinticinco acabaron en condena. Y ahora no te estoy pidiendo nada, Basia: te lo estoy ordenando. La fiscalía es una institución jerarquizada, no una lección de democracia.

Los ojos de Sobieraj se oscurecieron, pero no dijo nada, solo asintió. Tras ella estaba Wilczur, inmóvil, apoyado en el confesionario. El vicario contemplaba la escena encantado; se notaba que no solo había oído hablar de Dan Brown como de un demonio en la piel de un escritor, sino que también había dedicado varias noches a conocer en profundidad al enemigo. Carraspeó.

—La primera y la tercera palabra son la misma. Debe de tratarse de algún código —dijo en voz baja.

—Yo incluso sé cuál —replicó airado Szacki—. Se llama alfabeto. ¿Y usted, conoce el hebreo? —le preguntó sin demasiadas esperanzas al canónigo, convencido de que en respuesta se santiguaría y empezaría a realizar un exorcismo.

—Sé leerlo. La primera y la tercera palabra es «ein», la del medio es «tejet» o «tajat». Por desgracia no sé lo que significan. «Ein» quizá «uno», como en alemán, pero entonces sería yidis, no hebreo —debió de advertir la mirada sorprendida de Szacki, porque añadió con sarcasmo—: Sí, en el seminario teníamos clases de conocimiento de la Biblia y de hebreo elemental. Pero no siempre atendía como es debido; era a primera hora y por la mañana estábamos cansados después de los pogromos nocturnos.

—Le pido disculpas —dijo Szacki al cabo de un momento. Se sentía realmente avergonzado, comprendió que contestando a un estereotipo con otro estereotipo no se diferenciaba en nada de los neofascistas borrachos que había ordenado detener el día anterior—. Lo siento de veras. Y gracias por su ayuda.

El sacerdote asintió y a Szacki algo volvió a enviarle una señal. Empezaba a ser insoportable. Si esas señales vacías no terminaban iba a tener que pedirle ayuda a un neurólogo. ¿De qué podría tratarse esta vez? ¿Los pogromos? ¿El seminario? ¿La Biblia? ¿Quizá había visto algo con el rabllo del ojo? ¿A lo mejor su cerebro había registrado algo importante que a su consciencia se le había escapado? Observó con atención el interior de la iglesia.

—Teo... —empezó a decir Sobieraj, pero él la mandó callar con un gesto.

En una de las capillas laterales vio algo que atrajo su atención. Un cuadro de Jesús Misericordioso, el mismo que hay en otros lugares; una copia del pintado en base a las visiones de la hermana Faustyna. A su alrededor, exvotos, bajo el cuadro, una cita de los evangelios: «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Juan 15:12».

Clic.

¿De qué se trataba? ¿De Jesús? ¿De Faustyna? ¿De la cita? ¿De la misericordia? Eso era lo que faltaba en aquel caso. ¿Quizá de San Juan Evangelista? Las mujeres de la tienda hablaban de un concurso sobre la Biblia; entonces también había notado un clic en el cerebro. Solo que en ese momento tenía la cabeza ocupada por Hitler y George Michael. Dios, qué mal sonaba eso, a veces se avergonzaba de sus propios pensamientos. ¡Concéntrate! Concurso sobre la Biblia: clic. Juan el Evangelista: clic. Seminario: clic. Trató de unirlo todo entre sí sin dejar de mirar el cuadro.

Clic.

Poco le faltó para soltar un taco a pleno pulmón. ¡¿Cómo había podido ser tan estúpido?! ¡¿Cómo?!.

—Necesito las Santas Escrituras. ¡Inmediatamente! —dijo dirigiéndose al vicario, que, sin esperar al consentimiento del párroco, salió corriendo en dirección a la sacristía. Su sotana ondeó como en las películas.

—Padre, ¿qué libros de la Biblia conoce que empiecen por la letra K? —preguntó Szacki.

—Bueno, no hay ninguno que se designe solo con la sigla K —contestó el canónigo tras reflexionar un momento—. Pero por esa letra empiezan *Kapłańska* (Levítico), *Królowie* (los dos libros de los Reyes), *Kroniki* (los dos libros de Crónicas) y *Kohelet* (Eclesiastés). En el Nuevo Testamento tenemos las dos epístolas a los Corintios (*List do Koryntian*) y una a los Colosenses (*List do Kolosan*). Creo que es todo, aunque en latín nada

comienza con K, y con la C tenemos, en el Antiguo, el *Canticum Canticorum*, es decir, el Cantar de los Cantares, y por supuesto las epístolas a los Corintios y a los Colosenses que ya he citado.

El vicario completó el camino de ida y vuelta hasta la sacristía en tiempo récord, hasta le costó frenar ante el grupito reunido frente a la representación de la matanza ritual. Venía cargado con un enorme libro de formato A3, encuadernado en piel, con un cierre metálico y adornos dorados.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó el canónigo—. ¿No podías coger una de la estantería?

—Quería que todos vieran bien los textos —dijo resoplando el vicario, aunque estaba claro para todos que una Biblia normalita de tapas azules no le había parecido adecuada para aquel momento tan solemne, digno de Dan Brown.

—Empecemos por el Levítico —dijo Szacki—. Es parte del Pentateuco, de la Torá, ¿no?

—En efecto —confirmó el canónigo.

—Capítulo 24, versículos 19 a 20.

—Ah, claro... —gimió Sobieraj a su espalda.

El vicario encontró la página indicada, con el libro apoyado en la rodilla, y después se lo entregó con respeto al párroco para que leyera.

—Si alguien lesiona a su prójimo, lo mismo que él hizo se le hará a él. Fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente. Se le hará la misma lesión que él haya causado al otro. El que mate un animal pagará una indemnización por él, pero el que mate a un hombre, será castigado con la muerte.

El canónigo tenía una voz fuerte, grave; pronunciaba las palabras despacio, con el respeto que merecían las Escrituras. Palabras que sonaron amenazadoras en el silencio del templo, resonaron entre las antiquísimas piedras, rebotaron contra los muros y el techo, llenando la catedral de Sandomierz de sonido y significado. Nadie movió un músculo hasta que los lejanos ecos no cesaron por completo.

—La W sin duda se refiere a *Wyjście* (Libro del Éxodo). Capítulo 21, versículos 22 a 25 —dijo Szacki.

Las hojas de la Biblia susurraron mientras las pasaba el vicario.

—Si unos hombres se pelean, y uno de ellos golpea a una mujer embarazada y le provoca un aborto, sin que sobrevenga ninguna otra

desgracia, el culpable deberá pagar la indemnización que le imponga el marido de la mujer, y el pago se hará por arbitraje. Pero si ella sufre una desgracia, tendrás que dar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, contusión por contusión.

—Y la P supongo que será de *Prawo*, ¿verdad?

—*Powtórzone Prawo* (Deuteronomio)—le rectificó Wilczur, que estaba detrás de él.

Szacki dio un respingo; le asustó la voz que oyó a su espalda. Y también se sorprendió, aunque solo un poco.

—Claro, naturalmente. Capítulo 19, versículos 16 a 21.

Hojas susurrando. Y rosetas en las mejillas del vicario, por cuyo aspecto parecía que estaba ardiendo, decidido plenamente a quitarse la sotana y cambiarla por la cazadora y el sombrero de Indiana Jones.

—Si un falso testigo se levanta contra un hombre y lo acusa de rebeldía, las dos partes en litigio comparecerán delante del Señor, en presencia de los sacerdotes y de los jueces en ejercicio. Los jueces investigarán el caso cuidadosamente, y si se pone de manifiesto que el acusador es un testigo falso y ha atestiguado falsamente contra su hermano, le harán a él lo mismo que él había proyectado hacer contra su hermano. Así harás desaparecer el mal de ti. Y cuando se enteren los demás, sentirán temor y no volverá a cometerse esta infamia entre vosotros. No tendrás compasión: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie.

La última frase la pronunció el párroco sin mirar la página de la Biblia, sino pasando la mirada por los rostros de quienes le estaban escuchando. Al final la dejó fija en Szacki con gesto interrogativo.

—Es todo. Parece que se ha aclarado el significado de la inscripción hebrea.

—Ojo por ojo —rechinó como un mal augurio la voz de Wilczur. Szacki se volvió a estremecer.

—Cierto —comentó Sobieraj—. También ha quedado aclarado el misterioso código. Resulta que no se trataba de la Comisaría Regional de la Policía. Algo es algo.

Y otro clic. Un insoportable y puñetero clic.

—Ya, sí —dijo Szacki receloso—. Pero ¿por qué no están en orden? Es extraño.

—¿Qué es extraño?

—Las citas no están en orden —respondió con rapidez el vicario para que nadie se le adelantara—. En el Pentateuco, primero va el Génesis, luego el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio.

—Es decir, que tendría que haber sido WKP. ¿Por qué estarán cambiadas las letras?

—No tengo ni idea —replicó Szacki—. Pero me enteraré. Necesito hablar con algún rabino.

Basia Sobieraj miró su reloj.

—Dentro de cinco minutos tienes que estar en la fiscalía para interrogar a Magiera. Lo han traído expresamente desde Kielce.

El fiscal Teodor Szacki soltó un feo taco. Wilczur se echó a reír. El canónigo lo miró con reprobación pero también con benevolencia. El vicario estaba encantado.

## 4.

*TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL SOSPECHOSO. Sebastian Magiera, nacido el 20 de abril de 1987, con domicilio en Zawichost en la calle Topolowa 15A, en la actualidad internado en el centro de prisión preventiva de Kielce. Estudios de formación profesional, desempleado en el momento de su detención, con anterioridad trabajaba ocasionalmente como jardinero. Relación con las partes: hijo de la víctima. Nunca antes condenado.*

*Habiendo sido informado de sus deberes y derechos como sospechoso, declara lo siguiente:*

Quisiera cambiar la declaración que he hecho en varias ocasiones durante el proceso y reconocer que el 1 de noviembre de 2008 maté involuntariamente a mi padre, Stefan Magiera, en su casa de la calle Topolowa 15A, en Zawichost. Lo hice en plena excitación, influido por la discusión que habíamos sostenido; no tenía intención de quitarle la vida a mi padre. El origen de la discusión fue el hecho de que mi padre, a pesar de haberlo prometido en numerosas ocasiones, no quería cedernos a mí, a mi mujer Anna y a mi hijo de tres años Tadeusz, una habitación de su casa para que pudiéramos vivir, aunque él vivía solo, y tampoco dejarnos en usufructo unas tierras familiares que estaban en barbecho. Esta situación afectaba muy negativamente a nuestras condiciones de vida.

A mi esposa la conocí en el instituto de horticultura de Sandomierz hace cinco años, vivía yo entonces con mi padre en Zawichost. Quiero señalar aquí que mi padre, exdeportista, siempre ha abusado del alcohol y ha sido agresivo. Nos enamoramos y cuando Anna se quedó embarazada, cosa que ocurrió antes de nuestra boda, le pedí a mi padre que la dejara vivir con nosotros, porque en el piso de los padres de ella, en Klimontów, no había condiciones para hacerlo. Mi padre, borracho, nos insultó a Anna y a mí, no nos permitió vivir con él y me echó de casa. A pesar de todo, al principio vivimos en casa de los padres de Anna, pero cuando Tadeusz

nació alquilamos una habitación en Klimontów. Nuestras condiciones eran muy malas, no teníamos dinero. Trabajé esporádicamente como jardinero, pero mis ingresos no eran muchos. Cuando Tadeusz creció un poco Anna buscó también trabajo, aunque sin fortuna. Durante todo ese tiempo intentamos hablar con mi padre para que nos cediera aunque fuera una habitación, pero se mostró inflexible, incluso después de que nos casáramos en 2007; continuamente nos insultaba a mi esposa y a mí. Teníamos problemas. La prestación por desempleo no nos daba para vivir, sobre todo cuando resultó que Tadeusz estaba enfermo de asma y necesitaba medicinas caras. Por eso dejamos la habitación de Klimontów y nos trasladamos a unos refugios sociales de Kruków, en Sandomierz. Las condiciones no eran allí muy buenas. Mi esposa Anna es muy guapa y en 2007 encontró trabajo como modelo. Empezó a viajar por Polonia haciendo desfiles de moda y yo cuidaba del niño. Y hablaba con mi padre, aunque siempre sin resultados. Repetía que él había conseguido ganar una medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de Múnich gracias al trabajo duro y que yo debería tomar ejemplo.

Resultó que el trabajo no era del agrado de Anna porque ser modelo consistía en parte en hacer striptease. Al principio exponía ropa interior en las discotecas, después incluyeron también espectáculos del tipo luchas en gelatina o boxeo entre chicas. Para ella y para mí resultaba muy humillante. Al principio me hablaba de lo que les pasaba a otras chicas; de su jefa, que era desagradable y agresiva, de su marido; que trataba a sus empleadas sin respeto e intentaba aprovecharse de ellas. Después dejó de contarme cosas y yo no le preguntaba, porque pensé que para ella era embarazoso y no quería hablar de ello. Además, a mí me daba vergüenza, porque era yo el que debía mantener a la familia. Fue una época terrible. Fui con mi hijo a ver a mi padre y le supliqué y le rogué. Le dije que era nuestra última esperanza, que esas tierras solo estaban en barbecho y él ni siquiera recibía una subvención por ellas, nada. Y que no solo se podían conseguir subvenciones, se las podía labrar, cultivar en ellas muchas cosas, eso siempre se me ha dado bien. Y se apiadó y dijo que bien, que podríamos vivir con él y que pondría las tierras a mi nombre, que él no las necesitaba, con la pensión tenía suficiente. Y que antes de terminar el año solucionaríamos las formalidades y a partir del 1 de enero nos podríamos mudar. Esa conversación la tuvimos en verano de 2008. Reconozco que,

después de mi boda y del nacimiento de Tadeusz, ese fue el día más feliz de mi vida.

Principalmente fui yo quien se encargó de los preparativos, porque Anna seguía con los pases. Reconozco que entonces nos iba cada vez peor entre nosotros, no porque nos peleáramos, sino porque hablábamos poco. Ahora pienso que me reprochaba el que tuviera que seguir dedicándose a aquello, pero no quedaba otro remedio, llegábamos a gastar hasta trescientos zlotys al mes en medicinas. Aun así, logré reunir algo de dinero que me prestaron mis amigos para comprar herramientas para cultivar la tierra. Con mi padre la cosa no iba mal entonces. Planeábamos juntos lo que iba a hacer en las tierras, pasaba algunas temporadas en su casa, le enseñó a Tadeusz su disco, aunque para el niño aún era demasiado pesado, no lo pudo sujetar. Temí que mi padre se pusiera nervioso, pero no, se rio y dijo que no pasaba nada, que ya crecería.

El día de Todos los Santos de 2008 fuimos los tres a Zawichost a visitar el cementerio y por supuesto a ver a mi padre. Tenía un poco de miedo porque después de todas las discusiones del pasado Anna casi no lo había visto. El día empezó muy bien. Comimos, charlamos y bebimos un poco, pero no mucho. Yo me puse a contar cómo iba a ser lo de las tierras, pero mi padre no hizo ni caso. Encendió la radio, buscó música y dijo que ahora Anna tenía que enseñar los bailes y los números que hacía como modelo. Anna no quería. Yo me puse nervioso y dije que ni hablar. Él contestó, con estas mismas palabras, que «si la puta esa se desnudaba delante de todos, ante él también podía hacerlo». Y que si no bailaba delante de él, no habría ni casa ni tierras, y que podía coger mis rastrillitos y jugar con Tadeusz en la arena. Empezó a reírse y comprendí que todo había sido mentira, que nunca había querido darnos ni el piso ni las tierras, ni ayudarnos, ni nada de nada. Que se había enterado de lo que hacía Anna y se había inventado todo aquello para humillarnos y burlarse de nosotros; que nada había sido verdad.

Pero entonces vi que Anna empezaba a desnudarse, lo hacía con indiferencia, mecánicamente. Y mi padre se reía cada vez más alto; dijo que la tenía calada desde que íbamos a la escuela. Pero como no quise creerlo, entonces dijo que atendiera a la lección que me estaba dando, que era gratuita y que valía mucho más que la casa y las tierras juntas porque quizá me haría espabilar de una vez. Y entonces me di cuenta de que ya no

habría nada, ni futuro, ni mujer, ni medicinas para Tadeusz. Y se me puso una niebla roja en los ojos, cogí de la estantería el disco de Múnich y golpeé con él a mi padre en la cabeza, y luego, cuando estaba en el suelo, le volví a dar varias veces.

Quisiera añadir en mi defensa que actuaba bajo los efectos de un shock, de un dolor psíquico y de fuertes emociones.

El fiscal Teodor Szacki miró a aquel cúmulo de desgracias que tenía sentado delante. El chico era un rubio menudo de grandes ojos y pestañas largas y negras; su aspecto era el del monaguillo ideal. Miró la pantalla con el texto de su declaración. No se le notaba, pero sentía el peso de la responsabilidad, el destino del niño y de la familia entera dependía de él. No se trataba de la calificación que fuera a recibir su acto. El asesinato era evidente. Aunque el perito se apiadara y dictaminara que sufría una turbación extrema, le caerían seguramente ocho años. De lo que se trataba era de si Szacki se iba a creer sus mentiras o no.

—¿Dónde vive ahora su esposa? —le preguntó.

—Bueno, después de la validación testamentaria heredé la casa y las tierras. Ella vive allí con el niño; mi prima me escribió y me contó que lo ha arreglado todo muy bien.

—¿Con qué dinero?

—Al final solicitó la subvención esa de la Unión Europea, en el ayuntamiento hay gente que te ayuda a rellenar los papeles. También tiene el subsidio de desempleo. Si yo estuviera ya en la cárcel y no en prisión preventiva, también me darían algo y se lo podría mandar.

Magiera le miraba con súplica en los ojos. Se revolvía en la silla, no sabía lo que significaba el silencio del fiscal. Y lo que significaba el silencio del fiscal era que estaba intentando acordarse de todos los casos similares que había tenido en el pasado. No recordaba exactamente cuándo se había colocado por primera vez por encima del Código Penal por un bien mayor, fiándose más de su juicio que de una legislación despiadada. Quizá hubiera errores en ella, quizá fuera injusta, pero constituía la base del orden en Polonia. En el mismo instante en que decidió que se iba a deslizar entre sus artículos debería haber dejado de ser fiscal.

Tenía que elegir entre dos opciones. La primera era aceptar la versión de Magiera. Eso significaba acusarlo de homicidio y una fácil defensa de las

tesis incluidas en las actas frente al juez. El acusado admitiría su culpa, la esposa corroboraría su versión; no había testigos, no había familiares del padre ni acusación particular, por supuesto tampoco habría apelación. Pasaría unos años en prisión y volvería a Zawichost, donde le esperaría su esposa (algo de lo que Szacki no tenía la menor duda).

La segunda opción significaba, como suele denominarse, «establecer la verdad material». Lo cual en este caso conllevaba acusar tanto a Magiera como a su esposa de asesinato y una condena de quince o más años para cada uno, y enviar a Tadeusz a un orfanato. En el disco había huellas de ambos. Ninguno tenía alcohol en la sangre. Por una curiosa casualidad al niño lo habían dejado antes del asesinato en casa de una vecina que vivía dos calles más allá. La autopsia había revelado que el viejo Magiera había muerto una hora y media antes de que llamaran a la ambulancia: querían asegurarse de que no lo iban a salvar.

Pero todo lo que había dicho el querubín-jardinero sobre su vida con Anna y sobre la relación con su padre era cierto, lo confirmaban los testigos. Hasta el notario declaró que había sido muy desagradable escuchar al viejo Magiera cuando fue a verle, aparentemente para hablar sobre las tierras, aunque en realidad lo que quería era burlarse de su hijo y de la puta de su esposa. Y conseguir que un notario se asquee es toda una hazaña.

Magiera se revolvió, sudaba y suplicaba con la mirada cada vez más. Szacki le daba vueltas a una moneda en la mano, mientras que en la cabeza solo tenía un pensamiento: ¿verdad o media verdad?

## 5.

—Hay un proverbio judío que dice: media verdad es una mentira completa —comentó el rabino Zygmunt Maciejewski mientras brindaba con vino kosher. Era exquisito, pero por desgracia Szacki no podía beber ni una gota más si no quería quedarse a dormir en Lublin, a unos ciento diez kilómetros de Sandomierz.

Cuando unas horas antes recorría la estrecha carretera plagada de baches que unía Sandomierz y Lublin, no pensaba que la reunión que le aguardaba fuera a dar grandes frutos. Quería hablar con alguien que conociera la cultura judía, enterarse de cosas que, aun cuando no resultaran cruciales, le permitieran no pasar por alto en un momento decisivo alguna evidencia dejada por aquel loco. Y comprender si aquel juego excéntrico tenía una segunda lectura que no era capaz de advertir por falta de conocimientos.

No había pensado demasiado en ello, pero cuando llamó a la puerta del apartamento, situado en el centro de Lublin, esperaba que le abriera un simpático anciano de nariz afilada y barba canosa que le contemplaría desde detrás de unas gafas de media luna con sabia benevolencia. Una mezcla entre Albus Dumbledore y Ben Kingsley. Sin embargo, al otro lado de la puerta apareció un hombre rechoncho vestido con una camiseta, que por su aspecto parecía tan inteligente como algún peligroso borrachuzo de un barrio marginal de Varsovia. El rabino Zygmunt Maciejewski tenía alrededor de treinta y cinco años y se parecía al exboxeador Jerzy Kulej, pero no ahora que era un diputado viejo, sino al de las fotografías en blanco y negro de cuando ganaba medallas de oro en los Juegos Olímpicos. Rostro triangular con una barbilla muy pronunciada, sonrisa insolente de matón, nariz plana de boxeador, sobre ella unos ojos muy hundidos, claros y vigilantes. Y unas entradas que penetraban entre rizos negros muy cortos.

El fiscal Teodor Szacki puso mucho cuidado en ocultar su sorpresa por el aspecto del maestro judío, pero en el interior del piso no pudo contenerse y seguramente hizo alguna mueca al ver la decoración, porque el joven rabino

se echó a reír. El salón estaba abarrotado de estanterías llenas de libros en diferentes idiomas, cosa que era de esperar. Lo que ya resultaba más extraño era que en las paredes, entre los estantes dispuestos simétricamente, hubiera pósters de tamaño natural de bellezas en traje de baño. Szacki se preguntó qué pauta seguiría para elegir las. No parecían judías, porque solo una de ellas, con una mata de rizos color obsidiana en una coleta, presentaba el aspecto de una oficial del ejército israelí. Le lanzó una mirada interrogativa a Maciejewski.

—Miss Israel en los últimos diez años —le aclaró el rabino—. La puse ahí porque pensé que había que ofrecer otros testimonios aparte de los chistes judíos, las velas de Sabbat, la imagen de los hebreos regateando en el mercado y los recitales de violín sobre el tejado.

—¿A esas modelos ucranianas también? —preguntó Szacki señalando a unas esbeltas rubias que aparecían en algunos de los pósters.

—¿Pues qué aspecto creía usted que tenían las mujeres judías? Le invito a ir a Israel. Pero antes despídase afectuosamente de su esposa. Quizá no sea muy objetivo, pero es que no conozco a mujeres más sexis que aquellas. Y eso es mucho decir viniendo de alguien que vive en una ciudad polaca de tradición universitaria.

El rabino tenía una tendencia natural a acortar las distancias y, aunque en el caso de Szacki eso era más bien poco frecuente, ambos hombres pasaron enseguida a tutearse. Le explicó que las raíces judías las había heredado de su madre, israelí; que el nombre se lo habían puesto en honor de ese gran judío que fue Sigmund Freud; y que el apellido se lo había dado un ingeniero polaco que cuarenta años atrás había viajado a Haifa como parte de una delegación que iba a estar allí unos días, pero que ya no regresó a Poznań, donde había dejado a su mujer y a sus dos hijos.

—Y mira por dónde, ahora tengo una magnífica relación con mis hermanastros —Szacki no podía imaginar que alguien no tuviera una magnífica relación con el rabino Maciejewski, que era pura cordialidad—. A pesar de que durante toda su infancia escucharon que una judía les había robado a su padre. Siempre cuento esto como ejemplo optimista cuando alguien me pregunta por las relaciones polaco-judías. Supongo que es de lo que vamos a hablar, ¿no?

Szacki prefirió empezar por Sandomierz. Por los asesinatos cometidos en la ciudad y que el fiscal describió al detalle. Por la catedral, el viejo cuadro y

la leyenda de la matanza ritual, que de algún modo podía ser la clave del caso. Aunque esa hipótesis concreta, de acuerdo con su intuición Szacki, quería descartarla, más que confirmarla. Y por la inscripción aparecida sobre el cuadro. El rabino miró con atención la fotografía y primero frunció el ceño, murmurando que era muy extraño y que tenía que pensar una cosa, pero ante la insistencia del fiscal explicó que esas palabras se leían «*ayin tajat ayin*», que literalmente significaban «un ojo por otro ojo» y que en efecto procedían del Pentateuco.

—Los cristianos y los musulmanes a menudo citan estos fragmentos como prueba de la agresividad y la brutalidad del judaísmo —explicó Maciejewski mientras servía un vino que anteriormente había presentado como kosher. Se llamaba L'Chaim y era un Cabernet bastante decente—. Sin embargo, los judíos nunca han interpretado literalmente esa norma. No sé si estará usted al tanto de que, según la tradición, aparte de la Torá escrita, Moisés recibió de Dios también una tradición oral, el Talmud.

—¿Una especie de catecismo judío?

—Exacto. El Talmud constituye la interpretación oficial de las normas de la Torá, que, en fin, a veces son discutibles. Si yo fuera, Dios me libre, escéptico con esta fe, diría que fue una sabia maniobra del pueblo de Israel: escribir rápidamente unas interpretaciones prácticas de unas normas poco prácticas y declarar que eran la voz de Dios, solo que transferidas de forma hablada. Pero como soy muy devoto, nos quedaremos con la versión de que el sabio Dios sabía qué decirle a Moisés que escribiera y qué comentarle solo para que lo recordara.

—¿Y qué tenía que comentar acerca de sacar ojos?

—Le explicó a Moisés que únicamente un idiota podría interpretarlo literalmente. Es muy famoso este ejemplo: una persona con un solo ojo deja tuerta de un ojo a otra; si se aplicara literalmente la norma de la Torá, el castigo debería ser sacarle al infractor el ojo que le queda, lo cual lo dejaría completamente ciego. ¿Sería ese un castigo justo? Naturalmente que no. Por eso la tradición explicó rápidamente que la frase «*ayin tajat ayin*» se refiere a una compensación económica justa, proporcional al daño causado. No es igual el perjuicio que supone para un escritor perder una pierna que en el caso de que la pierda un futbolista profesional. En otras palabras: en la ley judía nunca ha existido la norma de que el castigo por cegar a alguien deba ser quedar ciego. ¿Está claro?

—Entonces, ¿de dónde salió esa creencia? —preguntó Szacki.

El rabino se sirvió más L'Chaim. La copa del fiscal seguía llena.

—La culpa la tiene en gran parte Mateo el Evangelista, que menciona las palabras de Jesús cuando este habla de que antes se enseñaba lo de «ojo por ojo, diente por diente», pero luego dice que no debe uno alzarse contra el mal, sino poner la otra mejilla. De ahí nació una superstición que contraponía a los misericordiosos cristianos con los sanguinarios judíos. Lo cual es hasta gracioso.

—¿Entonces los judíos no ponen la otra mejilla? —comentó Szacki, preguntándose si el rabino sería realmente abierto de mente o si sería más bien políticamente correcto, y si no lo echaría a la calle cuando se enterara de que en realidad estaba allí para comprobar una teoría sobre un perturbado judío que había decidido jugar a las matanzas rituales.

—No —contestó Maciejewski—. A Rebe Schneerson, el último rabino Lubavitch, le gustaba repetir que la mejor manera de luchar contra el mal era hacer el bien. Pero hay situaciones en las que esta estrategia no funciona. Ha habido momentos en la historia en los que hemos sido víctimas, pero nuestra mitología no es una mitología de víctimas. Mira las fiestas judías. La Pésaj conmemora el hundimiento del ejército egipcio en el Mar Rojo. La Janucá, la exitosa rebelión de los macabeos y la derrota de los invasores. Y el Purim es el recuerdo de cómo una matanza preparada contra los judíos supuso en cambio la aniquilación del agresor.

—¿Y qué hay de la venganza?

—La Torá y el Talmud dicen lo mismo sobre ese tema: la venganza va contra la ley. No se permite sembrar el odio, no se permite buscar venganza, no se permite guardar rencor, se debe amar al prójimo como a uno mismo. Eso lo pone también en el Levítico, el libro del que procede tu cita, solo que unos capítulos antes.

Szacki se quedó pensativo.

—¿Y después de la Segunda Guerra Mundial? Me habría parecido lo más natural.

El rabino Zygmunt Maciejewski se levantó y encendió la lámpara que había sobre la mesa: empezaba a oscurecer. En la penumbra, las bellezas medio desnudas parecían más vivas que antes; daban la impresión de ser personas auténticas que acechaban desde los rincones, en vez de pósters en la pared. Y entre ellas estaba aquel joven boxeador en el papel de rabino de

Lublin.

—No me gusta hablar del Holocausto —dijo—. No me gusta que al final todas las conversaciones entre judíos y polacos vuelvan siempre a unos acontecimientos que ocurrieron hace casi setenta años. Como si antes de eso no hubiera habido setecientos años de vida en común, más todo lo que ha ocurrido después. Solo un mar de cadáveres y nada más. Por eso cuelgo ahí esas modelos, cuya presencia me parece ahora surrealista y a ti seguramente aún más.

Maciejewski se puso a mirar por la ventana y nada parecía indicar que fuera a continuar la conversación. Szacki se levantó para estirar los huesos; se acercó a él. Se respiraba una atmósfera extraña en el piso del rabino. Sintió que su tendencia profesional a ponerse a la defensiva se disipaba, que el cinismo y la ironía se apartaban; quería simplemente charlar. Quizá se debiera al hecho de que desde hacía mucho se veía obligado a vigilar cada palabra que decía. En Sandomierz todos eran sospechosos y ninguna conversación era una simple conversación. De pie junto al rabino, le entraron ganas de hablarle sobre su gran sueño: siempre había querido poder pasearse por la Varsovia anterior a la guerra, sentir y paladear su diversidad, caminar por unas calles en las que el idioma polaco se mezclaba con el ruso y el yidis. Sintió la necesidad de expresar su nostalgia por lo diferente, pero cerró la boca cuando ya la tenía abierta, temiendo decir cosas que pudiera parecer que carecían de sentido, porque como cualquier otro polaco instruido tenía un miedo atroz a parecer antisemita. De repente sintió una ira irracional hacia sí mismo y volvió rápidamente al sillón. Bebió un poco de vino y el resto lo mezcló con agua mineral. El rabino, pensativo, seguía junto a la ventana; de perfil parecía un boxeador que evocara un combate perdido.

—Supongo que existe alguna razón para que me preguntes por la venganza judía —dijo finalmente volviendo junto a la mesa—. En resumen, pocos quedaron que pudieran vengarse o de quienes poder vengarse. Judíos apenas, y tras el paso del Ejército Rojo, alemanes tampoco muchos. Los campesinos polacos pasaron a cuchillo a una parte de los judíos por temor a que fueran a reclamar sus fortunas, y con esto no pretendo juzgar a nadie, solo constato un hecho. Otra parte no tenía ganas de vengarse, porque eso significaba arriesgarse y una vida que se acababa de salvar de milagro resultaba demasiado frágil como para ponerla en riesgo de cualquier manera. Hubo excepciones. ¿Te dicen algo los nombres de Wiesenthal y Morel?

—El primero sí, el segundo no.

—Al parecer Simon Wiesenthal, nuestro cazanazis número uno, cuando la Segunda Guerra Mundial aún no había acabado, creó con unos compañeros aquí en Lublin, ya bajo control soviético, una organización secreta llamada Nekama, es decir, «venganza». Me repugna el revanchismo, pero soy capaz de imaginar una situación en la que unas cuantas personas que se han salvado del Holocausto arden en deseos de vengarse a tal extremo que constituyen una organización ex profeso. Quizá enseguida resultó que podían actuar públicamente y lo que nació en Polonia como Nekama se convirtió después en el centro de documentación histórica que Wiesenthal instituyó en Austria. ¿Hasta aquí claro?

—Claro —contestó lacónicamente Szacki.

—Por tanto, en una mano tenemos a Wiesenthal —Maciejewski realizó el oportuno gesto— y su venganza consistente en perseguir a los nazis. La solución lógica. En la otra Salomon Morel nos hace de contrapeso. Salomon tuvo la suerte de que un polaco bienintencionado lo salvara del Holocausto y gracias a ello pudo ingresar en la Guardia Popular, el brazo armado del Partido Polaco de los Trabajadores durante la guerra, y mientras Wiesenthal creaba Nekama, Morel organizó también en Lublin una milicia para los comunistas. Después se convirtió en comandante del campo de internamiento de Zgoda, en la Baja Silesia, donde los comunistas retenían principalmente a alemanes y a silesios, aunque también a algunos polacos incómodos para las autoridades. En el campo, que por lo demás ocupaba el terreno de un antiguo campo de concentración alemán, murieron casi dos mil personas, al parecer como resultado de las negligencias intencionadas de Morel.

—¿Y? —Szacki pensó que todo aquello era muy interesante, pero que no le ayudaba lo más mínimo.

—Ahí tienes las dos caras de la venganza judía de aquellos años. Por un lado, funcionarios israelíes buscando a miembros de las SS en palacetes argentinos, y por otro los bajos instintos de la venganza satisfechos compulsivamente. Bajos aunque de algún modo comprensibles. Imagínate que vuelves a tu pueblo y en tu casa vive alguien que durante la ocupación delató a toda tu familia, que luego murió en un campo de exterminio. Tu mujer, tus hijos. ¿Te contendrías? ¿Le perdonarías? ¿Lo amarías como a ti mismo?

Szacki permaneció callado. No era capaz de contestar a esa pregunta.

Nadie que no se hubiera visto en tal situación habría podido hacerlo.

—¿Tienes familia? —preguntó el rabino.

—Sí. Bueno, la tenía hasta hace poco.

Maciejewski lo miró atentamente, pero no comentó nada.

—Bien; en cualquier caso seguro que puedes imaginar esas emociones mejor que yo. Para mí son una abstracción, una reflexión teórica. Nos conocemos en la medida en que otros nos han puesto a prueba.

—¿El Talmud?

—No, Wisława Szymborska. Es bueno extraer la sabiduría de diversas fuentes. Esa cita es de un poema de Szymborska sobre una mujer, una sencilla maestra, que muere al salvar a cuatro niños en un incendio. Me gusta ese poema y esos versos, y también la convicción que hay tras esas palabras: que nunca sabemos cuánta bondad hay en nosotros. Vi un documental sobre un judío americano que viaja a Polonia a buscar sus raíces y, en medio de todas esas lápidas judías hechas pedazos y todas esas sinagogas convertidas en talleres, encuentra a la familia de campesinos que salvó a su padre. Después, en Israel, le pregunta a su padre por qué nunca le mandó siquiera una postal a esos polacos, y él le contesta: ¿cómo? ¿Cómo dar las gracias por algo así? Y luego le pregunta al padre si él habría hecho lo mismo por ellos y el anciano responde en voz baja: no, nunca.

—Hablas como un antisemita.

—No, hablo como alguien que sabe que la gran historia es un compendio de historias pequeñas, cada una de las cuales es diferente. Porque ese anciano judío quizá no habría hecho nada en la situación contraria, como él mismo dice, o quizá también hubiera llevado comida al granero a sabiendas de que en cualquier momento los alemanes podrían matar a su familia. Nos conocemos en la medida en que otros nos han puesto a prueba.

Maciejewski se echó más vino.

—Conozco cientos de historias como esa —dijo sentándose de nuevo frente a Szacki—. Ya sabes cómo es la cosa desde el lado polaco, todos esos mierdecillas de cabeza rapada. Pero ¿sabes cómo es desde nuestro lado?

Szacki negó con la cabeza, con algo de curiosidad —aunque poca— por saber cómo continuaba la explicación. Sentía que se le pasaba el tiempo. Que debería conseguir alguna información y volver al trabajo cuanto antes.

—Pues resulta que cuando viene una excursión desde Israel al campo de concentración de Majdanek, tienen que llevarse guardaespaldas si quieren ir a

la discoteca. Según llegan a Polonia, en el aeropuerto, antes de subir al autocar, tienen que escuchar una charla sobre cómo comportarse en caso de atentados antisemitas. Me crié en Israel; estuve en una de esas excursiones, que consisten principalmente en dejar a la gente impactada con la Shoah — Maciejewski pronunció esta palabra de una manera gutural y algo cantarina, y Szacki comprendió que la melodía extraña y zigzagueante que desde el principio había escuchado en su fluido polaco debía de ser la influencia del hebreo—. Pero no solo eso. Se componen, en igual medida, de gilipolleces sobre el omnipresente antisemitismo y de inculcar desconfianza, xenofobia y deseo de venganza. En serio, hemos conseguido ser mejores que los polacos en lo de edificar la identidad sobre los cadáveres.

A pesar de la seriedad del tema, Szacki soltó una carcajada y levantó la copa.

—Brindo por eso, porque si es cierto —hizo una pausa— habéis logrado un imposible.

Chocaron las copas.

—¿Te dicen algo las siglas KWP? —preguntó el fiscal, girando la conversación hacia los temas que le interesaban. Quería conducirla a un punto final.

—¿Comisaría Regional de la Policía?

—¿Y Ejército Polaco Clandestino?

—No sé, me suena de algo, pero vagamente. ¿Es una organización similar a Libertad e Independencia o a las Fuerzas Armadas Nacionales?

—Sí, fue una de las que formaron los «soldados malditos».

El rabino suspiró y miró hacia la ventana oscura, como si estuviera posando en una de esas sesiones en las que los deportistas fingen ser pensadores.

—¿Por qué lo preguntas?

—Diversos indicios apuntan a que los sucesos que acaban de ocurrir pueden estar relacionados con ello. ¿Te dice algo?

—Otro tema delicado. Los «malditos» lucharon contra las autoridades comunistas, algunos incluso hasta los años cincuenta. He leído acerca de ellos. El asunto tiene muchos matices; a lo largo de los años surgieron todo tipo de leyendas alrededor de ellos y, como suele ocurrir en Polonia, no hay ninguna verdad en ellas —el rabino sonrió inesperadamente—. Por cierto, adoro esa característica vuestra: os movéis siempre por los extremos, euforia

o profunda depresión, gran amor o ira ciega. Para los polacos no hay término medio. Es algo que a veces me saca de quicio, pero aun así me gusta; he aprendido a tratar mi adicción al carácter polaco como un vicio inofensivo. En fin, da lo mismo; lo que quería decir es que de vuestros partisanos anticomunistas también se habla en términos extremos. Para unos son héroes sin tacha, para otros unos dañinos alborotadores que solo buscaban pretextos para montar escándalos y peleas, y también hay quien piensa que eran unos sanguinarios cazajudíos que organizaban pogromos.

—¿Se dieron tales casos?

—Para ser sincero, no conozco el tema tanto como para saberlo. Recuerda que eran grupos más bien derechistas; los izquierdistas, de alguna forma, el que más y el que menos creía en las nuevas autoridades. Era la derecha de entreguerras, encuadrada en la Democracia Nacional, que escondía en su interior sentimientos antisemitas, esto sobre todo en el caso de las Fuerzas Armadas Nacionales. Pero recordemos también que desde el Holocausto cualquier acción dirigida contra un judío es presentada como una manifestación de antisemitismo, cosa que no tiene por qué ser verdad. Los «malditos» luchaban contra el aparato del Estado, contra sus funcionarios, y había judíos entre las víctimas porque en los servicios de seguridad trabajaban muchos.

—Pensé que eso era una mentira antisemita.

—Antisemitas pueden ser las interpretaciones de los hechos, pero no los hechos en sí. He de reconocer, con dolor, porque es un pasaje poco claro de la historia de mi nación, que hasta mediados de los años cincuenta más de un tercio de los operarios del Ministerio de Seguridad Pública eran judíos. Es un hecho, no hay nada antisemita en él. Naturalmente, presentarlo como una conspiración judía contra Polonia es ya otra historia. Sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de ellos eran comunistas como los demás, de judíos tenían solo la procedencia.

Szacki ordenó en su cabeza las informaciones obtenidas. Estaba satisfecho; la hipótesis con la que había viajado hasta allí empezaba a tomar cuerpo.

—¿Por qué tantos?

Maciejewski repitió el gesto de impotencia.

—¿Porque cualquier poder diferente del alemán les parecía bueno? ¿Porque ya antes de la guerra la ideología comunista resultaba atractiva para el sector pobre de la sociedad judía? ¿Porque las autoridades preferían a los

judíos, cosmopolitas por naturaleza, antes que a los patriotas polacos, poco favorables a los rusos? ¿Porque tanta verdad hay en las habladurías sobre el odio de los polacos hacia los judíos como en las del odio de los judíos hacia los polacos? —el rabino hizo de pronto una pausa y canturreó tristemente una canción de Kaczmarski—: «Yo quería ser alguien, porque yo era un judío, y si el judío no era alguien, en don nadie era convertido».

—¿Y porque para algunos era un modo de vengarse de sus vecinos? —añadió Szacki.

—Claro. Buscar culpables es la manera más sencilla de sobrellevar el trauma. Si señalas a la persona que ha causado tus perjuicios, todo es más sencillo. No había alemanes, los polacos estaban a mano. Y los comunistas les susurraban al oído que bandas de simpatizantes de Democracia Nacional habían organizado los pogromos. No era casualidad que comunistas de ascendencia judía fueran los que dirigían el departamento de lucha contra el «bandidaje»: el método de exacerbar y azuzar nunca falla.

Szacki escuchaba asombrado.

—No me esperaba oír algo así.

—Claro que no, eres hipersensible, como todo polaco instruido. Tienes miedo de decir cualquier cosa y que enseguida te saquen a colación los pogromos de Kielce y Jedwabne. Por eso, desgraciadamente, no estás capacitado para ofrecer un juicio fiable, igual que el resto del mundo. Yo mismo soy un judío creyente y patriota, pero considero que la política de Israel es dañina. En lugar de los líderes de la región somos una ciudadela fortificada, ocupada por paranoicos obsesionados con que se encuentran sitiados, enemistados con naciones que ya de todas formas nos odian y que son presentadas como terroristas y partidarias de Hitler. No sé si habrás escuchado hoy las noticias, se celebra el Día en Recuerdo de la Shoah, y nuestro viceprimer ministro lo aprovecha para comparar Irán con la Alemania nazi. Se le cae a uno el alma al suelo; parece que algunos de nuestros políticos, si no sacaran a Hitler a la menor ocasión, perderían su razón de existir.

Szacki sonrió para sí, porque había algo típicamente polaco en esa exaltación de Maciejewski, digna de un articulista, y en su forma ritual de quejarse de las autoridades. Solo faltaba el vodka, la ensaladilla rusa y el embutido colocado en una fuente plateada. Ya era hora de terminar.

—Naturalmente, sabes por qué pregunto por todo esto, ¿verdad?

—Porque estás sopesando la opción de que pueda ser obra de algún judío y quieres saber si eso es posible. Si se tratara de una persona normal, diría que no, pero alguien que tiene las manos manchadas con la sangre de dos personas es un loco. Y con los locos todo es posible. Y hay algo más...

—¿Qué? —Szacki se inclinó hacia delante.

—Todo eso de lo que me has hablado: Sandomierz, el cuadro, las citas, el cuchillo de *shojet*, el cadáver en el barril... —Maciejewski hizo su gesto de boxeador pensativo—. No es posible conseguir todos esos conocimientos en un fin de semana. Teóricamente tienes que ser judío, y además un judío que conoce muy bien su cultura. O bien un investigador de la misma.

—¿Por qué teóricamente? —Szacki conectó todos los radares. En el tono del rabino había algo que le advertía de que intensificara su atención.

Maciejewski giró en dirección al fiscal la fotografía de la inscripción hebrea pintada sobre el cuadro de la catedral y señaló la letra central de la palabra central.

—Esta es la *jet*, la octava letra del alfabeto hebreo. Está mal escrita, pero no de un modo que se pueda explicar por una dislexia, por ejemplo. Es el reflejo invertido de una letra escrita correctamente; el arco debería estar a la derecha, no a la izquierda. Ningún judío la escribiría de esta forma, igual que tú, aunque estuvieras hasta las cejas de alcohol o de drogas, no escribirías la B con las barrigas hacia la izquierda. Yo creo simplemente que es alguien muy astuto y quiere despertar muchos demonios para poder ocultarse entre ellos. La cuestión, querido fiscal, es si sabrás distinguir el rostro del asesino entre tal cantidad de espectros y apariciones.

## 6.

Las palabras sobre los espectros resonaban en la cabeza de Szacki mientras volvía de noche a Sandomierz. Iba cruzando aldeas y pequeñas ciudades de la región de Lublin y se preguntaba cuántas de ellas serían *shtetls* judíos antes de la guerra. ¿Cuántos judíos habría en Kraśnik? ¿Y en Annopol? ¿Y en Olbięcin, en ambos Wilkołaz, en Gościeradów? ¿Y dónde acabaron? ¿En Majdanek, en Bełżec? ¿Llegaría alguno vivo a las marchas de la muerte? Un final humillante, sin entierros, sin funerales, sin nadie que cruzara las almas a la otra orilla. Si hay que hacer caso a las creencias populares, todas esas almas deben de estar vagando por el mundo, aprisionadas entre las dimensiones desde hace unos setenta años. En días como aquel del Yom HaShoah, ¿percibirán que se les recuerda? ¿Regresarán entonces a Kraśnik o a Annopol buscando rincones conocidos? Y los habitantes polacos de esas poblaciones, ¿mirarán para atrás por encima del hombro? ¿Sentirán con más fuerza que de costumbre el frío? ¿Cerrarán antes las ventanas?

El fiscal Teodor Szacki se sintió intranquilo. La carretera estaba extrañamente vacía; las oscuras aldeas de la región de Lublin parecían abandonadas. Después de Kraśnik la niebla se había cernido sobre el asfalto, a veces apenas visible, como si el parabrisas estuviera simplemente sucio, pero otras veces era espesa como el algodón, podía ver con claridad cómo el morro de su Citroën la apartaba a los lados. El fiscal reconocía su temor por el hecho de que prestaba más atención que de costumbre a los quejidos de su viejo automóvil. El leve golpeteo en la parte izquierda de la suspensión, el siseo de la bomba del fluido hidráulico, el zumbido del compresor del aire acondicionado. Por muy irracional que resultara, la cuestión era que no le apetecía nada pararse a comprobarlo entre la niebla y la oscuridad.

Soltó un taco y dio un volantazo, porque de la niebla había salido una figura negra: había logrado esquivar en el último momento a un autoestopista que había casi en el centro de la calzada. Miró por el retrovisor, pero solo vio la oscuridad purpúrea, la niebla teñida por las luces rojas. Le vino a la mente

la grabación de Wilczur, el judío que se desvanecía entre la espesa niebla de las orillas del Vístula.

Para mantener la cabeza ocupada, empezó a repasar la conversación con Maciejewski, a recordar los momentos en que había notado esas cosquillas tan conocidas en las neuronas. Una vez mientras le contaba lo de la venganza por la muerte de la familia, seguro. Y otra vez hacia el final, cuando el rabino había dicho que no era posible conseguir todos esos conocimientos en un fin de semana. Se le había pasado por la mente entonces una idea valiosa y no muy evidente. No se trataba de buscar entre los expertos en la cultura judía, no. Maciejewski había advertido muchas particularidades en el relato de Szacki, detalles que conformaban una imagen completa.

—¿Y yo? —dijo en voz alta Szacki; su voz ronca sonó ajena dentro del coche.

¿He advertido yo todos los detalles? ¿No me habré concentrado en lo más evidente dentro de esta pesadilla? Cuando del techo colgaba un cadáver metido dentro de un barril, nadie se preguntó por qué el difunto tenía los pies deformados, detalle que le acababa de venir al pensamiento. Cuando entre los arbustos yacía una mujer desnuda y a unos metros de ella aparecía un cuchillo de carnicero, nadie pensó de dónde había salido la arena de las uñas. Pero ahora él lo había recordado: el cadáver no tenía bajo las uñas tierra ni suciedad, sino precisamente arena amarilla de playa. ¿Cuántos detalles similares se le habían pasado por alto y cuántos había considerado intrascendentes? Todo lo sucedido en la catedral, la inscripción del cuadro, «ojo por ojo, diente por diente». Había seguido la pista de la venganza judía, la más evidente, la que más imponía su presencia. Exactamente como quería el asesino. En lugar de buscar errores en aquel espectáculo —en contra de las expectativas de ese individuo—, se dejaba guiar como un borrico. Como el espectador ideal de una sesión de magia, que por si acaso no se fija en lo que hace la otra mano del ilusionista para no estropearse a sí mismo la velada.

Estaba atravesando Annopol; luego bastaba con cruzar el Vístula, dirigirse hacia el sur y en media hora estaría en casa. El pueblo estaba vacío y envuelto en la niebla, a pesar de lo cual se sentía seguro por la presencia de las farolas. De modo que aparcó a un lado de la carretera y sacó el móvil para conectarse a internet. Encontró una página sobre la Biblia y mientras esperaba a que se cargara bajó la ventanilla, para combatir la somnolencia que empezaba a atacarle. En el coche entraron el frío y la humedad. Se llenó del intenso olor a

tierra que empezaba a deshelarse, presagio de la primavera que en breve explotaría con violencia, queriendo recuperar las semanas perdidas.

Encontró las citas bíblicas, de las que recordaba las referencias. ¿Por qué eran tan largas? Habría bastado con poner el versículo que incluía la expresión «ojo por ojo» y todo estaría claro. Las apuntó todas en su libreta. La del Levítico era la más corta y la más sencilla, hablaba de la pena por mutilar y por causar la muerte: «El que mate a un hombre, será castigado con la muerte». A Szacki le sorprendió el carácter jurídico de la frase, el artículo 148 del Código Penal polaco empezaba casi igual: «Quien mata a una persona será merecedor de la pena de privación de libertad...».

La segunda cita hablaba del castigo aplicado por hacer daño a una mujer embarazada, en el transcurso de una discusión entre hombres, lo cual seguramente era una manera de definir la guerra o los conflictos. Causar un aborto solo se sancionaba con una multa, pero si la mujer fallecía, entonces la pena era la muerte.

En el tercer libro, el Deuteronomio, estaba la cita más enrevesada, casi como si fuera una codificación penal actual. Y al mismo tiempo era la norma más severa, dirigida contra el perjurio o, como diríamos ahora, contra el falso testimonio. El legislador judío —que, en opinión de Szacki, era una manera muy extraña de definir a Dios— mandaba castigar al embustero con la misma pena que habría sido aplicada en caso de que su mentira hubiera sido tomada por cierta. En otras palabras: si como resultado de las acusaciones injustas de alguien otra persona podía ser condenada a muerte, pero se descubría el asunto a tiempo, entonces al perjurio le esperaba la horca o lo que se usara en ese momento. Resultaba interesante el hecho de que la severidad de la ley venía dictada por las normas de prevención general, ya que se podía leer que «cuando se enteren los demás, sentirán temor y no volverá a cometerse esta infamia entre vosotros». En cierto modo, la mentira era tratada como el peor de los crímenes.

Y a lo mejor es lo justo, pensó Szacki, y cerró la libreta. Cerró también la ventanilla y se abrochó la chaqueta; la noche era terriblemente fría. ¿De qué hablaban las citas? Del asesinato, del daño a una embarazada y del perjurio. ¿Casualidad o detalle crucial?

Apagó la lamparita montada sobre el retrovisor, parpadeó unas cuantas veces para acostumar sus ojos cansados a la oscuridad neblinosa del exterior y se quedó de piedra al ver unas figuras oscuras que se agolpaban

junto al coche. Las sombras caminaban indecisas alrededor del auto. Sintió que el pánico aumentaba en su garganta y encendió el motor; los faros llenaron de luz la niebla blanquecina. No había ninguna sombra. Tan solo una aldea vacía a orillas del Vístula, una acera de adoquines y un anuncio de cerveza sobre una tienda de comestibles.

Arrancó bruscamente en dirección al río. La niebla formaba remolinos tras la amplia parte trasera del Citroën.

El fiscal Teodor Szacki no sabía —porque no podía saberlo— que en esos momentos estaba abandonando uno de aquellos típicos *shtetls* de antes de la guerra, aldeas habitadas en su mayoría por población judía pobre, que en Annopol constituía antes de la guerra más del setenta por ciento de los habitantes. Había allí una escuela hebrea de la agrupación Tarbut, jéderes, escuelas laicas para niños y niñas; estaba la Asociación Talmud Torá; había incluso una humilde yeshivá y los chicos que acababan estudios en ella continuaban en Lublin su preparación para llegar a ser rabinos. De todo ello solo quedaba una pequeña y fea piedra conmemorativa en el lugar donde se ubicaba el antiguo cementerio judío, a las afueras del pueblo, rodeada de una vereda decorativa hecha de adoquines rosados.

## 7.

El rostro de la chica empezó a reflejar desconfianza, pero seguía dejándole que le pusiera la mano en el muslo, buena señal. Ante lo cual Roman Myszyński se permitió subirla un poco más, hasta la piel que quedaba por encima del encaje de las medias. Solo que allí no había ni encaje ni piel. Por Dios, no me puedo creer que aún haya chicas que van a la discoteca en pantis. ¿Qué es esto, una especie de fiesta vintage? Igual ahora resulta que lleva un sujetador de elastano y los sobacos sin afeitar. ¿Es que no podía tocarle alguien normal por una vez en la vida? No una vez al mes, ni cada seis meses, ni siquiera una vez al año. No, una vez en general.

—¿Así que eres una especie de detective? —preguntó inclinándose hacia él.

—No «una especie», sino un detective sin más —exclamó él, anotando mentalmente que nunca jamás volvería a invitar a alguien a calamares en salsa de ajo antes de una cita—. Ya sé cómo suena eso, pero es la verdad. Yo estoy en mi oficina, viene alguien, primero me cuenta algo sin importancia para tantear si se puede fiar de mí, y después... —hizo una pausa—. Después me desvela sus más ocultos secretos y me hace un encargo. No tienes idea de lo mucho que pueden llegar a enredarse los destinos humanos.

—Me gustaría ver tu oficina. Desvelarte mis secretos.

—¿Los más ocultos? —preguntó, aunque notó que aquella réplica tan chapucera le quitaba las ganas de pasar una noche llena de emociones.

—¡No tienes idea! —gritó ella por encima de la música.

Un rato después estaban en un taxi que los conducía desde el centro hasta su «oficina», es decir, su pequeño apartamento en el barrio varsoviano de Grochów. El lugar quizá no fuera lujoso, pero tenía su encanto. Se hallaba en un palacete de antes de la guerra, con la fachada cubierta de enredaderas y con un jardín, oculto entre los bloques de pisos de la colonia Ostrobramska, conocida en la zona como «Mordor». Se estaban besando con pasión cuando sonó el móvil. Número oculto. Contestó, implorando mentalmente a los

dioses de todas las religiones que no fuera su madre.

Escuchó durante un momento.

—Por supuesto que me acuerdo de usted, señor fiscal —dijo con un tono más serio y grave que de costumbre, lanzando a la chica una mirada elocuente—. Cosas así no se olvidan... Sí, ahora mismo estoy en Varsovia... Claro... Ajá, ajá... Comprendo... Por supuesto... Tengo que dormir un par de horas, otras tres para el viaje; podría estar allí a las ocho... Sí, claro, hasta mañana.

Con un movimiento digno de un pistolero cerró la tapa del teléfono y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. La chica lo miraba admirada.

—Pero bueno, ¿qué es eso de que un fiscal ande llamando a la gente a medianoche? —le dijo el taxista mirándolo por el espejo—. Manda cojones, oiga, nos quieren hacer aquí una Unión Soviética esos inútiles, un condominio, señor mío.

---

## **Capítulo octavo**

*Miércoles, 22 de abril de 2009*

La Tierra celebra su día, Jack Nicholson su setenta y dos cumpleaños, Donald Tusk el cincuenta y dos y los fanáticos de los coches conmemoran el séptimo aniversario de la muerte del automóvil de fabricación polaca Polonez. En Polonia, casi medio millón de estudiantes de secundaria se enfrentan a los exámenes finales; aparte de esto, el gobierno anuncia que quedará totalmente prohibido fumar en lugares públicos, un alpinista de veinticinco años escala sin medidas de seguridad la fachada del hotel Marriott de Varsovia, y el premio al humorista del año lo gana el ministro de Infraestructuras al anunciar que las autopistas A1, A2 y A4 estarán terminadas antes de la Eurocopa 2012. En Alemania comienza un gran proceso contra terroristas islámicos; en Ucrania es readmitido el entrenador de hockey que había sido despedido porque su equipo había osado ganarle al equipo del presidente Lukashenko. En Sandomierz la policía detiene a un hombre que acusó a un grupo de chicos de catorce años de robar en un mercado setenta y cuatro botellas de cerveza y algunas otras de vodka, y les obligó a darle dinero como compensación. Mientras, unos ladrones de verdad se llevan un bolso con ciento ochenta zlotys en su interior de un piso que permanecía abierto: los dueños estaban sentados en el balcón. Y no es extraño, porque aunque la temperatura no sobrepasa los 18 grados y durante la noche llega a caer hasta los 2 grados, el día es soleado y hermoso.

## 1.

Desde que en la primera excursión del instituto Marcin se sentó en el autobús junto a Sasza —el único sitio libre que quedaba se encontraba junto a ese grandullón hiperdesarrollado con aspecto de asesino—, a ambos chicos los unía una amistad que quizá no fuera muy estrecha, pero sí muy particular. No sabían demasiado el uno del otro, no iban a sus casas de visita, no se invitaban a las fiestas, ni siquiera estaban en la misma clase. Los dos eran muy independientes y ambos respetaban esa independencia. Marcin era más bien debilucho, un rubito bajo con gafas, tan conocido como ridiculizado por ser violinista, y que, para su desesperación, a veces tenía que tocar en las celebraciones escolares. Componía algunas cosas, le rondaba la cabeza la idea de que algún día podría escribir música para cine, pero sus composiciones solo las conocían Ola y, precisamente, Sasza.

Sobre Sasza corrían rumores de que traficaba con drogas y estaba conectado con la mafia rusa, chismes tan extendidos que hasta los profesores lo trataban con una indulgencia sorprendente, temiendo seguramente que si le ponían una nota semestral demasiado baja, tal vez algún mafioso vestido con un chándal susurrante fuera a agujerearles la rodilla en el vestuario del instituto. Sasza, poco hablador por naturaleza, callaba aún más en lo referente a este tema, lo cual no hacía sino aumentar los rumores, y cuando alguien se atrevía a acercarse a él para preguntarle por lo que vendía, Sasza permanecía en silencio durante un buen rato mirando al cliente sin pestañear, para después inclinarse y decirle con un acento intencionadamente ruso: «No es para ti».

En realidad Sasza no traficaba con nada; su mayor pasión, no conocida por nadie, eran los documentales, de los que guardaba varios teras en su ordenador. De vez en cuando le pasaba a Marcin las mejores piezas de su colección, las más controvertidas. Últimamente, gracias a Sasza, Marcin había visto un extraordinario documental sobre un judío americano que viajaba con sus hijos a Polonia a buscar a las personas que habían salvado a

su padre. Lo que más le había impactado era la figura del padre, anciano, enfermo, conectado a diversos tubos, que llevaba sesenta años viviendo en Israel, que apenas podía ya comunicarse y solo repetía que le gustaría volver a casa. Le explicaban que ya estaba en casa, pero él insistía que quería irse a su casa. «Papá, ¿dónde está esa casa tuya?», le pregunta finalmente su hijo. «¿Cómo que dónde? —le contesta—. Pues en la calle Zawichojska 7». Marcin no sabía explicar por qué, pero esa escena le impresionó mucho.

Sasza estaba de pie apoyado en el antepecho de la ventana, con los brazos cruzados y la mirada perdida. Llevaba ropa ancha, una sudadera blanca, y parecía aún más corpulento que de costumbre. Marcin entró, le saludó con un gesto de la cabeza y se apoyó en el antepecho a su lado.

—Peón a E4 —dijo.

Sasza frunció el ceño y asintió.

—Caballo a C4 —murmuró.

Jugaban partidas de ajedrez casi sin parar desde que se conocieron en el autobús, cuando Sasza, precisamente, estaba jugando al ajedrez en el móvil. Ahora lo que hacían era que cada uno tenía en casa un tablero y todos los días en el instituto intercambiaban un movimiento. Con la diferencia de que Marcin tenía todo el día para pensarse y preparar su movimiento, mientras a Sasza responder a esa acción, estudiada a veces por Marcin durante horas, no le ocupaba más de un cuarto de hora. Una vez le había pedido tiempo hasta el siguiente descanso para pensarlo y Marcin se enorgulleció de ello durante toda una semana. Pero nunca le había ganado: Sasza llevaba dentro algún gen ruso que lo hacía invencible.

—Escucha, si no recuerdo mal tu viejo es un delincuente, un corrupto, un torturador y un insidioso, ¿no?

—Es oficial de policía, en efecto —contestó Sasza.

—Estuve el lunes de excursión en Sandomierz.

—Lo siento en el alma.

—Visitamos unas cuevas bajo el casco viejo. Por lo visto en otros tiempos había varios pisos de ellas; ahora solo queda un pasadizo penoso, o igual es que únicamente enseñan eso.

—Ya, ¿y?

—Pues que oí un aullido.

—O sea, que Marysia por fin ha encontrado su clítoris. Esto es el fin, ahora ya nadie está a salvo.

—Era..., era un aullido horrible, venía de las profundidades. Como si estuvieran atormentando o torturando allí a alguien.

Sasza miró desde lo alto a su amigo. Levantó una ceja.

—Sí, ya sé cómo suena —continuó Marcin—. Lo sé perfectamente. Pero es que me tiene obsesionado. Sabes lo que está ocurriendo en Sandomierz, ¿no? Merodea por allí un asesino en serie, ya han aparecido dos cadáveres. Han dejado de mandar a los niños a la escuela, histeria general. Y, entiéndeme, seguro que no es nada, casi seguro, pero ¿y si es algo? Sería de tontos no decirlo, ¿no?

—¿Un aullido, dices? Bueno, vale, se lo comentaré a mi viejo, que envíen a sus sabuesos, quizá les valga de algo. ¿Qué más?

—Lo principal era ese aullido, parecía en parte el ruido del viento, en parte un gemido, en parte un grito. Pero había otro sonido más que entonces no pude reconocer, era demasiado débil, pero hoy por la mañana he oído otro similar y he dado con ello.

—¿Qué era?

—Ladridos. Ladridos de perros furiosos, como si en algún lugar de esas cuevas criaran perros infernales o yo qué sé, como si vivieran hombres lobo allí abajo. Sí, ya sé lo que piensas.

## 2.

La conversación fue breve y fructífera, y Szacki se alegró de haber logrado que Myszyński fuera a Sandomierz desde Varsovia. Era un tipo inteligente, que pensaba con rapidez, aunque no encajaba del todo en la imagen que pretendía dar de sí mismo. Era una persona agradable, de esos que no le hacen daño a nadie y que siempre se extraña si se lo hacen a él. Pero trataba de interpretar al hombre de larga experiencia, al cínico frío y calculador al que solo le interesa la parte profesional de su trabajo y nada más. Un papel que en sí mismo es bastante conveniente, sobre todo en esta profesión, pero que únicamente tiene sentido cuando se es capaz de interpretar sin sobreactuar. Szacki sabía hacerlo, pero aquel tipo no tenía ni idea. Por fortuna sus habilidades interpretativas no tenían en ese momento la menor importancia.

Szacki salió de su despacho para lavar la taza, que estaba sucia de café, con tal brusquedad que se chocó en el pasillo con Basia Sobieraj. Se le cayó de las manos un paquetito. El fiscal se agachó rápidamente para recogerlo; una caja de cartón con un sello de correos, del tamaño de un libro grueso, aunque muy ligero, como si no contuviera nada. Con gesto cortés le devolvió el paquete.

—Aquí tiene lo que ha extraviado, señora.

Observó con asombro que Sobieraj se ponía colorada, como una adolescente sorprendida en un acto íntimo vergonzoso. Le quitó de las manos el paquete con brusquedad.

—Mire por dónde va, estimado señor.

Le entraron ganas de replicar mordazmente, pero se abrió la puerta del despacho de Mischczyk, la jefa se asomó y lo llamó con gesto decidido: al alumno le esperaba una charla del director. Entró, sujetando aún la taza vacía, adornada con el escudo del Legia de Varsovia. Dentro del despacho había un hombre de cara hinchada como la de un alcohólico y con aspecto de vagabundo, convencido sin duda de que su descuidada presencia era

elegancia desenfadada. Despertaba repugnancia. Se levantó al ver a Szacki y le saludó efusivamente.

—Yo soy seguidor del Polonia —dijo señalando la taza.

—¿De quién?

—Pues... del Polonia, el otro equipo de Varsovia...

—Ah, yo pensé que en Varsovia solo había un equipo —bromeó Szacki, aunque el otro no lo entendió.

—El señor redactor ha venido desde Varsovia, está escribiendo un amplio reportaje sobre nuestro caso —Miszczyk sacó al gilipollas aquel del apuro—. Le he prometido que podría hablar con usted un cuarto de hora, fiscal, no más.

A Szacki se le revolviéron las tripas, pero sonrió sin mucho interés y propuso empezar sin dilación para poder volver cuanto antes al trabajo.

Al principio la conversación se centró en la investigación, en los mecanismos que se ponían en marcha cuando se sospechaba que estaba actuando un asesino en serie y en los diferentes matices de la ley penal. Szacki contestaba a las preguntas con rapidez y precisión; a pesar de los esfuerzos del periodista, no permitió que la entrevista se convirtiera en una plácida charla informal, y además frenó brutalmente cualquier intento del hombre de pasar a un plano más amistoso. Esperaba a que llegara lo inevitable, es decir, el giro en dirección al tema judío y al antisemitismo polaco. Y lo inevitable se comportó de acuerdo a su significado semántico: llegó.

—Me da que pensar el lúgubre simbolismo de todo esto, hay algo extraordinariamente sucio en jugar de una forma tan sanguinaria con esos asuntos. Aquí, en una ciudad famosa por un cuadro que es de algún modo credo del antisemitismo. En la región de Świętokrzyskie, en cuya capital, Kielce, tuvo lugar el mayor pogromo después del Holocausto. Pudiera parecer que todo eso no son más que viejas cicatrices, pero basta con rascar un poco y ¿qué ocurre? Ocurre que las heridas no están cerradas, siguen supurando.

—No me interesa el simbolismo —replicó fríamente Szacki.

El periodista sonrió.

—Es algo típicamente polaco, ¿no le parece? «A mí no me interesa.» En cuanto aparece un tema delicado, enseguida dice alguien: «¿Para qué sacar eso?», «Dejaos de historias», «¿Para qué removerlo innecesariamente?».

—Lo siento, pero no sé qué es típicamente polaco. Hice la carrera de Derecho, no la de Antropología. Además, no me está escuchando. Puede usted sacar y remover el tema todo lo que se le antoje, no voy a exhortarle a que se abstenga de hablar de tal o cual cosa. Únicamente le informo que, como funcionario de servicio de la República de Polonia, no me interesa el simbolismo, ni siquiera el sanguinario o el sucio.

—Entonces, ¿por qué ordenó detener a esos mocosos borrachos que organizaron una manifestación antisemita?

—Pues... 196, 256, 258, 261, 262.

—¿Perdón?

—Son los artículos del Código Penal que se pueden aplicar en ese caso. Sobre todo, profanación de un monumento conmemorativo, profanación de un cementerio e incitación al odio fundado en las diferencias étnicas. Mi trabajo consiste en llevar frente al juez a las personas que han infringido las leyes. Para ello no me guío ni por la ideología ni por el simbolismo.

—Lo entiendo, esa es su postura oficial. Pero, extraoficialmente, ¿qué opina de esto?

—Extraoficialmente no opino nada.

—¿Se está encontrando usted con indicios de antisemitismo?

—No.

—¿Los estereotipos le estorban para llevar a cabo la investigación?

—No.

—¿Sabe que los habitantes de Sandomierz no están enviando a sus hijos a la escuela?

—Sí.

—¿Piensa que es debido a que se vuelve a creer en la leyenda de la sangre?

—No.

—¿Sabe usted qué se comenta en la calle aquí en Sandomierz?

—No.

—¿Y lo que dicen los medios conservadores?

—No.

—No comprendo por qué rechaza por completo hablar de este tema, por qué siente tanto pánico. Después de todo, imagino que se preguntará cuál es el origen de estos sucesos, su génesis. ¿Ha leído el famoso libro de Jan Gross?

—No —mintió Szacki.

—Lástima. Describe la ola de antisemitismo de posguerra, la ira de los vecinos al ver a los que se habían salvado del Holocausto, su odio. Yo creo que aquella generación de antisemitas de posguerra educó a la siguiente generación, y esta a la siguiente. Personas que creían en lo del judeocomunismo, en la conspiración internacional judía, en lo de que dominan las finanzas del mundo entero. Y al mismo tiempo carecían de un contrapeso en forma de vecinos judíos normales y corrientes, con los que irían a pescar, a los que conocerían bien y gracias a los cuales, al oír esos horribles estereotipos, podrían encogerse de hombros y decir: «Bah, eso son tonterías, Szewek no es así». Y de esa generación salió el criminal que nos ocupa, portador de los más terribles estereotipos polacos, sin cultura, que busca saldar cuentas, consumido por el odio a todo lo extranjero. Y ese odio suyo ha encontrado aquí, en tierras antisemitas, su terrible ejecución.

El reloj que había junto al escudo nacional indicaba que a Szacki le esperaban todavía dos minutos más de aquel suplicio. Tenía intención de levantarse en el preciso instante en que pasaran quince minutos de una conversación que lo cansaba, lo aburría y lo cabreaba. Le preocupaba estar desperdiciando una energía que le iba a hacer mucha falta ese día y que sin embargo estaba empleando en no estallar, en no discutir con un imbécil al que solo le interesaba una cosa: demostrar su tesis sobre los cazajudíos polacos. Le sorprendía que, hasta ese momento, quien había demostrado más empatía, más voluntad de comprensión y mayor sentido común en aquel caso había sido el joven rabino nacido en Israel. Maciejewski tenía razón: todo eran extremismos, allí nada era normal nunca.

—¿Y qué ocurre si es al revés? —le preguntó al periodista.

—No entiendo.

—Si resulta que el asesino es un judío ortodoxo desequilibrado que ha venido desde Jerusalén con su banda de secuaces criados en un ambiente de odio hacia los polacos, para matar católicos. ¿Y si en el sótano de su casa encontramos niños muertos, barriles llenos de sangre y una fábrica de matzá?

—Eso... Eso es imposible. Eso sería terrible. Aquí, en este país que debería enfrentarse a las páginas negras de su historia. Al que continuamente hay que recordar sus culpas. No puede usted pensar en serio que existe tal posibilidad.

—Mi trabajo consiste en tomar en serio cualquier posibilidad. Es más, me trae absolutamente sin cuidado que el autor sea un obispo polaco o el director

del santuario de Yad Vashem. Siempre y cuando lo atrapemos.

—¿De verdad le da lo mismo?

Por suerte el tiempo se acababa.

—Sí.

—Creo que no comprende las obligaciones que tiene como persona instruida y pensante. Ha de tomar partido por una de las dos partes. Nosotros, en nuestro lado, debemos dar testimonio, instruir, explicar. Porque si no, los del otro lado, el lado oscuro, se harán con el gobierno de las almas.

—Pero ¿de qué lado oscuro me habla? —soltó Szacki furioso—. ¿No pueden ustedes simplemente informar de lo que ocurre? ¿Es que aquí todo el mundo tiene que lanzar alguna retorcida propaganda?

—A nosotros no nos da todo lo mismo.

—A mí sí. Han pasado los quince minutos.

### 3.

Le gustaban las mujeres, le gustaba lo que notaba cuando conocía a una nueva; ese escalofrío que le recorría la espalda. Una excitación provocada a veces por la belleza, otras veces por el sex-appeal, por un gesto o por el sonido de la voz, por la sonrisa o por una réplica brillante. En ocasiones, muy raras, experimentaba una sensación similar —que se extendía por algún lugar entre la columna y el bajo vientre— cuando estaba en compañía de hombres. Al principio le daba miedo, pero luego comprendió que era admiración. Admiración mezclada con una ligera envidia y algo de excitación. Ese pensamiento tan infantil de «Jolín, me gustaría ser alguna vez como ese tipo».

Roman Myszyński abandonó el despacho del fiscal Teodor Szacki justo en ese estado. Cuando, durante su carrera como investigador de archivos contratado para rastrear secretos familiares ocultos en hojas amarillentas, recibía a un nuevo cliente y trataba de causarle impresión, intentaba ser alguien como Szacki. Concreto pero comunicativo, profesional pero no frío, reservado pero no impertinente, tranquilo pero alerta; alguien distante pero que despierta confianza. Teodor Szacki era exactamente así. Un sheriff orgulloso que había visto mucho y mucho sabía, pero no tenía necesidad de hablar de ello. Ojos claros, como diluidos, mirada inquietante, labios estrechos, rasgos clásicos. Y aquel pelo espeso y blanco como la leche que le otorgaba un aspecto absolutamente excepcional, en cierto modo demoníaco. El fiscal tenía algo de sheriff, de Gary Cooper y Clint Eastwood, pero también algo del arquetípico oficial polaco, esa firmeza provocativa y esa sólida certidumbre de ser el hombre indicado en el lugar preciso.

También envidiaba la misión de Szacki. La evidente convicción de encontrarse en el lado correcto, de que todos sus actos sirven al bien y a la justicia. En cambio, ¿quién era él? Un historiador de pacotilla que por un par de zlotys ocultaba antepasados judíos a bigotudos polacos y en su lugar les encontraba raíces nobles para que pudieran colgar su escudo de armas encima

del televisor. En realidad, era la primera vez en su vida que estaba haciendo algo de importancia.

Por eso no sentía la menor molestia por tener que regresar tan pronto al sitio en el que había experimentado su mayor trauma: el Archivo Nacional de Sandomierz. Quizá solo durante un instante, un breve pinchazo de inquietud mientras buscaba las actas correspondientes en la sala de oración de la antigua sinagoga. Tuvo que volver a pasar al lado del lugar desde el que la plataforma levadiza conducía a la ventana que daba a los arbustos. Se movió por allí con cuidado; tenía la impresión de que los signos zodiacales pintados por el artista judío vigilaban lo que hacía. Pero enseguida se sacudió esa sensación y llevó los libros del registro de la propiedad a la sala de lectura. Puso junto a ellos el material que le había dado Szacki: una breve lista de personas que tenía que comprobar y los datos de sus documentos de identidad, para empezar. También unos permisos repletos de sellos oficiales que le garantizaban el acceso a cualquier dato que hubiera entrado alguna vez en los archivos nacionales. Y una hoja en la que estaba escrito lo que tenía que buscar: asesinato, muerte de una embarazada, perjurio.

Sacó su agenda americana, una gruesa libreta de hojas amarillas, y empezó a apuntar una lista de instituciones que iría a visitar. Empezaría por el Registro Civil y los documentos de inscripción de las diferentes religiones, para dibujar un breve árbol genealógico de cada persona. No debía remontarse más de dos generaciones, así que no resultaría complicado. Después, las actas judiciales y los periódicos de posguerra; también estaba chupado. Más complicado lo tendría con los documentos de los servicios secretos comunistas: los investigadores del Instituto de la Memoria Nacional sufrían manía persecutoria y paranoia en estado avanzado. Aunque quizá no hiciera falta llegar hasta ahí.

Pero de momento comenzaría con las actas de propiedad. Si el fiscal tenía razón, la clave de todo el caso sería la mansión abandonada de la calle Zamkowa, sus dueños actuales y los anteriores.

## 4.

La llamada de Oleg Kuznetsov fue como una voz del más allá que le hizo darse cuenta a Szacki de lo delicado y fácilmente quebrantable que era su equilibrio emocional.

Cuando escuchó la voz con ligero acento ruso del policía varsoviano, su amigo y compañero durante tantos años, se enterneció de inmediato. De golpe echó de menos su vida anterior. Kuznetsov significaba visitar el lugar del crimen en una mañana fría, el posterior café en la plaza de las Tres Cruces, las reuniones de trabajo durante las cuales el policía fingía tener a Szacki por un completo gilipollas, y este que consideraba al subcomisario un vago redomado. Juntos consiguieron éxitos y sufrieron fracasos, juntos lucharon en las salas de los tribunales, cuando Oleg solía ser el testigo más importante. Las veladas que organizaban ambos matrimonios en el apartamento de Szacki, durante las cuales Hela dormía en su habitación mientras ellos cuatro se tomaban unas copas. Kuznetsov contaba chistes o cantaba canciones del bardo ruso Vladímir Vysotski, Natalia abroncaba a su marido por aburrirlos y Szacki ponía la guinda a la conversación con cariñosa maldad. Weronika se acurrucaba contra él; siempre que bebían le entraba sueño, aunque cuando echaban a los invitados normalmente encontraban tiempo para un poco de sexo íntimo, dulce y satisfactorio. Siempre era la primera en dormirse, dándole la espalda; él la abrazaba pasando el brazo bajo sus pechos de manera que notara su presencia, se pegaba a su espalda y apretaba la cara contra los cabellos que le caían sobre la nuca: ese era el último gesto consciente que había realizado casi a diario antes de dormirse durante casi veinte años.

—Pero ¿de verdad quieres que te cuente eso? —escuchó un titubeo en la voz de Kuznetsov, cosa que le pareció dolorosa: en otra época, a Oleg no se le ocurriría callarse nada cuando hablaba con su amigo.

—Vamos a ver. Yo lo que quiero es que a ella le vaya lo mejor posible, porque si a ella le va bien, entonces Hela también estará bien. Y además,

bueno, ya sabes, tengo curiosidad.

—Vale —dijo Kuznetsov después de hacer una pausa tan larga que resultó evidente—. Fuimos a verlos a su casa. Ni siquiera tuve que proponérselo, Weronika misma me llamó: que si se acababan de mudar, que si Hela quería vernos, y por supuesto, que teníamos que conocer a Tomek.

—Ya.

—Y qué quieres que te diga; no sé si ya estarás viviendo en un palacio con jardín y vistas al Vístula, pero tu ex ha logrado una cierta mejora en su calidad de vida. Quizá no sea un palacete en Konstancin, pero sí un chalet adosado bien hermoso en el distrito de Wawer, hacia la mitad de la calle Patriotów. Un pequeño jardín con una hamaca para Hela, el interior muy agradable; cómo te diría, no con cosas del Ikea, sino sofá y sillones de cuero y aparador. Se nota que el tipo es de familia bien, no alguien que se haya hecho a sí mismo.

—¿Y qué tal es él?

—No es mal tío. Mayor que tú, más ancho de espaldas, menos canoso. Atractivo, supongo. Natalia dice que se parece al menda de *Gladiator*, pero en pelis más nuevas. Un poco plasta, para ser sincero, me aburren todas esas historias sobre la administración, pero a lo mejor es simplemente que nos tenemos que conocer mejor.

Nos tenemos que conocer mejor. Lástima que no encontraras tiempo durante medio año para visitarme, amigo.

—Pero Weronika parece, en fin, satisfecha.

Se ha cortado. Quería decir «feliz».

—Hela igual, así que quizá sea mejor así, ¿no? He estado enfadado con vosotros, porque, en serio, no he conocido mejor pareja, pero algo debía de ir mal para que ahora vuestras vidas estén tan bien organizadas. Creo que a Natalia le ha dado que pensar, porque ha empezado a ponerse ropa de encaje y a hacer tartas. Desde luego, es una verdad como un templo eso de que hay que atar corto a la mujer. Hablando de mujeres, ¿cómo te va?

—Vida de soltero, no me aburro; no hace mucho me llevé una sorpresa con una jueza de aquí.

—¿Una jueza? Espera un momento. Cinco años de estudios, dos años de pasantía, tres como asesor... ¿Pretendes decirme que has cambiado de vida para ahora trajinarte a tías mayores de treinta? Será una broma, ¿no? Supongo que tienes ahí una cierta variedad.

—Algo así —Szacki sintió que la conversación lo aburría.

—Dios, la sensación más maravillosa del mundo, quitarle la ropa a un nuevo cuerpo. Cómo te envidio.

No sé por qué, pensó Szacki, que ya había experimentado lo que era el sexo como pura necesidad fisiológica y —como cualquier otro hombre— se guardaba la verdad para sí mismo. La verdad acerca de que un cuerpo reducido a su parte física se compone solo de irritantes imperfecciones. Un olor ácido, unos pechos deformes en un sujetador feo, espinillas en el escote, estrías alrededor del ombligo, los bordes sudorosos de las bragas, vello púbico enredado entre los dientes, un callo en un lado del dedo meñique del pie, una uña curvada.

—¡Bah! —dijo, por decir algo.

—Venga ya, no disimules —dijo Kuznetsov dejando volar su imaginación—. Pero espera, yo te llamaba por otra cuestión. Antes dime qué tal con Hela, Weronika dice que ni bien ni mal.

—Pues eso, ni bien ni mal. Viene a verme este fin de semana. Pero es verdad, la cosa no acaba de marchar. Comprendo que esté cabreada conmigo por todo esto. No sé, quizá empiece a ir más a menudo a Varsovia —Szacki no se creía lo que estaba diciendo. Estaba desquiciado, había perdido el norte, no soltaba más que burradas.

—Eso, eso, magnífica idea, ven más a menudo a la capital. Habrá que tomar algo, por los viejos tiempos. O podría ir yo a visitarte, ¿qué te parece? Aunque de momento no podrá ser, ya sabes cómo funciona esto.

—Claro, lo sé. Escucha, si...

—Escucha tú, seguro que es una tontería, pero igual te sirve.

—Dispara.

—Me ha dicho Sasza, mi queridísimo hijo, que ha hablado con uno de sus colegas que estuvo el lunes en Sandomierz, con una excursión del instituto. Por cierto, el colega al parecer está muy bien dotado para la música, tiene un oído estupendo, compone, toca algún instrumento, etcétera. Esto es importante. Y además no abusa de ninguna sustancia, también es importante.

Szacki escuchaba; sintió una ligera tensión en los músculos. ¿Sería Dios realmente tan bromista como para que el giro decisivo de la investigación fuera a llegarle a través de su viejo compañero de pesquisas?

—Por lo visto el colega visitó unas cuevas bajo el casco viejo. ¿Tenéis ahí algo de eso?

—Sí, una gran atracción.

—Y afirma que en esas cuevas, en una habitación con restos arqueológicos, oyó unos sonidos extraños que venían de detrás de la pared. Apenas audibles, lejanos, pero claros.

—¿Qué sonidos?

—Un aullido y unos ladridos.

## 5.

El aullido y los ladridos son de veras insoportables. A pesar de los tapones para los oídos, el aire vibra a causa de esos desagradables sonidos. Los nota en la piel, los nota mientras observa las gotas de saliva que dan vueltas iluminadas por el reflector, los nota en el amargo olor a animal. Es uno de esos momentos en que ya no lo soporta más, quiere acabar de una vez y quitárselo de la cabeza para poder empezar todo de cero. Siente irritación, también miedo, y sabe que cada uno de esos sentimientos es muy mal consejero. Tiene que telefonar. Coge el teléfono sin mucho sentido y maldice en silencio: es imposible que haya cobertura en ese sitio. Sabe que debe salir, también sabe que no le apetece nada volver allí. ¿Y si no tiene que hacerlo? Conoce el camino, basta con poner en marcha el mecanismo y salir. Si todo funciona como debe, no quedará ninguna huella. Después los dirigirá hasta allí para que lo encuentren todo cuando ya se halle en un lugar seguro.

## 6.

Szacki corría por el pasillo de la Fiscalía Provincial a punto de estallar de rabia. En aquella ciudad de mierda normalmente todo el mundo se cruzaba con todo el mundo en las cuatro calles mal contadas que había, pero cuando alguien era necesario, desaparecía como si aquello fuera Nueva York, su puta madre. Wilczur daba comunicando todo el rato, el móvil de Sobieraj —a la que más necesitaba— estaba apagado, no sabía dónde se había metido Miszczyk; había conseguido el número del marido de Sobieraj, pero también saltaba el contestador. Maldita provincia, un poquito de tecnología y ya estaban perdidos, aún no habían pasado la etapa de las señales de humo.

Se dio cuenta de que iba de un lado a otro con aquella estúpida taza futbolera en las manos. Entró en la cocina; la fregó solo por tener ocupadas las manos y la puso en el escurrerplatos con tal brusquedad que rompió un vaso de oficina de los tiempos de Maricastaña. Gritó un taco y poco después otro, cuando se cortó al recoger los trozos de cristal. La herida era bastante fea, la sangre le resbalaba por el pulgar hacia el interior de la mano. Joder, ¿dónde había visto un botiquín? Seguramente en la secretaría.

Sin embargo, el fiscal Teodor Szacki no llegó a la secretaría, porque por el camino se le iluminaron las neuronas. Su pensamiento saltó del botiquín a las vendas, de las vendas a los primeros auxilios, de los primeros auxilios a urgencias, de urgencias al hospital y entonces supo dónde encontrar a Basia Sobieraj: en el hospital, con su padre enfermo.

Salió corriendo de la fiscalía con la herida de la mano en la boca, pero en lugar de subirse al coche, dio media vuelta y volvió a entrar. No porque le pareciera que la herida era grave y decidiera dedicar un par de minutos a vendársela. Volvió guiado por un irracional y repentino presentimiento de peligro. Volvió para hacer algo que hasta ese momento, en sus muchos años de carrera como fiscal, solo había hecho una vez.

Volvió a coger su arma.

No tenía tiempo para ponerse la pistolera. Sacó de la caja fuerte su pequeña

Glock, comprobó el seguro y la metió en el bolsillo de la chaqueta.

En el hospital localizó enseguida la habitación correcta, porque naturalmente bastó con decir que buscaba al padre de Basia Sobieraj para que la enfermera le indicara el lugar donde estaba. Se quedó en la puerta indeciso; la intimidad de la escena que se encontró le resultó algo embarazosa.

La habitación era para cuatro personas, pero solo una cama estaba ocupada; yacía en ella un viejecito. A un lado de la cama había un monitor con líneas de colores cruzándolo, y un soporte con dos goteros; al otro, a una distancia algo mayor, había un perchero del que colgaba una toga. Una toga de fiscal primorosamente planchada, con su cuello doblado con esmero. Debía de tener unos cuantos años, quizá varias decenas. Los ribetes rojos se veían ya un poco descoloridos y el negro de la tela había perdido su intensidad.

Basia Sobieraj y su padre se hallaban de espaldas a Szacki. El padre yacía de lado, mostrando al mundo su espalda, sus nalgas y sus muslos, con unas visibles manchas de escaras color gris rosado. Ella le limpiaba la piel con una esponja que empapaba en el líquido de una palangana que había sobre un taburete.

—No llores, papá, es solo el cuerpo —susurró ella. Su voz reflejaba cansancio y resignación.

El padre murmuró algo que Szacki no alcanzó a oír.

Carraspeó suavemente. Basia Sobieraj se dio la vuelta y por segunda vez el mismo día enrojeció un poco. Szacki pensó que le iba a regañar, pero en lugar de ello sonrió cálidamente. Con un gesto lo invitó a entrar; giró a su padre y lo cubrió bien con la sábana. Pidió perdón por tener el móvil apagado, pero necesitaba estar un rato a solas con su padre, no quería que nadie los molestara. Szacki le contó lo del aullido y los ladridos. Por suerte no tuvo que explicar la importancia que eso tenía y lo que necesitaban hacer. Sacó el teléfono del bolso colgado en el respaldo de la silla y salió de prisa de la habitación, dejando a Szacki con su padre.

El viejecito estaba en las últimas. No hacía falta haber estudiado Medicina para afirmarlo. La piel amarillenta ceñía desagradablemente su cráneo, pero en cambio le colgaba en el cuello y en los hombros. Seguía con esfuerzo a Szacki con sus ojos descoloridos, que parecían cubiertos de gelatina. Únicamente su abundante bigote canoso se burlaba de las leyes de la

naturaleza y con su sano brillo daba lustre al rostro del enfermo. Szacki pensó que Sobieraj debía de ser una hija tardía; tenía ya casi cuarenta años y el viejecito andaría por los ochenta.

—El señor Teodor —más que preguntarlo, el viejecito lo que hizo fue confirmarlo.

Szacki se estremeció sorprendido, pero se acercó a la cama y estrechó la mano del enfermo con delicadeza.

—Teodor Szacki, encantado —dijo bastante alto, avergonzándose de que su voz sonara tan fuerte y ruidosa. Le pareció algo fuera de lugar.

—Vaya, por fin alguien que no susurra como si estuviéramos en el depósito —el viejecito sonrió—. Andrzej Szott. Basia me ha hablado mucho de usted.

—Espero que haya dicho solo cosas buenas —contestó Szacki, con la frase más trillada del planeta. Al mismo tiempo notó una picazón dentro de su cabeza. Andrzej Szott, ese apellido le sonaba de algo, pero no recordaba de qué.

—Todo lo contrario. Aunque últimamente echa menos sapos y culebras sobre usted.

El fiscal sonrió y señaló la toga.

—¿Es suya?

—Sí, mía. La tengo aquí porque hay veces en que mi cerebro se rebela y, por así decirlo, leva anclas. La toga me ayuda a recordar diferentes cosas. Por ejemplo, quién soy. Reconocerá usted que esa información resulta útil en algunas ocasiones.

Le dio la razón asintiendo amablemente, aunque al mismo tiempo le extrañó que el viejo fiscal hubiera elegido la toga en lugar de la foto de su mujer o su hija. Pero solo se extrañó durante un momento. Si él pudiera escoger el objeto que mejor lo definía, ¿no sería precisamente la toga con ribetes rojos?

—Se está preguntando usted si también tendría colgada la toga —Szott le leyó el pensamiento.

—Sí.

—¿Y?

—No lo sé. Quizá —se acercó a la toga y pasó los dedos por la tela de lana a rayas.

—Esta —Szott la señaló con el dedo, moviéndolo delicadamente— es

excepcional. Vio la última pena capital doble ejecutada en Polonia.

—Cracovia, año 82.

—En efecto. ¿Sabe a quiénes ahorcaron?

Clic. Ahí supo lo que tenía que haberle sugerido el apellido del viejecito. Se dio la vuelta y fue hasta la cama.

—¡Dios mío, el fiscal Andrzej Szott! Es un honor, un gran honor. Perdone que no lo haya recordado de inmediato, le pido mil disculpas.

El viejecito sonrió dulcemente.

—Me alegro de que alguien me recuerde.

Y esta Sobieraj, qué mujer, pensó Szacki, no va por ahí alardeando de que su viejo atrapó a Sojda y Adaś. O bien estaba acostumbrada a que allí lo sabía todo el mundo, o bien —cabía esa posibilidad— el señor Szott era un fiscal perfecto pero un padre imperfecto y a sus hijos no les gustaba demasiado mencionarlo.

Miró de manera diferente aquel pequeño rostro arrugado, que casi parecía disecado; su débil sonrisa bajo el bigote, sus ojos pálidos bajo las oscuras cejas. Así que ese era el fiscal Andrzej Szott, que ejerció la acusación en uno de los casos criminales más famosos y estremecedores de la historia de Polonia.

—¿En qué año fue? —preguntó Szacki.

—En el 76. Un invierno muy crudo.

—¿Połaniec pertenece a la provincia de Sandomierz?

—No, a la de Staszów, que está al lado. Pero en aquella época todo pertenecía a la región de Tarnobrzeg. Yo trabajaba aquí, el juicio fue también aquí. El tribunal de la región de Tarnobrzeg con sede en Sandomierz, así se llamaba entonces. En Tarnobrzeg tenían la Administración Regional y la mina de azufre, nada más, el resto estaba todo aquí. Recuerdo que en la Puerta de Opatów alguien garabateó: «Puerta de Opatów de Tarnobrzeg con sede en Sandomierz».

Sí, Połaniec, y al lado estaba ese otro pueblo, Zrębin. Según recordaba nombres, a Szacki le venían a la mente los libros que había leído sobre el caso, uno de Hanna Krall, otro de Roman Bratny, otro de Wiesław Łuka. Recordó los hechos, fueron apareciendo las imágenes. Era Nochebuena, Sojda...

—¿Cómo se llamaba Sojda?

—Jan.

... Jan Sojda, conocido como «el Rey de Zrębin» —en todos los pueblos había uno así—, se llevó a medio pueblo en autocar a la iglesia de Połaniec, a la misa del gallo, pero en lugar de entrar en la iglesia se quedaron bebiendo en el autocar, una especie de tradición de Nochebuena que tenían en Zrębin. Treinta personas allí metidas, nadie sabía entonces que formaban parte de un plan. Siguiendo dicho plan, una conocida sacó de la iglesia al matrimonio formado por Krystyna y Stanisław Łukaszek con el pretexto de que había ocurrido algo en su casa. Eran muy jóvenes, se acababan de casar; ella tenía dieciocho años y estaba embarazada. Con ellos se encontraba el hermano de Krystyna, Miecio Kalita, de doce años. Los tres esperaban volver a Zrębin en el autocar con los demás, pero Sojda no les dejó. El «Rey» se las tenía juradas desde hacía tiempo a la familia de Krystyna y Miecio, los Kalita, y más aún desde que en la boda de la joven se acusó a la hermana de Sojda de robar embutido. No los iba a llevar en autocar: que la escoria esa caminara cinco kilómetros sobre la nieve hasta Zrębin.

Y la escoria se puso a caminar. Algo después arrancó el autocar lleno de juerguistas y alcanzó a los jóvenes a mitad de camino. Primero arrollaron al pequeño, y todavía podía parecer un accidente. Pero cuando Sojda y su yerno Adaś se bajaron del autobús y atacaron a Stanisław Łukaszek con una llave de cruceta, entonces ya no. La chica huyó por el campo. Le rogó a su tío — los Sojda y los Kalita estaban emparentados— que tuviera compasión, que ya había matado a su esposo. Pero no la tuvieron: con la misma llave la asesinaron. Aún quedaba el pequeño Miecio, que estaba todavía vivo. Lo colocaron sobre la carretera y lo atropellaron varias veces para simular un accidente. Hicieron lo mismo con los cadáveres del matrimonio. Los dejaron a los tres en la cuneta y volvieron a la iglesia para garantizarse una coartada. Antes, por medio de una estrafalaria ceremonia, los juerguistas le hicieron a Sojda la promesa de que guardarían silencio. Besaron una cruz, juraron y vertieron una gota de sangre sobre una hoja de papel.

Durante muchos meses la investigación se enfocó en el accidente de circulación. Algo olía mal en el asunto, pero pocos imaginaban que la peste saliera de un crimen planeado con premeditación. Más bien se pensaba que nadie quería reconocer que había conducido borracho. De noche, carreteras resbaladizas, un desgraciado accidente. Se detuvo a Adaś bajo la acusación de causar un accidente con resultado de muerte. Durante la investigación aparecieron nuevos indicios, pero otros desaparecieron. Desapareció, por

ejemplo, el único testigo que afirmaba que esa noche se cometió un asesinato a sangre fría: se ahogó en un arroyo de pocos centímetros de profundidad que pasaba por Połaniec. Lo que menos sospechaba nadie era que treinta personas normales, testigos de un crimen horrible cometido sobre tres personas entre las que estaban una joven embarazada y un chico de doce años, no dijeran ni mu en nombre de la solidaridad del pueblo.

Nadie a excepción del fiscal Andrzej Szott.

—En cierto modo, hay algo en lo que se parecen aquel caso y el que lleva usted ahora —adivinó de nuevo Szott los pensamientos de Szacki—. Por lo que me ha comentado Basia.

—¿El qué?

—El odio antiguo. Es necesario vivir en provincias para conocer ese odio, en la gran ciudad no lo hay. La gente se ve de vez en cuando, a menudo tienen que citarse si quieren verse. Pero en los pueblos unos miran por las ventanas de los otros a diario. Es decir, que si su esposa se acuesta con alguien, aunque después entre usted y ella las cosas se arreglen, al tipo al que se la mamaba lo tendrá usted que ver cada día en la calle y cada domingo en la iglesia. La bilis se va acumulando, el odio aumenta. Aunque no haga usted nada sí que dirá cosas, como que son unos mamarrachos los de la familia X. Y su hijo lo escucha. Y si en la escuela se pelea con el hijo de los X, no lo hace solo por él, sino también por usted. Es decir: con más fuerza. Y así se va añadiendo un ladrillo a otro, hasta que al final alguien muere, desaparece, se ahoga. ¿Piensa usted que solo hay un Zrębin en el mundo? No lo creo.

—Ya, pero no sé si se puede comparar. Aquello fue una matanza de borrachos, esto ha sido un trabajo esmerado.

—¿Una matanza de borrachos? No me haga reír. Prepararon dos autobuses, uno de ellos para desviar la atención. Prepararon a la mujer aquella que los sacó de la iglesia. Prepararon el crucifijo, el imperdible para sacar la sangre, prepararon embutido y dinero para los sobornos. Idearon una coartada. Sojda lo planeó durante semanas, quizá meses. La acusación de robar embutido en la boda colmó el vaso. Yo creo que hay pueblos donde se preparan durante años esas vendettas y otros en los que pasan de generación en generación.

Se sintió intranquilo. ¿Por qué? ¿Porque Szott había hablado del odio que pasaba de generación en generación? Esa hipótesis también la estaba barajando él, por eso le había pedido a Myszyński que hurgara en los

archivos. Sí, sería eso. Pero se sintió intranquilo: la comezón aparecía normalmente cuando se le escapaba algo, no cuando sus teorías se confirmaban. ¿Acaso el asunto de Zrębin tenía en efecto algo que ver con el estilizado asesinato de los Budnik? En aquel, el pacto de silencio fue aún más espeluznante que el propio crimen. Un horrible e incomprensible pacto de silencio. Pacto desarmado por Szott.

—¿Por qué esperó a que estuvieran en la sala del tribunal para ir a por ellos? —le preguntó al viejo fiscal—. ¿Por qué no antes?

—Ellos ya se habían acostumbrado a los continuos interrogatorios de la policía y la fiscalía. Repetían su versión como cacatúas, ni los ruegos ni las amenazas daban resultado. Podríamos haber seguido así hasta el día del juicio final; la investigación ya de por sí se estaba alargando mucho. Había que redactar las actas de acusación, todas las fechas límite habían sido retrasadas. Fue una jugada arriesgada, ir al tribunal con una acusación basada en pruebas circunstanciales, contando con que en la sala aparecerían otras más contundentes. El capitán de la policía de entonces y yo nos pensamos mucho si tenía sentido apostar todo a un solo número.

—Pero salió bien, ¿no?

—Sí, el tribunal era para ellos una experiencia nueva. El juez y yo empezamos a presionarlos en la sala, el juicio se llevó a cabo a puerta cerrada para que las familias no pudieran escuchar las confesiones y no pudieran apuntalar la versión. No empezó bien la cosa. Los acusados no se apeaban del burro, los testigos tampoco; algunos comenzaron a retractarse de lo que habían declarado durante la investigación.

—¿Y?

—¿Qué es lo que mejor funciona con la gente simple? Las imágenes. Sabíamos cuál de los testigos era el más tonto, el que más se liaba y se confundía. Y además causaba una impresión nefasta, producía aversión de manera natural. Lo presionamos en la sala; se lio de tal forma con sus declaraciones que sacó de quicio al juez y este lo mandó al calabozo. Cuando la gente vio que sacaban esposado de la sala a un paisano, se ablandaron. Temían a Sojda, pero nadie quería ir a la cárcel por su culpa. Después salió otro esposado. Y otro. Y luego ya uno empezó a hablar, y el siguiente...

—Por lo que recuerdo, recibieron penas altas.

—Dieciocho personas pasaron varios años en prisión por prestar falso testimonio.

Asesinato. Muerte de una embarazada. Perjurio.

Szacki notó que se le secaba la boca. No era casual que aquellas palabras se repitieran como un estribillo: asesinato, muerte de una embarazada, perjurio. Pero, por Dios santo, ¿qué conexión podía haber entre los crímenes actuales y un caso de treinta años atrás? ¿Qué los unía? La misma comarca. La misma premeditación. La misma familia de investigadores. Motivos eclesiásticos (allí, la misa del gallo; aquí, el cuadro de la catedral). Quizá el mismo móvil: un odio que había crecido a lo largo de los años. ¿Y un pacto de silencio? Eso no lo sabía, no tenía ni media prueba de ello. Pero su intuición de fiscal le había dicho que hiciera venir a Myszyński sin que los demás se enteraran y pedirle que siguiera el rastro de personas que teóricamente estaban de su parte y con las que trabajaba.

¿Y si fuera una casualidad? ¿Y si aquellos crímenes eran solo parecidos? ¿Sería una señal de que tenía que seguir los pasos de Szott en su razonamiento? ¿Qué tenía Szott que él no tuviera? ¿Qué le había permitido descubrir la verdad sobre el crimen de Połaniec? Sabía la respuesta; en algún lugar de su mente la sabía, la tenía en la punta de la lengua, se ocultaba entre una mata de neuronas, jugaba con él al escondite..., pero estaba ahí.

—Pero por favor, papá, ¿otra vez hablando de los Sojda? ¿No te cansas? —Sobieraj se había materializado en la habitación. Le arregló la almohada a su padre maquinalmente, tiró de él hacia arriba—. Si entendieras lo que significan esas cifras —señaló el monitor— no hablarías tanto.

Miró a Szacki.

—Nos vamos. He encontrado a un chico que lo sabe todo acerca de nuestras cuevas. Hizo el doctorado sobre ese tema en la Universidad de Ciencia y Tecnología de Cracovia. Da la casualidad de que se encuentra ahora en Sandomierz en casa de su familia; he quedado con él cerca del seminario. Por lo visto hay una entrada por allí. Venga, fuera, fuera —empezó a echarlo de la habitación con un gesto de la mano, como a un niño travieso, pero Szacki la esquivó y se acercó al viejo Szott.

—Gracias —le dijo y le estrechó la mano. La de Szott no se movió. Su mirada se había vuelto más neblinosa y ausente, su sonrisa de sagacidad había desaparecido. Szacki acarició la mano de una de las pocas personas que había sido testigo de la pena de muerte en Polonia. Quería volver otro día y preguntarle por todo. ¿Creía él en ese castigo? ¿Creía en el crimen imperdonable?

Al salir, rozó con la mano el viejo atuendo de fiscal.

—Vas a heredar una hermosa toga —le dijo a Sobieraj.

—No la recibiré ella —susurró el viejito tan bajo que, más que escucharlas, Szacki se imaginó las palabras.

—¿Por qué? —preguntó volviendo hasta la cama.

Sobieraj, de pie en la puerta, se empezaba a impacientar y alzó los ojos elocuentemente.

—Porque no lo entiende.

—¿Qué no entiende?

El fiscal viejo le hizo una seña con la mano al joven, que se inclinó sobre él tanto que casi pegó la oreja a los labios del moribundo.

—Es demasiado buena persona. No entiende que todos mienten.

## 7.

Aparcaron junto a la Puerta de Opatów. El Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos se encontraba justo enfrente, en un hermoso conjunto de edificios monásticos barrocos, ocupados en su momento por los benedictinos. Era todo lo que Szacki sabía sobre un sitio en el que nunca había estado, aunque muchas veces le habían comentado que la iglesia de San Miguel era un lugar de visita obligada. Quizá porque no le gustaba el barroco o quizá porque el templo estaba situado fuera de las murallas y en una calle de mucho tráfico, el caso era que a él aquella iglesia le parecía menos atrayente que otras.

Junto a la puerta del monasterio vio a Wilczur y a su lado había un atractivo rubio con un aire de joven Paul Newman, con una mochila a la espalda. Szacki notó un escalofrío, le pareció que el rubio le recordaba a alguien. No solo al actor; en su rostro había además algo familiar, la sombra de alguien a quien conocía bien.

—El fiscal Teodor Szacki —Wilczur empezó a hacer las presentaciones en cuanto los otros cruzaron la acera.

El rubio sonrió ampliamente y le soltó un puñetazo a Szacki directo al diafragma. El golpe fue como el de un ariete: el fiscal se dobló por la mitad y cayó al suelo como un saco de patatas. Encogido, con la nariz pegada al suelo, trató de tomar aliento por todos los medios, pero el aire se detenía en los dientes y no quería pasar ni un milímetro de ahí. Ante sus ojos empezaron a revolotear manchitas rojas y negras. Temía que fuera a perder el conocimiento, aunque al mismo tiempo lo deseaba, porque así dejaría de sentir el nauseabundo dolor que se le extendía por todo el cuerpo.

El rubiales se agachó junto a él.

—Recuerda, colega —dijo en un susurro apenas audible junto a la oreja del fiscal—, que tengo aún otra mano y mi hermano mayor, que es más grande que yo, tiene otras dos, y que normalmente no nos gusta mucho que nuestra hermanita llore. ¿Entiendes?

Szacki consiguió aspirar una pequeña cantidad de aire, lo suficiente para no perder el conocimiento. Miró al rubio. Separó una mano de la acera y ante la nariz del joven estiró el dedo corazón. El rubiales sonrió; le agarró de la mano y le ayudó a levantarse.

—Marek Dybus, un auténtico placer conocerlo —dijo con exagerada cordialidad—. Perdón por este desgraciado accidente, he tropezado sin querer.

El fiscal asintió. Wilczur y Sobieraj, de pie uno junto a otro, observaban la escena con expresión impasible, lo cual seguramente significaba que apenas podían contener la risa. Fueron todos en silencio tras Dybus, que los condujo a un edificio algo apartado, al lado de la muralla que separaba la zona del seminario de la calle Zawichojska, que bajaba hacia el mercado y el Vístula. Tenía tres pisos y estaba rematado con gabletes de inspiración barroca, pero aparte de eso parecía una construcción moderna. Se lo preguntó a Dybus.

—Sí, lo pusieron aquí en el periodo de entreguerras para que sirviera de Seminario Menor, creo que a finales de los años veinte; se llama Nazaret. Aunque hasta ahora los seculares lo han administrado más tiempo que los religiosos. Durante la guerra la Gestapo torturaba aquí a los prisioneros; después lo ocuparon los servicios secretos comunistas, luego la policía comunista y luego la fiscalía. Aquí interrogaron a Sojda, ¿le suena el caso?

—Sí.

—Hasta los años noventa no le devolvieron el edificio a la Iglesia. Ahora hay aquí una residencia de seminaristas, o como lo llamen ellos, y apartamentos para los profesores no numerarios.

—¿Por qué vamos ahí? —preguntó Szacki entrando en el edificio tras el guía, para después bajar por unas escaleras hasta un estrecho sótano.

—Porque en este santo edificio lleno de seminaristas están las puertas del infierno. Cuando lo construyeron, se toparon de casualidad con unos túneles medievales. Por suerte, en lugar de llenarlos de hormigón sin más, a algún sabio polaco se le ocurrió poner una puerta. Entren —sacó de la mochila unos frontales y le dio uno a cada uno.

Las linternas eran pequeñas, pero emitían una luz sorprendentemente clara y blanca. Con el frontal puesto, Dybus parecía un espeleólogo consumado; Wilczur, un espectro; y Sobieraj, la decoración navideña de una escuela infantil. Por las caras con que miraban a Szacki, pudo imaginar que, por desgracia, él tampoco tenía el aspecto de un espeleólogo consumado.

—Abróchense —dijo el joven, abriendo al mismo tiempo una puerta que a simple vista no se diferenciaba de las demás—. Ahí abajo hace bastante frío, la temperatura nunca pasa de los 15 o 16 grados.

Entraron en fila india. El pasadizo subterráneo estaba hecho de ladrillo rojo y no parecía antiguo; en el suelo había unos frascos cubiertos de polvo. Avanzaron unos cuantos metros, giraron una vez, después otra; luego bajaron un trecho por unas escaleras de madera que tampoco parecían proceder de la época de los tártaros. A continuación Dybus abrió una nueva puerta y accedieron a una pequeña sala abovedada, tan alta como un apartamento y de unos diez o doce metros cuadrados.

—Bueno, ahora unas cuantas explicaciones —comentó el guía apartando a un lado la luz del frontal para no deslumbrar a los otros—. Estamos a siete metros bajo tierra, casi exactamente bajo la calle Żeromski; en esa dirección están la Puerta de Opatów y el casco viejo, y en esa otra el Vístula. La tía Basia me ha dicho que alguien oyó unos sonidos extraños desde la ruta turística, pero esa parte está absolutamente separada del resto de los subterráneos. Significa que se puede oír lo que sea desde allí, pero sin un zapapico no se puede pasar a esta parte; todo está o sepultado, o tapiado, o inundado.

—¿Inundado?

—Pero no de agua. No voy a entrar en detalles, les haré un resumen para que lo entiendan. Sandomierz está levantado sobre *loess*; el *loess* mola porque es a la vez duro y moldeable. Por un lado se puede construir sobre él prácticamente sin cimientos, y por otro es posible excavar túneles en él con las uñas, sin preocuparse por ademes ni soportes. Por eso nuestros antepasados han excavado bodegas bajo este pueblucho desde siempre. Las más superficiales, para las patatas; debajo, las que usaban para guardar los tesoros; y las más profundas eran las que servían de refugio. Agujerearon el monte entero como topos; había varios pisos de pasadizos, decenas de kilómetros. Y así pasó el tiempo. A veces se hundía algún sitio, aunque nada grave teniendo en cuenta que la ciudad estaba construida sobre un queso suizo. Pero también hay una parte menos molona del *loess*, y es que en condiciones de humedad se comporta como un terrón de tierra que se tira a una palangana: se deshace al momento, parpadeas y ya no está. Y en los años sesenta Sandomierz empezó de pronto a hundirse, como si estuviera construida sobre arenas movedizas. ¿Por qué? Por la civilización. Se instaló

el alcantarillado en la ciudad, de las alcantarillas se filtraba agua, el agua fue disolviendo el monte... Una catástrofe. ¿Me siguen?

—Sí, y es muy interesante, pero el tiempo...

—Un momento. Trajeron a especialistas de Cracovia y a mineros de Bytom. Los mineros desmontaron el casco viejo, perforaron pozos, prepararon un mapa de las cuevas y las que estaban bajo los edificios y las calles las rellenaron con una mezcla de *loess* y vidrio soluble, que al solidificarse crea algo similar a la piedra pómez, una estructura ligera pero firme. Y después volvieron a montar el casco viejo.

—Con la diferencia de que a los intelectuales a los que habían sacado de sus casas los dejaron en bloques de apartamentos y en el casco viejo se instalaron comunistas —se oyó la voz chirriante de Wilczur—. Por eso ahora tiene ese aspecto de barrio de chabolas, con ventanas sucias, lleno de borrachuzos.

—Dato que no tiene demasiado que ver con el tema que nos ocupa, pero por supuesto le agradecemos la observación —comentó Dybus con mucha gracia.

A Szacki le caía bien el chico, tenía una inteligencia viva y simpática. Y pensar que podía haber entrado en esa familia tan agradable. Recordó el cuerpo de color miel de Klara y sintió una punzada de arrepentimiento. ¿Quizá aún se pudiera reconstruir algo?

—Una parte de los subterráneos que se salvaron fueron convertidos en ruta turística; el resto quedó separado de la ciudad y, aunque se mantuvieron intactos, la verdad es que nadie se ocupó de ellos. Todos estaban convencidos de que no eran más que un par de cuevas húmedas. Hasta que nosotros —en esta palabra se oyó cierto orgullo— empezamos a estudiarlos en profundidad. Y resultó que incluso después de inundar parte de los túneles bajo el casco viejo, había quedado aquí un laberinto. No exagero lo más mínimo, un auténtico laberinto. Durante un año bajamos casi a diario a estas cuevas y solo pudimos catalogar un veinte por ciento o así de los pasadizos. Vamos, detrás de mí en fila india.

Se pusieron en marcha. Atravesaron aún un trecho de pasillo abovedado, pero después siguieron por una desagradable galería de techo bajo que parecía haber sido perforada en barro seco de color pardusco. Szacki tocó la pared, al tacto era similar a la arenisca. Bastaba arañar con la uña para que se desprendieran granitos de arena amarilla.

Llegaron a una bifurcación.

—Y ahora, atención, tengo que darles unas cuantas normas. La primera es que aquí mando yo, no me importan lo más mínimo sus títulos ni sus grados —lanzó una mirada a Wilczur, que parecía extrañamente tenso, quizá sufriera claustrofobia—. Lo segundo: si por algún casual nos separáramos, deben saber que en cada cruce o bifurcación hay grabada en la pared, a un metro del suelo, una flecha que señala el camino hasta la salida del seminario. Pero como las flechas están solo en la zona estudiada por nosotros, pues no nos vamos a separar. En tercer lugar, huyan de los lugares húmedos donde se vea que sale agua o gotea. Eso indica que el *loess* en ese punto es inestable y puede sepultarlos. ¿Está claro? Está claro. Vamos.

El fiscal Teodor Szacki no tenía claustrofobia, pero se sentía incómodo. La galería era baja y estrecha, su estructura arenosa no daba sensación de seguridad. Tenía la impresión de que en aquel aire frío y un poco viciado no había suficiente oxígeno para llenar sus pulmones. Aspiraba profundamente, pero apenas cogía aire. Aunque también era posible que su diafragma, deformado por el puñetazo de Dybus, tuviera problemas para encontrar su lugar. Aún sentía pinchazos bajo las costillas a cada paso.

Caminaron en silencio durante unos minutos. Giraron un par de veces; todos los pasillos se parecían como gotas de agua. Un parecido inquietante. Los vellos se les ponían como escarpas solo de pensar en la posibilidad de perder el camino y quedarse solos allí.

—Bueno, pues ya estamos —el joven guía se detuvo de repente junto a una pared de tablas. Faltaba una, se veía el hormigón gris que había detrás—. Al otro lado de este muro está la ruta turística, precisamente la sala de los restos arqueológicos. Si realmente ocurre algo aquí y si alguien oyó ruidos desde el otro lado, por fuerza nosotros los vamos a oír mucho mejor.

Se quedaron callados. Por la ruta turística debía de estar pasando una excursión. Se percibían los pasos, las palabras amortiguadas, las risas. La voz aguda de la guía, que hablaba del extraordinario heroísmo de alguien. Al cabo de un rato esos sonidos se alejaron y se produjo un silencio denso y desagradable. Szacki se asustó al notar que algo le tocaba el brazo; era la mano de Sobieraj. La miró extrañado, pero Basia solo sonrió como pidiendo perdón. No le soltó la mano, resultaba incluso agradable, pero solo por un momento. Después un repentino golpe de miedo barrió todos los demás sentimientos. Desde la maraña de pasadizos oscuros les llegó un aullido de

animal, lejano aunque perfectamente audible.

—¡Hostia puta! —dijo Dybus.

Sobieraj suspiró ruidosamente y cerró la mano con fuerza.

—¿Serías capaz de decir de dónde viene eso? —preguntó Szacki, satisfecho al comprobar que en su voz no se había notado el tembleque.

—El eco engaña, pero yo apostaría a que viene del oeste, de la zona de la sinagoga y la iglesia de San José. Hasta la calle Podwale lo tengo todo descrito, después ya veremos.

Caminaron mucho más despacio y con más cuidado. Primero Dybus, después Szacki con Sobieraj agarrada de su mano, y un silencioso Wilczur cerraba el pelotón. A Szacki se le pasó por la cabeza sacar de allí al viejo policía: si en efecto tenía claustrofobia y le daba un infarto en aquellas cuevas, les complicaría bastante la excursión.

—¿Dónde estamos? —preguntó. Habían avanzado unos cien metros. La galería descendía describiendo un suave arco; habían pasado ya un cruce y una ramificación lateral, llena de escombros de *loess*.

—Bajo las murallas, a la izquierda tenemos el casco viejo, a la derecha la calle Podwale. ¿Oyen?

El aullido se repitió. Quizá más fuerte, pero solo un poco. Sobieraj miró el reloj.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las tres.

Continuaron poco a poco, el débil pero infernal aullido se oía cada vez que se paraban. En un momento determinado llegó con claridad hasta ellos un sonido metálico, como si alguien hubiera dejado caer una llave inglesa sobre el suelo de hormigón de un taller. Dybus se detuvo.

—¿Lo han oído?

—Vamos —los apremió Szacki y tiró de Sobieraj, pero su mano resbaló de la mano sudorosa de Szacki.

—¡Ay, Dios mío! —dijo la fiscal arrastrando las palabras, en un tono apagado que hizo a todos volverse hacia ella. Basia Sobieraj levantó poco a poco la mano; bajo la luz blanca de las linternas se pudo ver que estaba completamente llena de sangre. La mujer se dobló por la mitad, con la evidente intención de vomitar.

—Basia, escucha, tranquilízate —Szacki enderezó a su compañera con un delicado gesto—. No pasa nada, me hice una herida en la fiscalía. Lo siento,

no me dio tiempo a curármela. No he notado que sangraba, perdóname.

Ella lo miró con hostilidad pero con alivio. Sin decir una palabra sacó de un bolsillo una fina bufanda de seda y le hizo un vendaje provisional.

—Tal vez deberíamos hacer venir a alguien mejor preparado que nosotros —murmuró—. Unas cuevas extrañas, un aullido extraño; no sabemos qué buscamos, y encima esta sangre, una mala señal.

—Buscamos a Szyller —dijo Szacki—. En este caso, cada vez que alguien ha desaparecido, lo hemos encontrado después como un cochinito listo para asar.

—Más bien un cordero —le rectificó Wilczur—. El cerdo es *tref*.

—¿*Tref*?

—Sí, que no es kosher.

—En cualquier caso, esta vez tenemos la posibilidad de llegar a tiempo antes de que ocurra.

—¿Cómo sabes que hay relación entre esto y los asesinatos?

—El aullido, los ladridos; todo encaja.

—¿Te has vuelto loco? —Sobieraj hizo ese gesto de estupor e indignación que tan bien le salía—. ¿Dónde encajan los ladridos?

—¿Y qué tienes en el cuadro de la catedral? Niños raptados, asesinados, su sangre vertida en un barril, sus miembros devorados por los perros. ¿Es que no lo habéis visto?

—¡Dios! —gimió Sobieraj, pero no porque le asustara lo dicho por Szacki: el aullido se había hecho más claro y también se podían oír unos terribles y furibundos ladridos. El sonido, deformado por los enrevesados pasadizos, parecía diabólico. Erizaba el vello, la carne se ponía de gallina, los músculos se tensaban esperando una señal para salir huyendo.

—Aún no hemos ido demasiado lejos —dijo Dybus quejumbroso—. ¿Por qué no nos vamos a tomar por saco de aquí?

—Tranquilidad —ordenó Szacki fríamente—. ¿Qué os pensáis que es eso? ¿El perro de los Baskerville? ¿Una bestia infernal que echa fuego por la boca? Un perro es un perro. ¿Tiene arma, inspector?

Wilczur apartó el faldón de la chaqueta; junto a su tórax hundido se balanceaba dentro de la pistolera algo que parecía la clásica Walther de policía.

—Vamos. Rápido.

Siguieron adelante. Los infernales ruidos de animales se acercaban a ellos

como un relámpago, Szacki no podía librarse de la sensación de estar en medio de una carretera atrapado entre la luz de los faros de un coche que iba velozmente hacia él y en lugar de saltar a un lado lo que hacía era lanzarse contra el auto. Es solo un perro, un perro asustado y la acústica de un espacio pequeño, nada más, solo un perro, se repetía mentalmente. Dybus, que iba delante, se detuvo de pronto; el fiscal, llevado por la inercia, chocó con él y después ya todo ocurrió muy deprisa. Demasiado deprisa, caóticamente.

El hermano de Klara se había detenido porque tras un recodo del pasadizo empezaban unas escaleras talladas en el *loess*, que bajaban describiendo una empinada espiral, en dirección a una oscuridad de tonalidades azul marino de la que procedían los furiosos ladridos, cuyo volumen era ya ensordecedor. A lo mejor quiso advertir a los demás o igual quería preguntar los pasos a seguir a partir de ahí, pero sus intenciones dejaron de importar en el momento en que, golpeado por Szacki, rodó escaleras abajo lanzando un breve grito. El fiscal se tambaleó y cayó de rodillas; de milagro consiguió mantener el equilibrio y se quedó en una postura de lo más extraña: pies y manos estaban al nivel del suelo del pasadizo, pero las manos las apoyaba en las paredes de la, por así decirlo, «caja de la escalera». Alguien, Sobieraj o Wilczur, le agarró desde detrás los faldones de la chaqueta y ya iba a suspirar aliviado cuando ante su cara apareció la cabeza de un perro rabioso de mirada salvaje, negra, greñuda, cubierta de polvo, babas y sangre reseca. ¿No querías al perro de los Baskerville? Pues ahí lo tienes, pensó Szacki.

El perro, un chucho del tamaño de un pastor alemán, no se le echó encima; se quedó petrificado a unos centímetros de su cara, ladrando de forma atronadora. No era capaz de mantener el equilibrio sobre los estrechos escalones, los arañaba con las zarpas, levantando una asfixiante nube de *loess*. Asustado y aturdido, Szacki apartó una mano para protegerse de los dientes del inquieto animal y ese fue su segundo gran error del día: el más grande aún estaba por llegar. En el momento en que movió la mano herida con la bufanda empapada en sangre ante el morro del perro, el animal enloqueció. Y si unas décimas de segundo antes Szacki aún tenía posibilidad de guardar el equilibrio sujeto a las paredes, al ser violentamente mordido lo perdió por completo y, aullando de dolor, se precipitó con el perro por las escaleras para finalmente golpearse con algo blando que debía de ser Marek Dybus. Naturalmente, el frontal se le había caído de la cabeza y ahora, desde un ángulo extraño, iluminaba su lucha con el monstruoso chucho rabioso.

Una mano la tenía atrapada entre sus fauces, con la otra trataba de apartar la cabeza del animal, sin mucho éxito. Le tiraba del pelo, gritando y chillando, pero el chucho no tenía intención de soltarlo, sino que le clavaba los dientes con más fuerza, Szacki sentía cómo sus tejidos se iban desgarrando bajo el empuje de la mandíbula. Actuando más por instinto que otra cosa, le soltó la cabeza y echó mano al bolsillo buscando su Glock. La extrajo bruscamente, intentando sacar el cuerpo de entre las patas del perro, que arañaban su tripa en vez del suelo de *loess*, y como pudo le quitó el seguro a la pistola, metió el cañón en la boca del animal al lado de su mano y disparó.

Su alarido de dolor se mezcló con el ensordecedor estruendo del disparo, capaz de reventar los tímpanos. El montón de tejidos que la bala hizo saltar de la cabeza del perro cayó sobre la cara de Szacki en forma de pegajosas gotas. En ese momento bajó por las escaleras la luz blanca de un frontal e iluminó a otro perro que el fiscal no veía, pero que seguía ladrando como loco. Bajo el frontal surgió el resplandor de un tiro, luego otro, después un tercero.

Los ladridos rabiosos se convirtieron en el gañido silencioso de un animal moribundo.

El inspector Leon Wilczur se acercó al fiscal y le ayudó a incorporarse. Un poco más adelante Dybus se levantó del suelo como pudo; en la parte superior de las escaleras se veía la luz del frontal de Sobieraj. Parecía que no le había pasado nada a nadie. O casi.

—Me cago en diez, creo que me he volado un trozo de dedo.

—Déjame verlo —dijo Wilczur serenamente, hablándole de tú por primera vez y tirando con violencia de la mano de Szacki, que chistó de dolor—. ¿Tienes agua? —le preguntó a Dybus.

Tenía, sacó una botella de la mochila. Wilczur lavó la mano del fiscal, que presentaba un aspecto horrendo. El corte hecho por el vaso en el pulgar seguía sangrando, en el dorso de la mano se veían las profundas huellas dejadas por el condenado chucho (a Szacki nunca le habían gustado los perros) y el tejido rasgado entre el pulgar y el índice no dejaba ninguna duda de por dónde había pasado la bala antes de penetrar en el cerebro del animal. El viejo policía examinó las heridas con mirada experta y luego le pidió a Dybus —que seguía aturdido— que se quitara la camisa. La hizo tiras y vendó cuidadosamente la mano de Szacki. El fiscal estaba impresionado por la sangre fría del inspector.

—Vale, ¿podemos volver ya? —les preguntó el guía y conocedor de los subterráneos; sus ojos agitados indicaban que estaba al borde de un ataque de pánico—. Yo en cualquier caso no pienso adentrarme ni un centímetro más en este Mordor.

—Ni hablar —en realidad a Szacki le estaban entrando ganas de vomitar, una ola de amarga bilis le estaba llegando a la boca, pero esa pose profesional que había perfeccionado a lo largo de los años volvió a imponerse—. Tengo que ver el lugar del que venían.

—¿Pero cómo? —la voz de Dybus era histéricamente quejumbrosa—. Si ya no hay aullidos.

—Pero hay un rastro de miguitas de pan —dijo el fiscal y señaló el suelo, donde las pezuñas de los perros habían marcado unas muescas simétricas al venir corriendo.

Dejaron atrás los dos cadáveres y siguieron adelante, esta vez con Szacki a la cabeza. Estaba desesperado, necesitaba saber a toda costa qué le esperaba al final del pasadizo.

## 8.

—¿Tengo que ir?

Weronika sabía que la pregunta y el gesto mohíno y enojado no significaban que no añorara a su padre, porque esa añoranza era inimaginable, inconcebible, atravesaba a fuego el alma de la pequeña a cada segundo. Lo sabía porque ella misma procedía de una familia rota. Sus padres se habían divorciado cuando ella ya estaba en la universidad, pero aun así ese era el peor recuerdo de su vida. Divorciarse de Teodor había sido doloroso. La rabia se apoderaba de ella continuamente; le entraban ganas de ir a buscarlo y arrancarle los ojos por engañarla en todos los sentidos. Pero nada era comparable con el recuerdo de su padre llevándola a la chocolatería de la calle Szpitalna para decirle que mamá y él ya nunca estarían juntos otra vez. Jamás había vuelto a aquella chocolatería.

No era que no lo echara de menos: si Hela pudiera teletransportarse en un abrir y cerrar de ojos hasta las rodillas de su padre, sin duda lo haría. Era más bien una rebelión, un rechazo, una forma de comprobar hasta dónde podía llegar. Estiraba las emociones que la unían con sus padres hasta el límite para ver si se rompían. Y también una forma de manifestar su lealtad hacia ella, como diciendo: mira, acepto tu vida, me gusta Tomek, papá es el malo, él fue quien nos abandonó, castiguémoslo.

Weronika, por supuesto, tenía también ganas de adoptar esa postura tan cómoda, abrazar a su hija para que se pusiera de su parte, para desquitarse juntas de ese malvado capullo, hombro con hombro. Pero eso sería escoger un camino fácil y además perjudicial. Hela no tenía nada que ver con todo aquello, no debería tenerlo; que construyera su vida dejando a sus padres a su espalda, incluso aunque mamá y papá ya no estuvieran juntos ni se abrazaran.

—Claro que tienes que ir. Pero es que además quieres ir, no sé a qué vienen tantas protestas.

—Es que el autobús tarda un montón de horas. Prefiero ir a montar en kayak con Tomek. Ya hace calor, me prometió que iríamos cuando hiciera

calor.

Weronika sonrió, aunque en realidad se la llevaban los demonios. Las atenciones de su hija hacia su nueva pareja la irritaban en grado sumo, a pesar de que tendría que alegrarse de ello. Las historias que contaban amigos suyos que habían iniciado una nueva relación y habían introducido en ella a sus hijos helaban la sangre, y en cambio en su caso la niña se llevaba de maravilla con Tomek. Pero por lo que fuera la irritaba escuchar las contestaciones de su hija. No tenía ni idea de por qué le sucedía eso, pensaba preguntárselo a su médico. O quizá no necesitara preguntárselo, quizá sabía la respuesta. Sabía que seguía queriendo a Teodor, que seguía unida a él y que en realidad Tomek le importaba un pimiento, que esa relación era por aparentar, para restregársela por la cara a ese hijoputa canoso. Y de repente, en medio de aquella relación de pega en la que aún no había alcanzado ni un orgasmo decente, su hija se deshacía en alabanzas hacia un tipo que a Weronika ni le iba ni le venía. Sin comentarios.

—Te lo diré así, querida. Vas a ir y te lo vas a pasar muy bien. Visitarás nuevos sitios y le harás a tu padre tus mejores pucheros, los mismos que me hiciste a mí el lunes, para que él también sepa que su hija está creciendo. Le distraerás un poco. El pobre se pasa el día en el despacho y se aburre; le vendrán bien unas cuantas emociones, ¿eh?

## 9.

El dolor de la mano herida resultaba insoportable, subía por el brazo en oleadas, como si el estúpido perro siguiera mordiéndole, pero el fiscal Teodor Szacki tenía la profunda esperanza de que ya no hubiera más emociones aquel día.

Las huellas de las patas de los perros los condujeron a una pequeña sala parecida a la que había junto al seminario, en la que habían empezado su aventura. Encontraron allí tres jaulas soldadas de manera rudimentaria, caca de perro, mucha sangre y el cadáver de Jerzy Szyller. El hallazgo fue comentado de diferentes maneras. Dybus echó una inmensa pota, probablemente salieron restos de la primera papilla de su vida. Su tía apagó el frontal para así apagar aquella imagen. Wilczur encendió un cigarrillo. Szacki sintió un cansancio que lo atrapaba por todas partes provocado por la adrenalina que salía con la sangre. Se sentó sobre una de las jaulas y alargó la mano para pedirle un cigarrillo al policía; Wilczur, atento y solícito, le quitó el filtro a uno y se lo dio junto con el encendedor. En un primer momento Szacki tuvo la intención de protestar y pedir uno con filtro, pero lo dejó estar y lo encendió. El humo le calmó las ganas de vomitar que se le estaban acumulando en la garganta: al ser expulsado por la nariz, taponó por un momento sus receptores olfativos, dándole un descanso de aquella peste de sala de disección. Comprobó asombrado que el Camel sin filtro sabía mejor que el normal, o mejor dicho: que tenía sabor.

—¿Dónde estamos? —preguntó, también por mantener ocupada la mente de Dybus. No le apetecía verse obligado a calmar un ataque de pánico cuya sombra había advertido en la mirada inquieta del joven.

Dybus sacó un mapa lleno de incomprensibles rayas de colores y lo extendió junto al fiscal.

—En este sitio nunca he estado, pero debemos de encontrarnos por aquí — señaló un punto en el mapa de la ciudad que estaba fuera de las murallas, cerca de la confluencia de las calles Zamkowa y Staromiejska. Cerca de la

mansión abandonada. Por lo que Szacki sabía, en ese lugar había un prado.

—Ahí no hay nada —dijo.

—Ahora no —comentó Dybus—. Pero en su momento había un barrio entero, solo que las casas en su mayoría eran de madera y por eso no ha quedado nada. Esta sala seguramente la construyera algún comerciante avisado que pensó que los cacos buscarían antes bajo las casas de los ricos que bajo las de los pobres, aquí en la zona de Podwale.

—Hay que comprobar si existe alguna forma de ir desde aquí hacia la mansión de la calle Zamkowa, la catedral y la casa de los Budnik. Tengo la impresión de que acabamos de descubrir la manera en que los cadáveres se teletransportaban de un sitio a otro.

—¿Estás seguro? —Sobieraj se había recuperado un poco, aunque seguía pálido.

—Creo que sí. Desde ayer hay algo a lo que no hago más que darle vueltas: el cadáver de la señora Budnik. En las uñas tenía arena, arena amarilla de mar. Durante la autopsia no le di importancia, me dije que quizá le gustara escarbar en la tierra o que igual la arena procedía del lugar del crimen, pero esta mañana he comprobado los arbustos junto a la sinagoga y el jardín de los Budnik, y en ambos lugares hay solo tierra negra normal y corriente.

—En cambio aquí... —murmuró Wilczur y arañó la pared; bajo una de sus largas uñas quedó algo de *loess* amarillento.

—Exacto —Szacki se fue a un rincón de la sala, lo más lejos posible del cadáver, para apagar el cigarrillo.

Fue entonces cuando hizo algo que hasta ese momento no se había atrevido a hacer: mirar directamente el cadáver de Szyller iluminándolo con la linterna. El empresario-patriota era reconocible únicamente porque lo habían encadenado a la pared a la altura suficiente como para que los perros no pudieran devorar su cara. El resto, más o menos desde la línea del tórax hacia abajo, era todo un montón de colgajos sanguinolentos. A Szacki ni siquiera le apetecía intentar adivinar en qué sitio encajaban los trozos esparcidos por toda la habitación. Ya se encargarían de eso los expertos.

—¿Nos podemos ir ya? —preguntó Sobieraj en voz baja.

—De todas formas aquí no podemos hacer nada —Wilczur se levantó rechinando y miró su reloj. Todo el tiempo se lo notaba nervioso e impaciente, cosa que resultaba absolutamente anormal en el flemático policía

—. Hay que avisar a los expertos, que se traigan focos y bolsas para pruebas. Tienen que inspeccionar esta habitación y el área circundante; creo que también está aquí el lugar donde retuvieron a los Budnik, debe de haber alguna huella.

—Quizá más de las que parece —Szacki giró lentamente la cabeza, iluminando la estancia—. Hasta ahora hemos trabajado según las condiciones que imponía el asesino; lo encontrábamos todo limpio y preparado para nosotros. En cambio este lugar lo hemos descubierto demasiado pronto.

—¿Por qué lo dices?

—Por el sonido metálico que escuchamos antes de que nos atacaran los perros. Mirad, en las jaulas hay algún tipo de mecanismo temporal que las abrió antes de nuestra llegada. Solo que de no haber sido por cierto chaval dotado de un excepcional oído, nosotros no estaríamos aquí. Los perros habrían corrido por los subterráneos, quizá habrían vivido unos cuantos días. Se habrían comido los restos de Szyller, o habrían salido de algún modo del laberinto y los habríamos encontrado junto al Vístula, con lo cual tendríamos un nuevo misterio. Y si no los hubiéramos encontrado, nos habrían facilitado alguna pista para que viniéramos aquí. En cualquier caso, sin duda hemos llegado demasiado pronto y eso no entraba en los planes del criminal. Tenemos que aprovecharlo y hacer que los técnicos vengan cuanto antes.

—Y decirles que tengan mucho cuidado —añadió Sobieraj.

—¡Ajá! Sabía que ese degenerado no había estado aquí a la luz de unas velas —la voz de Dybus llegaba desde un pasadizo lateral por el que había salido sin que los demás lo advirtieran—. ¡Vengan, he encontrado una batería!

Las neuronas de Szacki se pusieron al rojo vivo en cuanto pasó la milésima de segundo que necesitó para atar cabos, pero Wilczur fue aún más rápido que él.

—¡Déjala! —el policía lanzó un grito terrible, Szacki nunca había oído nada parecido. Demasiado tarde.

El fiscal Teodor Szacki vio primero un resplandor blanco, luego oyó un estruendo y después la onda de choque lo lanzó contra la pared como si fuera un muñeco de trapo. En los últimos instantes de consciencia notó un sorprendente sentimiento de alivio: desvanecerse en la oscuridad significaba que dejaría de dolerle. Quizá por un rato o quizá para siempre, pero no le dolería.

## 10.

Aparentemente ya había conseguido toda la información que podía sacar del archivo de Sandomierz. Era hora de seguir adelante. Por fortuna todo parecía indicar que no necesitaría abandonar la región para acceder a todos los datos que requería el fiscal. A lo mejor con un poco de suerte al día siguiente ya habría terminado. Resultaba gracioso, un trabajo para la justicia en un caso difícil era más sencillo que la habitual búsqueda de un blasón nobiliario.

Podía haber dejado todos los documentos en la sala de lectura y salir, era lo que solía hacer, pero esta vez se los puso bajo el brazo y volvió a la sala de oración. ¿Por qué? Seguramente se había contagiado de la atmósfera de la investigación criminal, cosa que a los profanos siempre les produce un aumento de la suspicacia, la cautela y la paranoia. No quería dejar sobre la mesa aquellos archivos tan importantes para el fiscal, así sin más, para que cualquiera pudiera echarles un vistazo. Cualquiera, lo que en teoría también incluía al propio asesino, algún cómplice o personas cercanas a él. Además, le sacaba de quicio que la sala principal del archivo siguiera provocándole cierto temor, lo que le impedía pensar en ella sin que le entraran escalofríos. ¿Tan miedica era? Un suceso extraño, un cadáver visto a través de la niebla, de lejos, y ya estaba gimoteando como una vieja.

Por esa razón, Roman Myszyński cruzó con paso firme el umbral de la pesada puerta de hierro y entró en el espacio principal de la sinagoga. A la luz del sol de mediodía que filtraba por las ventanas superiores no parecía tan temible, más bien llamaba la atención por estar llena de polvo. Los signos del zodiaco pintados en el techo no daban la impresión de ser siniestros y terribles, sino de estar mal hechos, dejando en evidencia al artista del XVIII que los había creado. A pesar de ello no se sentía seguro del todo cuando subió a lo alto de la estructura metálica por las escaleras temblorosas, porque, por supuesto, los libros del registro de la propiedad se hallaban en la parte más alta, cerca de las malditas plataformas y las malditas ventanas desde las

que se veían cadáveres.

Dejó los archivos en sus lugares correspondientes y se quedó parado junto a «su» ventana. Se lo tomó como si se tratara de una terapia: mira, aquí estás y no te pasa nada, es un sitio como otro cualquiera, tranquilo.

Y justo en ese momento, una extraña vibración recorrió la estructura. Todos sus remaches, juntas y soldaduras se estremecieron, y la plataforma se soltó de su enganche y cayó sobre el antepecho de la ventana, produciendo un gran estruendo metálico. Parecía estar invitándole a descubrir otro cadáver.

Roman Myszyński dio un respingo y gritó asustado.

—¡Oiga! ¿Es que se ha vuelto loco o qué? —abajo estaba el director del archivo y lo miraba con cara de reproche.

—¿Qué me está usted diciendo? Como si fuera culpa mía que tengan ustedes aquí movimientos tectónicos.

El reproche desapareció del rostro del director y dio paso a la tierna indulgencia hacia el demente.

—Por supuesto, movimientos tectónicos. ¿Puedo hacer algo más por usted? Si no, me gustaría cerrar ya nuestro —sonrió con malicia— centro local de investigaciones sísmicas.

## 11.

Sabía que no estaba bien. A lo largo de su vida había visto los suficientes documentales sobre la guerra como para saber que se encontraba en muy mal estado. En ese momento su organismo funcionaba de manera muy distinta a la habitual; en sus venas había más hormonas que sangre, su cuerpo trataba de sobrevivir a toda costa. Pero en realidad tenía los miembros arrancados, sus tripas estaban en un charco de sangre, no podía abrir los ojos. En cuanto viera todo aquello se pondría histérico como un soldado en el frente, se arrastraría llevando en la mano su pierna cercenada o intentaría volver a introducirse en el vientre los intestinos. Le daba un poco de pena que todo fuera a terminar así, aunque, por otro lado, quizá hubiera algún después o algún nuevo comienzo, a saber.

—¡Levanta, Teo! ¡No podemos quedarnos aquí! —una luz blanca lo deslumbró incluso a través de los párpados; se cubrió la cara con la mano y entonces pensó que eso era buena señal, porque tenía mano.

—¿Y mis piernas? —preguntó sin sentido.

—¿Qué les pasa a tus piernas? Ponte en pie, tenemos que sacar a Marek de aquí, quizá aún no sea tarde para salvarlo. ¡Por favor, Teo, rápido! —en la voz de Sobieraj aparecieron quejumbrosas notas de histeria.

El fiscal Teodor Szacki carraspeó y se decidió a abrir los ojos. En el aire había tanto polvo de *loess* que la luz de los frontales horadaban en él túneles blancos dignos de los dibujos animados. El rostro de Basia Sobieraj estaba cubierto por una gruesa capa de *loess*. En medio del polvo vio sus ojos asustados, húmedos; vio cómo se relamía los labios nerviosa y la senda que había marcado el grueso hilo de moco que le bajaba desde la nariz. Él mismo estaba cubierto de polvo y de heridas, pero entero; podía mover todos sus miembros, aunque le dolían horribilmente la cabeza y la espalda en la zona que había golpeado contra la pared. Se levantó, no sin esfuerzo, y notó que le daba vueltas la cabeza.

—¿Wilczur?

—Está vendando a Marek.

—Sal de aquí tan rápido como puedas y llama a una ambulancia. Hasta los perros el camino es recto, a partir de ahí recuerda seguir las flechas. Toma — le puso en la mano la Glock.

—¿Te has vuelto loco?

—En primer lugar, puede haber otros perros, y en segundo, puede estar el criminal. ¡No discutas, corre! —la empujó en dirección a la salida y luego se dirigió tambaleándose hacia el túnel por donde había desaparecido Dybus, desde el que llegaba la claridad de las linternas y unos alarmantes gemidos llenos de dolor.

Wilczur estaba inclinado sobre el cuerpo del chico. Tenía un frontal puesto en la cabeza y el otro lo había colocado sobre la montaña de escombros que se había formado tras la explosión y que bloqueaba el paso hacia las cuevas que se encontraban más allá. Al oír pasos se volvió para mirar a Szacki; estaba tan lleno de polvo como los demás, pero en su caso su cara alargada, arrugada y avejentada tenía un aspecto especialmente terrorífico: adornada con su bigote y sus ojos pálidos, parecía una máscara ritual. A Szacki le impresionaron los ojos del policía, que reflejaban auténtico dolor, como si sintiera no haber sido él quien hubiera entrado en aquel funesto pasadizo en lugar de un chico joven que tenía toda la vida por delante.

—Aún está conmocionado. Si hay alguna posibilidad de salvarle entonces hay que ponerlo en la mesa de operaciones en menos de quince minutos — dijo el policía.

Su apreciación parecía muy optimista. Dybus tenía una herida abierta en una mano, el forro polar estaba claramente empapado de sangre y por un agujero de la cara se le veía la mandíbula. Lo peor era la pierna, arrancada por debajo de la rodilla. El hueso blanco y astillado de mala manera que asomaba del muñón atraía la mirada de Szacki.

—Le he hecho un torniquete en el muslo y le he vendado la herida del vientre. La columna creo que está intacta porque responde a los estímulos y me parece que no hay ninguna arteria seccionada, eso es muy bueno. Pero no durará mucho.

Szacki volvió a la «habitación de Szyller» y echó un vistazo ignorando el cadáver que había allí. Buscaba algo con lo que se pudiera improvisar una camilla y su mirada se detuvo en las portezuelas de las jaulas de los perros. Sacó dos de ellas de los goznes, las colocó en el suelo una junto a otra y las

unió de tal manera que juntas formaron una estructura más o menos del tamaño del portillo de un jardín. Un portillo pequeño. Wilczur le observaba.

—Menos mal que él es más corto —dijo riendo de un modo escalofriante, a lo cual Szacki reaccionó sin pretenderlo con una risita similar, que no tenía nada que ver con el humor negro, sino que era un síntoma del miedo y la histeria creciente.

Debían darse prisa.

Con cuidado, llevaron hasta la camilla a Dybus, que no paraba de gemir, y lo levantaron desde ambos lados. El peso era insoportable. El chaval estaba bien fornido y las jaulas, hechas con barras de armadura. A pesar de ello se introdujeron en el pasadizo, con Szacki cojeando ligeramente; después de dar unos pasos se dio cuenta de que el dolor del muslo no era injustificado, porque la pernera del pantalón del traje se estaba empapando de sangre poco a poco.

Maldiciendo, quejándose y doliéndose llegaron hasta las escaleras y hasta los cuerpos de los perros. Eso significaba aproximadamente la mitad del camino, pero Szacki no se hallaba en condiciones de dar ni un solo paso más. Los músculos de los brazos aullaban de dolor, las manos las tenía en carne viva de agarrar las barras. No quería ni imaginar lo que sentía Wilczur, treinta años mayor que él. Y Wilczur tampoco parecía interesado en informar de cómo se encontraba, tan solo se apoyó en la pared jadeando. Szacki halló sus reservas de voluntad y primero tiró de Dybus —que cada vez gemía con menos fuerzas— para subirlo unos escalones, luego tiró de la camilla y finalmente ayudó a Wilczur a subir.

—No voy a poder —dijo en voz baja el viejo policía cuando bajó a por él.

—Sí que vas a poder, solo falta un poco.

—Por si no lo consigo, debes saber una cosa...

—Venga ya, no digas tonterías, hombre. Salgamos de aquí de una vez.

Agarró la camilla por el lado más pesado, donde estaba la cabeza de Dybus, que volvía a yacer sobre ella, y esperó a que Wilczur levantara el otro extremo de la improvisada camilla. Tambaleándose, luchando contra el dolor, los mareos, las náuseas y las manchitas que volaban delante de sus ojos; obligando a cada una de sus células a darlo todo, mientras aspiraba ruidosamente bocanadas de aire, continuó adelante arrastrando tras de sí la camilla, al herido y a Wilczur. Se concentraba únicamente en el siguiente paso.

—A la izquierda —gimió a su espalda Wilczur—. A la izquierda.

En efecto, había ido en la otra dirección automáticamente, sin buscar la flecha. El tener que retroceder dos pasos lo deprimió. Se asustó pensando que ya sí que no le alcanzarían las fuerzas y se echó a llorar. Pero, sollozando y sorbiéndose los mocos, se obligó a girar hacia la otra bifurcación y de nuevo pudo concentrarse solo en los pasos. Uno, dos, tres. Estaba al borde de perder la consciencia, pero el sentido del deber y la responsabilidad por Dybus lo mantenían milagrosamente en pie. Cuando vio unas luces que avanzaban hacia ellos dando saltitos por las paredes ni siquiera se preguntó qué significaban, se limitó a dar un paso más. No podía fiarse de las luces, únicamente de sus piernas. Uno, dos, tres.

Solo después, cuando el enfermero lo sacó y lo dejó en la hierba junto al seminario, cuando lo pusieron sobre una camilla y vio en lo alto el cielo azul de Sandomierz sin el menor rastro de nubes, solo entonces el fiscal Teodor Szacki perdió el conocimiento.

---

## **Capítulo noveno**

*Jueves, 23 de abril de 2009*

En Turquía es el Día del Niño; en Gran Bretaña, la fiesta de la Orden de la Jarretera; en todas partes, el Día Mundial del Libro. En dos atentados suicidas en Irak mueren setenta y seis personas; en México, la epidemia de gripe se cobra su víctima número veinte. Nepal instala repetidores GSM junto al Everest, mientras que científicos escoceses buscan cuarenta voluntarios para comer chocolate. Lublin: durante la campaña para evitar las defecaciones en la vía pública, la policía detiene a un hombre al que le confiscan una pistola de señales y en cuyo piso se descubre después todo un arsenal de armas de la Segunda Guerra Mundial. Gliwice: un hombre fallece junto a la sección de carnicería de un conocido supermercado y los demás clientes se ven obligados a pasar junto al cadáver, tras ser introducido en una bolsa de plástico. Poznań:: en una tienda de la cadena de parafarmacias Rossmann se le pide el documento de identidad a un adolescente que quiere comprar preservativos. Łódź:: el partido político Liga de las Familias Polacas denuncia ante la fiscalía que en una piscina se organizan noches naturistas. Y también en Łódź: resulta que los policías de la unidad antiterrorista ganan jugosos sobresueldos trabajando para gánsteres. Solo en Sandomierz no pasa nada: ni la climatología cambia. Día soleado y fresco, la presión baja, a todos les entran ganas de dormir.

## 1.

Aunque China sea el país natal de los albaricoques, no está de más saber que en Polonia esta es una fruta típica de la zona de Sandomierz y que los cistercienses la introdujeron en el país. Y fueron precisamente los monjes de los hábitos blancos quienes, después de construir en el siglo XII su abadía en Jędrzejów y de empezar a propagar la civilización por las tierras colindantes, crearon el primer huerto de albaricoqueros en las inmediaciones de Sandomierz.

El fiscal Teodor Szacki se leyó por puro aburrimiento un reportaje entero acerca de los albaricoques y su patriótica historia local y, tras llegar a la conclusión de que no le esperaba nada mejor que eso en las páginas del semanario *Tygodnik Nadwiślański*, dejó la revista sobre el taburete que tenía junto a la cama. Por la mañana aún había estado entretenido con los trámites hospitalarios, los análisis, los medicamentos, las conversaciones con los médicos, pero ahora se aburría mortalmente y tenía la sensación de estar desperdiciando un tiempo precioso. Aceptó el fármaco antitetánico y la inyección antirrábica, dejó que le pusieran cremas y lo vendaran, pero rechazó los calmantes. El día anterior no había puesto ninguna objeción, permitió que lo atiborrasen de medicinas y se sumergió en un sueño que duró diez horas. Pero ahora no deseaba ningún tipo de aturdimiento, necesitaba pensar con rapidez y eficacia, tenía que analizar los hechos que habían sucedido hasta entonces y todos los datos nuevos que pudieran resultar de la inspección de los subterráneos. Renunciar a los calmantes tenía su precio: volvió el dolor de los músculos, las desagradables punzadas en sus manos llenas de rasguños y sobre todo el dolor agudo y cadencioso de la mano mordisqueada, que de cuando en cuando le provocaba un gemido y le hacía apretar los labios.

Sonó el teléfono.

—Perdón, pero ¿por qué tengo que enterarme de que estás en el hospital

por las noticias de última hora de Polsat?

Weronika.

—Lo siento, pero es que la fiscalía aún no controla los medios de comunicación. Quizá dentro de poco, cuando Ley y Justicia gane las próximas elecciones.

—Muy divertido.

—No tengo nada grave.

—No te he preguntado si tienes algo grave, eso me importa una mierda. Lo que pregunto es por qué mi hija tiene que llamarme desde el colegio hecha un manojo de nervios para decirme que su padre está en el hospital y lo único que puedo decirle es que espere un momento, que voy a encender la tele a ver si me entero de algo. ¿De verdad no tienes nada grave?

—Moratones. Me atiborraron de algo ayer y dormí todo el día; no tenía ni idea de lo que habían contado los medios.

Entró en la habitación Basia Sobieraj. Se paró en la puerta al ver que hablaba por teléfono, pero Szacki le hizo una señal con la mano para que se acercara.

—Pues ya ves, han hablado de ti, de unas explosiones bajo tierra, de un tiroteo.

Szacki maldijo para sus adentros. ¿Quién demonios les había informado de todo eso? Weronika se aceleró de una forma que él conocía muy, pero que muy bien.

—¿Explosiones bajo tierra? ¿Un tiroteo? ¿Es que has perdido la chaveta por completo? ¿Olvidas que tienes una hija? Entiendo lo de la crisis de la mediana edad, pero, joder, para eso cómprate una moto o algo así en vez de cambiar tu mesa de despacho por un tiroteo subterráneo. Ya tengo bastante con ser divorciada, no tengo ganas de ser también viuda. ¿Dónde se ha visto? Ni que tuviera sesenta años.

—No puedes ser viuda si estamos divorciados.

—No vengas tú a decirme lo que puedo o no puedo ser, la tenebrosa época en que solías hacerlo por suerte pertenece ya al pasado. Me basta con que no me asustes y no me destroces los nervios. Tienes una hija, ¿no? ¿Lo recuerdas, papá de finde-sí-finde-no?

—Eso es un golpe bajo.

—Quizá. Prohíbemelo. ¿Y ahora qué? ¿Tiene que ir mañana Hela a visitarte? ¿O lo único que le puedes ofrecer de momento es ver cómo te

cambian la cuña y te curan las heridas? —dijo con la voz quebrada.

Quiso decirle algo agradable, abrazarla por teléfono, confesarle que él también la echaba de menos, que se arrepentía, que lo sentía mucho. Pero no quería hacerlo con Sobieraj sentada al lado.

—Por supuesto, que venga, yo no voy a tardar en salir de aquí. Mañana ya estaré en perfectas condiciones —replicó con un tono oficial cuya frialdad le sorprendió a él mismo y mucho más a Weronika al otro lado del teléfono. Notó claramente que se había molestado.

—Sí, por supuesto. Bueno, te mandaré un sms en cuanto la deje en el autobús. Cuídate.

Y colgó. Sobieraj lo miró con gesto interrogativo.

—La madre de mi hija —le explicó, adoptando una extraña expresión que parecía pedir perdón a Sobieraj porque hubiera tenido que escuchar cómo una tía ya olvidada venía a tocarle las narices, pero en fin, estaba la niña de por medio—. Tienes muy buen aspecto —le dijo para reforzar la falsa impresión de que el pasado hacía mucho que pertenecía al pasado—. ¿Y los demás?

—El viejo no tiene nada, ese va a vivir más que nosotros. Le hicieron unos análisis y lo largaron con la orden de que se bebiera medio litro de vodka y se echara a dormir. Marek está mal, tú mismo lo viste.

—¿Mal... hasta qué punto? —preguntó con cautela, temiendo lo peor.

—Vivirá, si es eso a lo que te refieres. Si hubiera llegado a la mesa de operaciones unos minutos más tarde, no lo habrían podido salvar —Sobieraj lo miró como se mira a un héroe. Se sentó a su lado sobre la cama y empezó a acariciar suavemente su mano vendada—. He ido a visitarlo, aún lo tienen en vigilancia intensiva, en coma inducido. Le han amputado una pierna, desgraciadamente por encima de la rodilla, aunque al parecer lo peor eran los daños internos, no sé qué problema con el lecho vascular, no he entendido bien de qué se trata. Pero lo han logrado, lo han colocado todo en su sitio. El chico es joven, tiene un organismo fuerte. Todo irá bien, eso dicen.

De repente se echó a llorar.

—Ha sido culpa mía, yo lo metí allí. N-n-no, n-n-no... —dijo tartamudeando—, no debimos bajar, sino mandar a los técnicos, a expertos con reflectores y dispositivos adecuados. Teo, nosotros somos funcionarios, no agentes especiales; lo que hicimos no tuvo el menor sentido.

—Pensamos que había posibilidades de salvar a Szyller.

—¡Pues pensamos mal!

—Lo lamento.

Justo en el momento en que dijo eso, vio pasar a Klara abrazada por un hombre mayor, seguramente su padre. Ella lo miró, pero ni siquiera aminoró el paso. A pesar de ello, durante ese breve instante Szacki se unió a ella a través de las miradas, buscando perdón en sus ojos oscuros por lo que le había ocurrido a su hermano. Y quizá también esperanza de tener otra oportunidad. Aunque no, eso ya no era posible. ¿Se habrá quedado al final embarazada o no?, se preguntó cuando sus miradas se despegaron. En la situación actual, eso resultaría más bien desafortunado.

—Ya, lamentarlo —susurró Sobieraj, más bien para sí misma—. Qué fácil es decirlo. Más difícil es pensar las cosas a tiempo.

—Sobre todo porque él no tenía que morir, ¿verdad?

La fiscal Barbara Sobieraj asintió en silencio, absorta en sus propios pensamientos. Estuvo así unos instantes. Szacki no la molestó, también él tenía que colocar mentalmente un par de cosas.

—Dicen que te van a tener aquí hasta el lunes, por si acaso.

—En cuanto me vea el médico esta noche, me voy.

—¿Te has vuelto loco?

—Necesito mi despacho, los informes y una jarra de café fuerte. No podemos permitirnos ahora tomarnos unas vacaciones. Además, no me pasa nada. Pero tengo que pedirte un favor, necesito tres cosas.

—Dime.

—Lo primero, quiero estar permanentemente informado de todas las novedades que se produzcan. Lo segundo, quiero mi portátil con conexión a internet. Lo tercero, necesito un televisor con todos los canales informativos.

—No sé si se podrá conectar aquí...

—Pues que me lleven a otra habitación.

Sobieraj se puso en pie y fue entonces cuando le soltó la mano. Quizá fuera por las emociones que habían pasado juntos, o quizá porque apreciaba mucho más el mundo después de haber estado en un tris de abandonarlo, pero el caso es que le pareció muy hermosa. Su jersey naranja y su pelo color zanahoria conformaban un contrapunto agradable y lleno de vida a la habitación blanquiverde, y su falda vaquera, un poco levantada, dejaba al descubierto unas piernas que superaban todo lo que se pudiera esperar de una mujer de su edad.

La primavera había llegado. Basia Sobieraj se arregló la falda y salió sin

mirar atrás.

## 2.

Los límites entre una vendetta planeada con precisión y el crimen de una persona perturbada han estado a punto de ser traspasados. Y quién sabe si no será eso lo que ocurra en caso de que muera el chico. Mira por la ventana y aprieta las manos contra el antepecho con impotencia. ¿Cómo ha podido suceder? ¿Cómo? Ahora hay que pensar con frialdad si ese hecho cambia algo. Quizá no, incluso todo lo contrario. Paradójicamente, ahora puede sentirse más a salvo que antes.

### 3.

El fiscal Teodor Szacki se sentía fatal. No porque le doliera todo el cuerpo. Ni siquiera porque cada uno de los miembros del personal hospitalario que le habían ayudado a trasladarse a otra habitación bromeara diciendo que seguramente el fiscal quería verse en televisión. Se sentía fatal porque, por primera vez desde que empezara el caso, y sin contar la famosa portada de la revista *Fakt*, se había tomado la molestia de comprobar cómo informaban los medios acerca de los acontecimientos de Sandomierz y se había dado cuenta de que él aparecía en demasiadas escenas. En las ruedas de prensa era lógico que estuviera, pero había también muchas imágenes suyas entrando o saliendo de la fiscalía. Una vez lo habían grabado mientras cruzaba apresuradamente la plaza Mayor, cerca del ayuntamiento; en otra ocasión, saliendo de Trzydziestka. Perder su anonimato, aunque lo fuera a recuperar en breve, resultaba penoso, pero la desmoralización de Szacki estaba relacionada sobre todo con haber perdido la buena imagen que tenía de sí mismo.

No es que se considerara un tío duro, pero le gustaba verse como un sheriff que en lugar de conciencia tenía el Código Penal, que era su personificación, su guardián y su ejecutor. Así lo creía y sobre esa creencia había construido toda una imagen pública que al cabo de los años se había convertido en su uniforme oficial, en el que estaban incluidos su forma de vestir, sus gestos, su manera de pensar, de hablar, de contactar con la gente. Cuando Weronika decía «cuelga al fiscal en la percha y siéntate a comer», no bromeaba.

Pero la cámara lo reflejaba de una forma un poquito diferente. En las ruedas de prensa tenía el aspecto de un fiscal: rígido, pragmático, excesivamente serio; no coqueteaba con la audiencia y no entraba en intercambios de palabras innecesarios. A su lado, Miszczyk y Sobieraj parecían sus asistentes. Y además tenía una voz aguda y bastante desagradable, quizá no chillona, pero desde luego no era la voz de Clint Eastwood.

Cuanto menos oficial era la situación, peor parado salía. En la escena de las escaleras frente a la fiscalía, cuando pronunció aquellas desafortunadas palabras que algunos interpretaron como una declaración antisemita, resultó evidente que había perdido los nervios y, junto con los nervios, también el control sobre su imagen. En su rostro apareció un feo gesto de agresividad, un ojo le temblaba. Sus palabras, pronunciadas con excesiva rapidez, se apelotonaban y por momentos Szacki balbuceaba confusamente. Parecía uno de esos de los que siempre se reía: un chupatintas de traje gris, agresivo, frustrado, ceceante, incapaz de construir una declaración coherente.

Pero lo que más lo deprimió fue la grabación de la plaza Mayor. En ella no aparecía el águila de la justicia con su blanco y distinguido pelaje mientras cruzaba el centro de una ciudad medieval con el paso majestuoso de un soldado de caballería, sino un hombrecillo delgado, pálido, prematuramente envejecido, que sujetaba con fuerza las solapas de la chaqueta contra su pecho hundido para retener algo delpreciado calor. Crispado, con los labios apretados, caminaba con pasos cortos y rápidos dignos de alguien que ha bebido un café demasiado fuerte y corre al aseo.

Una pesadilla.

Leer las informaciones que aparecían en internet, en las páginas de los canales de televisión, en los archivos de los periódicos y en los portales informativos resultó ser un trabajo demoledor, porque estaban redactadas de manera poco profesional, caótica, en tono de histeria, de modo que acababan reducidas a textos sensacionalistas de la peor clase. Si Szacki no conociera el caso, solo con lo que ponía en las notas de prensa habría tenido suficiente para tomar la decisión de abandonar aquella provincia cuanto antes, o mejor aún, aquella región en la que un loco salvaje cazaba a sus víctimas, convirtiendo los asesinatos en ritos sangrientos, y en la que nadie —¡nadie, Dios santo!— se hallaba a salvo.

Por suerte no necesitaba profundizar en ese mar de bazofia exaltada, porque le interesaba una sola cosa, que provisionalmente había llamado «información alfa». ¿De qué se trataba? Szacki conocía lo suficiente el funcionamiento de los medios de comunicación como para saber que a grandes rasgos consistía en comerse sus propias vomitonas. La información circulaba tan rápidamente que no tenían tiempo para buscar las fuentes ni para verificarla, así que la propia información se convertía en fuente, y el hecho de que alguien la hubiera dado era motivo de sobra para repetirla.

Después había que repetirla sin parar, añadiendo algunas palabras de los comentarios propios o de los de algún invitado. Y continuando con el símil de las vomitonas, la cosa sería de la siguiente manera: a alguien le daban de comer huevos revueltos y luego los vomitaba; otra persona freía un poco de beicon, se lo comía y lo vomitaba; después llegaba otro, salpimentaba las vomitonas, se las comía y las devolvía; etcétera, etcétera. Cuanta menos cantidad de huevos revueltos hubiera al principio, más guarnición había que añadir después. Lo cual no cambiaba el hecho de que al comienzo de todo alguien había tenido que romper los huevos, y a ese alguien era precisamente a quien Szacki buscaba con ahínco.

Lo buscaba porque, en aquel caso, desde un principio habían pretendido crear ruido mediático. Recordó cuánto se extrañó cuando llegó la primera unidad móvil hasta el edificio de la fiscalía. Aquello había sucedido demasiado deprisa, sobre todo teniendo en cuenta la distancia entre Sandomierz y Varsovia o Cracovia. Le extrañó, pero no prestó atención a ese detalle, porque, en general, el mayor problema de aquel caso que tanto abundaba en acontecimientos impactantes y escenificados con cuidado era que el fiscal Teodor Szacki no había prestado atención a los detalles.

Ahora estaba corrigiendo ese error. Dividió el caso en varias etapas cruciales. Las más importantes fueron hallar el cuerpo de la señora Budnik, identificar la enorme navaja como un cuchillo para matanzas rituales y encontrar al señor Budnik. Y trató de establecer en qué lugar habían aparecido con mayor rapidez los datos básicos, convirtiéndose así en carnaza para los demás medios. Por un momento pensó en la cadena Polsat News, en la que, por ejemplo, habían hablado de Ela Budnik antes de las ocho, pero en los demás casos Polsat se había retrasado mucho. Radio Zet era rápida, pero no tanto como para adelantarse a Polsat en lo de Ela Budnik o a TOK FM en lo de Grzegorz Budnik. TVN24 se había mantenido a un nivel bastante equilibrado: nunca se había retrasado significativamente, pero tampoco habían sido los primeros en ningún momento. ¿No se estaría metiendo en un callejón sin salida? A lo mejor las informaciones no procedían de una misma fuente.

Pero no lo creía, joder, no lo creía. La histeria mediática había jugado un papel demasiado importante en el enturbiamiento del caso como para que nadie estuviera dirigiéndola.

De repente, el monitor que tenía sobre su cabeza empezó a emitir sonidos.

Szacki se puso tenso. No sabía qué podía significar eso, seguro que nada bueno. No habían pasado ni quince segundos cuando en la habitación entró corriendo una enfermera. Se acercó a él, pero enseguida aminoró el paso y la inquietud de su rostro se transformó en una sonrisa tranquilizadora. Metió una mano bajo la bata de hospital que llevaba puesta el fiscal.

—No dé tantas vueltas, que el sensor se cae y se conecta la alerta —dijo con una voz muy grave, casi de hombre—. ¿Qué sentido tiene asustarse y asustar al personal, eh?

Lo arregló, le guiñó un ojo y salió. Szacki no le devolvió el gesto porque estaba ocupado en perseguir entre las neuronas una idea que se escapaba. Alerta. ¿Por qué era importante esa palabra? Pues claro, *Alerta*. Así se llamaba el servicio de internet de *Gazeta Wyborcza* que valía para que los lectores enviaran informaciones con fotos y vídeos. Una solución genial en una época dominada por dos dictaduras: por un lado, la de la información, y por otro, la de los recortes presupuestarios en las redacciones.

Echó un rápido vistazo al servicio y por supuesto no encontró nada. Maldijo en voz alta. A su mano herida no le gustaba golpetear en el teclado. El dolor se le extendía hasta el hombro, lo cual tenía su lado bueno, porque lo mantenía en acción, no dejaba que el sueño lo venciera ni que su mente se ocupara de cuestiones intrascendentes.

Piensa, Teodor, piensa, se apremiaba a sí mismo, «Alerta» no, pero debe de haber otros sitios parecidos. Siguió buscando. En TVP se llamaba «Tu Info», en Radio Zet, «Infoteléfono»; ninguno de los dos servicios valía una mierda. Empezó a preguntarse si habría blogs informativos; le entró miedo solo de pensar en sumergirse en las profundidades de Twitter, Blip y Facebook. Volvió a mirar en TVN24, que también tenía su comunidad de informadores (se imaginó cómo habría sido el Facebook en los años ochenta y se preguntó cuántas personas le darían al «me gusta» en la página de la policía secreta comunista o cuánta gente la aceptaría como amigo), se llamaba «Kontakt24». Era el mejor organizado de todos. Cada usuario podía crear su propio miniservicio informativo en forma de blog, la redacción repasaba las entradas y las más interesantes las incluían en la página principal del servicio e incluso eran usadas en las emisiones televisivas del canal, en cuyo caso quedaba reflejado con un símbolo especial en el blog del usuario. A su vez, las noticias del servicio también eran etiquetadas como correspondía y se indicaba qué informaciones se habían utilizado y a qué

usuarios pertenecían.

Empezó a leer todas las noticias relacionadas con su caso, comenzando por las más antiguas, las del hallazgo del cuerpo de Ela Budnik. En Sandomierz, al despuntar el alba, bla, bla, bla, ciudad histórica, un cadáver cerca del casco viejo, un misterio digno del padre Mateusz, bla, bla, bla. Muchas personas habían colaborado para la creación de aquel caótico texto: Sando69, KasiaFch, OlaMil, CivitasRegni, Sandomiria...

¡Ay, la hostia!

El nick de uno de los usuarios mencionados era «Nekama».

Szacki clicó para ver su página. Había solo diez entradas, todas acerca de los crímenes de Sandomierz. En todas se indicaba que habían sido aprovechadas tanto para el servicio de internet como para los informativos de televisión. Eran breves, escritas con un lenguaje sencillo y conciso, y daban cuenta de las informaciones más importantes.

La primera entrada, del 15 de abril, decía: «En el casco viejo de Sandomierz, junto a la antigua sinagoga, ha sido hallado el cadáver desnudo de una mujer. Sin lugar a dudas, la mujer ha sido asesinada brutalmente, su garganta presenta varios cortes».

El fiscal Teodor Szacki se quedó mirando la pantalla y notó cómo su corazón latía desbocado en su pecho. Un poco más y la alerta avisaría a la enfermera, que seguramente se sorprendería al comprobar que el sensor seguía en su sitio, bajo la bata. Pero lo que le había provocado ese estado no era el contenido de la nota, ni siquiera el nick del autor, sino la hora en que había sido publicada.

Recordó el momento en que había recibido la llamada de Miszczyk para que se presentara cuanto antes en la calle Żydowska. Klara lo acababa de arrastrar de vuelta al catre; poco antes había estado de pie junto a la ventana observando cómo se aproximaba el amanecer y hacía que en la oscuridad comenzaran a aparecer las primeras sombras de los seres que la habitaban, un anuncio del día que empezaba. De forma similar había descrito Myszyński el momento en que había divisado el cadáver. Incluso dando un margen de error por la niebla, la realidad era que todo había sucedido al alba.

Comprobó el dato: el 15 de abril de 2009, en Sandomierz el sol había asomado por el horizonte a las 4:39.

La entrada en «Kontakt24» había aparecido el 15 de abril a las 4:45, lo cual significaba que el autor era o bien el asesino, o bien alguna de las

personas que desde un principio habían tomado parte en la investigación. O lo uno y lo otro, porque desde el día anterior estaba convencido de que conocía al criminal, que debía de ser una de las personas con las que colaboraba a diario, con las que bebía café, repasaba los informes y planificaba qué se iba a hacer al día siguiente. Y a pesar de llevar todo el día barajando tal posibilidad, la confirmación de esa hipótesis había provocado que su corazón no se pudiera calmar.

Necesitaba las informaciones de Myszyński; también tenía que llamar a Kuznetsov. Pero sobre todo necesitaba las actas. Las necesitaba a toda costa.

## 4.

Vale, muy bien, necesitaba las actas, pero aquello era exagerar un poco. Una preciosa asistente de la sede regional en Kielce del Instituto de la Memoria Nacional, de esas mini-Michelin que son todo curvas pero ninguna es prescindible, llegó empujando un carrito lleno de actas, sonrió amistosamente y empezó a descargar las carpetas en la mesa. Había como unas cien.

—¿Está segura de que todo esto es para mí?

—Los procesos contra los «soldados malditos» en la provincia de Sandomierz en los años 1944-1951, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues entonces es todo para usted.

—Perdone, solo me estaba asegurando.

Ella le lanzó una mirada gélida.

—Mire, trabajo aquí desde hace siete años, hice mis tesis de licenciatura, doctorado y doctorado superior sobre el tema de los «malditos», he escrito decenas de artículos y dos libros. Estas carpetas en concreto podría cogerlas de las estanterías con los ojos vendados.

En la mirada de él se dibujó una sonrisa al oírla, porque recordó un chiste sobre ojos vendados, un chiste bastante obsceno, pero divertido.

—Y le advierto que si intenta contar el chiste de los ojos vendados, los cazadores y la zapa, me llevaré las actas, le echaré encima a los de seguridad y la próxima vez tendrá usted que mandar a un apoderado. Con la banda que forman los chovinistas y sexistas como usted no vale ningún tipo de sistema educativo. Hay que molerles los morros a palos y patearles los huevos para que entre un poco de civilización en esas estúpidas cabezas. Pero en fin, da lo mismo. ¿En qué más puedo ayudarle?

Él negó con la cabeza, temiendo que se le notara lo mucho que le excitaba el temperamento de la chica. Daría cualquier cosa por tener su número de teléfono. La asistente lo miró amenazadora, se dio la vuelta y se fue

meneando las caderas con ostentación.

—¡Un momento! Una cosa más...

—Pongo a Dios por testigo de que si se trata de mi número de teléfono o de alguna otra triquiñuela...

—Al contrario. Necesito información.

Sacó de su libreta la hoja con la lista de los nombres que le interesaban y se la dio a la joven.

—Señor Budnik, señora Budnik de soltera Szuszkiewicz, Szyller —leyó en voz alta. Hizo una pausa y lo miró con suspicacia—. Wilczur, Miszczyk, señor Sobieraj, señora Sobieraj de soltera Szott.

—¿Le dicen algo esos apellidos?

—No todos.

—¿Pero algunos sí?

—Por supuesto. ¿Es que tengo que tatuarme en la frente mis títulos universitarios o cortarme las tetas para que alguno de ustedes, grandes investigadores de la historia, me tome en serio?

—Sería una pérdida irreparable...

La miró como mira el carnicero a una pieza de carne.

—... deslucir una frente tras la que se oculta una mente tan brillante y aguda.

## 5.

—¿Está usted ahí, señor comisario?

—Por supuesto.

—Perdone que haya tardado tanto, pero los del departamento informático me han tenido que confirmar los datos.

—Claro.

—Pues resulta que todas las entradas del usuario «Nekama» fueron enviadas desde una dirección IP que pertenece a la red de telefonía Orange. Las entradas fueron enviadas desde un navegador Skyfire abierto en un sistema operativo Symbian. Eso significa que alguien hizo una foto con su teléfono, un Nokia, y desde ese teléfono entró en «Kontakt24», escribió el texto y lo envió.

—Entiendo. ¿Puede darme esos números para que los compruebe en Orange?

—Por supuesto.

—Oleg, por favor, sabes que las cosas no funcionan así.

—Es la última vez, lo prometo.

—¡Oleg, para ti dos veces a la semana es la última vez! ¿No puedes por una vez, una sola, una única vez, hacerlo como Dios manda? Enviar un escrito sellado y esperar la respuesta. Así yo tendría algún documento para cubrirme las espaldas, así podría decir: sí, el comisario Oleg Kuznetsov, de la comisaría de la calle Wilcza, también nos manda peticiones oficiales.

—¿Te parece bonito hablarle así a un pariente?

—No estamos emparentados.

—¿Cómo que no? Si eres la cuñada de la prima de mi hermana.

—¿A eso lo llamas un vínculo de sangre?

—Bueno, qué, ¿te aparece ya en el monitor?

—No me creo que esté haciendo esto, pero en fin, escucha. Todo fue enviado desde el número 798 689 459, de prepago, comprado el 24 de marzo

en algún lugar de Kielce, pero no en un servicio oficial, así que no tengo los datos exactos. El número pocas veces se conectó a internet, y siempre a través de la estación base número 2328 de Sandomierz, situada..., un momento..., sobre el depósito de agua de la calle Szkolna. El dueño del número usa un teléfono Nokia E51, un modelo muy popular entre los hombres de negocios y que se puede comprar en cualquier parte.

## 6.

Se había mantenido fiel a su decisión de renunciar a los calmantes, pero en el camino entre el hospital y la fiscalía le pidió al taxista que parara un momento en una tienda para comprar una botella pequeña de Jack Daniel's, como forma de indemnizarse a sí mismo. Era un poco analgésico, un poco relajante y además se podía calcular la dosis con mayor precisión que con el ketoprofeno. Lo primero que hizo al entrar en su despacho fue servirse un poco en la taza del Legia y beberse casi sin respirar unos cuantos tragos de aquel bourbon que apestaba a quemado. Sí, desde luego necesitaba eso mil veces más que unas vacaciones a cuenta de la Seguridad Social en un hospital de Sandomierz, a pesar de las advertencias y las amenazas del doctor Sowa.

Sacó de la caja fuerte las actas de la investigación (la Glock se encontraba provisionalmente en el depósito de la policía) y las extendió ante sí sobre el escritorio. Estaba seguro de que en ellas se ocultaba la respuesta a la pregunta de quién había matado a esas tres personas, quién lo traía por la calle de la amargura durante las últimas dos semanas y quién había estado a punto de acabar con él en aquellas malditas cuevas. Sí, no lograba quitarse de la cabeza los sucesos del día anterior, pero mejor, mucho mejor, pensó. Mejor porque, en realidad, era la única situación que no había sido escenificada, que no había sido especialmente preparada para el fiscal Teodor Szacki.

Por eso sacó de una carpeta nuevecita las fotos que habían hecho ese mismo día los técnicos y las puso bajo la luz de la lámpara. La entrada cerca del Seminario Menor, la camilla de rejas ensangrentada sobre el suelo de *loess* de un pasadizo, las escaleras estrechas, los cuerpos de los chuchos, el cadáver de Szyller cubierto de polvo, las jaulas de los perros sin las puertas, la pierna de Dybus sobresaliendo de un montón de escombros en un pasadizo lateral. Cada mirada a las fotografías hacía que la mano le doliera más. Pero mejor, mucho mejor. Tenía que repasar la excursión del día anterior minuto a minuto; analizar cada gesto y cada frase dicha por sus compañeros.

Se sentó y se puso a escribir todo lo que había ocurrido el día anterior.

Tras dos horas de trabajo había rellenado varias páginas, pero solo había marcado en rojo un par de cosas. Las anotó en una hoja aparte:

LW asustado y tenso desde el principio. Primera vez que sucedía algo así.

BS mira el reloj y se intranquiliza por la hora que es justo antes de que se escuche el sonido de las jaulas abriéndose. Después insiste en regresar.

LW menciona que Szyller deber ser preparado como un cordero, no como un cochinito, porque el cochinito no es kosher. Usa la palabra *tref*. Conoce las costumbres judías. Ya lo demostró anteriormente en casa de Szyller y en la catedral.

Ni LW ni BS quieren explorar las cuevas, hacen lo que se les ordena.

LW y BS dejan pasar a los demás justo antes del encuentro con los perros.

BS insiste en salir cuanto antes de la «habitación de Szyller».

LW también miraba sin parar el reloj.

LW no advirtió el momento en que Dybus se alejó, cuando lo hizo reaccionó de manera muy brusca, casi histérica.

BS encontró sin problemas el camino de salida en el laberinto.

LW quiso decir algo mientras evacuábamos a Dybus, confesarme algo importante. También advirtió de inmediato que habíamos girado en dirección errónea.

BS reconoció en el hospital que Dybus no tenía que ser una de las víctimas, se comportó de manera muy extraña.

Golpeteó con el rotulador rojo sobre la hoja y se quedó pensando. Todo aquello eran pruebas circunstanciales muy débiles, quizá ni siquiera eran pruebas sino punzadas de intuición. Pero la intuición raramente lo había defraudado. Recordó aquella gélida mañana de dos semanas atrás, sus resbalones sobre el empedrado de la plaza Mayor, cómo tuvo que abrirse paso entre los arbustos hasta el cuerpo de Ela Budnik. ¿Quién estaba allí esperándole? La fiscal Barbara Sobieraj y el inspector Leon Wilczur. ¿Casualidad? Quizá sí.

Hacía mucho que el viejo policía podía haberse jubilado, bien se lo merecía, o haber pedido el traslado a otra comisaría, haber ascendido. Pero

había decidido quedarse en aquella ciudad de mierda. Bonita, sí, pero una mierda de ciudad. Sobre todo para un policía. Szacki leía a diario en el periódico *Eco* la crónica criminal local: allí el robo de un móvil en un colegio era un suceso. A pesar de ello, Wilczur se había quedado. ¿Casualidad? Quizá sí.

Ambos se habían apresurado a contarle lo que sabían acerca de la ciudad, sus habitantes y las relaciones entre ellos. A decir verdad, todo lo que sabía le había llegado a través de ellos. ¿Casualidad? Quizá sí.

Los dos se habían paseado por los lugares de los crímenes, dejando allí sus huellas y logrando así una explicación por si aparecía un pelo o una huella dactilar. ¿Casualidad? Quizá sí.

Ambos eran de Sandomierz, conocían la ciudad a la perfección, sus secretos grandes y pequeños. ¿Casualidad? Quizá sí.

A lo mejor debería dejar de verlos como personas separadas. ¿Y si había algo más que los unía, aparte de esa investigación? ¿De qué no podían hablarle? ¿Qué ocultarían? Después de todo, como había dicho el padre de Sobieraj, un viejo fiscal de provincias, todo el mundo mentía.

Szacki, que estaba empezando a quedarse dormido, se espabiló de golpe. El padre de Sobieraj había dicho algo más. Cuando le contó la investigación del asesinato de Zrębin, mencionó que él y el capitán de la policía habían dudado si jugárselo todo a una carta. ¿Sería eso? La edad encajaba, el viejo Szott y Wilczur pudieron haber trabajado juntos treinta años atrás. ¿Y si Wilczur había tomado parte en la resolución de uno de los crímenes más famosos de la época comunista? Eso también explicaría su alta graduación, porque no resultaba nada frecuente encontrar a un inspector en el departamento de criminalística de una ciudad de provincias.

Szacki se levantó, entreabrió la ventana del despacho y sintió un escalofrío al dejar entrar una nube de aire que probablemente se hubiera perdido en febrero en aquella zona y hasta entonces no había encontrado el camino de vuelta.

Incluso... Incluso suponiendo que Wilczur y el padre de Sobieraj hubieran trabajado juntos en el caso de Połaniec. Incluso suponiendo que, como resultado de ello, ambos compartieran un suceso trágico del pasado que no podían olvidar, que estaban unidos por un asesinato, la muerte de una embarazada y un perjurio. Suponiendo que tuvieran que sacarse una espina y que Sobieraj estuviera sustituyendo a su padre para llevar a cabo un

enrevesado plan, una venganza o lo que demonios fuera aquello. En tal caso...

¿En tal caso qué?

Nada.

¿Qué sentido tenía asesinar a unas personas que no podían tener nada en común con aquellos acontecimientos del pasado porque eran demasiado jóvenes?

¿Qué sentido tenía asesinar a causa de un triángulo amoroso? El marido, la mujer y el tercero. ¿O es que había un cuarto o una cuarta? ¿No resultaba demasiado exagerado, incluso para una provincia tan erotizada como esa?

Y sobre todo: ¿qué sentido tenía estilizarlo como si se tratara de una leyenda judía? Sí, claro, provocar la histeria de los medios de comunicación siempre ayuda, pero ¿valía la pena tomarse tantas molestias? Los barriles, las cuevas, los perros; completamente absurdo.

Klejnocki les había explicado que no tenía por qué ser necesariamente una cortina de humo ni la obra de un demente. Podía ser un acto premeditado que de alguna retorcida forma justificaba los crímenes, los explicaba, aportaba una motivación para cometerlos.

Una motivación. Un móvil. No tenía ni siquiera la sombra de un móvil, ninguna sospecha, ningún hilo del que tirar hasta llegar a la respuesta de la pregunta: ¿por qué? Si pudiera dar algún paso en esa dirección, responder a la otra cuestión —¿quién?— sería ya solo una formalidad.

Suspiró. Abrió más la ventana, echó en una maceta el bourbon que le quedaba en la taza y fue a preparar un café bien cargado. Se acercaba la medianoche y su organismo exigía que se le pagara lo que se le adeudaba. Sin embargo, Szacki tenía intención de seguir repasando los documentos hasta encontrar el móvil.

## 7.

Roman Myszyński ya conocía perfectamente ese móvil, solo que contactar con el fiscal de momento se encontraba muy lejos en su lista de prioridades. La encargada jefe de la delegación del Instituto de la Memoria Nacional en Kielce, en contra de las arrogantes apariencias, no había resultado tan inaccesible y Myszyński, en lugar de estar familiarizándose con la escritura de la joven, estaba con ella en un piso de Kielce familiarizándose con sus curvas, encantadoramente envueltas en un magnífico sujetador rojo de la marca Chantelle.

Lástima, porque si hubiera dedicado unos minutos a telefonar a Teodor Szacki y a contarle cómo en parte por el odio, en parte por las mentiras y en parte por la casualidad se había producido la matanza de una familia judía en Sandomierz en 1947, le habría ahorrado una noche en blanco al fiscal, ya de por sí horriblemente maltratado por la vida.

Aunque, por otro lado, eso habría privado a otra persona de una noche tranquila, así que quizá hubiera algo de justicia en todo aquello.

---

## **Capítulo décimo**

*Viernes, 24 de abril de 2009*

Israel celebra el día de la independencia y disuelve una manifestación palestina contra el «muro de seguridad»; Armenia recuerda el genocidio de los armenios en Turquía; y la Iglesia católica conmemora el día de Santa Doda. Según las encuestas, el cincuenta y tres por ciento de los polacos no confía en el primer ministro y el sesenta y siete por ciento no lo hace en el presidente. Janusz Palikot compara al presidente de Ley y Justicia con Hitler y Stalin. El Instituto de la Memoria Nacional reconoce su error y retira su petición de cambiar el nombre a la calle Bruno Jasien´ski de Klimontów; anteriormente había calificado al poeta como propagador del estalinismo, y su tortura y muerte como el resultado de las luchas internas en el partido comunista. El Wisła de Cracovia arrolla al Górnik de Zabrze por tres a uno en el partido que da inicio a la jornada número veinticinco. Robert Kubica realiza un buen papel en los entrenamientos del gran premio de Baréin de fórmula uno. En el estadio de Silesia es presentada una mascota —un puercoespín— con la esperanza de que se celebre allí algún partido de la Eurocopa 2012. En Sandomierz se registra un acto criminal consistente en el robo de un teléfono móvil de los pantalones de un adolescente de dieciséis años, que habían sido olvidados en el gimnasio del instituto. El tiempo, sin cambios, quizá un poquitín más fresco.

# 1.

Lo tenían atado como a un perro y también lo trataban como a un perro. Le daban patadas, lo arrastraban, le insultaban de la peor manera. Al final lo metieron en una jaula. Estaba hecha con barras de armadura y resultaba demasiado estrecha para él, tuvo que torcer el cuello de una forma inverosímil y dolorosa para poder entrar en ella, pero aun así no se podía cerrar y alguien empezó a dar porrazos a la portezuela para introducirlo a la fuerza. La portezuela le golpeó la mano, que había quedado fuera, ocasionándole un dolor terrible. Consiguió meterla, pero seguían aporreando la reja y el ruido monótono llenaba su cráneo. No sabía qué estaba ocurriendo, quiénes eran ni qué querían de él. Solo cuando alguien abrió una lata de Pedigree Pal y vio dentro la cara de Szyller, comprendió que se trataba de un sueño y se despertó de sopetón.

Por desgracia el dolor de la mano no había desaparecido y tampoco el dolor del cuello, producido por haber dormido toda la noche con la cabeza sobre las actas. Tampoco habían desaparecido los porrazos, aunque sonaban con menos fuerza y se habían convertido en un insistente golpeteo de nudillos contra la puerta. Quejándose y gimiendo, se levantó a duras penas de la silla giratoria. Al otro lado de la puerta esperaba Roman Myszyński, pálido y soñoliento, aunque evidentemente satisfecho.

—Me he pasado toda la noche en el archivo —dijo con una extraña sonrisa y agitando un fajo de fotocopias.

—Entonces seguro que le apetece un café —farfulló a modo de respuesta Szacki, después de conseguir separar un labio del otro, y a continuación se marchó a la cocina para asearse.

Quince minutos después estaba escuchando la increíble historia que su agente de asuntos archivísticos le estaba relatando con gran entusiasmo.

—El invierno del año 46 había llegado con anticipación, porque a finales de noviembre ya había congelado y cubierto de nieve unas tierras en las que hasta poco antes aún humeaban las ruinas. La gente, angustiada, miraba a los

ojos asustados de sus vecinos, las despensas estaban vacías y en el futuro únicamente había dolor, hambre, enfermedades y humillaciones.

—Haga el favor, señor Myszyński.

—Yo solo quería crear el ambiente propicio.

—Pues lo ha conseguido. Menos barroco, se lo ruego.

—Vale. En cualquier caso, el invierno era crudo, el país estaba destrozado tras la guerra, no había medicinas, ni comida, ni varones, pero en cambio ya había comunistas, un nuevo orden y pobreza. Incluso en Sandomierz, que por algún milagro no había sido convertida en un montón de escombros por ninguno de los contendientes. Hay una historia sobre cierto teniente coronel llamado Skopenko que se detuvo con el ejército soviético en la otra orilla del Vístula...

—... y le gustó tanto la ciudad que evitó su destrucción gracias a sus conocimientos estratégicos y a su amor por la arquitectura bella —le interrumpió Szacki pensando que, si Myszyński no eliminaba las digresiones de su pantanosa narración, aquel sería el viernes más largo de su vida—. La conozco, todos aquí la conocen. También he oído otra versión según la cual el teniente coronel tenía tal resaca que no permitió utilizar la artillería. Se lo ruego, señor Myszyński.

El joven le dedicó una mirada de tristeza: en los ojos de aquel amante de las buenas anécdotas, herido por el comentario, se dibujó un reproche que habría conmovido al corazón más duro. Pero el fiscal se limitó a señalar elocuentemente la lucecita roja que parpadeaba en el dictáfono.

—Un invierno severo, la población diezmada, hambre, pobreza. Por supuesto, muchas viviendas vacías allí donde había estado el barrio judío, y por supuesto los mejores pisos y casas estaban ocupados por polacos. Pero no todos, según he podido establecer: una parte de los judíos ortodoxos regresaron tras la guerra, aunque no fueron recibidos con flores precisamente, aquí nadie los esperaba. Sus inmuebles habían sido repartidos, igual que los bienes que habían dejado para que se los guardaran. Cada judío constituía un remordimiento de conciencia para los polacos, un recordatorio de que quizá no todos se habían comportado como debían durante la guerra. No sé si habrá leído usted los relatos de Kornel Filipowicz, él describe muy bien el dilema de que, incluso a quienes habían hecho mucho, siempre les parecía que había sido demasiado poco, siempre aparecían los remordimientos. Y quienes no habían hecho absolutamente nada, quienes habían observado el Holocausto

con pasividad o de un modo aún peor, por supuesto hoy nos resulta difícil imaginarlo...

—¡Señor Myszyński!

—Sí, por supuesto. Bueno, pues muy pocos judíos regresaron a las ruinas humeantes y tuvieron que escuchar las historias acerca de los rollos de la Torá usados como forro de las cañas de las botas o sobre cómo los cadáveres de los judíos fusilados por los alemanes habían sido desenterrados por gente que buscaba dólares y dientes de oro. Circulaban rumores sobre los «soldados malditos», en especial sobre los de las Fuerzas Armadas Nacionales, que al parecer perseguían a los judíos supervivientes. Algunos eran ciertos, he visto los documentos de los procesos. Una época extraña y oscura... —Myszyński hizo una pausa—. Algunos polacos fueron capaces de asesinar a familias judías enteras, mientras que otros estuvieron dispuestos a arriesgar sus vidas para seguir ocultando a los judíos, perseguidos ahora por los partisanos anticomunistas. Ambos casos se dieron en Klimontów. Ya, sí, que no me enrolle. De cualquier modo, los judíos no tenían nada que buscar en pueblos como Klimontów o Połaniec. Sandomierz, en cambio, era una ciudad; los que no tuvieron ganas de emigrar a Łódź vinieron aquí y procuraron por todos los medios organizarse la vida.

—Pero eso fue justo después de la guerra. Y usted me iba a hablar del invierno del 46 y 47.

—Así es. En otoño había llegado una familia judía. No procedía de aquí, nadie los había visto antes en Sandomierz. El padre era médico, se llamaba Wajsbrot, Chaim Wajsbrot. Con él estaban una mujer embarazada y un niño de dos o tres años. Por lo que pude comprender, les ayudó el hecho de no ser de aquí. No volvían a buscar sus viejos trastos, no era preciso mirarlos a los ojos como si se tratara de antiguos vecinos y justificarse porque de repente se tuviera un aparador nuevo en la cocina. Eran simplemente víctimas de la guerra. Tranquilos, no se metían con nadie, no reclamaban nada y encima el hombre ayudaba cuando era necesario. Antes de la guerra también había habido un médico judío en Sandomierz, llamado Weiss, apreciado por todos, así que a la gente no le costó apreciar también a este.

—Deje que lo adivine: la casa de la calle Zamkowa era suya.

—La casa de la calle Zamkowa no es de nadie, pertenece al ayuntamiento, pero en su momento fue propiedad precisamente del doctor Weiss y al parecer las circunstancias hicieron que Wajsbrot y su familia se instalaran

allí. Pero eso ya es un rumor local, no hay ningún documento que lo confirme.

—¿Y por qué está vacía?

—Oficialmente, por cuestiones de propiedad; extraoficialmente, porque el lugar está embrujado.

—¿Embrujado?

—Sí, que da miedo.

—¿Por qué?

—Ahora voy con eso.

Szacki asintió. Sabía que se trataba de otra historia más sin final feliz y la escuchó a desgana, aunque no perdía la esperanza de enterarse de algo gracias a ella.

—El invierno avanzaba, la gente intentaba sobrevivir, Wajsbrod curaba, a su mujer le crecía la barriga. El doctor ayudaba de buena gana sobre todo a los niños; la gente decía que sabía tratarlos bien, preferían acudir a él antes que a un médico polaco. Más aún cuando resultó que el doctor judío tenía algo que otros no tenían.

—¿Qué?

—Penicilina.

—¿Cómo es que un médico judío disponía de penicilina?

—No tengo ni idea y creo que entonces tampoco lo sabía nadie, porque la penicilina era americana. ¿La había traído consigo? ¿Se la conseguía alguien de contrabando? ¿Tenía algún extraño contacto en el mercado negro? No lo sé, todo cabe dentro de lo posible. Pero cuando le curó la tisis a un par de niños, la noticia se extendió por los alrededores. ¿Puedo ir a por una Coca-Cola?

—¿Perdón?

—Voy a por una Coca-Cola. Al quiosco. Ahora vuelvo.

—Ah, sí. Por supuesto.

Myszyński salió escopetado y Szacki se levantó para hacer unos cuantos ejercicios de estiramiento; le dolían todos y cada uno de los músculos, sin exagerar. Hacía frío; empezó a mover enérgicamente los brazos para entrar en calor. Difícil decir si era por culpa de aquella sospechosa primavera o si se había contagiado del clima del relato. Un crudo invierno, la nieve acumulada entre las ruinas de las casas del barrio judío, la apatía y el abandono de la posguerra. La débil luz de una vela o de una lámpara de gasolina brilla en la

ventana de la mansión amurallada de la calle Zamkowa. Lo de mansión resultaba exagerado, ya entonces debía de estar en ruinas, igual que en la actualidad, si no, no habrían dejado que se instalaran allí unos forasteros. Seguramente el doctor y su esposa arreglarían una habitación de la planta baja para vivir en ella, quizá dos, aunque sin ningún tipo de lujos. Pero el ruinoso edificio sigue en pie, hay una luz amarilla en una ventana. Una mujer con su hijo de la mano llama a la puerta. Hay luna llena, la larga sombra de la mujer cae sobre la nieve plateada; tras ella las oscuras siluetas del castillo y la catedral ocultan las estrellas. Pasa un largo momento antes de que la mujer embarazada, de negros rizos, abra la puerta y deje entrar a la inquieta madre. Adelante, adelante, mi marido la espera. ¿Sería así como pasaba? ¿O se estaba dejando llevar por la imaginación?

Roman volvió jadeante y ruborizado, con cinco latas de Coca-Cola. Szacki no dijo nada.

—Bien, entonces la noticia de la penicilina se había extendido por los alrededores —dijo el fiscal conectando el dictáfono—. Y supongo que no llegó solo a oídos de las preocupadas madres, ¿verdad?

—En efecto. Unos «malditos» fueron a hablar con Wajsbrod...

—A ver si lo adivino: ¿del Ejército Polaco Clandestino?

—Exacto, del KWP. Fueron y le exigieron que contribuyera a la causa de la lucha contra el ocupante comunista, una contribución en forma de antibióticos. Wajsbrod quiso echarlos de su casa y ellos le pegaron una paliza tremenda, al parecer los vecinos salvaron de milagro a su doctor. Los otros amenazaron con volver y matarlo.

—¿Cómo sabemos todo eso?

—Por las explicaciones que aportó Wajsbrod en el proceso que se celebró contra él por espionaje.

Szacki hizo un gesto de extrañeza, pero no comentó nada.

—A ese proceso debemos la mayoría de las informaciones que tenemos. Se inició porque el comandante de los partisanos no quiso olvidar la ofensa que había supuesto la negativa del doctor.

—¿Volvió y mató a alguien?

—Lo denunció. Cosa que a su vez sabemos por el juicio contra sus compañeros. Increíble, ¿verdad? Al comandante la negativa de un judío le sacó de sus casillas a tal extremo que decidió entregarlo a sus odiados comunistas, lo cual dice mucho de la escalada de odio en Polonia; me

pregunto qué lugar habrían ocupado los maricones en todo aquello.

—Señor Myszyński...

—Vale, vale. No fue muy difícil, bastó con mencionar la penicilina americana y en un plisplás la policía secreta encerró a Wajsbrot. En esta ocasión los vecinos de Sandomierz no pudieron hacer otra cosa más que observar cómo se lo llevaban. Empezaba la primavera, se acercaban ya la Semana Santa y la fiesta de la Pésaj, se acercaba el día en que la señora Wajsbrot salía de cuentas.

Szacki cerró los ojos. Por favor, eso no, pensó.

—El doctor estaba en la cárcel, que al parecer se encontraba en algún lugar del terreno que ahora ocupa el seminario, no sé si será verdad. La mujer no sabía de medicina, no tenía penicilina y además normalmente se había mantenido en un segundo plano, por lo que no había hecho amistad con nadie en la ciudad. Pero aun así la gente la ayudó, no permitió que muriera de hambre.

—¿Y qué ocurrió?

—Como ya le he dicho, se acercaba el día del parto. La esposa de Wajsbrot era, según se decía, de constitución frágil. El doctor se estaba volviendo loco, sabía que no le iban a dejar salir, pero rogaba que la dejaran a ella entrar en el penal unos días para que él pudiera asistirle en el parto. He leído los informes, son estremecedores. Unas veces lo admitía todo y otras lo negaba todo, hacía lo que fuera con tal de que el interrogador se apiadara. Dio montones de nombres inventados, prometió llevarlos hasta una banda internacional de contactos imperialistas si le permitían ir. Pero no lo hicieron. De todas formas, a juzgar por los nombres de quienes lo interrogaron, parece que fueron hermanos suyos de fe los que no se lo permitieron.

—¿Y la señora Wajsbrot murió?

Myszyński abrió una lata y se la bebió del tirón, y luego otra más. A Szacki le entraron ganas de preguntarle por qué no había comprado una botella de dos litros, pero lo dejó estar. Esperó pacientemente hasta que el joven volvió a centrarse en el tema.

—Sí, aunque no tenía por qué haber muerto. A los vecinos les gustaba el buen doctor, así que llevaron a la mejor comadrona para que la asistiera en el parto. La mala suerte quiso que la comadrona llegara acompañada de su hija y que fuera supersticiosa. Las dos, en realidad, la madre y la hija. El resto es fácil de imaginar. Entró en la casa y lo primero que vio fue un barril de

pepinillos que había junto a la puerta de la bodega y por supuesto pensó que aquello no era un parto sino una trampa, que los judíos estaban al acecho para raptar a su preciosa hijita y sacarle sangre para hacer matzá y lavar los ojos del recién nacido, pues de ese modo se evitaba que se quedara ciego. Así que cogieron y se marcharon.

—Pero si en la casa no había nadie.

—Tampoco hay espíritus y sin embargo la gente les tiene miedo. Se largó. Vino otra partera, pero no tan preparada como la anterior y el parto resultó ser complicado. La señora Wajsbrod se pasó la noche gritando y al amanecer murió junto con su bebé. Cuentan que aún hoy en día se pueden oír en la calle Zamkowa los gritos de ella y el llanto del pequeño. Al día siguiente el señor Wajsbrod se ahorcó en su celda.

Myszyński hizo un alto y colocó los papeles que había frente a él en una hermosa pila. Luego abrió una nueva lata. Szacki se levantó y se apoyó en el antepecho de la ventana. Se quedó mirando las casas de Sandomierz, los tejados del casco viejo que se dibujaban en la lejanía. Había estado en la mansión de la calle Zamkowa, había estado en el Seminario Menor, donde la policía secreta comunista torturaba a los detenidos. Cadáveres por todas partes, espíritus por todas partes. ¿Cuántos lugares como aquellos había visitado en su vida? ¿Cuántos sitios marcados por la muerte?

Myszyński carraspeó. Teóricamente Szacki tendría que estar deseando escuchar el resto, lo relatado hasta ese momento era solo el trasfondo, Myszyński enseguida encajaría a los protagonistas del drama actual con los protagonistas del drama de posguerra y todo se aclararía. ¿Qué le hacía titubear ahora que iba a conocer la respuesta? Esa información iba a significar la detención de alguien, el final del caso, el éxito de la investigación. Titubeaba porque lo estaba devorando por dentro una inquietud, una especie de resistencia interna. No era capaz de definirla, no era capaz de nombrarla. En breve todo se pondría en su sitio; las piezas del puzle cuadrarían por fin unas con otras, todas las pistas más o menos importantes quedarían explicadas. Pero a pesar de ello, aunque aún no conociera los detalles, lo devoraba esa extraña sensación de falsedad que a menudo experimentan los espectadores en el cine o el teatro. El guion parece bien escrito, la dirección parece buena, las actuaciones son correctas, pero uno nota que es solo teatro. En lugar de personajes ve actores, espectadores y la lámpara sobre la sala de butacas.

—¿Jerzy Szyller? —preguntó finalmente.

—Su padre era el comandante del destacamento del KWP; él fue quien delató a Wajsbrod y lo acusó de espionaje. Curioso individuo. Antes de la guerra vivió en Alemania y creó con algunos más la Unión de Polacos. Cuando estalló la guerra vino aquí a luchar e incluso inscribió su nombre con caracteres de oro en la historia de la resistencia; tenía en su haber muchas acciones de sabotaje, algunas muy espectaculares. Pero después se dio cuenta de que a los comunistas los odiaba aún más que a los alemanes y siguió combatiendo tras la guerra. Mientras duró el estalinismo no lo atraparon y luego dejó de ser un enemigo público, a pesar de lo cual se marchó a Alemania y murió en los años ochenta. Su hijo Jerzy nació en Alemania.

—¿Grzegorz Budnik?

—Su padre estaba al frente de la policía secreta en la prisión.

—¿Fue el que no permitió al doctor ayudar a parir a su mujer?

—Tenía más cosas sobre su conciencia, pero sí, fue él. El padre de Budnik vivió hasta una edad muy avanzada, falleció de muerte natural en los años noventa.

—¿Y Ela Budnik? ¿Qué la relacionaba con aquellos acontecimientos?

—Reconozco que durante mucho tiempo pensé que nada, supuse que la unía simplemente el hecho de ser la esposa de Grzegorz y que por eso la mataron. Pensé que si alguien estaba tan perturbado como para perseguir a los hijos de los culpables de una tragedia ocurrida hace setenta años, entonces estaría lo bastante colgado como para atacar también a sus familiares.

Szacki asintió; el razonamiento tenía sentido.

—Pero por si acaso quise comprobar todas las pistas. Por suerte conocí a una archivera muy competente —Myszyński se ruborizó ligeramente—. Hizo un par de trucos de magia en las bases de datos y, ¿qué descubrió? Pues que cuando la señora Budnik vino desde Cracovia aún llevaba su apellido de soltera, Szuszkiewicz, pero había nacido en Sandomierz en 1963. A su vez, su madre procedía de Zawichost y había nacido en 1936.

—Es decir, que cuando los Wajsbrod murieron ella contaba once años —dijo Szacki, y las piezas del rompecabezas se colocaron en su sitio—. Una niña que había crecido en un *shtetl* judío como Zawichost, donde pertenecía a la minoría polaca y donde escucharía todo tipo de cuentos. Esa niña pudo asustarse mucho al ver un terrorífico barril en una casa judía en ruinas.

Myszyński no comentó nada, el asunto estaba claro. A Szacki solo le

quedaba una cosa por saber. Una única cosa. Y de nuevo algo lo agarró por el cuello, como si no quisiera hacer esa última pregunta. No tenía sentido, era la primera vez en su vida que experimentaba esa sensación. ¿Cansancio? ¿Neurosis? ¿La edad? ¿Carencia de vitaminas? Todo encajaba perfectamente. Tres víctimas años atrás, tres cadáveres ahora. Ojo por ojo, vida por vida. El hijo del partisano que había denunciado al doctor. El hijo del policía secreto que no le había permitido asistir a su esposa en el parto y dejó que se suicidara. La hija de la niña que por creer en la leyenda de la sangre había condenado a muerte a la parturienta. Sí, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué tan tarde, cuando podía haber atrapado mucho antes a las personas verdaderamente responsables? No se podía castigar a los hijos por los pecados de sus padres. ¿Había sido un acto deliberado? ¿O quizá el asesino se había enterado muy tarde de la verdad? Esa era la última cosa de la que debía enterarse. La pregunta se le estaba formando en la boca, pero no quería abrirse paso entre los dientes. Por los clavos de Cristo, Teodor, se gritó mentalmente, tienes que enterarte de quién es, aunque la solución no te guste ni un pelo. Eres un funcionario de la República de Polonia en servicio y dentro de un momento vas a conocer la verdad. Todo lo demás no importa.

—¿Qué suerte corrió el otro hijo de los Wajsbrod? —preguntó con frialdad.

—Oficialmente no existe. Pero es cierto que hay una persona cuya edad se correspondería con la de ese niño. Di con él un poco por casualidad, porque estuvo rebuscando en los archivos del instituto y su nombre quedó registrado. Se crio en un orfanato de Kielce, pero no hay ni rastro de él ni de sus padres en ningún documento anterior a su aparición en esa institución, lo he comprobado bien. Esta persona tiene un apellido polaco, familia, una hija. Además trabaja en el mismo campo que usted, es decir, para las fuerzas de la ley.

## 2.

Todo ha sido llevado a cabo, ya no queda nada más por hacer, aparte de empezar una nueva vida. ¿Cómo será esa vida? ¿Cuánto durará? ¿Qué traerá? ¿Será posible sustituir el vacío actual por amor y amistad? En algún lugar, alguna vez. Se echa a reír. Amor y amistad, esa sí que es buena. De repente siente un profundo dolor por la juventud perdida y por el amor perdido. Aunque, «como consuelo», piensa que no existen ni la verdadera juventud ni el verdadero amor... Tras todos esos actos oscuros no hay ninguna posibilidad de iluminar su alma. Pero no importa. Vacío y oscuridad son un precio muy pequeño a cambio de la paz, a cambio de no sentir ya por fin ese asfixiante odio. Se estremece al escuchar que alguien llama a la puerta. Resulta extraño, no esperaba a nadie.

### 3.

—Se equivoca usted, señor fiscal.

Teodor Szacki callaba. Él no tenía gran cosa que hacer allí, era un trabajo puramente policial. Es cierto que el Mariscal tartamudeó y pidió perdón con la mirada, pero cumplió con todas las formalidades previstas por la ley. Se presentó, informó de los fundamentos legales y del asunto por el que se lo detenía, pidió la documentación al detenido, lo cacheó, le quitó el arma, lo esposó y le recordó que tenía derecho a pedir un abogado y a guardar silencio.

El inspector Leon Wilczur se sometió a los trámites con tranquilidad y sin hablar: después de todo, los conocía a la perfección desde el otro lado. No parecía sorprendido, no se resistió, no discutió, no intentó huir.

—Se equivoca usted, señor fiscal —repitió con énfasis.

¿Qué podía decir Szacki? Le dolían todos los músculos, la mano mordisqueada y ahora además el cuello; estaba cansado de la hostia. Miró a desgana al viejo policía. Sin chaqueta, solo con una camisa desabrochada, unos pantalones y unos calcetines, su aspecto era aún más penoso que de costumbre. Un vejete pasando frente al televisor el día de baja médica, en un apartamento descuidado lleno de trastos polvorientos. Se obligó a levantar la vista y chocar con la mirada de ojos secos y ligeramente amarillentos de Wilczur. Siempre había pensado que tras ellos se ocultaba aversión hacia el mundo, simple amargura y la típica frustración de los polacos. Pero ¿odio? Dios mío, cuánto esfuerzo hay que poner en salvaguardar el odio durante tanto tiempo para llevar a cabo tres asesinatos en nombre de una vendetta por unos sucesos ocurridos setenta años antes. Cuánto trabajo para evitar que ese odio se apagara, menguara su intensidad; para no perderlo de vista ni por un momento.

Los expertos no lo confirmarían (malo sería que lo hicieran), pero para él Wilczur era un loco. Había visto todo tipo de crímenes y de criminales. Lloricas, provocadores, agresivos, arrepentidos. Pero ¿aquello? Aquello iba

más allá de cualquier escala. ¿Qué sentido podía tener asesinar a los hijos y nietos de los autores de unos crímenes tan antiguos, incluso si lo que hicieron fue terrible y doloroso? Ningún código del mundo prevé la responsabilidad de los hijos por los pecados de sus padres, algo que en realidad era uno de los cimientos de la civilización, el límite entre la raza de los animales pensantes y la de los que se dejan llevar por los instintos.

—«No se matará a los padres por la culpa de sus hijos, ni se matará a los hijos por la culpa de sus padres. Cada cual morirá por su propio pecado» —el fiscal estaba citando una frase del Deuteronomio.

Wilczur, sin dejar de mirarle ni por un momento, pronunció canturreando unas palabras incomprensibles con una melodía que a veces sonaba cantarina y a veces ronca, impregnada de la melancolía del blues. Debía de tratarse de yidis o de hebreo. Szacki alzó una ceja como preguntando qué decía.

—«Porque Yo soy el Señor, tu Dios, un Dios celoso, que castiga la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.» Es el mismo libro, pero unos capítulos antes. Sabe usted perfectamente, fiscal, que en la Biblia se encuentran citas para todo. Pero eso no importa. Lo importante es que está cometiendo un error y que ese error puede tener consecuencias terribles.

—Podría decirle, inspector, cuántas veces he escuchado esa misma frase de boca de un detenido, pero ¿para qué? Usted también la ha escuchado a menudo y sabe mejor que yo cuánto de verdad hay en ella.

—A veces un poco.

—Cuando se trata de la verdad, un poco es igual a nada.

Con un gesto de la cabeza ordenó al Mariscal que se llevara a Wilczur.

—Mañana nos encontraremos en el interrogatorio; hasta entonces piense bien si realmente quiere dificultar el procedimiento. Esos crímenes, esa estilización, esa escenificación enfermiza, esa venganza loca. Al menos responda por ello con clase.

Wilczur pasó en ese momento junto a él. Su rostro se cruzó con el de Szacki a pocos centímetros y este pudo ver claramente la curvatura de los globos oculares; los poros de su tez, atravesada por gruesas arrugas; una capa amarilla en el bigote provocada por el humo de los cigarrillos; los afilados pelillos en los orificios de su prominente nariz.

—Nunca le he caído bien, ¿verdad, fiscal? —dijo con voz chirriante el policía, con una inesperada aflicción y echando su aliento ácido en la cara de

Szacki—. Y yo sé por qué.

Esas fueron las últimas palabras dichas por el inspector Leon Wilczur en relación con el caso por el que lo acababan de detener bajo la acusación de ser el autor de un triple asesinato.

## 4.

No volvió a la fiscalía. Mantuvo dos breves conversaciones telefónicas con Miszczyk y Sobieraj. No quería encontrarse con ellas, no quería explicar ni aclarar nada, no quería reaccionar a exclamaciones exageradas tipo «¿qué?!», «¿cómo?!», «Diosmío es imposible». Lo más importante —es decir, el resultado de las pesquisas de Roman Myszyński— ya lo tenían sobre sus escritorios y con eso bastaba para ordenar el ingreso en prisión, de lo cual se ocuparía más tarde Sobieraj. A los medios les iban a enviar una lacónica nota informando de la detención de un sospechoso. El resto en realidad dependía de Wilczur. Si confesaba, en tres meses estaría preparado el auto de acusación, pero si se ponía cabezón, entonces a alguien le esperaba un largo y aburrido juicio de pruebas circunstanciales. Probablemente no a él, por la sana costumbre de que los casos que afectaban a policías y demás funcionarios los llevara un fiscal diferente al que había realizado la investigación. Sin embargo, Teodor Szacki tenía la esperanza de que esta vez se pudiera llevar el caso allí mismo, o bien convencer a la gente de la Fiscalía Regional de Kielce para que se lo dieran a él en otro lugar. Deseaba ser él quien escribiera el auto de acusación y quien lo defendiera ante el tribunal. No imaginaba que pudiera ocurrir de otra forma.

En cualquier caso, no era preciso que se ocupara de ello en ese momento, lo que quería era descansar. No recordaba la última vez que se había sentido tan tremendamente cansado, tan horriblemente cansado. A tal extremo que el solo hecho de caminar le exigía un gran esfuerzo. Cuando llegó a la Puerta de Opatów, frente al edificio del seminario, en el que muchos años antes se había ahorcado Chaim Wajsbrot y junto al que quizá estuvo el pequeño Leon Wilczur intentando ver a su padre, Szacki no aguantó más y se sentó junto a un borracho que estaba en un pequeño banco. Solo por un momento. Le pareció reconocer al borracho, durante unos instantes buscó en su memoria. Sí, claro, fue el tipo que habló con Wilczur aquella noche, cuando salían juntos del bar Ratuszowy; quería buscar a un amigo que se había perdido.

Pensó en preguntarle si lo había encontrado, pero lo dejó estar. Cerró los ojos y volvió la cara hacia el sol; aunque no diera calor a lo mejor lo bronceaba un poco. No dejaba de darle vueltas a su imagen en televisión, se había visto tan pálido y flacucho que parecía un gusano.

Se sintió extraño. Cerrar un caso y atrapar al criminal siempre venía acompañado de cierto vacío, una depresión postinvestigación, un síndrome de abstinencia. Pero esta vez se trataba de algo diferente. El vacío se había llenado rápidamente de inquietud, la conocida inquietud de sus neuronas cuando le querían señalar un error, un descuido, un dato pasado por alto.

No tenía ni idea de qué se trataba y no quería ponerse a pensar en ello. No en ese momento. En ese momento lo que hizo fue levantarse del banco y dirigirse calle Sokolnicki arriba hasta la plaza Mayor. Pasó junto al bar de las empanadillas, dejó atrás el restaurante chino, en el que nunca se había atrevido a entrar, y se paró junto a la cafetería Mała, preguntándose si un café con crema y azúcar en polvo encima era lo que necesitaba. Pero no, no quería café, no quería espabilarse; quería una ducha y una cama.

Llegó a la plaza Mayor cuando el reloj del ayuntamiento empezaba sus cabriolas para dar las dos de la tarde. Se detuvo un momento observando cómo estaba cambiando la ciudad, cómo se preparaba para la temporada de turismo, que empezaría, como en todas partes, el largo fin de semana del Primero de Mayo, que caía en viernes. Aún no conocía ese aspecto de Sandomierz. Había llegado a la ciudad a finales de año, cuando todo permanecía cerrado, no quedaba ni rastro del dorado otoño polaco y el empedrado del casco viejo siempre estaba mojado, o nevado, o lleno de barro. Ahora la ciudad parecía un enfermo que despierta del coma, que no se levanta de inmediato para echarse a correr, sino que comprueba cuidadosamente qué puede y qué no puede hacer. La terraza del restaurante Kordegarda ya estaba dispuesta, la dueña de Mała ponía dos mesas en el exterior de la cafetería y dos camareros del mesón Kasztelanka colocaban unas vallas para preparar su terraza. Más allá, delante del Cocktail Bar alguien limpiaba una sombrilla con el logo de la cerveza Żywiec y frente al Cizemka habían abierto un puesto de helados que hasta entonces había permanecido cerrado a cal y canto. Seguía haciendo frío, pero el sol, que ya estaba muy alto, no tenía la menor intención de darse por vencido y Szacki notó que aquel iba a ser el primer fin de semana de auténtica primavera.

Pero no se dejó tentar por ningún local. Torció en dirección al Vístula y un

rato después se hallaba ya en su piso, por primera vez desde la mañana del miércoles. No le molestó que todo estuviera por ahí tirado ni que en la nevera no hubiera nada. Se quitó el traje y se metió entre las sábanas, que seguían impregnadas del perfume de Klara, dulce y juvenil.

No comprendo por qué coño no siento alivio, pensó.

Y se quedó dormido.

## 5.

Unas horas más tarde lo despertó la llamada telefónica de Basia Sobieraj. Necesitaba verlo enseguida. Vale, dijo él, y fue a darse una ducha, olvidando que en una ciudad pequeña como Sandomierz «enseguida» significaba «ya mismo». Cuando salió del baño, con el agua de su pelo mojado goteando sobre el cuello del albornoz azul marino, Basia ya estaba junto a la puerta con un paquete amorfo en las manos y una extraña expresión en el rostro.

Le dio el paquete.

—Es para ti.

Abrió el papel de estraza; dentro había una toga de fiscal que hacía mucho había dejado de ser negra y cuyo ribete tampoco era ya exactamente rojo.

—Mi padre me ha pedido que te la dé. Dice que ya no puede ni mirarla, que quiere morir viéndome a mí y no ese trozo de trapo con el que se ha disfrazado durante toda su vida. Y que tengo que dártela a ti porque solo tú sabrás hacer buen uso de ella. Porque por lo visto comprendes algo que yo no comprendo; no sé de qué se trata.

Que todo el mundo miente, pensó Szacki.

No dijo nada. Puso a un lado la toga y con el cuello del albornoz se secó un hilillo de agua que bajaba por su mejilla desde sus cabellos blancos. La invitó a entrar con un gesto, preguntándose cuál era la verdadera razón por la que había ido a verlo. ¿Quería hablar del caso? ¿De los asesinatos? ¿De los cadáveres, de las culpas, del odio? Pensó con amargura e ironía que él era la mejor persona para tratar esos temas, que no había nadie mejor en Sandomierz.

No le apetecía decir nada. Se sentó en el sofá y sirvió generosamente Jack Daniel's en dos viejos vasos de cristal fino. Sobieraj se sentó a su lado y se bebió el bourbon de un trago. Él la miró extrañado y le sirvió más. De nuevo se lo bebió de un trago, parpadeó con mucha gracia. Se comportaba como una niña que tiene miedo de decir que ha roto un jarrón, a pesar de que enseguida se iba a descubrir. Se pasó por detrás de la oreja un mechón de pelo y miró a

Szacki sonriendo nerviosa y como pidiendo perdón.

Por compasión, hoy no, pensó él. Estaba realmente cansado de la hostia.

A pesar de ello, se inclinó y besó a su compañera de trabajo, preguntándose si tenía ganas de seguir adelante o no. Ella le gustaba, le gustaba mucho. Cada día que pasaba le gustaba más, pero no diría que entre ambos estuviera surgiendo atracción o deseo, y mucho menos amor. Si tuviera que nombrar lo que él sentía, usaría la palabra «amistad».

Sin embargo, decidió mandar al cuerno los aspectos teóricos. Besándola todo el tiempo la llevó hasta la cama y empezó a desnudarla con enorme delicadeza, pero sistemáticamente.

—Porque si no quieres, ya sabes, dilo, si no me sentiría mal. Nunca he estado en una situación como esta —alzó los brazos para que él pudiera quitarle el fino jersey color carmesí— y no sé muy bien cómo comportarme. Yo es que me moría de ganas de hacerlo contigo, pero si tú no quieres...

—Qué le vamos a hacer, intentaré obligarme —dijo, metiéndole un dedo en el escote lleno de pecas, que parecía uno de esos pasatiempos en los que hay que unir los puntos. Pasó por encima del apretado sujetador, del mismo color que el jersey, y llegó hasta el ombligo.

—¿Eso es un chiste varsoviano? Te lo juro, no sé si seré capaz —dijo ella, pero después sonrió al ver que Szacki miraba con gesto de granuja sus bragas. Que, nota bene, eran un poquito demasiado pequeñas. El borde se le clavaba en el vientre, creando sobre la goma un simpático pliegue.

Clic.

—Anda, ese paquetito que recibiste el miércoles...

—Sí, claro, riéte de mí por querer ponerme para ti algo bonito. Imagínate, en Sandomierz no hay ni diez tiendas que vendan ropa interior de marca. Pero por supuesto no pensé en que durante el invierno había engordado una talla y no es que tenga un aspecto muy estético, lo siento...

Él lanzó una sonora carcajada.

—Quítatelas rápidamente, antes de que te deje marcas.

—Uf, gracias.

Volvieron al besuqueo. Ambos estaban ya desnudos y de repente Sobieraj se sentó en la cama y se tapó avergonzada con el edredón. Szacki la miró con gesto interrogativo.

—Dios, me siento muy extraña, como si tuviera que pedirle permiso a mi marido, para hacerlo todo como es debido.

—Ya —dijo él despacio, esperando a que continuara.

—Nunca he engañado a Jędrek. No es que no quiera, entiéndeme, lo deseo con todas mis ganas, solo que he pensado que deberías saberlo, que no me acuerdo con el primero que se cruza en mi camino. Y que estoy muy nerviosa. Corren rumores sobre ti, está lo de Klara, Tatarska también anda por ahí presumiendo, y eso que ella normalmente es muy severa...

Justo en ese momento, Szacki comprendió lo que significaba vivir en una ciudad pequeña.

—... y yo llevo desde hace quince años con el mismo hombre, pero no lo hacemos casi nunca, y tengo miedo de que mi repertorio sea, ya sabes, más bien para una orquesta de cámara, no para la orquesta sinfónica de Varsovia. Ya sé cómo suena esto, pero no quisiera que me juzgaras demasiado a la ligera, ¿comprendes?

—Woody Allen —dijo él tapando su cuerpo desnudo con el edredón; empezaba a tener frío.

—¿Qué pasa con Woody Allen?

—Esta es una escena digna de una película de Woody Allen: en vez de estar follando, estamos hablando sobre follar.

—Sí, sí, ya lo sé.

—¿Por qué no empezamos poco a poco y ya veremos lo que pasa después, eh?

Empezaron poco a poco y eso a Szacki le gustó mucho más que las pervertidas acrobacias que le habían obligado a hacer las amantes que había tenido en los últimos tiempos. En lugar de realizar todo tipo de esfuerzos, pudo disfrutar lentamente de la cercanía, entretenerse buscando sus propios placeres y los de Basia, que en el sexo resultó ser voluptuosa e inteligente y a la vez encantadora y graciosa en su timidez. Ella intentó diversas cosas con la prudencia de un animalillo, pero luego enseguida tomó velocidad y de la etapa de los gemidos moderados pasó en poco tiempo a la de esconder la cabeza bajo la almohada para no alarmar a toda Sandomierz con sus gritos de increíble placer. Él, todo un caballero, recordó que ella tenía problemas de corazón y se asustó.

—¿Va todo bien?

—¿Estás de broma? Es el mejor polvo de toda mi vida.

—Lo digo por lo de tu corazón.

—Eres un cielo, pero tranquilo, he tomado la medicación. Si el orgasmo no

es excesivamente intenso, creo que podré sobrevivir.

—Jajaja, muy graciosa.

El orgasmo fue bastante intenso y, por fortuna, ambos bandos salieron ilesos. Szacki abrazó a Basia y pensó que, si se convertían en amantes, aquello sería para él una experiencia absolutamente nueva, porque por lo general él había sido el que estaba comprometido con otra persona.

—Aún estoy impresionada —susurró—, no salgo de la etapa de la incredulidad, de veras no me puedo creer que sea verdad.

—Deja que caliente un poco y te vas a enterar.

—No, imbécil, me refiero a lo de Wilczur.

—Ajá.

—He leído lo que encontró tu amigo el de los archivos. Todo encaja a la perfección, no hay ninguna laguna en cuanto a los motivos. Después recordé que había sido el primero en llegar hasta el cadáver de Ela Budnik, que estaba presente cuando encontramos la navaja, que él nos mostró las grabaciones de las cámaras y coordinó los interrogatorios a los testigos, así que pudo dirigirnos como quiso. Sobre todo a ti, que no conoces la ciudad, no conoces a la gente, te creíste cosas que yo seguramente no me habría tragado.

—Si eres tan lista, entonces se le tendría que haber encerrado antes.

—Sabes que no me refiero a eso. Creo que hace mucho que ideó todo el plan, pero que la oportunidad solo se presentó cuando tú apareciste en Sandomierz. Así podía estar seguro de que el caso se lo entregarían a la estrella llegada desde Varsovia. Una estrella, pero forastera.

—El primer día me dijo que me ayudaría, que me explicaría quién es quién de verdad.

—No lo dudo.

Durante un momento permanecieron tumbados en silencio.

—Tantos años manteniendo vivo su odio, es algo terrorífico. Pero cuando leí las actas del caso Wajsbrod...

—¿Sí?

—Toda esa brutalidad en la posguerra, aquí nunca se habla de ello. Cuando algún estudioso o algún periodista «de Varsovia» saca el tema de vez en cuando, aquí esa persona ni siquiera se convierte en el enemigo público número uno, porque simplemente no se habla de ello.

—No sois una excepción, en toda Polonia es igual.

—No puedo dejar de pensar en ello. En todas aquellas personas que

sobrevivieron a los campos de concentración y volvieron a casa sin poder apartar de la mente la imagen de un mar de cadáveres; que conservaban la esperanza de que quizá por un milagro se hubieran salvado su cocina y su baño; que cuando llegaran a casa se prepararían un té, llorarían un poco y de alguna manera conseguirían volver a la vida. Pero resultaba que en su cocina ya había otra persona, que sus vidas no eran importantes para nadie, que un amigo de la escuela había regresado una semana antes y ya lo habían atacado y lo habían colgado de la rama de un abedul. Es decir, yo ya sabía que tales cosas habían ocurrido, pero Wajsbrot le pone un rostro a aquellos sucesos. Puedo verlo mientras golpea con el puño en la pared de su celda en el Nazaret y grita, con su esposa muriendo a unos cientos de metros de allí porque una partera se había asustado de una judía. ¿Crees que es posible que muriera en brazos de Wilczur? Debía de tener entonces cuatro o cinco años.

—Eso no lo justifica.

—No. Pero ayuda a entenderlo.

Sonó el teléfono. Lo cogió y se puso en pie de un salto.

—Claro, claro, voy enseguida, estaré esperando en la parada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Viene mi hija a pasar el fin de semana.

—Estupendo. ¿Vendrás mañana con ella?

—No entiendo.

—Habíamos quedado para hacer una barbacoa, ¿no lo recuerdas?

## 6.

Le duele la cabeza por la acumulación de ideas y emociones. Camina de una esquina a otra, pero la estancia es pequeña e incómoda. No puede salir a dar una vuelta, como suele hacer. No se puede concentrar, no puede tomar una decisión, como de costumbre en realidad. Sabe que lo más sensato sería reconocer que es el fin y quitárselo de la cabeza. Seguir supondría un riesgo innecesario que no traería ningún beneficio, pero que en cambio lo podría desbaratar todo, ¡todo! Lo sabe, pero no es capaz de dejarlo, no esta vez. Además..., además quizá el riesgo no sea tan grande.

---

## **Capítulo undécimo**

*Sábado, 25 de abril de 2009*

Día Internacional de Concienciación sobre el Ruido. Egipto celebra el vigesimoséptimo aniversario de la retirada de Israel de la península del Sinaí; en Irlanda, los verdes y los socialdemócratas ganan en las elecciones parlamentarias anticipadas; Al Pacino y Andrzej Seweryn cumplen años. El mundo empieza a ponerse histérico con lo de la gripe porcina. En Alemania, un coleccionista anónimo paga treinta y dos mil euros por unas acuarelas pintadas por Adolf Hitler que muestran paisajes rústicos. El pianista polaco Krystian Zimerman provoca un escándalo en Estados Unidos al anunciar durante un concierto que no volverá a tocar en un país cuyo ejército quiere controlar el planeta. En la patria de dicho pianista, el partido Ley y Justicia exige al Ministerio de Defensa que explique por qué los soldados de la guardia de honor no asisten a las misas conmemorativas; la respuesta del ministerio es que se debe a que si alguno se desmaya por estar mucho tiempo en posición de firmes, podría herir a alguien con la bayoneta. Día de puertas abiertas en las oficinas de Hacienda de toda Polonia; la próxima semana se cumple la fecha límite para la entrega de declaraciones. En el Museo Regional de Sandomierz se inaugura una exposición de «tectografías» y grabados únicos realizados por Grzegorz Madej. El día es seco y soleado, hace un poquitín más de calor que ayer, pero la temperatura no pasa de los 17 grados.

## 1.

Temía el encuentro con su hija y, aunque no habría sido capaz de confesárselo a nadie, había ido con el alma en vilo a recoger a Hela a la estación de autobuses de Sandomierz, situada no muy lejos del cementerio judío, donde unos días antes había ordenado detener a unos seguidores del nacionalsocialismo. A propósito de lo cual se extrañó de que, después de salir del trullo, ninguno hubiera ido a pintarle una estrella de David en la puerta o simplemente a romperle los morros.

Hela había salido corriendo del autobús, riendo y feliz, repleta de la añoranza que siente una chica de once años, repleta también de admiración y empatía. La empatía era debida a que el vendaje de la mano de Szacki seguía teniendo un aspecto de lo más grave; la admiración respondía al hecho de que las noticias de la televisión, unidas a la desbordante imaginación de la muchacha, habían creado la imagen de un héroe que no tiene en cuenta los peligros cuando lucha contra el mal y el crimen.

Cenaron pizza y lo pasaron muy bien. La mañana del día siguiente también resultó maravillosa y sus elementos más importantes fueron un paseo junto al Vístula (con el añadido de juegos como el tú la llevas y la cometa) y un desayuno en Mała, con café, chocolate y tortitas. El fiscal Teodor Szacki miró a su encantadora hija de pelo castaño mientras esta se sumergía en la lectura de un cómic: la niña estaba empezando a transformarse en una adolescente y por primera vez desde hacía mucho tiempo Szacki sintió tranquilidad. No cansancio, sino tranquilidad. Y Hela, conectando su sexto sentido de hija, captó que su padre había tenido varios días realmente duros y no le dedicó ningún berrinche, ninguna histeria y ningún llanto desgarrador acompañado de súplicas para que todo volviera a ser como antes, porque si no, ya nunca sería feliz.

Y después fueron a visitar a Basia y Jędrek Sobieraj.

El plan de visitar a Basia y a su marido le pareció más atrayente que extravagante, no solo por ir con la niña, sino sobre todo por la estimulante

tarde del día anterior, y lo único que le molestaba a la hora de disfrutar de aquella perversa situación era el hecho de que aún le esperaba una conversación con Leon Wilczur. Le encantaría posponerla hasta el lunes, pero no podía hacerlo, porque si Wilczur decidía confesar, cosa que Szacki suponía que sucedería tarde o temprano, eso reforzaría aún más la orden de arresto temporal. Pero de momento dejó a un lado las meditaciones sobre Wilczur y con gesto alegre hizo pasar a su chillona hija por encima de la vallita del jardín de los Sobieraj, tras lo cual él mismo la saltó, cosa que le pareció muy deportiva y que únicamente fue posible porque el vallado le llegaba a las rodillas.

Hela y Jędrek Sobieraj encontraron con rapidez un lenguaje común, gracias principalmente a las herramientas que él le enseñó y que la niña, criada entre grandes bloques de apartamentos, no conocía. Se lo pasó bomba con la podadera y con el cortacésped, y luego le llegó el turno a la manguera, que, a juzgar por su entusiasmo, debía de ser para ella algo así como el Santo Grial de la diversión perfecta.

—Hoy sí que no has venido con el aspecto de Josef K.

Era cierto, no había cometido el error de la semana anterior y había ido al jardín de los Sobieraj en vaqueros y con un jersey gris de marinero. El traje, que se tendría que poner más tarde para ir al interrogatorio, lo había dejado en el coche dentro de una funda.

—Hoy sí que no tienes el aspecto de una scout —replicó él con sorna. Los dos estaban sentados en el porche junto a una mesita.

—¡Ahorra para comprarte una casa con jardín! —gritó Jędrek desde detrás de un seto—. ¡Esta niña tiene aptitudes para ser la dueña de toda una empresa de jardinería!

—¡Sí, papá, quiero tener una podadora!

—¡Sí, para el pelo!

Hela fue corriendo hasta su padre.

—¿Ya te has olvidado de que quiero tener el pelo muy largo? Mira, hasta aquí —dijo señalando con la mano a la altura de sus riñones.

Detrás de la niña llegó Jędrek, evidentemente asfixiado. El fiscal lo miró mientras aquel echaba un largo trago de cerveza y se preguntó si los Sobieraj habrían practicado sexo marital la noche anterior. Por un lado le habría extrañado mucho, pero por otro ya había aprendido que, en contra de la

opinión generalizada, no era en las grandes metrópolis donde las lujurias de todo tipo estaban a la orden del día.

—Ven, ayúdame a llevar todos estos cacharros a la cocina —le dijo Basia a su marido.

—Vaya, hombre...

—¿Y qué pasa con la flor bailarina? —preguntó inocentemente Hela.

—Es verdad, claro, tengo que enseñarte la flor bailarina —dijo animado Jędrek Sobieraj—. Que el señor fiscal te ayude a llevar los cacharros. La niña ha venido desde la ciudad, habrá que entretenerla.

Y se volvieron los dos al jardín para instalar la flor bailarina, fuera eso lo que fuera, mientras Szacki y Basia recogían los platos, tras lo cual entraron a darse un morreo al interior de la casa. Solo cuando los gritos de felicidad anunciaron el éxito de la «operación flor bailarina» lo dejaron y volvieron al porche con una bandeja llena de pasteles.

La flor bailarina era una especie de aspersor y bailaba de verdad. Debía de estar construida de tal manera que el agua que pasaba a través de ella hacía que moviera la cabeza en todas direcciones, lo cual producía un efecto cómico y alegre. Hela se quedó junto a la flor dando grititos y saltitos e intentando evitar, sin mucho éxito, que el agua la salpicara. Jędrek volvió al porche con los demás.

—Tienes una hija estupenda —dijo y alzó la lata de cerveza—. Por tus genes.

Szacki, en respuesta, alzó su vaso de Coca-Cola. Al mismo tiempo recordó lo que le había contado Basia una vez acerca de que no podían tener hijos. ¿Acaso eso quería decir que no usaba con su marido ningún tipo de anticonceptivo y que estaba acostumbrada a que el sexo para ella nunca significaba procrear?

—¿Cuándo vais a contar a los medios lo de Wilczur? —preguntó susurrando el asfixiado genio de las flores. Anteriormente habían acordado no hablar del tema en presencia de la niña.

—Lo de que el detenido es un agente de policía lo diremos el lunes. El resto, lo más tarde posible —le explicó Szacki sin apartar la mirada de su hija, una vieja costumbre de buen padre—. Hablaremos a grandes rasgos sobre los motivos personales, desmentiremos los rumores acerca de un asesino en serie y nos escudaremos en el secreto de sumario. La histeria se irá calmando y después será todo como siempre. La investigación durará meses;

para cuando se hagan públicas las actas y se pueda conocer el móvil de Leon Wilczur, pocos estarán ya interesados en el tema. Se levantará algún revuelo cuando sea el juicio, pero seguramente ese ya no será problema nuestro.

—¿Por qué?

—Son nuestros últimos días en este caso —al contrario que su canoso colega, Barbara Sobieraj no parecía sufrir por ese motivo; al contrario, se mostraba encantada—. Teo aún tiene que interrogar a Wilczur antes de que podamos cursar la orden de ingreso en prisión, pero las actas en breve irán a parar a otra fiscalía, supongo que a la de Rzeszów.

—Lástima — Jędrek finiquitó la lata de cerveza y la tiró a la bolsa de la basura—. Me gustaría enterarme por vosotros de cómo ocurrió todo realmente.

## 2.

El interrogatorio duró menos de lo que había tardado el fiscal Teodor Szacki en cambiarse de ropa. Hicieron llegar a Leon Wilczur, este confirmó sus datos personales y después anunció que se negaba a prestar declaración. Szacki se quedó un momento pensativo, pero después le entregó la transcripción para que la firmara. Wilczur era perro viejo y conocía perfectamente sus opciones; no habrían servido de nada ni los ruegos ni las amenazas, ni apelar a su conciencia. La estrategia del silencio resultaba ideal; si Szacki hubiera sido el abogado del policía, le habría recomendado hacer lo mismo sin tan siquiera mirar las actas. El caso era enrevesado, no había más que pruebas circunstanciales, el móvil histórico no parecía muy firme. A los investigadores les esperaba un duro trabajo de búsqueda de pruebas y testigos; para empezar habría que repetir todas las acciones realizadas por la policía, porque la presencia de Wilczur las invalidaba.

A pesar de todo, Szacki se detuvo en la puerta antes de llamar al policía encargado de llevarse a Wilczur.

—¿No se lo quiere pensar mejor? —le preguntó—. Tres asesinatos. Tres víctimas. Tras tantos años en la policía, después de tantos casos resueltos, tantos criminales atrapados, ¿no le parece que debería confesar? Para que la justicia pueda prevalecer. Solo por eso.

—Se equivoca usted, señor fiscal —comentó Wilczur con su voz chirriante, sin siquiera volver la cabeza hacia él.

---

## **Capítulo duodécimo**

*Domingo, 26 de abril de 2009*

Para los cristianos ortodoxos hoy es la «Pascua de los Muertos», una fiesta similar al Día de los Difuntos en Polonia, en el que se celebran banquetes en los cementerios para, según la tradición, ayudar a los muertos a llegar al cielo. Para los funcionarios de prisiones es el Día del Servicio Carcelario. Los actores Jan Pietrzak y Anna Mucha cumplen hoy años. La gripe porcina está en su apogeo: los medios de comunicación hablan sin parar sobre gente contagiada en más países, unos músicos polacos informan desde México que «las calles parecen unidades de vigilancia intensiva», y el ministro polaco de Sanidad asegura que Polonia está preparada. Alexandr Lukashenko llega a Roma, se trata de su primera visita al extranjero desde 1995. El primer ministro polaco, Donald Tusk, firma una declaración en la que acepta donar sus órganos, aunque solo después de su muerte, cosa que desilusiona a la oposición. Sandomierz publicita su villa en la feria turística de Varsovia, mientras que en la propia ciudad da un concierto el grupo de rock étnico Jacy's Kolesie y en el Vístula vuelven a navegar los barcos recreativos en los que se pueden hacer excursiones por el río; sin embargo, la noticia del día es la primavera, ¡por fin la primavera! El sol brilla y calienta, y la temperatura sobrepasa la barrera mágica de los 20 grados.

## 1.

Despedir a Helena Ewa Szacka fue terriblemente desgarrador. Cuanto más se acercaba la hora de partida del autobús, más se estropeaba el ambiente, a pesar de los esfuerzos de Szacki para que se divirtiera hasta el último momento. De camino a la estación de autobuses —calificativo a todas luces exagerado en el caso de Sandomierz, pues allí solo había una patética caseta de contrachapado y de chapa ondulada— la niña de once años lloró en silencio, pero una vez delante del autobús comenzó a sollozar y se agarró a su padre con tal histeria que él empezó a barajar la posibilidad de llevarla en coche a Varsovia. En su ayuda vino una señora bien entrada en carnes que viajaba con una nieta de edad similar a Hela y, al observar aquella situación tan difícil, propuso cuidar también de la otra niña durante el viaje. Y la «otra niña», en cuanto vio la posibilidad de divertirse con alguien de su edad, le dio un beso a su padre muy contenta y desapareció en el interior de un autocar cuyo aspecto, sorprendentemente, no era tan deplorable como solía suceder en Polonia.

A pesar de ello, el fiscal Teodor Szacki, completamente entristecido y hundido en una profunda depresión, regresó a su... Exacto, ¿adónde? ¿A su hogar? Aquel piso, ajeno a él, no era su hogar. ¿A su casa? Quizá pudiera llamarlo así, aunque entonces «su casa» igualmente podría haber sido una habitación de hotel, una cama en un refugio o una tienda de campaña en un camping. De cualquier alojamiento temporal se podría decir lo mismo.

Por tanto, volvió a su casa, pero le bastó con mirar desde la calle la ventana de la cocina, que tenía forma de caja, para dar media vuelta y dirigirse hacia las escaleras que bajaban en dirección al Vístula. Tenía ganas de darse un paseo realmente largo; quería agotarse, después almorzar, beberse unas cuantas cervezas y dormir sin soñar.

¡Por todos los santos, qué hermoso era el día! Basia Sobieraj tenía razón cuando una semana antes le dijo que debía contemplar la primavera en Sandomierz. La primavera había decidido recuperar todos los días perdidos y

revistió las ramas que hasta entonces habían estado desnudas de una niebla verdosa, mientras que en las que ya habían reverdecido aparecieron unas florecitas blancas. En el aire, las dulces fragancias de la floración se mezclaban con el aroma de la tierra y el olor al barro de los prados húmedos que llegaba desde las orillas del Vístula. Szacki los aspiró como si fuera un drogadicto, trató de experimentarlos todos a la vez y todos por separado. Jamás en su vida, hasta ese momento, había vivido una primavera que no fuera la de la ciudad, descolorida y que desde el instante en que empezaba ya parecía cansada y gastada.

Bajó a la vega y fue hasta la estatua de Juan Pablo II, junto a la que había una curiosa placa en la que se podía leer que el Papa había celebrado allí «una misa en presencia de los caballeros polacos, que estaban renaciendo». Después giró a la izquierda y cruzó el prado en dirección a la carretera de Cracovia. Al llegar allí se dio la vuelta y contempló Sandomierz. Y pensó: vale, es posible que en la leyenda sobre el teniente coronel Skopenko haya algo más que una escasa pizca de verdad. No se imaginaba que alguien pudiera mirar la ciudad desde aquella perspectiva para luego dar la orden de abrir fuego de artillería contra ella. Era hermosa, la más hermosa de Polonia; era italiana, toscana, europea, no polaca; era la ciudad de la que uno querría enamorarse a primera vista, instalarse en ella y no marcharse jamás. Era —tal idea aparecía por primera vez en la cabeza del fiscal— su ciudad.

Apartó la mirada de las casas que se amontonaban sobre la escarpa del Vístula; del blanco edificio del Collegium Gostomianum, adyacente a la casa de Jan Długosz, de estilo gótico y hecha de ladrillo rojo; de la torre del ayuntamiento y el campanario de la catedral, algo oculto desde aquella perspectiva. Y caminó junto a la carretera, lanzando continuas miradas a aquel esplendor arquitectónico que resultaba tan confortador.

Dio una vuelta por el bulevar de Piłsudski. En el río ya había aparecido un barco para turistas, así que se sentó en un banco a ver cómo subía y bajaba la gente de él. Dependiendo de la persona que fuera, Szacki se alegraba de no ser ella o bien todo lo contrario, sentía envidia de su vida. Podría haberse pasado horas allí. Después subió por una misteriosa y sombría vaguada de *loess* que iba hasta la iglesia de San Pablo y a continuación caminó junto al castillo, cruzándose por el camino con una multitud que salía de la misa celebrada en la iglesia de Santiago Apóstol.

No pudo dejar de mirar el prado que se extendía a sus pies, exactamente en

el lugar bajo el que unos días antes una explosión lo había lanzado contra la pared y había convertido a Marek Dybus en un inválido para el resto de su vida. No era un buen recuerdo.

Desgraciadamente tampoco podía seguir fingiendo que su mente estaba ocupada por su hija, por las vistas de Sandomierz, por los paseos o por la búsqueda de la primavera. Lo invadía una ansiedad despiadada y extenuante; estaba alterado, deshecho, valía cualquier palabra que expresara preocupación en cualquier idioma. Una preocupación que experimentaba dolorosamente con cada fibra de su ser. Con independencia de si se había divertido con su hija, de si había comido o de si había dormido, solo sentía una emoción en ese momento. Y solo veía una cosa: el rostro de Leon Wilczur. Y solo escuchaba una cosa: «Se equivoca usted, señor fiscal».

Vaya tontería, vaya gilipollez; no podía estar equivocado porque todos los hechos, aunque fueran fantásticos, encajaban de manera ideal. ¿Qué más daba que resultaran insólitos? ¿Qué más daba que el móvil pareciera rebuscado? La gente asesinaba por razones mucho más estúpidas, Wilczur lo sabía mejor que él. Además, nadie le prohibía hablar, podía explicar por qué Szacki se equivocaba. Podía demostrar dónde había estado mientras se producían los asesinatos. Podía contar todo lo que quisiera, hasta que se acabara el papel en la fiscalía. Pero no lo haría, no era tonto, maldito viejo de los cojones.

Ya durante su última noche en vela Szacki había dado nombre a lo que lo atormentaba. Estaba sentado en la cocina, oyendo cómo su hija se movía dormida de un lado para otro de la cama, y fue tachando las posibles versiones de los acontecimientos, aunque ya con el sospechoso entre rejas. Las versiones se diferenciaban por algunos matices, pero todas contestaban elegantemente a la pregunta «¿por qué?», de una forma digna de las novelas negras. Un gran daño, un odio aplazado, una venganza ejecutada años después. Una venganza planeada de modo que todo el mundo se enterara de lo que había sucedido aquel gélido invierno del año del Señor de 1947. Tal y como lo explicó Klejnocki: la infamia es una parte muy importante de la vendetta, solo el cadáver no es suficiente compensación. En ese caso, Wilczur había logrado su objetivo: toda Polonia iba a hablar sobre él y su daño.

Sí, en lo tocante al móvil todo encajaba. Más difícil era contestar a la pregunta «¿cómo?». ¿Cómo había asesinado a tres personas aquel abuelo delgaducho de setenta años? Muchos de los interrogantes se podían explicar por el hecho de que Wilczur era un experimentado policía de Sandomierz.

Siempre llegaba el primero al lugar del crimen, repartía las cartas, daba órdenes. Controlaba los interrogatorios y las acciones, controlaba toda la maquinaria de la investigación. Se encargó de conseguir las grabaciones de las cámaras urbanas, demostrando con ello que no le resultaba ajena la tecnología actual. Eso explicaría la cuenta en el servicio informativo y el uso del teléfono móvil para avisar a los medios. Lástima que no hubieran encontrado el teléfono. Conocía Sandomierz como la palma de la mano, lo cual podría explicar su conocimiento de las cuevas de la ciudad. Habría que interrogar a Dybus sobre ese punto, cuando se recuperara. Quién estaba al tanto de las exploraciones que hicieron, quién había participado en ellas, si colaboró la policía o algún servicio municipal. Si se daba por supuesto que Wilczur conocía los subterráneos y se aceptaba la fantástica teoría de que en diversos lugares de la ciudad había entradas ocultas, se podría explicar la cuestión del transporte de los cadáveres. Colocando al policía en el papel de autor de los crímenes también se explicaba una cuestión que había preocupado a Szacki, como era la aparición de la insignia en la mano de Ela Budnik. Wilczur metió el *rodło* en la mano del cadáver para desviar las sospechas hacia Szyller y para que a su vez las sospechas rebotaran hacia Grzegorz Budnik y saliera a la luz aquel *affaire* amoroso en las altas esferas de Sandomierz. Encajaba con la teoría de la infamia expuesta por Klejnocki.

Pero seguía siendo demasiado poco.

Szacki se encontraba en el patio del castillo; le gustaba aquel lugar y el panorama que se veía desde la terraza, que incluía un recodo del Vístula, inquietantemente ancho en esa época del año. Le gustaba ser consciente de que desde hacía varios cientos de años la gente se paraba en ese lugar a admirar ese mismo paisaje. Bueno, quizá antes del comunismo fuera un poco más hermoso, antes de que lo deslucieran a mala hostia con las chimeneas de la fábrica de vidrio. El castillo estaba lleno de gente que había salido de las iglesias cercanas tras la misa mayor. Iban vestidos para la ocasión de la forma típica en una ciudad pequeña: los hombres con traje, las mujeres con vestidos de colores extravagantes, los chicos con zapatillas deportivas resplandecientes, las chicas con leotardos negros y maquillaje de noche. Se podían encontrar cientos de motivos para la burla en cada uno de ellos y en todos en conjunto, pero a Szacki aquella imagen le pareció enternecedora. Durante los años que había vivido en Varsovia había notado que algo no iba bien, que aquella metrópolis no era un lugar muy amistoso, que el apego que

sentía por los muros de sus edificios era en realidad una adicción neurótica, un síndrome de Estocolmo urbanístico. Igual que los presos se hacían dependientes de la cárcel y los maridos de las malas esposas, así mismo estaba convencido él de que el propio hecho de vivir en medio del caos bastaba para sentir afecto hacia ese caos. El fiscal Teodor Szacki era varsoviano, es decir, un sin techo. Allí, en el patio del castillo de Sandomierz, pleno de sol y de bullicio, lo vio claro. Al haberse criado en una gran ciudad no tenía una pequeña patria, no existía una comarca en la que hubiera pasado una infancia feliz, su lugar sobre la Tierra. Un lugar al que uno vuelve pasados los años y lo reciben sonrisas, manos extendidas y las mismas caras de siempre, aunque estén cambiadas por el tiempo. Donde los rasgos de los vecinos y los amigos que ya se han ido siguen siendo reconocibles en sus hijos y nietos, donde puede uno sentirse parte de un todo mayor, encontrar un sentido en ser un eslabón de una cadena larga y fuerte. Veía allí esa cadena, bajo aquellos trajes y vestidos comprados en el mercadillo, y sintió envidia de todas esas gentes. Sintió tanta envidia que incluso le provocó dolor, porque se dio cuenta de que él jamás tendría algo así, de que aunque emigrara y tuviera la más feliz de las vidas sería siempre y en todas partes una persona sin hogar y sin patria.

—¡Señor fiscal! —Klara se materializó a su lado con un vestido beis ondulante. Szacki abrió la boca, quería pedirle perdón—. Marek está mejor, ha recuperado la consciencia, incluso he conseguido hablar un poco con él. Te he visto y he pensado que quizá quisieras saberlo.

—Gracias. Es una noticia fabulosa. Me gustaría...

—Déjalo, no es preciso que pidas perdón. Allí abajo, cuando le pasó lo que le pasó a Marek, no fue por culpa tuya, aunque espero que ese viejo se muera entre rejas. En cuanto a nosotros, somos adultos. Hemos pasado juntos unos cuantos días que en mi opinión fueron excepcionalmente agradables. Gracias.

No tenía ni idea de qué decir.

—Soy yo quien te da las gracias.

Ella asintió, y se quedaron sin decir nada. El silencio era embarazoso, en otras circunstancias seguramente se habrían ido a la cama para no escucharlo.

—¿No me preguntas si me he hecho el test?

—Es algo que no me deja dormir. Sería un honor para mí ser el padre de tu hijo.

—Vaya, veo que eres una persona maravillosa y que sabes comportarte

como un caballero. Siendo así... —se puso de puntillas y le dio un beso lleno de ternura en la mejilla—, pues hasta la vista. Esta es una ciudad pequeña, seguro que nos cruzaremos a menudo.

Se despidió con un gesto de la mano y se fue en dirección a la catedral caminando deprisa. Szacki volvió a pensar en Dybus, en los subterráneos, en Wilczur, en el caso. Y en esa pregunta que lo torturaba como si fuera una úlcera: ¿cómo? ¿Cómo, joder, cómo? Incluso dando por sentado que conocía el sistema de túneles, incluso suponiendo que en cada casa hubiera una entrada a ellos, ¿cómo se las apañó ese viejo con los cadáveres? Ela Budnik quizá fuera ligera y su marido también era escuálido, pero Szyller era un pedazo de bicho. ¿Y qué? ¿Tenía que creer que Wilczur lo había sedado, se lo había echado a la espalda y lo había crucificado en el subterráneo? ¿Que se había tomado la molestia de subir a Grzegorz Budnik hasta el primer piso de la mansión de la calle Zamkowa? ¿Y Ela Budnik? No podía saber que justo aquel día y a aquella hora iba a tomar la decisión de irse a vivir con su amante. ¿Vigilaba su casa? ¿Cómo? ¿A través de las cámaras?

¿Y la inscripción en el cuadro de la catedral? Wilczur era judío, varias veces había demostrado conocer la cultura judía, era capaz de citar de memoria el Antiguo Testamento en hebreo. ¿Habría cometido aquel error tan evidente? ¿Habría escrito al revés una letra en una palabra sencilla como si fuera un niño pequeño? Se trataba de algo que no respondía a ningún objetivo en su plan. ¿Significaba eso que tenía un cómplice? Eso también explicaría su silencio. Sería una estrategia perfecta, pero además así se aseguraría de no delatar a nadie por error.

A Szacki le empezó a doler la cabeza. Pensó que seguramente era por el hambre, se acercaba la hora de la comida y desde por la mañana no se había llevado nada a la boca. Pasó entre el aroma de los manzanos en flor del jardín de la catedral y subió hasta la plaza Mayor, donde se dirigió sin pensárselo dos veces hacia Trzydziestka. El lugar al que iba siempre que no tenía ganas de experimentos, en el que seguramente ningún crítico culinario aguantaría hasta el postre y donde servían el mejor trigo sarraceno del mundo. No quería ni recordar cuántas veces el simpático camarero le había servido lomo de cerdo bien fresco asado a la parrilla, acompañado de ciruelas pasas, trigo sarraceno hervido y una jarra de cerveza fría. No quería hacerlo porque tenía miedo de que su hígado estuviera escuchando.

—Nuestras mesas deben de hallarse en dimensiones espaciotemporales

distintas, señor fiscal —dijo a su espalda alguien con voz de gruñona.

Se dio la vuelta y se quedó petrificado. En la mesa de al lado estaba sentada su antigua superiora, su jefa en la fiscalía del distrito varsoviano de Śródmieście, a la que siempre había tenido por la mujer menos atractiva del planeta. Tras echarle un vistazo después de algunos meses separados se convenció plenamente de que siempre tenía razón. Su rostro gris seguía siendo gris, sus mechones de ondulados cabellos castaños seguían siendo igual de castaños, y el cambio de la chaqueta gris que usaba en el trabajo por un jersey rojo, en lugar de suavizar esa deprimente impresión, lo que hacía era reforzarla. Janina Chorko tenía el aspecto de una mujer que había enviado una solicitud a una fundación que se dedicaba a cumplir los deseos de los enfermos en estado terminal, y la fundación la había vestido con ropa alegre para sus últimos momentos. El resultado era espantoso.

—Encantado de verla, señora fiscal. Tiene usted un aspecto magnífico.

Chorko no estaba sola, con ella estaban Maria «Misia» Miszczyk y su marido, un hombre sorprendentemente atractivo, al estilo George Clooney. También estaban sus dos hijos, que andaban por los quince o dieciséis años. El chico ya parecía ser todo un problema; la chica tenía el aspecto de ser la primera de la clase y no resaltaba por su belleza, pero sus ojos lanzaban tal brillo de inteligencia que Szacki no se hubiera atrevido a medirse con ella en una competición de réplicas ingeniosas.

A pesar de la tendencia de la madre a tener un exceso de carnes y de su talento para hacer pasteles, los tres eran delgados y estaban en forma. A Szacki de repente le dio lástima que Chorko tuviera que estar allí sentada con ellos; para aquella mujer solitaria, gris y agotada debía de ser muy doloroso observar a esa familia adorable y feliz.

—No sabía que se conocieran ustedes —Szacki dijo cualquier cosa para evitar que Chorko advirtiera en su rostro el rastro de las terribles emociones que estaba experimentando.

—Eso no habla muy bien de usted como investigador, señor fiscal —comentó ella con aspereza—. No ha sido capaz de adivinar que sus dos jefas estudiaron juntas.

Miszczyk se echó a reír a carcajadas y Chorko la acompañó. Szacki nunca había escuchado la risa de su antigua jefa. Y el caso era que su risa resultaba muy hermosa, alegre; sus arrugas se le alisaron y sus ojos se iluminaron, y aunque no se hubiera vuelto bella de repente, al menos había dejado de

parecer una asistente científica para estudiantes de Medicina.

—Bueno, bueno —dijo la fiscal Janina Chorko—. Normalmente mantengo mi vida privada lo más lejos posible del lugar del crimen, pero hoy... Este es el fiscal Teodor Szacki, ya te conté, Mariusz, que si te decidías a estudiar Derecho deberías escribir tu trabajo de licenciatura sobre sus casos; son historias extraordinarias resueltas de manera extraordinaria. Y este es mi marido, Jerzy, mi hijo Mariusz y una chica adoptada, Luiza.

—¿Cómo que adoptada? —se ofendió Luiza, atrayendo la atención sobre sí.

—Es que es imposible que yo haya dado a luz a una chica que apoya los codos de esa forma en la mesa.

—Ah, vale, es una broma. Lástima, ya me había alegrado pensando que podría encontrar a mi verdadera familia...

—No le hagáis caso, es la edad.

—... tras una búsqueda llena de aventuras que finalmente daría un sentido a mi vida.

—Siéntese, tomaremos algo, conduce Janina —el que sorprendentemente resultó ser el marido de Chorko le dedicó a Szacki una amplia sonrisa y le hizo sitio en el banco de madera.

Pero el fiscal Teodor Szacki se quedó de pie y ni siquiera trató de ocultar su sorpresa. Era increíble. Había trabajado con esa mujer durante doce años, teniéndola por una vieja amargada que encima parecía siempre insinuársele discretamente, poniéndole en un aprieto. Durante doce años se había sentido mal por tener que rechazarla; durante doce años había bebido a la salud de ella de cuando en cuando pensando que el mundo era injusto, que tendría que haber alguien en alguna parte —quizá no un tío de primera clase, pero que al menos lo tuviera todo en su sitio— que se acercara a ella por compasión y le ofreciera, si no amor, sí un poco de simpatía y llevara cuando menos una microscópica luz a su oscura vida.

Estaba claro que se había preocupado sin razón. Estaba claro que existían leyendas en las que no había ni una pizca de verdad. En las que todo, de principio a fin, era mentira.

Todo el mundo miente, dijo el padre moribundo de Basia Sobieraj.

—¡Me cago en la hostia puta! —soltó Szacki en voz alta.

No vio la reacción de los presentes ante semejante comentario porque de pronto, por fin, una idea simple había hecho caer el muro contra el que había

estado dándose de cabezazos desde el comienzo de la investigación. Leyendas en las que no había ni una pizca de verdad, en las que todo era mentira. ¡Todo! Empezó a repasar mentalmente los escenarios de la investigación, desde aquella primera mañana neblinosa junto a la sinagoga, esta vez con la premisa de que todo era falso. El cuello sajado, la navaja, el ritual de la sangre, los lugares donde se había encontrado a los cadáveres, toda la mitología judía, toda la mitología antisemita polaca, la mansión, el barril, la pintura de la catedral, la inscripción y todas las imágenes que con tanta facilidad le habían ido poniendo ante las narices.

—¡Me cago en la hostia puta! —repitió, y echó a correr por en medio de la plaza Mayor.

—Creo que no quiero ser abogado —escuchó aún a sus espaldas el comentario del hijo de Chorko.

Ningún proceso mental había ido jamás hasta entonces tan deprisa dentro de su cabeza, jamás antes tantos hechos habían tardado tan poco en unirse en una única secuencia lógica indisoluble que tenía un solo resultado posible. Era una experiencia que lindaba con lo enfermizo. Las ideas saltaban entre las neuronas a una velocidad epiléptica, la materia gris relucía como el platino por el exceso de información; temía que le ocurriera algo, que su cerebro no pudiera procesarlo y se bloqueara. Pero también había en ello algo similar a la euforia provocada por una droga o a un éxtasis religioso, una excitación imposible de parar, una emoción que no se dejaba controlar. Mentira, mentira, todo mentira, una ilusión, una cortina de humo. Entre aquella acumulación de atracciones de feria, entre los decorados de los crímenes, entre el exceso de hechos y de interpretaciones, había pasado por alto los detalles más importantes, y sobre todo la conversación más importante.

Cuando entró en el bar Ratuszowy debió de parecer un loco peligroso por su expresión, porque el sombrío camarero dejó a un lado su flema y se escondió tras la barra con expresión de terror. En el interior no había casi nadie. Junto a la pared se veía a dos familias de turistas extraviados, que debían de estar realmente hambrientos para decidirse a quedarse allí a comer.

—¿Dónde están los borrachuzos que suelen andar por aquí? —le gritó al camarero, pero antes de que el otro pudiera articular palabra, el sistema nervioso de Szacki, abarrotado de hormonas, le dio la respuesta y el fiscal salió corriendo, dejando de nuevo tras de sí a gente sorprendida que, igual

que el grupo de Trzydziestka, se quedó intercambiando miradas e indicando con un gesto que aquel tipo estaba como una regadera.

La conversación más importante la había tenido con un hombre ajeno al caso, un hombre sabio que había juzgado los hechos sin relacionarlos con el pequeño infierno de Sandomierz, sino simplemente como hechos. Durante aquella conversación se había sentido molesto con Jarosław Klejnocki, se había disgustado con su estilo, le ponían nervioso la pipa y su manera de hablar tan educadita, y una vez más el atrezo había ocultado la verdad. Y la verdad era que Jarosław Klejnocki había resuelto el misterio de Sandomierz una semana antes, pero Szacki había sido demasiado estúpido, estaba demasiado hundido en la mentira, demasiado enredado entre los detalles como para darse cuenta.

Szacki pasó corriendo el edificio de correos, siguió por la calle Opatowska—donde de milagro no arrolló a una anciana que salía de una tienda de artesanías—, cruzó la Puerta de Opatów a la carrera y, jadeando, se detuvo junto a una pequeña glorieta. Estuvo a punto de gritar de alegría cuando vio en el banco al mismo borracho que estaba allí el día anterior. Se plantó delante de aquel hombrecillo ridículo en cuyo pequeño rostro triangular, adornado con unas prominentes orejas de soplillo, apareció un gesto de pánico.

—¡No me haga nada, por favor!

—El señor Gąsiorowski, ¿verdad?

—Pues... ¿quién lo pregunta?

—¡Lo pregunta la Fiscalía de la República de Polonia, me cago en diez! ¿Es usted o no, cojones?

—Darek Gąsiorowski, encantado de conocerle.

—Señor Gąsiorowski, quizá usted no lo recuerde, pero nos vimos hace unos días frente al bar Ratuszowy. Yo acababa de salir junto al inspector Leon Wilczur y usted se acercó a preguntar algo.

—Ah, sí, lo recuerdo.

—¿De qué se trataba? ¿Qué quería de él?

—Que Leon nos ayudara, porque nos conocemos desde hace la tira de años, pero si hubiéramos ido a la policía así sin más, se habrían reído de nosotros.

—¿Que les ayudara a qué?

Gąsiorowski suspiró y se rascó la nariz con un gesto nervioso.

Evidentemente no tenía ganas de que se volvieran a burlar de él.

—Es muy importante.

—Hay un tío, un tío muy majete, que anda dando vueltas por la zona. Es mi amigo.

—¿Un vagabundo?

—No exactamente, al parecer tiene casa en alguna parte, solo que le gusta dar vueltas por ahí.

—¿Y?

—Y, bueno, yo la verdad pienso que es alguna enfermedad, que quizá no esté muy lúcido, ya me entiende, porque cuando se iba a caminar era puntual como un reloj. Se sabía siempre a qué hora iba a estar en un lugar determinado. Es decir, yo sé, por ejemplo, cuándo va a estar aquí, y entonces nos vemos para ir a tomar un vinito y charlar.

—¿Y?

—Y últimamente no se ha presentado. Dos veces ha faltado a la cita. Y eso nunca le había pasado. Fui a la policía por si sabían algo, porque él solía ir por Tarnobrzeg, por Zawichost, por Dwikozy y creo que también por Opatów. Para que lo comprobaran, porque ya le digo que igual le falta algún tornillo, a lo mejor le ha entrado el mal ese que uno no recuerda nada. O, como iba por la carretera, lo mismo lo han atropellado o algo y seguro que le gustaría que lo fueran a ver al hospital, ¿verdad? —se quedó mirando la venda de Szacki.

—Verdad. ¿Sabe usted cómo se llama?

—Tolo.

—¿Anatol?

—Sí, creo que sí. O quizá Antoni, a veces también le dicen así.

—¿Qué más?

—Fijewski.

—¿En serio?

—Sí.

—¿El señor Anatol se apellida Fijewski?

—¿Y qué tiene eso de raro?

—No importa. Gracias.

Szacki dejó a Gąsiorowski y sacó el móvil.

—¿Y no quiere que se lo describa o algo? —gritó el hombrecillo levantándose del banco.

—¡No hace falta! —le contestó Szacki.

Miró el Nazaret, que estaba al otro lado de la calle, y luego sus ojos se deslizaron hasta la iglesia de San Miguel, pegada al edificio barroco del seminario.

San Miguel Arcángel, tú que vences el mal, patrón de todos los que luchan por la justicia, protector de los policías y los fiscales, escucha a tu fiel servidor y haz que no sea demasiado tarde. Y que por una vez en este puto país se pueda solucionar algo en la administración fuera de las horas de trabajo.

---

## **Capítulo decimotercero**

*Lunes, 27 de abril de 2009*

Día Mundial de las Artes Gráficas; en Sierra Leona y Togo, Día de la Independencia. El cardenal Stanisław Dziwisz cumple setenta años. En los servicios informativos, la crisis económica es sustituida por la gripe porcina, que en Israel prefieren llamar «mexicana». El estado de Iowa legaliza las bodas homosexuales, General Motors anuncia el fin del Pontiac y el Bayern de Múnich el fin de Jürgen Klinsmann como entrenador del club. En Polonia, Jadwiga Staniszkis afirma que Lech Kaczyński no se presentará a las elecciones presidenciales del próximo año; Czesław Kiszczak, que decretar la ley marcial en Polonia entre 1981 y 1983 fue legal; y el veintiséis por ciento de los católicos, que conoce a sacerdotes que viven en concubinato. En la región de Świętokrzyskie hay un puma merodeando. En Sandomierz se toma la decisión de construir un moderno polideportivo junto al Instituto de Secundaria N.º II, mientras que en otro polideportivo ya existente, intrépidos ladrones vuelven a robar un teléfono móvil, que esta vez había sido dejado en el suelo metido en una bolsa. La hermosa primavera ya ha llegado, hace sol y la temperatura supera los 20 grados. El ambiente es seco y en los bosques hay peligro de incendio.

# 1.

Ir allí ha sido completa y absolutamente estúpido; siente terror, pero sobre todo furia. Furia porque ahora un accidente tonto puede acabar con todo. La verdad es que en la administración hay, como siempre, un montón de gente que llega de toda la región para resolver sus asuntos, un conjunto aleatorio de personas que nunca se han visto antes y que nunca se volverán a ver. Tal multitud significa, por un lado, seguridad, pero por otro peligro, un gran peligro. Siente una ola de pánico que le atraviesa el cuerpo. El papelito con su número de turno, que sujeta con todas sus fuerzas en la mano, está arrugado y húmedo por el sudor, se da cuenta de ello y lo mete en la cartera.

Ping. Delante de él aún hay dos personas. ¡Dos personas! El pánico lucha con la euforia. Dos personas, un breve trámite en la ventanilla, salir y... ¡se acabó, por fin se acabó!

El pánico toma la delantera. Trata de ocupar la mente con algo para matar el tiempo. Lee una vez más las normas del lugar y los comunicados oficiales, que cuelgan de la pared, y lee las instrucciones de uso del extintor, pero eso no hace más que empeorar las cosas. No es capaz de entender las palabras más simples, se lo impide un apaltonamiento de ideas, una creciente histeria. Siente náuseas y un hormigueo en las manos; en sus ojos comienzan a revolotear puntos negros. Si se desmaya será el fin, ¡el fin! Esa idea empieza a retumbar en su cabeza cada vez más alto y cada vez más rápido; cuanto menos desea dejarse vencer por ella, más retumba, mayor es su miedo, más cantidad de nieve negra cae y se acumula ante sus ojos. El aire se introduce en sus pulmones a duras penas. Teme no poder articular palabra, que se arme un alboroto, y ese alboroto será el fin, ¡el fin! Todo en vano, el resto de su vida en prisión, dolor, aislamiento, soledad. ¡¡¡El fin!!!

Ping. Una persona más.

No va a ser capaz. Saldrá de allí despacio y se olvidará de esa estúpida idea. Se gira y da dos pasos hacia la puerta. Su cuerpo no le hace demasiado caso y una nueva ola de pánico se apodera de su ser, las náuseas regresan con

renovada fuerza, el miedo empuja la bilis hacia su garganta. Despacio, despacito, muy poco a poco se tranquiliza mentalmente, dando pasitos pequeños.

Enseguida suena otro ping, parece imposible, ¿alguien no se ha presentado! ¡Eso es una señal! Se acerca a la ventanilla con las piernas temblorosas; tiene la impresión de que todo su cuerpo brilla en diversos colores, que su pánico salta en rojo en los monitores de los vigilantes de seguridad. Qué le va a hacer, ya no hay vuelta atrás. Entrega el documento de identidad, contesta a un par de preguntas hechas con indiferencia, espera hasta que la funcionaria termina. Firma el formulario de recogida y la funcionaria le entrega un pasaporte nuevito; las tapas color burdeos brillan por los rayos de sol que se cuelan entre las cortinas verticales. Da las gracias amablemente y se marcha.

Un momento después se encuentra delante del enorme edificio de la Administración Regional de Świętokrzyskie, en Kielce, que parece un hospital. Y piensa que, después de todo, el crimen perfecto existe, bastan un poco de trabajo y de cacumen. Quién sabe, quizá en el futuro se lo cuente a alguien, a lo mejor escribe un libro; ya se verá. Ahora quiere disfrutar de la libertad. Guarda el pasaporte en el bolsillo, se seca las manos sudorosas con el forro polar, sonrío ampliamente y se dirige a paso lento hacia la calle Warszawska. Hace un día hermoso y soleado, en un día así hasta la espantosa ciudad de Kielce parece bonita. Se tranquiliza, se relaja, sonrío a la gente que con paso rápido va hacia la entrada a la administración, el paso propio de una capital regional. Los policías situados al comienzo de la escalera no le causan la menor impresión, después de todo están donde deben estar, velando por el orden en la sede del poder.

Su euforia va en aumento. Sonríe cada vez más ampliamente a las personas con las que se cruza y cuando el fiscal Teodor Szacki le contesta con otra sonrisa, en un primer momento ni siquiera se da cuenta de que algo no va bien; le parece que no es más que un simpático señor de mediana edad, quizá prematuramente encanecido. Eso dura una fracción de segundo. En la siguiente fracción de segundo piensa que debe de ser alguien que se le parece mucho, que su mente acosada le está haciendo una jugarreta. Y en la siguiente fracción de segundo ya sabe que el crimen perfecto no existe.

—¿Puedo ayudarle en algo? —con gesto de desesperación, intenta aún hacerse el loco.

—Ya lo creo que puede, señor Fijewski —le contesta el fiscal.

## 2.

Más tarde, ya en Sandomierz, durante un interrogatorio que duró varias horas en el cual el asesino lo confesó todo, el fiscal Teodor Szacki tuvo que enfrentarse a un extraño sentimiento. Alguna vez había sentido empatía por los interrogados, alguna vez había sentido compasión, alguna vez incluso había sentido respeto por quienes habían pecado y después habían tenido el valor de hacer frente a sus actos. Pero quizá por primera vez en su carrera sentía hacia el criminal algo que, sin ser admiración, sí que se le acercaba bastante, cosa que resultaba inquietante. Trató por todos los medios de que no se le notara; a pesar de ello, al ir conociendo los diferentes detalles del delito, en algunos momentos pensó que jamás había estado tan cerca del crimen perfecto.

*TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL SOSPECHOSO. Grzegorz Budnik, nacido el 4 de diciembre de 1950, con domicilio en Sandomierz en la calle Katedralna n.º 27, con estudios superiores de Química, presidente del pleno municipal de la ciudad de Sandomierz. Relación con las partes: marido de Elżbieta Budnik (víctima). Nunca ha sido condenado.*

*Habiendo sido informado de sus deberes y derechos como sospechoso, declara lo siguiente:*

Con esta declaración, deseo confesar el asesinato de mi esposa, Elżbieta Budnik, y de Jerzy Szyller, así como el secuestro y asesinato de Anatol Fijewski. El primer asesinato, el de Elżbieta Budnik, lo cometí en Sandomierz el 13 de abril de 2009, lunes de Pascua, y el motivo de mi acto fue el odio hacia mi esposa, pues desde mucho antes sabía que tenía una aventura con Jerzy Szyller. Aquel día ella me anunció que por ese motivo deseaba terminar con nuestro matrimonio, que duraba desde 1995. Ese mismo día puse en marcha un plan ideado para causar la muerte de Jerzy Szyller y evitarme a mí cualquier responsabilidad penal. El plan lo tenía preparado desde hacía varias semanas, pero hasta cierto momento no me lo

tomé en serio, era una especie de diversión intelectual...

Budnik hablaba, Szacki escuchaba, en el dictáfono digital iban avanzando los números. El presidente del pleno municipal, que hasta poco antes había sido además un frío cadáver, relataba sin demasiada emoción los acontecimientos, pero hubo momentos en los que no fue capaz de ocultar lo orgulloso que se sentía y Szacki comprendió que aquella intriga, aquel aislado destello de genialidad, el único que se había producido en su burocrática vida, había sido el mayor éxito de ese hombre. O más bien el segundo mayor, pues el primero había sido llevar hasta el altar a Elżbieta Szuszkiewicz. Budnik hizo un relato exhaustivo y lleno de detalles de sus acciones, y Szacki pensó en la anterior conversación que habían mantenido, cuando acabó convencido de la culpabilidad de Budnik, cosa que al final había resultado acertada. Y cómo se acordó de Gollum, personaje de *El señor de los anillos* atrapado por la obsesión de poseer el «tesoro» y para el cual nada tenía valor, ni siquiera el propio tesoro como tal, y lo único que le importaba era poseerlo. Sin la posesión del tesoro, Budnik no era nada ni nadie, se convertía en un cascarón vacío, desprovisto de cualquier freno cultural o natural, capaz de planear y llevar a cabo asesinatos a sangre fría. La envergadura del crimen resultaba terrible, pero aún más impresionante era la envergadura de la obsesión de Budnik por su esposa. Szacki escuchó lo que le tenía que contar sobre los subterráneos, sobre los preparativos, sobre los perros hambrientos, sobre las semanas que duró el proceso de mimetización con aquel pobre vagabundo para robarle su identidad; escuchó las explicaciones sobre todos los misterios, grandes y pequeños, cuya solución en realidad para Szacki resultaba clara y diáfana desde que había caído en la cuenta de que Budnik era el culpable. Pero en el fondo no hacía más que preguntarse si ese amor era verdadero. Ese amor tan obsesivo, tan destructivo, capaz de los mayores sacrificios y los mayores crímenes, ¿era verdadero? ¿Se podía hablar de amor en una relación si no se experimentaban antes unas emociones tan fuertes? ¿Si no se comprendía que, en comparación con un amor como ese, todo lo demás no importaba en absoluto?

El fiscal Teodor Szacki no lograba quitarse de la cabeza esas reflexiones. Y tenía miedo, porque en ellas había algo profético, algo que le impedía verlas solo como una reflexión teórica. Como si la providencia le tuviera preparada una gran prueba y él, con un sexto sentido, percibiera que iba a

tener que sopesar el amor en una mano y la vida de alguien en otra.

Budnik hablaba monótonamente; nuevos elementos se iban poniendo en su sitio, el puzle parecía ya un cuadro listo para ser enmarcado. Normalmente, en tales momentos el fiscal Teodor Szacki sentía tranquilidad, pero esta vez lo llenaba un sentimiento de miedo extraño e irracional. Grzegorz Budnik no había planeado convertirse en un asesino. No había nacido con esa idea dentro y tampoco le había acompañado durante su vida, nunca. Simplemente un día se dio cuenta de que esa era la única salida.

¿Por qué tenía la extraña convicción de que a él también le llegaría ese día?

### 3.

La detención de Grzegorz Budnik fue toda una bomba, en los servicios informativos incluso la gripe porcina pasó a un segundo plano. En Sandomierz nadie hablaba de otra cosa y a Basia Sobieraj el revuelo generalizado le permitió mentir a su marido acerca de la hora hasta la que tendrían que trabajar en la fiscalía. Así ella y Szacki pudieron irse al piso del fiscal para que aquella mujer casada, con el corazón enfermo y quince años de prácticas matrimoniales pudiera, por fin, y gracias a un experto amante como Teodor Szacki, descubrir sus zonas erógenas.

Se lo pasaron de maravilla y en cierto momento Szacki se volvió a enamorar de Basia Sobieraj. Con total sencillez y total sinceridad. Y era un sentimiento muy agradable.

—Misia dijo que te comportaste como un loco.

—Sí, la verdad es que quizá pudo dar esa impresión.

—¿Fue entonces cuando caíste en la cuenta?

—Ajá.

—¿Sabes que eso me pone muy cachonda?

—¿El qué?

—Que eres un genio supremo de la criminalística.

—Ja, ja.

—No te rías, es la pura verdad. El caso ya estaba resuelto, ¿cómo es que se te ocurrió la solución correcta?

—Por la mitad de la verdad.

—No entiendo.

—Se dice que en cada leyenda hay una mitad de verdad.

—Así es.

—Pero hay algunas, como esa maldita leyenda antisemita de la sangre, en las que no hay ni una gota de verdad, leyendas compuestas al cien por cien de mentiras y supersticiones. Pensé en ello en aquel momento, en la plaza Mayor, no importa por qué razón. Y recordé una cosa que me dijo tu padre:

que todo el mundo miente, que no hay que olvidar que todo el mundo miente. Y de repente pensé en el caso como en una gran mentira, en qué pasaría si supusiéramos que no había nada real en él, que todo era una creación. Qué quedaba si apartábamos el caso de hace setenta años, las matanzas rituales, las inscripciones hebreas, las citas bíblicas, los perros rabiosos, los sombríos subterráneos y los barriles con clavos. Qué ocurría si consideraba que todas las pruebas, directas o indirectas, que desde un principio habían guiado nuestra investigación, eran mentira. ¿Qué quedaba?

—Tres cadáveres.

—No, para nada. Lo de los tres cadáveres es una creación, una mentira; los tres cadáveres estaban ahí para que nos hiciéramos preguntas sobre tres cadáveres.

—Entonces, tres veces un cadáver.

—Exacto. Me di cuenta de que esa era la idea correcta. Pero aún quedaba algo más. Yo sabía que no eran tres cadáveres, sino tres veces un cadáver. Sabía que, para ver algo, tenía que despojar esos cadáveres de la escenografía; sabía que tenía que agarrarme a lo que había llegado de fuera, que era objetivo, que no había sido impuesto, que no había sido preparado, como sí ocurría, por ejemplo, en el caso de la insignia con el *rodło* en la mano de la fallecida.

—De Elżbieta —murmuró Basia.

—Sí, ya lo sé, vale, Elżbieta, lo siento —dijo Szacki de una forma que para él mismo resultó sorprendentemente cariñosa, tras lo cual apretó contra sí el delgado cuerpo de su amada y la besó en el pelo, que olía a champú de almendras.

—¿Y qué es lo que vino de fuera?

—Di mejor quién.

—¿Klejnocki?

—¡Bravo! ¿Recuerdas cuando estuvimos hablando los cuatro? Klejnocki, Wilczur, tú y yo, bajo una gran fotografía del cadáver de tu amiga proyectada sobre la pared. De nuevo nos abrumó la escenografía. Esa foto, la irritante forma de ser de Klejnocki, su pipa, sus comentarios lingüísticos. Habían ocurrido muchas cosas, queríamos información rápida, pero él no decía más que cosas evidentes en apariencia, sus comentarios parecían muy pobres porque él no sabía tanto como tú, por ejemplo, acerca de Sandomierz, de los Budnik, de las relaciones entre las personas. Sin embargo, él hizo la

observación más importante para nuestra investigación: que la clave del misterio era el primer asesinato y el móvil que había tras él. Que el primer asesinato había sido cometido bajo la influencia de las emociones más fuertes y que el siguiente era ya la realización de un plan. Sobre la primera víctima habían sido descargados la ira, el odio, la bilis, mientras que la segunda había sido, por así decirlo, asesinada sin más. Y empecé a pensar. Si no examinábamos los tres asesinatos como un todo, si nos concentrábamos en el primero, el más importante, y nos olvidábamos por un momento de los decorados, entonces el asunto quedaba claro: el asesino tenía que ser Grzegorz Budnik. Tenía un móvil, como era la infidelidad de su esposa, tenía los medios, carecía por completo de coartada, nos mintió en sus declaraciones.

—Ya, pero ¿quién habría sospechado de un cadáver? —Basia Sobieraj se levantó, se puso una camisa de Szacki y sacó del bolso un paquete de cigarrillos de los que fuman las mujeres.

—¿Tú fumas?

—Un paquete cada dos semanas. Es más un hobby que un vicio. ¿Puedo fumar aquí o me voy a la cocina?

Szacki le indicó que se quedara con un gesto de la mano; se levantó también del catre y cogió su propio tabaco. Encendió un pitillo. El humo cálido inundó sus pulmones y se le puso la carne de gallina: la primavera quizá hubiera llegado, pero las noches seguían siendo frías. Se envolvió con la manta y comenzó a andar por la habitación para entrar en calor.

—Nadie sospecha de un cadáver, es así de sencillo —continuó el fiscal—. Y de no haber sido por el cadáver de Grzegorz Budnik, el asunto habría estado claro, porque en el caso de Szyller él también era el sospechoso más lógico. Solo restaba aplicar el viejo principio de Sherlock Holmes: cuando eliminamos todas las posibilidades, la que queda, por muy inverosímil que parezca, ha de ser la verdadera.

—¿Por qué no nos dimos cuenta de ello? Ni tú, ni Wilczur, ni yo.

—Por la magia —dijo Szacki encogiéndose de hombros—. Posiblemente la idea más genial de Budnik. ¿Sabes en qué suelen consistir los trucos de magia? En desviar la atención, ¿verdad? Cuando una mano mezcla en el aire dos barajas de cartas o convierte una bola de papel ardiendo en una paloma, no tienes ni tiempo ni ganas de mirar lo que hace la otra, ¿entiendes? Por diversos motivos, nosotros éramos los espectadores ideales de la

representación. Tú y Wilczur estabais tan unidos a la ciudad que todo tenía para vosotros demasiado significado. Yo era lo suficientemente forastero como para no saber diferenciar los asuntos importantes de los no importantes. Todo el rato mirábamos el sombrero de copa y el conejo: en los cuadros de las iglesias, en las citas de los evangelios, en los barriles, en el cadáver desnudo aparecido en el lugar donde estaba el antiguo cementerio judío. Las cosas menos espectaculares escapaban a nuestra atención.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo los granos de *loess* bajo las uñas de Ela Budnik. Si a alguien le quitas de la mano una insignia misteriosa, entonces sus uñas ya no te interesan. Si nos hubieran interesado, habríamos empezado antes a pensar en los subterráneos. O por ejemplo las piernas de la segunda víctima, cubiertas por una capa de sangre. Ves algo así, más luego además el barril, y no te preguntas por qué un funcionario del ayuntamiento tiene unos pies tan estropeados, llenos de heridas y de cardenales.

—Los pies de un vagabundo...

—Exacto. Pero eso estuvo todo el tiempo en mi interior, esos pequeños detalles, que constantemente trataban de llamar mi atención. Eso en cuanto a las palabras de Klejnocki. Vayamos ahora con las de tu padre.

—¿Lo de que todo el mundo miente?

—Esas también, pero había además otras que me rascaban tras la oreja. Al principio pensé que se trataba de lo de transmitir el odio de generación en generación; en el contexto de Wilczur eso resultaba evidente. Pero tu padre hablaba de la vida en una ciudad pequeña, de cómo todos miran por la ventana del vecino, de que cuando una esposa se lo monta con otro, luego el marido tiene que sentarse en la iglesia junto al amante de la mujer. Maldita sea, todo el tiempo tuve al Budnik este en la cabeza, todo el tiempo me mandaba avisos, pero yo descarté esa solución por ser demasiado fantástica. Solo cuando empecé a sopesar esa opción todo empezó a encajar. Mira por ejemplo la letra al revés en el cuadro; el rabino de Lublin dijo que ningún judío habría cometido ese error, igual que nosotros no escribiríamos la B con las barrigas hacia la izquierda. Eso no señalaría hacia Wilczur, señalaría a alguien que tiene una idea general, pero que necesita mirar continuamente la Wikipedia para encontrar los detalles. Y Budnik entendía del tema hasta cierto punto. Se había interesado por el cuadro, había luchado por que se supiera la verdad sobre él; estaba lo suficientemente familiarizado con el

antisemitismo como para saber con exactitud qué fibras había que tocar.

»Pero ese no fue su único error. Metió en la mano muerta de su mujer el *rodło*, porque en esa riada de bilis, para seguir con el lenguaje de Klejnocki, quiso dañar a Szyller a toda costa, hundirlo. No pensó que, en cuanto habláramos con Szyller, la aventura que tenía con su mujer nos haría rebotar hasta llegar directamente a la puerta de los Budnik. O quizá sí lo pensó, pero creyó que Szyller no hablaría para salvaguardar el buen nombre de su amante. Cualquiera sabe. En todo caso, si Szyller no hubiera viajado a la capital, si yo lo hubiera interrogado un día antes, él estaría vivo y Budnik llevaría una semana en prisión.

Sobieraj terminó el cigarrillo. Szacki pensó que volvería a meterse bajo el edredón, pero lo que hizo fue coger su bolso y sacar el móvil.

—¿Vas a llamar a tu marido?

—No, a Modena, para que nos traigan unas pizzas. ¿Dos Románticas? —parpadeó de una manera muy cómica.

Szacki se mostró de acuerdo y aguardó hasta que Basia hizo el pedido, tras lo cual la arrastró de nuevo a la cama. No para follar, solo para abrazarse y charlar.

—¿Y lo de Wilczur? —preguntó ella—. ¿Era una cortina de humo? ¿De qué iba eso? ¿Lo han soltado?

—Sí, claro que lo han soltado. Me ha dicho que tiene un buen corazón, infinito, y que por eso no va a denunciar su detención ante la Liga Contra la Denigración y no me convertirá en el antisemita número uno de Polonia. Aunque esto último solo porque de eso se encargará *Fakt*.

Sobieraj se rio a carcajadas.

—Un anciano encantador. ¿Y de verdad es judío?

—De verdad, de verdad. Además, toda la historia es auténtica, aunque Wilczur no la conocía tan detalladamente como nosotros creíamos. Por ejemplo, no tenía ni idea de que Ela fuera la nieta de aquella dichosa partera cuya hija se asustó del barril. Grzegorz era quien más sabía. El asunto del doctor Wajsbrot y lo que había ocurrido en el invierno del 47 eran un secreto familiar celosamente guardado, que Budnik solo conoció cuando se enamoró de la señorita Szuszkiewicz. Recordarás que el padre de él era el jefe de la policía secreta en la prisión y que no permitió a Wajsbrot asistir a su mujer en el parto. Aterrorizado por aquella coincidencia, le confesó todo a su hijo en

su lecho de muerte. El anciano tenía miedo de una maldición, tenía miedo de que todo aquello no estuviera sucediendo por casualidad, sino que el doctor Wajsbrodt estuviera reclamando justicia desde el más allá.

—Hay algo curioso en ello —susurró Sobieraj—. Lo mires como lo mires, hay algo escalofriante en el hecho de que esos destinos se hayan vuelto a unir. Sobre todo ahora que Grzegorz Budnik va a acabar sus días en la cárcel.

Szacki se estremeció. No lo había pensado de esa manera, pero Sobieraj tenía razón. Parecía que la maldición que circulaba por Sandomierz lo hubiera utilizado también a él para cumplirse. Recordó la grabación del judío desapareciendo en la niebla, ese era el único punto de la investigación que no había sido posible aclarar. Y que tenía intención de guardarse para sí, no había necesidad de que quedara en las actas del caso rastro alguno de esa grabación.

—Sí —murmuró—, como si algún tipo de providencia...

—De antiprovidencia más bien...

—Tienes razón, como si una antiprovidencia ayudara a Budnik. Es extraño.

Permanecieron abrazados en silencio durante unos instantes; al otro lado de la ventana, el reloj de la torre del ayuntamiento dio las once de la noche. Szacki sonrió pensando cuánto habría echado de menos ahora esos sonidos, cuando hasta poco antes le resultaban irritantes.

—Lástima lo de ese vagabundo —suspiró ella con tristeza, y se apretó con más fuerza a Szacki—. Supongo que ninguna maldición estaba dirigida a él.

—No, creo que no, bueno, no tengo ni idea. De momento no sabemos nada seguro sobre eso.

—Dios, sé que no debería repetirlo tantas veces porque vas a morir aplastado por el peso de tu propio ego, pero es que eres todo un genio de la criminalística, ¿sabes?

Él se encogió de hombros, aunque era cierto que su ego estaba encantado con ese piropo.

—Ya, bueno, pero hay más cosas a las que debería haber prestado atención: el «portátil» y las fotografías familiares.

—¿Qué portátil?

—Esos envases de poliestireno en los que te sirven la comida para llevar en los bares.

—¿Tú los llamas «portátiles»?

—Pues sí, ¿qué pasa?

—No importa, sigue.

—El martes la cámara captó a Budnik saliendo de Trzydziestka con dos envases de comida. Eso era totalmente absurdo. Ela Budnik ya había desaparecido para entonces y no hubo ninguna explicación de por qué necesitaba dos comidas. Habría que haber conectado ese detalle con otros. Por ejemplo con el hecho de que si Budnik era el asesino, entonces era otra persona la que había sido colgada de un gancho en la mansión de la calle Zamkowa. Y también con el hecho de que cierto borracho buscaba insistentemente a un vagabundo amigo suyo que había desaparecido. Y, por supuesto, con las fotos familiares.

—No entiendo. ¿Qué fotos?

—Todo el truco se basaba en que Budnik consiguiera un parecido considerable con el vagabundo, con el desdichado Fijewski. Por las explicaciones que dio se entiende que Budnik se preparó para el crimen durante muchas semanas, quizá meses. Esto naturalmente suena como una locura desmesurada, pero recuerda que, hasta que no hubo derramamiento de sangre, pudo tomárselo solo como un juego perverso, para ver hasta dónde era capaz de llegar. Supongo que Budnik empezó a dejar de cuidar su aspecto físico de manera enfermiza, adelgazó, se aclaró el pelo, se dejó barba. Lo de la tirita fue genial: una vez más desviaba nuestra atención con la habilidad de un ilusionista, pero no le habría servido de nada si alguien hubiera empezado a albergar dudas sobre si el cadáver de la calle Zamkowa era el de Grzegorz Budnik. ¿Por qué no tuvimos dudas, sobre todo yo? Durante el interrogatorio había contemplado a aquel mismo tipo flacucho con barba pelirroja y una tirita en la frente. El gancho en la mejilla dificultaba aún más las cosas. Yo vi ese mismo rostro en el documento de identidad que saqué de la cartera que yacía junto al cuerpo. Por desgracia no me dio que pensar el hecho de que no estuviera también allí el carné de conducir y tampoco el que el documento de identidad hubiera sido emitido dos semanas antes. Nadie se paró a pensar en ello porque durante las últimas horas todos habíamos visto en televisión una imagen del rostro de Budnik sacada de la foto que le habían hecho durante el interrogatorio. ¿Podíamos haber visto su rostro en alguna otra parte? Si lo hubiéramos buscado, sí, por supuesto. Pero en el lugar más lógico para encontrar fotos suyas, es decir, en su casa, no había ninguna. Solo de Elżbieta. Él sabía que registraríamos minuciosamente su propiedad tras su

desaparición. Sabía que si todos nos parábamos a mirar su verdadero rostro, nos podrían entrar las dudas. Pero de ese otro modo lo único que podíamos ver era su delgado careto con una tirita en la frente.

El timbre interrumpió las explicaciones de Szacki y un rato más tarde ambos estaban comiendo pizza y pan de ajo que, como por ironía, habían traído precisamente en un «portátil» de poliestireno blanco, igual al que el fiscal había visto en las manos del asesino en la borrosa grabación realizada por una cámara de la plaza Mayor. Eso hizo que se le quitaran las ganas de comer pan de ajo y al parecer a Sobieraj también, porque no cogió ni un solo trozo, aunque ella en realidad tampoco tenía muchas ganas de pizza, que como siempre estaba deliciosa. Se comió una porción, le dio un par de bocados a otra y la dejó.

—Perdona, pero no puedo comer y a la vez pensar en todo esto, las cuevas, Szyller... Ahora comprendo mucho mejor la manera en que murió, claro... Confirma las palabras de Klejnocki. A Szyller fue al que torturó con mayor crueldad, era por quien más odio sentía. Esto también señalaría a Budnik, ¿verdad?

Szacki asintió.

—¿Al vagabundo también lo retuvo en las cuevas? ¿Y cómo lo hizo? ¿Bajaba a verlos desde la bodega? Yo ni siquiera sabía que ahí abajo había algo más aparte de la puta ruta turística y va a resultar que se puede bajar a los subterráneos desde cualquier casa del casco viejo.

—No se puede. Budnik sabía un poco más que otros por casualidad. Le interesaba la historia de la ciudad, gracias a ello Dybus y sus compañeros pudieron llevar a cabo sus investigaciones. A otros políticos el tema dejó de atraerlos cuando se supo que no se podría hacer una nueva atracción turística, pero para Budnik era un pasatiempo. Un pasatiempo que en el momento decisivo resultó muy útil. Naturalmente, no es que se pueda bajar a los subterráneos desde cualquier lugar. Tú ya conoces la entrada del Nazaret. Según ha explicado Budnik, aunque tendremos que comprobarlo, hay otra junto al castillo, al lado del prado que se extiende abajo; allí hay una casa en ruinas. Eso encajaría. Con un poco de suerte se puede ir desde ese punto hasta la sinagoga sin ser visto, entre los arbustos. Y también entre los arbustos se puede llegar hasta la mansión de la calle Zamkowa, y si te deslizas con rapidez por el jardín de la catedral te plantas enseguida en el porche de los Budnik. Por eso tenía que volar la galería que llevaba hasta esa

entrada, porque si la hubiéramos encontrado habríamos sospechado de Budnik y habríamos empezado a buscarlo. Es cierto que para entonces tenía pensado estar muy lejos gracias al pasaporte de Fijewski, pero ya se sabe, hombre prevenido...

—Reconoce que lo del pasaporte lo hiciste a voleo.

—Sí, pero acerté. Cuando ya estuve seguro de a quién le había robado la identidad, no resultó difícil imaginar que haría algo así. Pero convencer a un par de administraciones para que comprobaran un domingo por la tarde si yo tenía razón y cuándo iba a recoger el documento... No creo que me vuelva a enfrentar a un reto tan complicado como ese en mi carrera. ¿Sabes qué es lo más curioso? Que por quien más lo sintió fue por Dybus.

—Maldito loco. Y pensar que lo conozco desde hace tantos años. ¿Qué pena le caerá?

—Cadena perpetua.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Para qué? No lo entiendo.

Szacki tampoco lo entendía, no del todo. Pero seguían resonando en su cabeza las palabras de Grzegorz Budnik: «A Ela y a Szyller los quería matar, de veras lo quería, hacerlo me produjo gran placer. Después de tantos meses imaginándome lo que hacían juntos, de escuchar sus mentiras, los cuentos sobre sus reuniones de trabajo con artistas de Cracovia, de Kielce, de Varsovia... Usted no sabe cómo es, cómo crece el odio día tras día; te inunda como la bilis. Yo ya estaba dispuesto a todo con tal de no sentir cómo me consumía ese ácido, cada minuto, cada segundo, todo el tiempo. Siempre supe que no era para mí, pero cuando finalmente me lo dijo a la cara fue terrible. Decidí que, si yo no podía tenerla, nadie la tendría».

Quizá mejor que no lo entiendas, Basia, pensó Szacki. Y que yo tampoco lo entienda, pocos lo deben de entender. Y aunque escuchó las explicaciones de Budnik, aunque comprendió sus motivos, había en todo ello algo que, joder, algo así solo podría contarlo en voz alta si fuera parte de un chiste. Porque él no creía en maldiciones; tampoco creía que algún tipo de energía tuviera que ajustar las cuentas de vez en cuando para que el universo se equilibrara. Pero, aun así, había algo inquietante en ello. Como si aquella antigua ciudad polaca hubiera visto demasiado, como si el crimen de setenta años atrás hubiera sido demasiado para aquellos muros, pero, en lugar de filtrarse entre los ladrillos rojos como de costumbre, hubiera empezado a rebotar en ellos hasta golpear a Grzegorz Budnik.

El reloj de la torre del ayuntamiento dio las doce.

—La hora de los espíritus —dijo Basia Sobieraj, y se metió en la cama.

El fiscal Teodor Szacki pensó que, sin duda alguna, los espíritus no aparecían a medianoche.

---

## **Capítulo decimocuarto**

*Viernes, 8 de mayo de 2009*

En el calendario judío hoy es el Pésaj Sheni, es decir, la «segunda Pascua», fiesta que la Torá señala para el decimocuarto día del mes Iyar y está dirigida a quienes no pudieron celebrar la Pascua en la fecha principal, y que es además un símbolo de las segundas oportunidades concedidas por Dios. Benedicto XVI visita Jordania y en el monte Nebo, desde el cual Moisés vio la Tierra Prometida, habla del vínculo irrompible que une a la Iglesia con la nación judía. En España, un afortunado gana ciento veintiséis millones de euros en la lotería, en California se fabrica la bombilla más pequeña del mundo y los sijs de la policía británica quieren que se inventen turbantes antibalas. Falta solo un mes para las elecciones europeas y según los sondeos la Plataforma Ciudadana gana en los porcentajes de voto a Ley y Justicia, cuarenta y siete a veintidós. Sandomierz experimenta una gran agitación por un helicóptero de la cadena televisiva TVN que sobrevuela la ciudad; por la historia de un antiguo policía secreto que en la época comunista perseguía a los opositores al régimen y cuya empresa de seguridad se dedica ahora a proteger edificios de la Iglesia; y, al igual que la región entera, por el descubrimiento en Tarnobrzeg del primer caso de gripe porcina en Polonia. La policía detiene a dos chicos de dieciséis años por fumar «hierbas secas alucinógenas», mientras que el obispo Edward Frankowski ordena a diecisiete nuevos diáconos, así que el equilibrio se mantiene. La primavera está en su plenitud, por la mañana llueve, pero la tarde es hermosa, cálida y soleada, y encontrar un sitio libre en la plaza Mayor es misión imposible.

Probablemente no había en toda Polonia mejor sitio donde pasar una apacible tarde de primavera junto a una jarra de cerveza que a la sombra de los castaños de la terraza del restaurante Kordegarda, conocido entre los clientes habituales como Korda. Se encontraba ligeramente elevada por encima del nivel de la plaza Mayor, lo que la hacía estar un poco separada de la misma y la convertía en un lugar ideal para sumergirse en la observación de los turistas que se movían alrededor del ayuntamiento, de los recién casados que se hacían fotos, de los adolescentes pegados a sus teléfonos móviles, de los niños pegados al algodón de azúcar y de los enamorados pegados unos a otros.

El fiscal Teodor Szacki esperaba a que la fiscal Basia Sobieraj regresara del baño y mientras se dedicaba a mirar descaradamente a la gente que estaba sentada a su alrededor. Como de costumbre, envidiaba la vida de todos y se sentía algo sensiblero y nostálgico. Cerca de él, junto a la valla de la terraza, había una pareja de habitantes de la ciudad enamorados como adolescentes, aunque debían de pasar ampliamente de los cincuenta. Él era del tipo directivo corpulento y llevaba la camisa desabrochada; ella vestía una blusa de colores y poseía un sex-appeal insolente que había sobrevivido intacto tras décadas preparando pasteles y criando niños. Charlaban continuamente acerca de los hijos, que debían de ser tres, a juzgar por las peripecias de sus respectivas vidas, descritas muy vívidamente; todos ellos de una edad cercana a los treinta y todos residentes en Varsovia. Sobre sí mismos no dijeron ni una palabra, continuamente hilaban pintorescos relatos sobre hijas, yernos y nietos: lo que hacían, lo que no hacían, lo que habían logrado y lo que podrían o no podrían lograr. El hombre se mostraba más bien positivo aunque callado; ella a veces planteaba escenarios más oscuros y entonces él carraspeaba y decía: «¡Qué puedes saber tú sobre eso, Hania!». Ella entonces dejaba el tema por un momento, para permitirle que se deleitara con la impresión de que por supuesto Zdzisław sabía más de esas cosas y que, en

fin, ella qué podía saber, pero después retomaba la narración. Observarlos y escucharlos resultaba encantador; Szacki sonreía, pero al mismo tiempo sentía lástima. Hacían falta décadas cuidando el amor y el cariño para convertirse en una pareja como esa. Él en cambio había destrozado su familia y ya era demasiado mayor para construir otra; no le estaba predestinado el llegar a la vejez con alguien con quien hubiera compartido toda la vida.

Si al menos tuviera diez años menos. Al otro lado de la terraza había una pareja justamente de esa edad, unos treinta años, aunque ambos parecían más jóvenes. En un primer momento Szacki pensó «de mi generación», pero enseguida rectificó. Esa ya no es tu generación, fiscal, tú conoces de memoria todas las canciones de Kaczmarek, en cambio para ellos la música comienza con Kurt Cobain. Tú ya eras adulto cuando cayó el comunismo y salió el primer número de *Gazeta Wyborcza*, pero para ellos no era el primer periódico libre, sino un papelote que llevaron a casa sus padres. No existen muchas generaciones en el mundo para las que una diferencia de apenas diez años signifique tanto como en este caso.

No hacían más que besuquearse y acariciarse sin importarles lo que había alrededor, les habría bajado drásticamente el nivel de glucosa para decidirse a abandonar la cama. Por algunos fragmentos de conversación que Szacki escuchó, entendió que era el cumpleaños del chico. Es estupendo cumplir años en mayo, pensó, hacer una fiesta con barbacoa y juntarse con los amigos en las terrazas de los bares. Él en noviembre nunca había tenido ocasión de hacer algo así. Durante un momento incluso se planteó desearle feliz cumpleaños.

Pero lo dejó estar; sacar al chico de la tienda de campaña que formaban los largos cabellos castaños de su compañera habría sido una crueldad. Cuando notó la mirada de Szacki y echó una ojeada por la terraza, el fiscal desvió rápidamente la vista. Algo le hizo cosquillas en la oreja. Se trataba de una flor de castaño perversamente grande sujetada por Basia. Alcanzó a ver con el rabillo del ojo la sonrisa de un hombre, sonrisa que decía que sí, que él también consideraba Sandomierz en mayo como un lugar ideal para los enamorados.

—¿Nos vamos?

Él asintió. Terminó su cerveza y juntos bajaron los escalones hasta el empedrado de la plaza Mayor. El sol se estaba poniendo y sus rayos rojizos llegaban por la calle Oleśnicki, cubriéndolo todo con un resplandor carmesí,

incluidos los muros de la antigua sinagoga.

—No podemos quedarnos aquí si queremos estar juntos —dijo ella.

Basia sonrió, le dio un beso en la mejilla, se despidió con un gesto de su delgada mano y se fue hacia la Puerta de Opatów con paso rápido. Su falda ondulaba en torno a unas pantorrillas desnudas, pálidas y —bien lo sabía él— llenas de pecas. El fiscal Teodor Szacki la siguió durante un momento con la vista y después caminó en dirección al sol, para atrapar sus últimos rayos. Se detuvo junto a la sinagoga y vio cómo en la pared del edificio la luz anaranjada iba siendo desplazada desde abajo por la sombra. Se quedó tan absorto contemplándola que en su cabeza no había sitio para ningún otro pensamiento. Hasta que la puesta de sol no llegó a su fin, no echó un vistazo a su alrededor.

Ochenta años antes, en todos los apartamentos y en todas las casas de la zona haría quince minutos que las mujeres habrían encendido velas, señal de que empezaba el Sabbath, que todos debían dejar de trabajar, rezar el *kidush* y comenzar a cenar. Miró la calle Żydowska, en dirección al castillo, y recordó la grabación que le había mostrado Wilczur, en la que se veía una figura desapareciendo entre la niebla.

Se encogió de hombros y empezó a caminar en esa misma dirección.

## Nota del autor

De no haber sido por mi hermano no habría surgido este libro y por ello debo agradeceréselo una vez más. En su momento decidió unir su destino al de Ola, una maravillosa mujer de Sandomierz, y viajé a la ciudad para asistir a la boda. Me enamoré hasta las trancas de Sandomierz y la abandoné convencido de que debía escribir una novela cuya acción se desarrollara allí. Lo de que fuera policiaca y que el tema girara en torno a las relaciones polaco-judías se lo debo a Beata Stasińska. Quiero expresar mi mayor agradecimiento a quienes me ayudaron durante los meses que pasé en Sandomierz. En primer lugar a los padres de Ola y a sus amigos, así como a Renata Targowska y Jerzy Krzemiński por su inestimable colaboración. Quiero también dar las gracias a Marianna Sokołowska, Marta Ogrodzińska, Marcin Mastalerz y Filip Modrzejewski por dedicar sus esfuerzos a encontrar errores y deslices de todo tipo en la novela, tarea verdaderamente detectivesca.

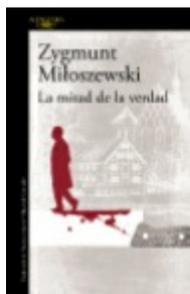
Para mi trabajo he aprovechado muchas fuentes, aunque la más importante es la propia ciudad de Sandomierz, y a quienes deseen saber más acerca de esta mágica villa a orillas del Vístula les recomiendo que vayan a visitarla. Quienes estén interesados en la leyenda de las matanzas rituales deberían leer el ensayo de Joanna Tokarska-Bakir titulado *Legendy o krwi. Antropologia przesądu* (Leyendas de sangre. Antropología de la superstición), publicado originalmente por la editorial W.A.B. de Varsovia en 2008. Otra importante lectura que debo mencionar es *Sława i chwała* (Fama y gloria), de Jarosław Iwaskiewicz. Leí la novela cuando ya había empezado a escribir la mía y el lector atento podrá encontrar en mi libro ecos de aquel. Para cumplir con el trámite añadiré que todos los personajes (o casi todos: envío desde aquí mis saludos a Jarek Klejnocki y a Marcin Wroński) y todos los sucesos son inventados, y que yo respondo de cualquier error o distorsión deliberada en los hechos y la topografía. Decir además que convertir Sandomierz en una sombría capital del crimen no tiene nada que ver con mi relación con dicha ciudad, que considero la más encantadora de Polonia.

*Sandomierz-Varsovia, 2009-2011*

## Notas del traductor

- [1] Zabużański: perteneciente a los territorios situados al este del río Bug.
- [2] Se refiere a Paweł Korzeniowski, apodado «Korzeń», ganador de varias medallas de oro en campeonatos internacionales.
- [3] El apellido Kwietniewska deriva de la palabra *kwiecień*, «abril».
- [4] *El padre Mateusz* es una serie de televisión polaca que se emite desde 2008 y cuya acción tiene lugar en Sandomierz.
- [5] Calle de Varsovia donde se encuentra el Instituto de Medicina Legal.
- [6] «Negocio» en yidis.
- [7] Hace referencia al relato de Jarosław Iwaszkiewicz *Madre Joanna de los Ángeles* (adaptado al cine por Jerzy Kawalerowicz), cuya protagonista está supuestamente poseída.
- [8] Isaac Bashevis Singer (1902-1991), escritor judío nacido y criado en Polonia, que posteriormente emigró a Estados Unidos. Escribió principalmente en idioma yidis.
- [9] Actor que interpreta al padre Mateusz en la serie del mismo nombre y al doctor Jakub Burski en la serie *Para lo bueno y para lo malo*.
- [10] *Rzeźnicki* es un adjetivo que significa «carnicero».
- [11] Adjetivo que en polaco significa «judía».
- [12] Pan ácimo tradicional en la cultura judía.
- [13] «Unión, asociación» en alemán.
- [14] El padre Jerzy Popiełuszko fue asesinado en 1984 por agentes de los servicios secretos polacos.
- [15] En diciembre de 1981, las fuerzas de seguridad polacas entraron en la mina de carbón Wujek, para acabar por todos los medios con la huelga que habían iniciado los trabajadores. Fallecieron nueve mineros.
- [16] Adam Michnik, periodista y político de ascendencia judía, hijo del periodista Ozjasz Szechter; Bronisław Geremek, político de ascendencia judía fallecido en 2008, hijo de Boruch Lewertow.
- [17] Los Acuerdos de la Mesa Redonda fueron las conversaciones celebradas en 1989 entre el gobierno comunista de Polonia y los grupos de oposición, que condujeron a las primeras elecciones libres desde la Segunda Guerra Mundial.
- [18] «Bilis», «ira».
- [19] Leyenda urbana que circuló en Polonia entre los años sesenta y ochenta, según la cual un sedán negro de la marca soviética GAZ, modelo Volga, recorría las ciudades para raptar a niños. Existían varias versiones sobre quiénes eran sus ocupantes.

**El nuevo caso del fiscal Szacki, «un personaje excepcional» (*Babelia*), por «el último de los grandes representantes de lujo de la novela negra» (*ABC Cultural*), ganador del Premio Nagroda Wielkiego Kalibru de novela negra.**



Pronto dará comienzo la primavera en Sandomierz, la pequeña y pintoresca ciudad de provincias donde el fiscal Teodor Szacki ha decidido trasladarse para dar un vuelco a su fulgurante carrera en Varsovia, después de poner punto final a su matrimonio. Szacki ansía una nueva vida, aunque se aburre y echa de menos la acción de su antiguo puesto. Sus días de aparente placidez se verán interrumpidos por un nuevo caso de asesinato: el cuerpo de una mujer desangrada de acuerdo con los ritos de sacrificio judíos ha sido hallado delante de la sinagoga.

Cuando el marido de la víctima corre la misma suerte, los vecinos reviven temores de hace décadas. Frente a un aumento sin precedentes de antisemitismo, Szacki tendrá que ahondar en un pasado con ecos dolorosos para encontrar la verdad de una historia que despierta demasiadas pasiones.

**La crítica ha dicho...**

«¿Cómo se pronuncia Zygmunt Miłoszewski? Algo así como "Simunt Milosequi" que en idioma de Noirlandia significa "estrella fulgurante". Es el responsable de una trilogía que ha roto moldes.»

Carlos Sala, *La Razón*

«Un viento del este sopla por el círculo polar. Miłoszewski, recuerde ese nombre. Un verdadero talento.»

*La Voix du Nord*

**Sobre *El Caso Telak (Un caso del fiscal Szacki 1)*...**

«Uno de los libros más apasionantes publicados el año pasado y un retrato

fascinante de la Polonia contemporánea.»

Yann Plougastel, *Le Monde*

«Si está buscando una novela negra europea, ponga *El caso Telak* al principio de su lista. El escenario es la Varsovia actual pero la atmósfera a veces es gris y desoladora como en un thriller de espías de la Guerra Fría.»

Steve Glassman, *Booklist*

«Si *El caso Telak* seduce es porque mezcla acertadamente la novela negra, el retrato social y el retrato psicológico gracias a un sólido conocimiento de las reglas del género, que claramente Miloszewski ha asimilado para, incluso, mejorarlas.»

*Le Salon littéraire*

## Sobre el autor

**Zygmunt Miłoszewski** nació en Varsovia en 1975. Escritor, periodista y escenógrafo, trabajó en la edición polaca de *Newsweek*. Debutó en 2004 con el relato titulado *Historia portfela* (Historia de una cartera), publicado en el semanario *Polityka*, y con la novela de terror *Domofon* (Interfono, 2005). Un año más tarde publicó *Góry Żmijowe* (La víbora), una novela para jóvenes. *El caso Telak* (2007) alcanzó gran popularidad tanto en Polonia como en el extranjero. Galardonada con el Nagroda Wielkiego Kalibru, que premia la mejor novela negra del año, fue llevada al cine por el prestigioso director Jacek Bromski. En 2011 se publicó en Polonia la secuela, *La mitad de la verdad*, que le valió de nuevo el Premio Nagroda Wielkiego Kalibru y una nominación al Passport Polityka, galardón que premia a los mejores autores de menos de cuarenta años, y fue adaptada al cine por el premiado director Borys Lankosz con guion del propio Miłoszewski. En 2013 publicó *Bezcenny* (Inestimable), un *thriller* que ha tenido un éxito sin precedentes en Polonia. Sus novelas han sido traducidas a más de diez idiomas.

Título original: *Ziarno prawdy*

© 2014, Grupa Wydawnicza Foksal

© 2016, Francisco Javier Villaverde González, por la traducción

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona



ISBN ebook: 978-84-204-2112-4

© Cubierta: Jesús Acevedo

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

La mitad de la verdad

Dedicatoria

Citas

Capítulo primero

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Capítulo segundo

1

2

3

4

5

6

7

8

Capítulo tercero

1

2

3

4

5

6

Capítulo cuarto

1

- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Capítulo quinto

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Capítulo sexto

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Capítulo séptimo

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7

Capítulo octavo

- 1
- 2

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

## [Capítulo noveno](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

## [Capítulo décimo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

## [Capítulo undécimo](#)

[1](#)

[2](#)

## [Capítulo duodécimo](#)

[1](#)

## [Capítulo decimotercero](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

## [Capítulo decimocuarto](#)

[Nota del autor](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)